

Malcolm Braly

EN EL PATIO

Epílogo de Jonathan Lethem

Traducción de Damià Alou



Lectulandia

Si lo que quieres es seguir la tranquila rutina, más te vale coger una fiambrrera e irte a trabajar, porque no hay ningún motivo por el que te pasees por aquí encorvado y tristón con un número en el culo. Hay muchos lugares más cómodos que la cárcel si estás dispuesto a pagar el precio de permanecer en ellos. A mí nunca me ha apetecido ese tipo de vida.

En el patio es una de las mejores novelas salidas de una prisión de los Estados Unidos. Su autor, un asiduo huésped de cárceles como Folsom y San Quintín en la década de los cincuenta, la empezó a escribir entre rejas y la terminó a escondidas por la amenaza de las autoridades de revocarle la libertad condicional. Finalmente publicada en 1967, *En el patio* reconstruye de forma magistral, siguiendo los pasos de una impresionante galería de personajes, el día a día de San Quintín. En su epicentro, el gran patio, se entrecruzan las historias de guardas, criminales encallecidos como Sociedad Rojo, Nunn o el temido y respetado Hielo Willy; criminales ocasionales e instruidos como Juleson, Manning o Lorin; y sociópatas como Gasolino o Palo, líder de una banda imaginaria y actor principal de un intento de fuga surrealista. Novela construida según un diseño en apariencia casual, *En el patio* nos ofrece un retablo de la vida en prisión de una autenticidad solo al alcance de autores que también estuvieron “dentro” como Edward Bunker, Dostoievski, Jean Genet o Brendan Behan.

Lectulandia

Malcolm Braly

En el patio

ePub r1.0

Titivillus 08.02.16

Título original: *On the Yard*
Malcolm Braly, 1967
Traducción: Damià Alou
Epílogo: Jonathan Lethem, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Por regla general, la gente, incluso los malvados,
son mucho más cándidos y simples de lo que imaginamos.

FIODOR DOSTOIEVSKI
Los hermanos Karamazov

*Nacido en esta prisión
Criado entre rejas
Sí, nacido en esta prisión
Casi al final de mis días*

Aquella mañana Sociedad Rojo llegó el primero al patio. Salió casi a hurtadillas del bloque sur y se subió el cuello de su descolorida cazadora vaquera mientras escrutaba con mala cara el frío cielo gris. Una súbita ráfaga de viento le hizo encorvar los hombros y hundir la cabeza mientras hacía chocar el talón de una de sus botas Santa Rosa contra el otro, tres veces; a continuación cambió de pie de apoyo y dio golpes con el otro —pam, pam, pam—, y prosiguió con esa danza monótona, carente de alegría, mientras inspeccionaba inquieto el gran patio de la cárcel, viéndolo como rara vez lo había visto: silencioso, vacío, un acre de asfalto pelado flanqueado por las altas paredes de cemento de los bloques. Un inmenso aprisco.

A Sociedad Rojo le desasosegaba aquella vacuidad silenciosa, aunque sabía que al cabo de una hora cinco mil internos saldrían del comedor y formarían círculos en el patio: una prole inquieta, una inmensa criatura compuesta, eso también era el gran patio, la vida del gran patio, al igual que todos los residentes son en realidad una población.

Ahora otros internos salían detrás de él, pero Rojo seguía deprimido. Hundió las manos en los bolsillos traseros del pantalón apretando las palmas contra las enjutas nalgas y continuó entrechocando los talones mientras con saña maldecía el frío. En lo alto del muro del bloque norte divisó un agente armado, simbólico como un espantapájaros, y vio descender una gaviota, y luego, cómo andaba con un extraño paso sobre el asfalto, donde rapiñó una monda de naranja que flotaba en la alcantarilla.

Rojo medía poco más de metro ochenta; era flaco y todo su cuerpo estaba mal conjuntado. Tenía tantas pecas en la cara que parecía oxidada, y sus rasgos tenían un aspecto tosco y humorístico. Los ojos eran amarillos como los de una cabra, pero el pelo, de un vivo naranja que había incitado a algún humorista olvidado a llamarlo Sociedad Rojo, se había descolorido tiempo atrás, y ahora lo tenía ralo y no era más que una gorguera de payaso. Había pasado en la cárcel treinta de sus cuarenta y cinco años, y era su quinta condena. Y sin embargo, él no se consideraba un fracasado, simplemente porque nunca se le había ocurrido que se le pudiera reducir a un término tan convencional.

La foto del documento de identidad que llevaba en el bolsillo de la camisa mostraba a un hombre de cara muy ajada por la edad, de pocas luces, derrotada; un convicto de caricatura imposible de imaginar como no fuera encima de su número de

grandes dígitos, empapado en la luz implacable de una foto policial. Pero incluso la primera de esas abundantes fotos, tomada cuando solo tenía dieciséis años, mostraba la cara de un malhechor nato, alguien a quien la ley había identificado rápidamente, y las fotos posteriores de sus documentos de identidad, tomadas en períodos distintos, en varias ocasiones, habían registrado cambios que Rojo se había alegrado de considerar como mejoras. Su primera foto policial, ahora pegada a la primera página de su grueso historial, todavía conservaba la imagen de sus antiguamente legendarias orejas, que se proyectaban a los lados de su cabeza como las asas de una copa de la amistad (cuántas veces había oído esa gracia), y los enormes incisivos todavía le asomaban de la boca como los colmillos de un castor. Aquellas orejas de murciélago y aquellos dientes salidos lo habían convertido en una gárgola cómica porque, incluso cuando de adolescente había comenzado a perseguir febrilmente a varias chicas de su barrio aún a medio desarrollar, había sido recibido solo con ataques de risa.

Mucho más tarde, fueron aquellas orejas que lo desfiguraban lo primero en transformarse. Uno de los pioneros en psicología carcelaria desarrolló la teoría de que los internos que habían sufrido este tipo de deformidades cómicas formaban mecanismos de compensación, de los que sus diversos delitos eran simplemente síntomas, y que su rehabilitación no consistía en sudar en la cantera, donde acababan convirtiéndose en delincuentes más peligrosos, sino que podía lograrse con el bisturí de un cirujano plástico.

Sociedad Rojo, junto con otros doce presos, entró en un programa de cirugía plástica con la esperanza de que eso le diera la oportunidad de ser tan honesto como el que más. Probablemente fuera una meta demasiado modesta como para poner a prueba las habilidades mágicas de un cirujano plástico, pero este no cobró por sus servicios, y al parecer probó una técnica que no se habría arriesgado a intentar con un cliente de pago, pues cuando quitaron los vendajes, las orejas de Rojo habían quedado muy modificadas. Pero resultaba difícil calificar aquella diferencia de mejora. Tenía una oreja pegada al cráneo como si se la hubieran grapado, mientras que la otra todavía volaba aproximadamente a medio mástil; no obstante él consideró que, aunque le hubieran rebanado limpiamente las orejas, el precio pagado habría sido pequeño a la hora de librarse de algo tan lleno de maldad y marrullería como el mecanismo de compensación que le había obligado a robar, no para conseguir un coche, dinero o mujeres, sino tan solo como un síntoma de que era un pringado.

La siguiente vez que estuvo en libertad condicional descubrió rápidamente que sus orejas retocadas no triunfaban. Las zorras —tal como lo expresaba— seguían sin franquearle la entrada a su dormitorio, y todavía lo evitaban como si temieran que detrás de aquellos ojos amarillos y febriles anidara un tipo raro y violento.

Rojo decidió que no podía conseguirlo sin un coche, así que le hizo un puente a un Buick descapotable y, finalmente, consiguió ligar con una muchacha en la estación de autobuses Greyhound. La chica había viajado sin parar desde Macon, Georgia, con una muda dentro de una bolsa de papel.

—¿Este carro es tuyo? —preguntó, alisando el asiento de cuero del Buick.

—Claro. ¿Te gusta?

—Es superelegante.

La chica era tan mortalmente fea que Rojo se dijo que sería capaz de ahuyentar a un perro de un vagón de tripas, y su figura era como un saco de harina, pesada, sin formas, y blanca de piel, así que condujo directamente hacia las colinas, aparcó y le metió mano. La chica ya se estaba deslizando por el asiento de cuero.

—¿Tienes algo en mente, California?

Rojo experimentó una momentánea incertidumbre, y se quedó mirando la cara en sombras de la chica. Ahora estaba estirada, las piernas hacia un lado y sus zapatos negros y rozados en el suelo.

—Puede —dijo él.

—En mi pueblo algunos ya estarían a mitad de camino del paraíso.

Rojo le manoseó el vestido de algodón y se le encaramó torpemente mientras ella apartaba la ropa interior, y comenzó a empujar un poco a las bravas contra aquella fofez general hasta que ella se desplazó hábilmente debajo de él, y entonces él se clavó salvajemente, golpeando la cabeza contra la portezuela del coche.

—Jesús salvador... —murmuró la chica.

A los pocos momentos Rojo se encontró brutalmente contorsionado en el asiento del coche, la chica fea y sin formas inmovilizada debajo de él. Se apartó un poco para mirarla a la cara.

—Estás hecho un robochoños —dijo ella amablemente.

Rojo sonrió.

—¿Qué les ha pasado a tus tetas?

Ella encogió sus pesados hombros.

—No daban ni para un timbre.

Rojo regresó a su hotel y coló a la chica en su habitación, donde inmediatamente lavó la ropa que llevaba en la bolsa de papel y la tendió sobre el radiador para secarla. A continuación, se sacó los zapatos de una patada, se quitó el vestido por la cabeza y se paseó por la habitación llevando solo las bragas y unos calcetinitos rojos. Sus ojos azules se paseaban por el cuarto.

—Nunca había estado en un hotel —dijo.

—Es un antro de mala muerte —dijo Rojo, despatarrado en la cama.

La chica inspeccionó el diminuto escritorio, el papel de carta con membrete y una pluma convencional y con la tinta coagulada apoyada en un tintero seco.

—Esto es de categoría —dijo la chica. Se volvió hacia Rojo—. Me llamo Mavis.

—¿Mavis qué más?

—Solo Mavis. Apuesto a que a ti te llaman Rojo.

—¡Acertaste! Premio para la señora.

Mavis rió.

—Eres la monda.

—Sabes que me estás poniendo caliente otra vez paseándote prácticamente en bolas.

—Apaga la luz y métete en la cama.

—Vale, si es lo que quieres.

Rojo se desnudó, apagó de un golpe el interruptor y se dirigió a la pálida isla que formaba la cama. Con la luz apagada, un resplandor morado apareció por la ventana, reflejo de un gran neón que había fuera. La sábana quedó teñida; Mavis pareció sonrojarse. A Rojo se le ocurrió que era la primera vez que tenía a una chica de verdad en la cama, una chica que dormiría a su lado.

Por la mañana ella le dijo que haría de prostituta, y Rojo se dijo que ya le iba bien, pues tenía mejor aspecto si se ponía a cuatro patas. Días más tarde los detuvo el detective del hotel, quien le dijo a Rojo que la chica tenía catorce años y se había escapado de casa, y él se vio metido en un lío de órdago. Durante años siempre acababa la historia exclamando: «Mierda, creía que tenía veinte años».

Aquella condena sería la definitiva. El teniente de la galería, ejercitando su don para la confusión, trasladó a Sociedad Rojo con un levantador de pesas llamado (siempre a espaldas suyas) Bocamina. Bocamina sufría de un caso grave de acné, un sarpullido enconado y virulento se extendía por sus mejillas, barbilla, cuello y hombros. Culpaba de su afección a la sociedad, y era un fanático de la limpieza al que le gustaban las celdas inmaculadas. Pero Rojo no era de los que se molestan en limpiar demasiado, y tampoco era el primero en llegar a las duchas. Observaba que el agua oxidaba el hierro, y las duchas frecuentes aumentaba sus posibilidades de coger un resfriado. Sus calcetines fermentaban.

Bocamina torturaba sus granos con saña mientras Rojo le explicaba por qué era absurdo que degenerara en un fanático de la limpieza por culpa de su acné, pues no podía estar causado por la suciedad, ya que, como admitió Rojo en una hermosa muestra de franqueza, él era bastante más sucio que Bocamina y no tenía granos. Probablemente Bocamina tenía mala sangre.

Bocamina rechinó los dientes y parpadeó en un gesto de furiosa repugnancia. Sabía qué causaba su acné. Era el pecado, y la suciedad era el pecado hecho visible. Había pedido por correo diversos jabones medicinales y por la noche se bañaba con una esponja, lo que hacía reír a Rojo con irónica tolerancia.

—Bocamina se chifla por el jabón —les decía a sus compinches en el patio—. Duerme con una pastilla bajo la almohada y la huele cuando se la machaca.

Pero un día, cuando Rojo entró en su celda por la tarde, se metió en el catre ya casi medio dormido, y de manera accidental pisó el almohadón de Bocamina, dejando una media luna de polvo y grasa. Cuando más tarde llegó Bocamina, lo primero que vio fue la huella de Rojo. Se quedó mirándola asombrado como si fuera la huella de la pezuña del Maligno, y allí parecía humear el pecado.

—Eh, tío —le dijo a Rojo—. Me has pisado el almohadón.

Rojo bostezó abriendo mucho la boca.

—No jodas, ¿he sido yo?

Bocamina cambió la funda de almohadón y se tendió en su catre, los brazos doblados detrás de la cabeza. Se quedó contemplando el contorno del cuerpo de Rojo, incrustado en el dibujo de los muelles. Finalmente dijo:

—No me ha parecido que lo sintieras.

Rojo ya dormía.

A la mañana siguiente, cuando Rojo, adormilado, se bajó de su litera segundos antes de que abrieran la celda, tuvo que rozar a Bocamina para ir al retrete. Pero sin previo aviso, Bocamina pivotó hacia un lado, y moviéndose como Whitey Ford,^[1] le soltó un puñetazo que le dio a Rojo en plena boca. Rojo se quedó aplastado contra la pared, con la boca llena de sangre.

—¿Qué cojones? —preguntó. Pero entonces sonó la campana de apertura de las celdas, la barra se soltó, y Bocamina salió. Se paró en la galería para gritarle:

—¡Me pisaste el almohadón, guarro hijo de puta!

Cuando Rojo intentó lavarse la cara descubrió que uno de sus incisivos apenas se sujetaba a la encía, y que el otro estaba suelto. Se saltó el desayuno y se fue al dentista. Este le sonrió, pero no le hizo ninguna pregunta. Le dijo a Rojo que probablemente podría salvar el diente, pero vaciló a la hora de devolver la vida a algo tan extraordinariamente feo. Le sugirió que se arrancara los dos incisivos y se colocara unos postizos. Aunque naturalmente, si quería conservar los suyos...

—Arranque estos cabrones, Doc —dijo Rojo—. Por culpa de estas palas me he perdido muchas cosas.

Cada vez había más gente en el patio. Cientos de personas caminaban ahora incesantemente de una punta a otra, dando patadas en el asfalto, y muchos más se habían congregado bajo el cobertizo para la lluvia en grupos pequeños, intercambiando la misma cháchara que miles de mañanas. Todos llevaban uniforme azul de tela tejana, pero el estado del uniforme variaba enormemente: estaban los limpios, los guarros, y los políticos con sus pantalones planchados —se almidonan el mono, se dijo Rojo burlón—, con sus zapatos del mundo libre bien lustrados y sus caros relojes de pulsera.

Rojo estaba esperando a su compinche, pero pegaba la hebra con cualquiera que pasaba. Le gustaba decir cualquier chorrada, intercambiar insultos, y cuando algún payaso se paraba para gritarle «viejo lameculos», él rápidamente contestaba:

—Es tu madre la que nos chupa el culo a todos.

—Había oído decir que a la tuya le iban más los machos cabríos.

—Tenía la costumbre de montárselo con las mulas —contestaba Rojo, y sus ojos amarillos comenzaban a iluminarse de satisfacción—. Pero me escribió y me contó

que intentaba dejarlo.

El payaso sonrió.

—Rojo, ¿crees que alguna vez llegarás a algo?

—La próxima vez supongo que más me vale dejar de hacerme el chulo...

—¿La próxima vez? Llevas en este patio el tiempo suficiente como para haber purgado dos acusaciones por asesinato y un montón de robos.

Rojo se encogió de hombros.

—Entro y salgo. Llevo aquí un tiempo, sí.

—Hace demasiado frío en este patio como para perder en él la puta vida.

Rojo perdió interés en la conversación y su atención se distrajo. Los convictos van a la cárcel y se pasan la mitad de su condena llorando. Y todo ese gimoteo nunca le ha hecho la estancia más fácil a nadie, así como tampoco ha hecho que los años fueran más cortos. Te las apañabas lo mejor que podías, y cuando las cosas se ponían feas apretabas los dientes. El gran patio era un mundo secreto si sabías ver dónde estaba la acción, y siempre pasaba algo. El patio podía llenarte la vida, y también podías morir en él.

—¿Qué pasa, Sociedad? —preguntó otro.

—No gran cosa. ¿Quieres que nos engrasemos las axilas y luchemos?

Pasó un hombre que llevaba una caja de cartón y calzado para la libertad condicional. Rojo sabía que había cumplido su condena e iba a salir. A las diez estaría en libertad, rumbo a la ciudad, y antes de que el día acabara, otro pájaro vendría a reemplazarlo. Era algo que ocurría cada día. Esa rotación era constante. Solo los condenados a cadena perpetua y a penas prolongadas permanecían fuera de este proceso.

Por un momento Rojo pensó en los hombres que esperaban en alguna cárcel del condado, sin saber aún que acabarían con sus huesos en el gran patio antes de que el día acabara. A continuación vio al corredor de apuestas para el que trabajaba y se le acercó para colocarse a su lado.

Capítulo 1

A doscientas millas al sur, en la cárcel del condado de Delano, Jim Nunn era el primer preso de la cadena de acusados a la espera de sentencia por delito mayor. Estaba tranquilo. Ya había pasado por eso antes, varias veces en diferentes condados, y nada podía sorprenderlo en la rutina del calabozo, la condena y la sentencia. La cadena de aquel día estaba ya lista para sentencia, y cuando el ayudante del *sheriff* le quitó las esposas, Nunn hizo un gesto en dirección al calabozo de la sala del tribunal que había un poco más allá.

—¿Es ahí donde te dan habitación y comida gratis?

El ayudante sonrió de manera mecánica.

—Ahí es —dijo, y comenzó a quitarle las esposas al siguiente. Nunn entró en el calabozo. Todos son iguales, se dijo amargamente. Todos parecían iguales, olían igual. Se sentó en uno de los dos bancos encarados entre sí en el calabozo estrecho y anodino.

Henry Jackson, un negro muy alto y muy negro, entró. Le sonrió a Nunn y dijo en voz baja:

—Bueno, amigo, aquí estamos.

Nunn le devolvió la sonrisa.

—¿También has venido a que te paguen el alquiler?

Jackson puso una mueca graciosa.

—Probablemente eso es lo que pasará.

—Me dijeron que si no podía cumplir la condena, más me valía no cometer ningún delito.

—Y muy bien dicho. —Jackson se encogió de hombros y se sentó al lado de Nunn—. Bueno, no creo que ninguno salte de alegría. —Levantó la mirada cuando entró otro preso, liberado de la cadena. Le preguntó a Nunn—: ¿Cuántos de estos tipos crees que nos acompañarán?

—Los suficientes —dijo Nunn—. Han de mantener la cárcel llena.

—Ya lo creo.

Nunn observó cómo los demás presos entraban en el calabozo. Pensó en ellos según el delito que habían cometido. Un Falsificador de Cheques, un Homicida, un Ladrón, el Violador de Niños, y tres chavales, uno totalmente chalado, por un robo de cuatro dólares a dividir entre ellos. Nunn se frotó la nuca e intentó recordar el último chute bueno que se había pegado. El recuerdo no le consoló. Dio un respingo cuando la puerta metálica que comunicaba con la cárcel del condado se cerró de golpe; oyó el sólido empuje del cerrojo. Más o menos en una hora, cuando el juez estuviera preparado, los llevarían para que dictara sentencia. Nunn no sentía más que un leve suspense. Sabía que iba a volver a la cárcel. Lo condenarían y se lo llevarían a media

tarde.

Se volvió hacia Henry Jackson.

—¿Qué tenemos esta noche de manduca?

—¿Viernes? Pescado, ¿no?

—Eso, pescado.

—Y pan de maíz. Y pastel de manzana.

—Sí, y toda el agua que puedas beber.

—Ya lo creo, te puedes colocar todo lo que puedas a base de agua.

Nunn negó con la cabeza fingiendo pesadumbre.

—Jackson, creo que la hemos cagado.

—No me digas.

—El juez lo dirá.

—Sí, hoy es el jefe.

—Exacto, y esta noche ni siquiera se acordará de qué pinta teníamos.

¿Era eso lo que le preocupaba?, se preguntó Nunn. Deseaba tener la mollera y las pelotas para cometer algún delito espectacular, algo legendario, en lugar de ser, como sabía que era, un insatisfecho, gris y de poca monta. Sí, ojalá fuera otra persona, se dijo. Sus ojos escrutaron las caras que había en el calabozo, y en la más triste, la más cansada, vio cierta esperanza furtiva. Incluso el Violador de Niños parecía creer que podrían perdonarle. Violar niños no te convertía necesariamente en una mala persona. Simplemente se le había olvidado pedirles el documento de identidad. Podía pasarle a cualquiera.

—Eh, Manning —llamó Nunn.

El Violador de Niños levantó la cabeza.

—Sí —dijo.

—¿Qué crees que pasará?

—¿En el tribunal?

—Sí, ¿qué esperas que pase?

—No lo sé.

—¿Crees que te mandarán a la cárcel?

—No lo sé.

Henry Jackson se inclinó hacia Nunn y le susurró:

—Si no acaba en la cárcel, los patos del Mississippi llevan botas de goma.

—Sí, y no hay ni una vaca en Texas.

Los dos hombres le sonrieron a Manning, el Violador de Niños, sin el menor asomo de cordialidad.

Will Manning percibía su burla y su desagrado. ¿Podía culparlos? ¿Cómo se había sentido él antes de hacer su increíble descubrimiento? Durante más de media vida, durante la cual él se había considerado... ¿con qué palabra se sentía cómodo?

¿Honesto? ¿Honorable? ¿Decente? No, nunca había aspirado a tanto. Medio decente es precisamente cómo se habría definido a sí mismo. Y después de más de media vida de media decencia, de repente había descubierto, en unos pocos vívidos momentos, que era un repugnante degenerado. La expresión no era suya. Era cortesía de su mujer.

Sacó el pañuelo que llevaba de adorno en el bolsillo de la americana y se secó la frente. Había demasiada gente en el calabozo. No podían apiñar a la gente así, como si fuera ganado. Demasiado calor corporal. El ambiente era caluroso y estadizo, como deprimido por una profunda fatiga. Una bombilla desnuda de doscientos vatios brillaba a través de una neblina de humo de cigarrillo.

Manning cruzó los brazos delante del pecho intentando comprimirse y evitar así tocar a los hombres que estaban sentados a ambos lados de él, pero cuanto menos espacio conseguía ocupar, más ocupaban los demás. Parecían hincharse y fluir a su alrededor como si sus ropas estuvieran llenas de una gelatina cálida, corrupta y medio fluida. El ritmo de su respiración parecía tan íntimo como el suyo propio.

Se quedó mirando por encima de sus brazos cruzados, más allá de las punteras de sus zapatos negros, e intentó pensar tan solo en las manchas del suelo metálico. Una de ellas, un óvalo de bordes recortados, le pareció por un momento una isla, una isla color tabaco en un mar plano y verde. Movi6 el pie para taparla. La población de la isla quedó destruida en un accidente absurdo. ¿Un accidente absurdo implicaba que podía haber accidentes que no lo fueran? Sería mucho mejor si no tuviera que pensar.

Se sacó un peine del bolsillo interior de la americana, con gestos torpes, intentando no empujar a los hombres que se apretaban contra él, y comenzó a peinarse. De manera automática le dio forma a la onda que todavía lucía sobre la estrecha frente. Año tras año, desde el último curso del instituto, esa cresta se había ido volviendo cada vez más pequeña, una muestra visible de los encogimientos ocultos que tenían lugar en el interior de su espíritu, y entonces, de repente, sintió una poderosa oleada de asco. Los restos del penacho de un semental envejecido que nunca había llegado a ejercer como tal, sino solo de ornamento. Tiró el peine con fuerza hacia atrás para destruir su modesta cresta y, de manera accidental, clavó el codo en las costillas del hombre que tenía a la derecha.

Ese tipo, envuelto en un mugriento abrigo color tabaco que le quedaba varias tallas grande, se volvió de manera violenta y le clavó a Manning unos ojos turbios y acusadores.

—Tranquilo.

—Lo siento —dijo Manning de manera automática.

—Amigo, no sabes lo hart0 que estoy de oír decir lo siento.

Manning se volvió bruscamente para evitar el olor a dientes podridos, y, como si alguien hubiera dado una señal, todo el mundo se movió. El preso al otro lado de Manning, un tipo recio y bronceado que llevaba una camisa deportiva marrón con seis botones pequeños y negros en los puños, levantó la cabeza apoyada en sus

manos. Tenía las mejillas marcadas por la presión de los dedos y en sus ojos había desdicha.

—¿Qué estáis haciendo ahí fuera? —preguntó a nadie en particular.

En el banco de delante, Nunn se inclinó para preguntar parodiando un educado interés:

—¿Tienes prisa?

Los demás presos se rieron, y Henry Jackson intervino.

—No pierdas la calma —le dijo al hombre de la camisa deportiva marrón—. En el tribunal les sale el tiempo por el culo. Lo único que tienes que hacer es agacharte y esperar a que te la metan.

—Bien dicho —asintió Nunn—. A todos nos van a joder, y sin la alegría de que te metan la polla.

—Y sin vaselina —añadió Henry Jackson.

Los presos volvieron a reír.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó el hombre de mirada turbia al que Manning había dado un golpe—. ¿Cuál es la maldita gracia? —preguntó otra vez con impotente amargura.

—Ya la verás —dijo Nunn.

—Ya lo creo —añadió Henry Jackson.

—Es como cuando la violación es inevitable —añadió maliciosamente Nunn—: relájate y disfrútala.

Manning sintió que la sangre le ardía en la cara mientras contemplaba la pared metálica que quedaba por encima de las cabezas de los presos sentados en el banco de delante. No los miraba porque temía que todos estuvieran sonriéndole. De pronto se encontró estudiando un tosco dibujo de un hombre haciendo el amor con una mujer. Los genitales estaban muy exagerados, y en el bocadillo que había sobre la cabeza de la mujer, esta exclamaba: «¡Ahhh! ¡Házmelo, hombretón!». Mientras que al hombretón le habían hecho decir: «¡Menea ese culo, zorra!».

Manning se estremeció. La obscenidad era tan intolerable como el tacto del cieno. Cerró los ojos, pero la grotesca caricatura cobró de inmediato vida en su mente, y las figuras comenzaron a moverse en lentas sacudidas de placer animal. La imagen pareció inclinarse cuando de alguna manera su perspectiva cambió y de nuevo vio la cara suave y joven de Debbie vuelta de lado sobre el almohadón; el perfil, en algunos lugares casi indistinguible de la tela blanca, y en otros contrastando vivamente contra la negra maraña de sus largos cabellos. Vio el aleteo de los párpados y de nuevo sintió el primer desplazamiento sutil de las caderas bajo las suyas, y de nuevo, como había hecho aquella noche, jadeó. Después de años de tedio, una oleada de feroz energía masculina lo había atrapado, como un conejo en un cepo, y lo había expuesto como objeto de desprecio y burla. Abrió los ojos. Nadie le prestaba atención. Nunn se estaba liando un cigarrillo, con unos movimientos precisos hasta la meticulosidad, y Henry Jackson observaba como si intentara memorizar cómo lo hacía. Manning

apartó la mirada y se descubrió observando a un muchacho alto y muy delgado que hacía otro dibujo en la pared.

Sheldon Wilson, al que a veces denominaban Palo porque medía más de metro ochenta y ocho y pesaba menos de cincuenta y cinco kilos, estaba dibujando al Vampiro. Al Vampiro el pelo le formaba una uve en la frente, igual que al Diablo, y tenía las fosas nasales redondas y oscuras como peniques. Los colmillos, dientes sedientos de sangre dispuestos a clavarse en la garganta blanda del mundo, eran romos y funcionales como pajitas.

Los dos secuaces de Palo, que llevaban el título de generales, observaban trabajar a su líder. Uno tenía diecisiete años, el otro, dieciocho. El más joven tenía unos ojos almendrados e inexpresivos y una boca floja, como de *borderline*, mientras que el otro, solo parecía un poco más espabilado. Palo, en agudo contraste con sus generales, mostraba un aire de huraña agudeza. Una expresión sombría y malvada. Tenía la cara estrecha en forma de desplantador, y los ojos, pequeños y muy juntos, eran los remaches que unían el filo al mango. Tenía diecinueve años, y antes de los dieciséis ya lo habían expulsado de varios institutos. Dos veces por pegar a los profesores, ambas mujeres, y una tercera por irrumpir en la escuela de noche para pintar eslóganes fascistas por los pasillos. También había invadido el lavabo de las chicas, abierto el dispensador de compresas y las había esparcido por todas partes. Después de ese incidente, un psicólogo escolar lo había calificado de «gravemente perturbado» y recomendado que lo trataran en una institución, cosa que en palabras sencillas significaba —lo sabía Palo— que lo aparcarían en un manicomio, por lo que decidió, según su propia expresión, echar el freno. Se volvió entonces un chico callado, retraído y bastante normal si uno hacía caso omiso de la enorme esvástica que llevaba en la tapa de su carpeta. Y tampoco era el primer muchacho que encontraba una especie de magia negativa en ese desacreditado símbolo; en cierto modo, su banalidad era casi tranquilizadora. Luego las esvásticas fueron reemplazadas por el Vampiro.

Los tres, los generales y Palo, constituían la totalidad de los Vampiros, una organización dedicada a dominar el mundo. Estaba a la espera de juicio por robo, un intento de recaudar impuestos para su erario, que en el momento de su arresto ascendía a tres dólares y diez centavos. Primero retuvieron el dinero como prueba y luego lo devolvieron al hombre al que se lo habían robado. Pero se habían gastado ya noventa centavos en cigarrillos, golosinas y una botella de Royal Crown Cola.

Sonó una llave. Palo levantó la mirada de su dibujo y se encontró con un ayudante del *sheriff* de aspecto afable que ahora se recortaba de pie en la puerta abierta de la sala del tribunal. Las manos que sostenían una tablilla con sujetapapeles eran finas y bien cuidadas. Palo apretó los ojos en un gesto de desdén. Se quedó mirando el lustre negro de las botas del ayudante.

—¿Henry Jackson? —el ayudante leyó el nombre en una lista escrita a máquina.

—Sí, señor. Soy yo.

—Eres el primero en batear, Henry. Quítate la gorra y ven conmigo.

Jackson se quitó su gorra de golfista manchada de pintura y se la metió en el bolsillo de atrás.

—Sí, señor —volvió a decir, esta vez marcando su acento en tono de burla. Guiñó uno de sus ojos amarillentos y le sonrió al hombre que tenía detrás—. Allá vamos.

—Hazte el negrito bueno —le aconsejó Nunn.

—Oh sí, me haré el negrito bueno.

Cuando la puerta se cerró detrás del ayudante y de Henry Jackson, Palo regresó a su dibujo y comenzó a pintarle un fino bigote al Vampiro como el que él mismo llevaba, aunque el suyo era tanto de pelo como de cerilla quemada.

El general más joven se inclinó hacia él para susurrarle:

—¿Qué crees que nos harán? —Miró en dirección a la puerta—. ¿Ahí fuera?

—Te he dicho que no te preocupes.

—Sí, ya lo sé, pero no dejo de preguntarme...

Palo miró a sus generales con serenidad.

—¿Y qué más da? —preguntó en voz baja, con el oído sensiblemente afinado a la frialdad de su voz—. ¿Importa algo lo que hagan?

—No, pero no puedo evitar...

—Está bien —le interrumpió Palo—. No importa. Ahora tienen ellos la sartén por el mango. Luego la tendremos nosotros. —Asintió con un énfasis muy confiado, y enganchó el pulgar a la puerta que conducía a la sala del tribunal—. Y a todos esos asquerosos, a toda esa purria, los arrojaremos a la calle y acabarán en las cloacas.

Los generales asintieron con la esperanza de que tuviera razón. Por un momento parecieron tan satisfechos como un niño al que le han prometido su golosina preferida.

Volvió a abrirse la puerta. Entró Henry Jackson, todavía sonriente, aunque ahora su sonrisa parecía una mueca.

—¿Qué te ha caído? —preguntó Nunn.

—Lo suficiente —dijo Henry Jackson, sacando una colilla de cigarrillo aplastado y roto del bolsillo de la camisa. Miró la colilla, vio que no se podía encender y la tiró al suelo—. Pero no tanto como para que no pueda soportarlo —añadió—. Si el hombre dice que me lo tengo merecido, supongo que puedo hacerlo.

—Supongo que podrás —dijo Nunn.

—De eso no hay duda, ¿verdad, amigo? Cuando el hombre te mete la condena por el culo es mejor que seas capaz de cumplirla.

—Lo aguantarás. Ya te han condenado otras veces.

—Eso es verdad.

De nuevo el sonido de las llaves, y esta vez Palo oyó que el ayudante pronunciaba su nombre. Se puso en pie de manera enérgica e hizo seña a los generales de que se

colocaran en fila detrás de él. Entraron en la sala del tribunal, pero el efecto marcial y amenazador que Palo había planeado fracasó cuando el general más joven se mostró incapaz de mantener el paso. Se colocaron debajo del estrado en posición de firmes, haciendo caso omiso de sus padres, que estaban sentados en la primera fila detrás de la barandilla. El abogado contratado por sus padres pronunció un breve discurso, pero Palo no lo escuchó. Se concentró en los ojos del juez. Quería que el juez lo recordara al igual que él intentaba recordar al juez. Sabía que sus ojos estaban cargados de poder, un poder frío, y taladró con esa gélida fuerza el cerebro del juez hasta que pudo enviar sus pensamientos como si fueran órdenes...

—Deja ir al Vampiro —deseó que dijera el juez.

A continuación oyó que el juez los condenaba a ir a la prisión estatal. Sacudió la cabeza bruscamente hacia atrás como si el juez le hubiera golpeado, y el general más joven lloró desconsoladamente. Palo oyó cómo su madre pronunciaba su nombre con ese mismo gemido lloriqueante que tanto detestaba, y, como tantas otras veces, no le prestó atención.

A continuación el ayudante los condujo de nuevo hacia el calabozo y los tres lo siguieron como niños pasmados, pero cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Palo se puso muy tieso y le dijo a su tropa que se calmara.

—Basta de gimotear —le dijo al general más joven—. Que nos manden a la cárcel, ¿significa que hemos de quedarnos?

Y en la mente de Palo nació en ese momento un curioso híbrido, alimentado en parte por su simplificada recreación del regreso triunfante de Napoleón de Santa Elena, combinado con la ultimísima película de Humphrey Bogart, en el que se le veía acuclillado a las sombras de un muro de una cárcel mientras los reflectores pasaban a su lado como los tentáculos de un calamar furioso.

Manning observó cómo los demás presos iban entrando en la sala del tribunal. Unos pocos obtuvieron la libertad condicional o una breve condena en la cárcel del condado, pero casi todos fueron condenados a la prisión estatal. Oyó que Nunn dejaba escapar un breve silbido y decía:

—Este juez es un animal. Se los está cargando a todos.

—Su mujer se lo está haciendo pasar mal —dijo Henry Jackson—. Ningún hombre debería tener esos ojos inyectados en sangre.

—Cierto —dijo Nunn—. Se cree que si él está jodido, todos tienen que estarlo.

Llegó el turno de Manning, y salió a la atmósfera luminosa y estéril de la sala del tribunal con la sensación de un submarinista que regresa a la superficie después de muchas horas en el fondo oscuro y mortífero del océano. Escrutó los asientos e inmediatamente vio a su mujer en la última fila. No la había visto ni había sabido nada de ella desde la mañana en que lo denunció a la policía. Ni visitas ni cartas, nada que indicara que comprendía que su acto había sido tan destructor como el de él. Al

momento estaba bastante cerca como para verle la cara. Ella había venido para vengarse.

El abogado de Manning se colocó junto a él, ante el estrado, y comenzó una súplica poco emotiva para que le concedieran la libertad condicional. Manning oyó que lo describía como un «buen ciudadano» con una «impresionante hoja de servicios». Mira al juez, se dijo Manning, pero no lo conseguía. Su abogado seguía hablando: «... un crimen pasional en el sentido más estricto... no era su hija natural».

El juez se había quitado las gafas y juntado las manos. Por fin Manning fue capaz de mirarlo a los ojos, y vio que estos se cerraban con repugnancia.

—Libertad condicional denegada. En opinión de este tribunal, la ley no ofrece un castigo adecuado para aquel que profana su propio hogar y mancilla a los suyos como un animal. Habría que operarlo.

Manning agachó la cabeza, enrojecido de vergüenza. El juez repitió rápidamente la fórmula legal que lo condenaba a la cárcel. Su abogado le daba unos golpecitos en el hombro y le decía:

—Lo siento, Will, creía que saldríamos de esta.

—¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo es eso?

—Tendría que comprobarlo, pero creo que es entre uno y cincuenta años.

—¡Cincuenta años!

—No dejes que esa cifra te asuste. Podrías estar fuera en un año.

Se volvió para ver el abrigo color tabaco de Pat mientras esta salía por las puertas batientes. A continuación el alguacil le hizo seña de que regresara al calabozo. Al salir de la sala del tribunal se encontró pensando en si tendría que cancelar su seguro.

Capítulo 2

Transportar presos convictos, ahora literalmente convictos, a la penitenciaría del estado es responsabilidad del *sheriff*, y el condado había convertido un antiguo autobús escolar en furgón para presos. Unos barrotes soldados en las ventanillas encerraban al conductor en una cabina aparte, y los colores originales naranja y negro habían sido repintados de gris. Manning se había fijado a veces en ese furgón. Parecía moverse en una nube, no de vergüenza ni de peligro, sino envuelto en una atmósfera distinta. Un voluminoso pájaro gris de paso que venía de una tierra desconocida y se dirigía a otra.

Para su transporte, los presos iban enfundados en un mono blanco, pero hasta que Manning no entró en la jaula de embarque del sótano de la cárcel del condado y vio un montón de monos blancos no recordó a los hombres que se veían a través de las ventanillas del autobús, todos de blanco, disciplinados como trapenses. Cuando distinguió los montones de esposas y grilletes para los pies comprendió por qué eran tan disciplinados.

Los desnudaron, los cachearon y les dijeron que pusieran una etiqueta a su ropa de civiles. Tras haberse puesto el mono, les colocaron los grilletes en los tobillos y los condujeron hasta el autobús, que estaba aparcado en un callejón. Los asientos se llenaban desde la parte de atrás, y Manning se encontró sentado junto a una ventanilla, compartiendo asiento con Jim Nunn. Henry Jackson estaba justo delante de ellos.

Manning miró por la ventanilla, pero había poco que ver: el lateral del edificio de ladrillo visto, en el que había estado encerrado seis semanas, y las jorobas luminosas y uniformes de los coches aparcados. Al final del bloque una mujer cruzó la boca del callejón.

—Adiós, mamá —dijo Henry Jackson.

Dos ayudantes recorrieron el pasillo rápidamente cerrando las esposas, y cuando terminaron cerraron con llave la puerta del compartimiento del conductor. El motor se puso en marcha.

Cuando quedó claro que iban a atravesar el centro de la población, Manning escondió la cara en las manos. No quería que lo vieran. Pero tampoco quería ver. Sin embargo, mentalmente observaba cómo los edificios que conocía desde siempre, uno por uno, iban quedando atrás.

—Bueno, ya está —dijo Nunn, y Manning levantó la cabeza y miró a su compañero de asiento.

Por primera vez se dio cuenta de lo enfermo que parecía Nunn. Su cara, de aspecto dolorido, estaba grisácea y su boca ancha y roja le daba como un aspecto de payaso, aunque éste quedaba desmentido por sus ojos. Levantó las manos para mirar

las esposas, estudiándolas con aversión. Emitió entonces un ruido sarcástico y le dijo a Manning en un tono normal:

—No hemos sido muy listos, ¿verdad?

—No, supongo que no.

—Te acostumbrarás.

—¿Cómo es la cárcel?

—Aburrida —contestó Nunn sin ningún énfasis—. Y eso es todo. Si no estás incómodo, te aburres. No hay diversión. Ni chicas. Ni droga. Ni esperanza. Y encima, la comida es mala.

—¿Allí puedes estudiar? ¿Aprender algo?

—No creo que puedas encontrar un lugar mejor. Tienen escuelas. Puedes dedicarte a algún *hobby*. —Nunn sonrió—. Mi *hobby* era traficar con drogas.

—¿No lo dirás en serio?

—Claro que no lo digo en serio. —Nunn se inclinó hacia delante y le dijo a Henry Jackson—: ¿Qué te parecería una bolsita de buen caballo?

Jackson se volvió sonriente.

—¿Les gustan las zanahorias a los conejos? Pero si quieres que te diga la verdad, amigo, ya he tenido mis líos con eso. Te quema el brazo. Al final parece que un vampiro te tiene poseído.

—Esa mierda me da miedo. No dejo de pensar en que voy a cometer alguna locura.

—Y no te equivocas. A veces se te afloja más de un tornillo. Bueno, pero durante un tiempo no vamos a tener esa preocupación.

—Y que lo digas.

Mientras los dos hombres hablaban, el autobús había llegado a campo abierto, y ahora pasaban por una extensión de pastos vallados donde pacía un pequeño rebaño de vacas blancas y negras. Una de ellas levantó sus ojos redondos y vacíos hacia el autobús.

Una música comenzó a sonar en el altavoz que había en el rincón de atrás. Era una canción que Manning había oído cantar a menudo a Debbie en su dormitorio.

Palo y los generales se pusieron a cantar con el disco. Parecían de buen humor, y Manning se dijo que el chaval había sido capaz de convencerse de que aquello era una especie de aventura. Se apoltronó y se puso a escuchar cómo Henry Jackson relataba su arresto por algo que él denominaba «el timo de la puta».

—Mira —estaba diciendo Henry—, sabía que no tendría que haberlo hecho en mi barrio. Lo sabía. Pero apareció ese tipo y me pareció forrado, forrado, y me dije que podía desplumarlo, así que me lancé. Le digo si quiere cepillarse a una chica de color. Sí, eso es lo que quiere. De manera que lo llevó al cagadero de las habitaciones de Mae-e-Ida, y le digo que a la chica hay que darle veinte.

«¡Veinte!, dice. Quiere follar un poco. Dice que solo quiere usarla un rato, no comprarla. Le digo que veinte es el precio habitual para una chica de primera como

esa, y que si quiere follar más vale que vaya sacando los veinte de la farraca. Si va de tacaño, no creo que consiga ningún coñito, pero al final saca un billete de veinte, y lo tengo esperando en el vestíbulo un par de minutos. Luego vuelvo con él y le digo: Ahora más vale que te dejes la farraca hasta que hayas acabado con la chica. Yo te la guardo. Hemos tenido problemas porque a los clientes les robaban mientras estaban en las habitaciones. Eso le da mala reputación al lugar. Así que será mejor que yo te la cuide mientras estás con ella.

»¿La chica me espera?, pregunta. Y yo le digo: ya lo creo, te está esperando. Es un bombón. Así que me entrega la farraca, dentro hay más de cien, y le señaló una puerta para que llame y me piro.

«Bueno, el idiota se pone a gritar que lo han secuestrado. Me identifica en comisaría. Y me trincan en la esquina de mi casa. La policía no para de hablar de secuestro, y yo digo: Alto ahí, desde cuando al timo de la puta se le llama secuestro. Y me dicen: Jackson, tú tienes demasiada clase para ser un timador, pero tienes un gran potencial para el secuestro. Me hicieron sudar un poco, pero al final conseguí que lo dejaran en hurto mayor. Les dije que no tendría tiempo de cumplir una condena por secuestro a menos que me prometieran que viviría para siempre.

Manning se dio cuenta de que Nunn sonreía, así que se inclinó hacia él para preguntar:

—¿Qué es la farraca?

—La billetera.

—A mí me pasó algo parecido cuando estaba en el ejército. Solo que yo estaba con la chica y el hombre entró y me sacó la pasta. Me puso un cuchillo en el pecho.

—Otro timo clásico —dijo Nunn—. Cualquiera idiota con una tía puede hacerlo. Para el timo de la puta necesitas una persona entrenada. Vas improvisando sobre la marcha. Es un arte. No tienes más que un sitio al que ir, una mano para coger, y una boca para decir «Dame».

—Interesante —dijo Manning, esperando sonar condescendiente. Intuyó que no sería prudente que lo consideraran un esnob. Sobre todo porque ya se había formado la clara impresión de que la mayoría de aquellos hombres se consideraban superiores a él simplemente por la naturaleza de su delito. Le había sorprendido que Nunn fuera tan cordial, pero el estado de ánimo presente de Nunn era tan sombrío como el que había mostrado durante las semanas pasadas en la cárcel. Todos estaban callados. La radio emitía una melodía más antigua y suave. Los chicos ya no cantaban.

Palo estaba en su propio viaje. Tenía los ojos cerrados pero estaba despierto, y en la pantalla infinita de su imaginación se había formado otra realidad en la que el autobús cruzaba una zona inhóspita. Hacía muchas millas que no se cruzaban con ningún edificio, y lo único que recordaba a la civilización, aparte de la carretera, era la línea telefónica, un único hilo negro festoneado de poste a poste.

Palo siguió el cable que brillaba recortado contra el intenso azul del cielo, y cuando observó que se interrumpía, y la línea cortada colgaba impotente contra el poste, se permitió una leve sonrisa. En la curva siguiente la carretera estaba bloqueada por un gran tanque negro. El autobús frenó y viró, quedando a pocos centímetros de la oruga. La boca del cañón de 20 mm de la torreta giró hasta cubrir al conductor del furgón. Un soldado uniformado de negro saltó de la escotilla llevando una metralleta Sten. Llevaba el emblema del Vampiro. La insignia del Vampiro estaba pintada en el lateral del tanque.

El soldado corrió hacia la puerta del autobús, pegó una bomba de termita a la cerradura, se protegió los ojos del breve resplandor de la intensa luz azul, y enseguida entró por la puerta, la metralleta a punto.

—Pretendemos liberar a nuestro líder —anunció el soldado a los ayudantes del *sheriff*—. ¿Se os permite rendiros o debemos dispararos?

—Tengo familia —dijo el agente que iba armado.

—Y yo madre —añadió el conductor.

El soldado divisó a Palo. Al instante movió el arma para hacer el saludo romano.

—Eres libre, Vampiro.

Los demás prisioneros miraron angustiados a su alrededor para ver a quién se había dirigido el soldado, y Palo, con un sentido de la oportunidad que jamás había conseguido en la vida real, dejó pasar tres segundos antes de ponerse en pie y devolver despreocupadamente el saludo.

—Bien hecho —dijo resuelto.

Recorrió el pasillo a grandes zancadas, y sus esposas y grilletes desaparecieron como por arte de magia; el mono se transformó en un uniforme enteramente de cuero negro adornado con plata. Le hizo un gesto al conductor y al guarda armado, y los dos se encorvaron en otro gesto de súplica.

—Mata a estos tarados —ordenó, y observó impassible cómo la metralleta tosía rítmicamente. Se volvió y se quedó a la entrada del pasillo, las piernas abiertas y los brazos en jarras.

»Os libero, les dijo a los demás prisioneros, y os ofrezco la oportunidad de uniros a nuestro movimiento. Porque habéis estado conmigo en mis momentos más difíciles, es mi intención convertirlos en un Cuerpo de Élite que será conocido como el Cuerpo de Vanguardia de la Muerte, y a partir de ahora seréis los portaestandartes de todas las ceremonias y de mi séquito, además de servirme como escolta privada. Tal honor será transmitido a vuestra descendencia.

El sueño se desdibujó. La realidad acometió a Palo como una oleada de espeso polvo blanco, metiéndosele en la boca y en los ojos. El espejismo del polvo fue tan fuerte que se inclinó hacia delante para aclararse la boca y escupir en el suelo. Los dos generales dormían, el más joven con la boca abierta. Al reflexionar, Palo se dio cuenta de que sería un error huir del autobús en tránsito. Esa huida sería algo rutinario, pero huir de la cárcel constituiría un hecho legendario. Palo cerró los ojos

otra vez y comenzó a escenificar su nuevo mito.

—No pudieron probar que yo había robado el traje —estaba diciendo Nunn—, pero sí que lo tenía y que sabía que era propiedad robada, que es todo lo que necesitaban para acusarme de aceptación de propiedad robada. Los de narcóticos me tendieron una trampa. Primero enviaron al tipo para que me vendiera el traje. Le di una dosis floja a cambio de doscientos dólares en billetes de uno, y me dice que le estoy haciendo un favor, y cuando luego me trincan me hace subir al estrado y me crucifica. Pero desde el principio fue cosa de la pasma. Me querían quitar de en medio.

—Pero ¿por qué? —preguntó Manning—. ¿Qué tenían contra ti?

—Pensaban que yo era un eslabón importante. Demonios, tenía que sacar dinero de las piedras para conseguir meterme algo, pero la policía, a veces, se queda convencida de sus propias fantasías. Por alguna razón me dieron un lugar preferente en su *hitparade*. Se me echaron encima y me cachearon tantas veces que me parecía que tenía los bolsillos siempre al revés y las mangas a media asta, y cuanto más limpio estaba más convencidos estaban ellos de que yo era un pez gordo. Entonces una zorrilla de medio moco hincó el pico y...

—¿Qué?

—Una chavala murió de sobredosis en un coche en uno de esos cines al aire libre, y con aquello se encendió la histeria de las drogas en el cole, aun cuando la tía había dejado la escuela hacía un año y hacía seis meses que iba con negros. Jesús, no sé a quién le importaba esa putilla quinceañera. Probablemente era otra de sus fantasías. Como el drogadicto hambriento de sexo, que es casi lo mismo que una verdura hambrienta de sexo. El drogadicto habitual no es más que un pobre desgraciado triste y enfermo que lo único que quiere es que lo dejen en paz con su colocón. Pero no hay manera. Hay aquí material suficiente para una fantasía de gran éxito, producida y dirigida por J. Edgar Hoover.

Nunn hizo una pausa y se encogió de hombros. Puso una sonrisa irónica.

—En fin, esta es mi triste historia. —Comenzó a liarse un cigarrillo con la destreza de una prolongada práctica. Las esposas no parecieron molestarle—. ¿Quieres uno? —ofreció.

—No sabría liarlo —dijo Manning.

—Yo te lo hago.

Manning vaciló al recordar la lengua fina y azulada de Nunn humedeciendo la goma del papel.

—No, gracias, intento dejarlo.

—Más poder. Serás más rico si lo consigues. En el talego la mitad intenta encontrar una manera de fumar, y un par de paquetes de cigarrillos te consiguen cosas que ni imaginas. Tengo un buen colega que presta cigarrillos y recoge intereses como

si fuera un banco...

Nunn se interrumpió y se inclinó hacia Manning mientras leía un mojón a un lado de la carretera.

—Vamos bien de tiempo —dijo—. Esta noche cenaremos en el trullo.

Manning asintió mecánicamente. Percibía la amenaza de la prisión cerniéndose ante él, y le parecía verse arrastrado rápidamente hacia un pasado brutal y violento, al que su propia brutalidad lo había condenado. Por un momento vio a Debbie tendida en el suelo, jadeando de dolor y terror, sin sangre, ni siquiera dolor. Su vergüenza dejó paso a una abrumadora sensación de pérdida, y a la conciencia de cuán cruelmente lo habían engañado.

Levantó las manos para frotarse los ojos y le echó un vistazo a su compañero de asiento para ver si Nunn se había dado cuenta de su malestar, pero este descansaba con los ojos cerrados, y la cabeza se le balanceaba ligeramente con el movimiento del autobús.

Manning se volvió para mirar por la ventana. Ahora pasaban por campo abierto. De vez en cuando se veía alguna sinuosa hilera de postes, a veces interrumpidos por la X de una verja lejana. Pasaron junto a un granero de madera en el que se veía pintado un anuncio de *Tabaco de mascar Mail Puch*. Media milla más adelante, en una pequeña valla publicitaria, con letras de un vivo rojo, azul y amarillo, se leía *Jesús murió por ti*. En el horizonte, una cordillera de montañas color añil se alzaban como si las hubiera generado la neblina que se veía a lo lejos, y las cumbres más altas estaban salpicadas de blanco.

Manning sintió una punzada de hambre. Nunca había sido un sentimental de la vida al aire libre, rara vez salía de la ciudad, pero ahora contemplaba el paisaje que pasaba ante sus ojos con una viva sensación de pérdida inminente. Más adelante llegaron a las afueras de una población, los frenos neumáticos chirriaron mientras el autobús aminoraba la marcha. Se habían parado en un semáforo en rojo, y Manning se quedó mirando a las mujeres que cruzaban la calle. Ya le parecían algo remoto.

—Eh, Mamita —llamó en voz baja Henry Jackson a una rolliza mujer que iba en pantalón corto y empujaba un carrito de la compra—. ¿A que te vuelvo loca de gusto? —Se volvió para informar a su compañero de asiento—. Estas gordas hermosuras siempre te vuelven loco.

—Jackson —dijo Nunn sin abrir los ojos—, ¿es verdad que tu parienta está en las grandes veladas de lucha libre?

—La lucha libre solo la hace conmigo, esas son sus veladas.

—Jackson —dijo irónicamente Nunn—, mientes más que hablas.

Jackson se rió y se estiró. Manning dormitaba. Fue pasando de la vigilia el sueño mientras el autobús cubría la distancia que quedaba hasta San Francisco. Dormía cuando cruzaron el Golden Gate, o habría visto la cárcel a lo lejos.

—Ya hemos llegado —dijo Nunn—. El estercolero de la creación.

El autobús había seguido el perfil de la bahía junto a un trecho de marismas —

barro negro que apestaba a petróleo—, y luego había girado por debajo de la estribación de una colina árida que mostraba las profundas cicatrices de una cantera a cielo abierto, hasta que de repente se encontraron con los inmensos muros de cemento. Un ancho camino de asfalto conducía directamente hacia un gran portón de acero. Pasaron junto a una oficina de correos, un puesto de comida, una tienda de curiosidades, y a continuación recorrieron un trecho que se parecía a cualquier distrito residencial: casas medio ocultas en medio de exuberantes arbustos, mientras, en los amplios céspedes, varios hombres vestidos con mono azul se inclinaban sobre las asas de sus cortacéspedes y levantaban la mirada hacia el autobús. Un diminuto muchacho que llevaba una cazadora roja y una gorra de baloncesto de la liga infantil repartía periódicos en su bicicleta.

La prisión se parecía muy poco a la temida idea que se había hecho Manning: una confusa proyección formada en su mente a partir de los cientos de transparencias de ficción y leyenda que se habían combinado para formar una ilusión de realidad. Todos los componentes de la cárcel de película eran visibles —guardas armados, altos muros, la mirada ciclópea de los reflectores—, pero parecían disminuidos, carentes de peligrosa vitalidad, mitigados por los lozanos céspedes verdes, los numerosos lechos de flores de vivos colores; e incluso los propios muros, que estaban pintados de un verde pastel adornado con un rosa crepuscular.

—Pero si es Disneylandia —bromeó alguien de las filas delanteras.

—Ya veréis lo que es Disneylandia —dijo Nunn sin inmutarse.

El autobús aparcó en el asfalto, juntó a los grandes portones en arco, y los agentes del condado comenzaron a quitarles los grilletes y las esposas. Ya sin cadenas, los prisioneros salieron del autobús y pasaron por una poterna de la verja mientras un ayudante del *sheriff* y un funcionario de prisiones hacían el recuento.

Manning siguió a Nunn hasta una estrecha habitación de cemento en la que había bancos de madera, pintados de un verde bosque, que se extendían por las paredes laterales. En la otra punta había una enorme puerta de hierro, también provista de una poterna más pequeña en la que estaba de guardia un vigilante con una sola llave de latón grande.

—Esto es lo que se llama la precárcel —dijo Nunn—. Una puerta más y estás dentro.

Manning comprendió que la zona servía también como punto de control del tráfico. Una docena de internos se desperdigaban por los bancos. Observaban abiertamente. Uno era un tipo enjuto con una cara tosca y cómica, y unos ojos amarillos y sonrientes.

—Y ahí tenemos a otro mariquita volviendo a la cárcel —anunció de repente en voz alta.

Nunn, mirando en dirección a él, exclamó:

—¡Rojo! ¡Sociedad Rojo! ¿Todavía los tienes engañados? Nadie dice «mariquita» más deprisa que un sarasa disimulado.

Rojo le dio una palmada en el brazo a Nunn.

—Amigo, ¿qué haces aquí otra vez?

—Llega el invierno. Hace frío bajo los puentes.

—¿Así que no has podido estar sin meterte nada?

Nunn se encogió de hombros.

—He tenido un buen viaje.

—Pues parece que vengas de revolcarte en la mierda.

—Me he gastado hasta el último chavo.

—¿Echaste algún buen polvo?

Nunn sonrió.

—Eres un calentorro cabrón. ¿Cómo está Hielo?

—Cojonudo como siempre. A su bola, montádoselo de puta madre. Ya conoces a Hielo.

—¿Todavía corre apuestas?

—Claro, ha vuelto a pillar la racha.

—Es bueno.

Rojo asintió.

—Es listo, eso es todo. Mientras todos los demás botarates están por ahí hurgándose la nariz, Hielo piensa. ¿Qué te ha traído de vuelta?

—Aceptación de material robado. Entre uno y cinco.

—Bueno, eso te calmará. Más vale que sientes la cabeza y te quites de en medio una temporada.

—Tendré que inventar nuevas mentiras.

Rojo sonrió.

—Que sean sobre las titis a las que te has cepillado. A lo mejor te puedes librar de la fama de rarito que tienes.

—No sé —dijo Nunn ampulosamente—. Esa fama no parece molestarte mucho.

—La fama de tu madre no me molesta.

—Solo porque la tuya llevaba eslips y guardaba el consolador sobre la repisa de la chimenea.

Rojo sonrió encantado, acordándose de ese juego con Nunn, y casi gritó:

—Lo guardaba en la repisa cuando no lo estaba metiendo en el coño de tu madre.

Un enorme guarda, con unos pequeños galones metálicos de sargento adosados al cuello de la camisa, cruzó una puerta metálica a tiempo para captar el último comentario de Rojo. Sonrió enseñando unos dientes pequeños y muy blancos debajo de un lustroso bigote negro.

—Rojo —preguntó con una voz de tenor sorprendentemente ligera—, ¿cuántos asaltos aguantó tu madre con Archie Moore?^[2]

Rojo se volvió rápidamente.

—Sargento, ya sabe que no me gusta ponerme a intercambiar insultos.

—Espero que no. Un chaval tan majo como tú. Y ahora vete cagando leches de

aquí y déjame con estos pájaros.

Rojo le dijo rápidamente a Nunn:

—Le diré a Hielo que acabas de llegar.

—Muy bien. Te veo en el patio.

El sargento los estudió impávido por un momento, y a continuación dijo:

—Tenemos que pasar algunos trámites, pero si os movéis la cosa no tardará mucho. —Señaló la puerta por la que habían entrado y Manning se fijó en que se leía ENTRADAS Y SALIDAS—. Por aquí —los invitó el sargento en tono agradable.

Entraron en una segunda sala donde había cinco hileras de bancos de madera que daban a lo que parecía un mostrador de reservas. En un rincón del fondo una vieja cámara apuntaba a una tosca cabina de contrachapado blanqueada por reflectores. Un interno de uniforme impecablemente planchado hizo algunos ajustes a la cámara y levantó la vista por un momento para examinarlos con unos ojos verdes y distantes. Automáticamente todos se sentaron en los bancos. El sargento se colocó detrás del mostrador, donde tenía una silla giratoria con almohadón en el asiento. Antes de sentarse les explicó que iban a tomarles una foto, que cualquiera que necesitara afeitarse encontraría navaja y hojas en el servicio. Los estudió brevemente para ver si lo habían entendido, a continuación se recostó en la silla y colocó los pies sobre el mostrador.

El interno que hacía de fotógrafo ya se había puesto a trabajar, y hacía girar un taburete de piano para que se sentara Henry Jackson. Cuando le llegó el turno, Manning miró serenamente a la luz, e inclinó la cabeza de manera obediente ante una señal que ordenaba MIRE AQUÍ. La señal estaba grapada al ombligo de una mujer desnuda cuyo pecho derecho había sido convertido en una diana, de modo que la aureola y el pezón eran el centro.

Cuando todos habían sido fotografiados, el sargento les ordenó que se desnudaran y arrojaran sus monos a un cesto de lona, y los zapatos, calcetines y ropa interior a una caja de cartón que había al lado.

—No entréis nada, nada, dentro de los muros. Cualquier objeto valioso, anillos, relojes, plumas, mecheros, debe quedar almacenado aquí y os será devuelto cuando salgáis. Dejad también los cigarrillos. Ahora acercaos aquí de uno en uno para que os cacheemos.

El sargento se colocó delante del mostrador y comenzó a darle órdenes al primero de los hombres que ahora estaban desnudos.

—Levanta los brazos. —Le miró las axilas—. Pásate los dedos por el pelo. Muy bien, abre la boca. Más. Muy bien. Descapúllate. Levanta las pelotas. Date la vuelta e inclínate. Separa las nalgas. Muy bien. Levanta los pies. El derecho. Ahora el izquierdo. Muy bien, coge uno de esos monos azules de ahí y ponte un par de zapatillas de tela.

Uno por uno todos se sometieron incómodos al humillante examen, excepto unos pocos que, al igual que Nunn, pasaron aquella rutina rápidamente como si fuera un

ejercicio que hubieran llevado a cabo a menudo y se sintieran un tanto orgullosos de conocerlo bien. Como embobado, Manning pasó por aquello y dio gracias cuando pudo enfundarse un mono gastado remendado en las rodillas. Se sentó y se quedó mirando al joven Wilson, que había esperado hasta el final. Su extrema delgadez le hacía parecer frágil a pesar de su estatura, y tenía la piel muy pálida. Avanzó hasta quedar delante del sargento y se quedó con los ojos medio cerrados, respirando por la boca. Tenía la cara como hinchada. Levantó el brazo cuando se lo dijeron, pero vaciló antes de abrir la boca, y entonces apenas la entreabrió.

—Ábrela mucho más —dijo el sargento—. Quiero verte las amígdalas.

Palo impulsó la cabeza hacia delante y abrió la boca bruscamente a pocos centímetros de la cara del sargento, que reculó y lo miró pensativo.

—Muy bien, levanta las pelotas.

Palo empujó la pelvis hacia delante y expuso el escroto.

Los ojos del sargento parpadearon. Abrió las piernas, y las manos, con el dorso pegado a la gruesa protuberancia que quedaba por encima de su ancho cinturón, se cerraron en un puño.

—Muy bien, hijo —explicó en voz baja—, y ahora vamos a echarle un vistazo al culo.

Palo se quedó rígido.

—¿No me has oído?

Palo seguía sin moverse.

—No te hagas el estrecho. He visto muchos culos. Todos me parecen iguales.

—Que te jodan —dijo Palo.

El sargento asintió con aire de satisfacción, y apretó un botón incrustado en la base del teléfono.

—Este es un lugar —le dijo a Palo—, donde por muy poco dinero podrás comprar una gran cantidad de problemas. —Encendió un cigarrillo. En menos de un minuto la puerta se abrió y entraron tres guardas a paso ligero.

—Son los matones —le susurró Nunn a Manning—. Al alto lo llaman el Granjero. —Manning vio a un hombre que debía de medir casi dos metros, de piel oscura, curtida como un viejo pellejo y unos ojos imperturbables color tabaco. Tenía los puños grandes y rojos.

—El gordo es el Indio.

El Indio debía de medir solo unos cinco centímetros menos que el Granjero, y acarreaba ciento cincuenta kilos de carne densa. La cabeza era del tamaño y la forma de una pelota de baloncesto, y se apoyaba en una doble papada. Tenía los ojos pequeños, brillantes y joviales.

El tercer miembro de los matones era un negro bajito, de uno setenta y cinco, casi delicado, con la cabeza lisa y bien formada de nutria. Se movía con una gracia llamativa, y tenía los labios arrugados en una sonrisa soñadora.

—Y el Moreno —añadió Nunn—. Es inteligente y verlo no es una buena noticia.

El sargento asintió en dirección a Palo, que no se había movido, y le dijo al Moreno que se había negado a inclinarse. La sonrisa del Moreno se ensanchó. El Granjero y el Indio rodearon a Palo como dedos de la misma mano cuando lo inmovilizaron desde los dos lados. Lo levantaron hasta que quedó de puntillas. El Moreno levantó la vista hacia él.

—Ves, has despertado nuestra curiosidad.

El Indio y el Granjero doblaron a Palo con la misma facilidad con que habrían abierto una escopeta. El Moreno le abrió del todo las apretadas ancas. Palo se sacudió violentamente y emitió un siseo.

—Vaya, vaya —murmuró el moreno—, no tiene ni un pelo. Algún machorro se lo ha trabajado bien. —Levantó la vista hacia el sargento—. ¿Cree que puede tener algo escondido? Podemos hacerle una radiografía.

—No —dijo el sargento—. No es más que un chalado.

El Moreno estudio a Palo como si lo tuviera calado.

—Sí, es una especie de chalado.

—Los loqueros ya lo clasificarán, para eso les pagan.

—Sí —dijo el Moreno en voz baja—, le dicen a todo el mundo qué clase de chaladura tienen, y eso les es de gran ayuda.

El sargento sonrió y asintió.

—¿Incomunicado? —preguntó el Moreno, indicando a Palo.

—Sí, ponlo en la celda de detención. Ya se me ocurrirá algún cargo antes de que acabe el servicio.

A Palo, todavía desnudo, lo hicieron caminar de puntillas desde aquella sala, pero el Moreno, antes de seguirlo, se detuvo a recoger uno de los monos de tela vaquera. Hizo una pausa en la entrada para realizar una breve inspección de los recién llegados. Puso una leve sonrisa cuando reconoció a Nunn.

—¿Tu jefe sabe que has vuelto? —preguntó.

—Probablemente.

—Cuídate —dijo el Moreno, y se marchó.

—¿Qué le harán? —le preguntó Manning a Nunn.

Nunn sonrió.

—Nada. Unos días de aislamiento. Cada día les llegan chiflados como ese. Hacen que se sientan como unos idiotas, y así se calman.

—Creo que ese chaval está enfermo.

—Pues antes de salir de aquí probablemente estará considerablemente más enfermo.

Prosiguió el cacheo sin más incidentes, y cuando hubo pasado el último de los recién llegados, cruzaron la última verja hasta la entrada de la prisión de verdad. Manning se quedó sorprendido al encontrarse en un jardín, similar a los parques de las plazas suburbanas, entrecruzado de caminos y dominado por una fuente central. La fuente parecía estar seca. Manning se volvió y vio que Nunn le sonreía.

—Lo llaman el Hermoso Jardín.

Los llevaron a un edificio oficialmente llamado «distribución», donde les proveyeron de lo necesario para vivir en la celda: dos sábanas de muselina cruda, una funda de almohadón, tres mantas de lana del ejército que llevaban grabado ESTADO DE CALIFORNIA, unos auriculares, un pequeño espejo metálico, una cucharilla, un peine, una bolsa de papel de polvo dentífrico insípido, un cepillo de dientes, una pastilla de jabón dentro de un envoltorio blanco sin adornos, una maquinilla de afeitar, un paquete de hojas, y un libro de reglas y normas. Luego les proporcionaron el uniforme azul de tela vaquera, ropa interior y unos pesados zapatos marrones. A continuación los condujeron a través del gran patio hacia el bloque sur. El gran patio, el auténtico centro de la prisión, era un recinto asfaltado del tamaño de un campo de fútbol americano, limitado en tres lados por los muros interiores de los bloques, y en el cuarto, por el comedor y las cocinas. Esas estructuras formaban unos muros de casi quince metros de alto, pintados del mismo verde pastel, que transformaban el cielo en un rectángulo estrecho y alargado. En el aire flotaba un olor a mar, mezclado con el extraño aroma de las marismas y los centenares de kilos de pescado que se freían en las cocinas. A Manning le recordó un parque de atracciones. La impresión era extraña, pero ahí estaba, en el asfalto reblandecido por el sol, en medio del fragor de miles de hombres congregados en un espacio reducido, de los olores a sal, podredumbre y pescado frito. Unos triples altavoces, montados en lo alto de cada esquina del patio, emitían un atronador rock and roll.

A medida que los recién llegados cruzaban el puesto de entrada los saludaba un vendaval de silbidos y rechiflas, y mientras caminaban por el borde del patio algunos internos corrían junto a ellos y les chillaban: «Tú y yo, nena. Tú y yo». O: «Poned a esa monada en mi celda». Los comentarios eran groseros; las invitaciones, burlonas; pero el ambiente general era de hostilidad, como si los silbidos y las llamadas fueran puños y ladrillos. Manning percibió el odio, aunque de buenas a primeras no pudo determinar el motivo, pero lo que más le inquietó fue la posibilidad de transformarse como posiblemente se habían transformado aquellos hombres, amoldándose y conformándose a las costumbres y pasiones de ese animal de mil piernas que lo saludaba con un aire burlón tan brutal y despectivo.

—No te dejes impresionar —dijo Nunn—. Es una especie de tradición.

A Manning le parecía que todos los presos del gran patio se habían unido a la barahúnda, al igual que todos le parecían idénticos: bocas que se mofaban abiertas hasta casi dislocarse bajo las gorras de visera rígida. De hecho, menos de un tercio del patio estaba burlándose de los recién llegados. Muchos simplemente miraban por la sencilla razón de que eran algo distinto a lo habitual, y casi todo el mundo escrutaba las caras nuevas en busca de un amigo, de un colega recién llegado de las calles. Sin embargo, otros observaban con esperanza al gran número de recién llegados, porque para ellos la cárcel era como un cubo gigante, y si iban llegando autobuses tras autobuses, y el fondo de aquel cubo se iba llenando, era razonable

pensar que la presión de una población creciente los haría salir unos cuantos meses antes. Era cierto que las instalaciones de todo el estado estaban peligrosamente superpobladas, pero los cínicos mantenían que meterían hasta tres presos en una celda antes de dejar salir a un solo hombre.

Ahora avanzaban junto a una hilera de mesas de madera, construidas como bancos de pícnic y pintadas del mismo verde bosque, donde tenían lugar una docena de partidas de dominó. Cada mesa era el centro de un gentío, los jugadores y su público, y las partidas avanzaban con gran animación y en medio de conversaciones, insultos, palabras de desprecio y repetidas invitaciones a «que te den por culo». Desperdigados entre las multitudes del dominó, como tortugas un tanto abandonadas en la jaula de los monos, había unos cuantos jugadores de ajedrez. Inclutados sobre sus tableros con absorta concentración, parecían ajenos al manicomio que les rodeaba.

—Hielo —comenzó a gritar Nunn—. Eh, Hielo.

Manning siguió la dirección de los ojos de Nunn y vio a Sociedad Rojo jugando a dominó con otros tres hombres. Su pareja era un joven flaco que estaba inclinado hacia delante y estudiaba el discurrir de la partida, y cuando le tocó jugar no solo colocó la ficha sobre la mesa: movió la mano con tal fuerza y velocidad que la fuerza centrífuga le clavó la ficha en los dedos hasta que la dejó caer enérgicamente contra la mesa, y entonces la encajó de pleno en el dibujo. Todo el gesto se llevó a cabo con el vigor y el estilo de un mate tenístico.

—Cinco-cuatro, y ya he cerrado —salmodió, y a continuación se volvió hacia Nunn. Tenía los ojos apagados.

—Maldita sea, Hielo —dijo Nunn.

—Capullo, ¿por qué demonios estás de vuelta?

—Un mal paso.

—Todos lo damos. Al primer obstáculo. Muy bien, pues aquí estás. Charlamos mañana después del desayuno.

—¿En la misma oficina?

—¿Tú qué crees?

Mientras se alejaban, Hielo sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos llena a medias y se la arrojó a Nunn. Negó con la cabeza y regresó a la partida.

—Si Hielo no estuviera aquí para la condena del siglo —le dijo Nunn a Manning—, sería dueño de la mitad de este estado.

—¿Para la condena del siglo?

—De cuarenta años a la perpetua, y es lo más que te puede caer.

—Parece muy joven.

—Hielo tiene veinticinco años, quizá veintiséis, pero nació viejo. Saben que en la calle se haría el amo, por eso le cayeron tantos años. Algún día saldrá, pero todavía falta mucho.

Estaban entrando en la rotonda del bloque sur —los barrios bajos, lo llamaba

Nunn—, donde encerraban automáticamente a todos los nuevos. Un agente del bloque les leyó, de un papel cebolla, la asignación de sus celdas. A Manning le tocó la A-3-64.

—¿Dónde está eso? —le preguntó a Nunn.

—Tercera galería, sección A, celda sesenta y cuatro. Vamos, te acompañaré hasta medio camino.

Unas escaleras metálicas subían por el centro del bloque, y a través de la puerta metálica abierta de cada descansillo a Manning le llegó la impresión de un espacio sombrío y un tanto húmedo. En cada descansillo debían pasar por el túnel de instalaciones, abarrotado de tuberías y cables, que parecía extenderse durante más de un kilómetro antes de acabar en pequeños rectángulos de luz. Los cerraban unas puertas con barrotes, y detrás de una de esas puertas vieron a un interno que llevaba un cinturón de cuero cargado de herramientas, esperando para salir.

—¿Acabáis de llegar? —preguntó.

—Sí —contestó Nunn.

—¿De dónde venís?

—De Delano.

El suelo era de cemento, y antaño había estado pintado de un marrón oscuro, ahora desgastado en tono pálido, excepto en las esquinas, donde la pintura original seguía formando islas cada vez más pequeñas. Todas las luces eran fluorescentes, clavadas a la pared como hongos fosforescentes, y no iluminaban demasiado la luz natural que se filtraba a través de la pintura, el polvo y los excrementos de pájaro que cubrían las ventanas exteriores.

Nunn se detuvo en el tercer descansillo y señaló una puerta con una gran A pintada.

—Ahí lo tienes... y tranquilo. Procura no abrir la boca hasta que aprendas cómo van las cosas.

Manning empezó a recorrer la galería. Las celdas estaban numeradas desde el uno. Ahora veía una parte mayor del edificio, que por fuera se parecía a un enorme hangar, mientras que el bloque de celdas ocupaba el centro como si fuera una estructura separada, más pequeña y aislada del cuerpo principal. Se oía un zumbido permanente y confuso, mil conversaciones amortiguadas por las paredes de cemento, interrumpidas por algún grito esporádico, y a través de todo eso un reclamo musical que parecía proceder de todas partes a la vez, como si fuera propiedad del aire. Posteriormente Manning comprendió que esa impresión la creaban los auriculares, dos en cada celda; ninguno de ellos era audible en sí mismo, aunque juntos creaban un murmullo subliminal. Lo que oía mientras recorría la tercera galería por primera vez era *Cuentos de los bosques de Viena*.

Las celdas le recordaban vagamente los escaparates, por su tamaño uniforme: sí, eran como las vitrinas de exposición del museo de historia natural, donde los animales disecados permanecían en un fragmento estático de su hábitat particular.

Del mismo modo, las celdas eran un reflejo de los hombres que las habitaban, aunque las variaciones resultaban naturalmente limitadas. Algunas estaban decoradas, de forma muy elaborada, con estantes cubiertos de cortinas, y cobraban personalidad gracias a las fotos familiares, postales de Navidad, Semana Santa y cumpleaños agrupadas como relicarios. También había celdas repugnantes: un caos de pintura que se caía, suelos cubiertos de polvo, el espacio que había debajo de la litera abarrotado de periódicos y revistas atrasados. En algunas se veía la Virgen María, otras estaban decoradas con calendarios distribuidos por diversas organizaciones religiosas. Manning vio maquetas de coches trucados, óleos originales y placas de cobre estampadas a mano.

Mientras pasaba por delante de cada celda era consciente de las cabezas que se volvían para mirarlo, cabezas que significaban tan poco como un globo de color carne con los rostros pintados.

—Eh, papi, ¿de qué guindo has caído?

—¿Acabas de llegar de Bakersfield? ¿Ha venido contigo un tipo llamado Cantarín?

—Eh, chato...

—Eh, amigo...

—Eh, tío...

—... qué pasa ahí fuera en el mundo libre?

Manning siguió andando deprisa, la cara medio oculta en su manta enrollada. Cuando llegó a la celda que le habían asignado, se quedó sorprendido al encontrar a otro hombre dentro. Tenía muchas ganas de estar solo. Ahora tenía que entrar en esa diminuta habitación y compartirla con un extraño.

El interno estaba sentado en la litera de arriba, la espalda apoyada en una pared y los pies apoyados en la otra. La celda era tan estrecha que las rodillas le llegaban a la altura de la cabeza. Estaba leyendo. Miró de soslayo, vio a Manning y cerró el libro dejando el dedo a modo de punto. Vio la funda de almohada con artículos para la celda, y la manta enrollada y, por un momento, su cara delató decepción. Entonces sonrió.

Manning recibió la impresión de un pelo denso y negro, una tez blanca y erosionada, y unos ojos azules hundidos bajo unas pobladas cejas. Entonces un guarda que estaba en la otra punta de la galería y manipulaba los controles automáticos provocó un sonido que le pareció una ráfaga de ametralladora apagada acercándose. Estaba probando y descartando los topes de la caja de palancas uno por uno hasta que la puerta de la celda 64 dio una sacudida y se abrió. Manning entró abrazado a sus cosas, y la puerta se cerró a su espalda.

—¿Acabas de llegar?

—Sí, hará cosa de una hora.

—Solo hace una hora... Ah, me llamo Juleson. Paul Juleson. —Le tendió la mano.

—Will Manning.

Se estrecharon la mano solemnemente.

—Me temo —dijo Jules en tono afable— que te va a tocar la litera de abajo. Tampoco es que haya una gran diferencia. Pero la luz es un poco mejor aquí arriba.

Ahora que estaba dentro, Manning comprendió que la celda era demasiado pequeña para dos hombres. La planta era apenas de metro y medio por tres, y tendría unos dos metros y medio de alto. La litera doble llegaba hasta mitad del techo, y el lavamanos y el retrete invadían el espacio que quedaba. Encima del lavamanos había dos estantes alabeados de madera que se tambaleaban sobre dos soportes en forma de L. Un estante estaba abarrotado de libros, el otro estaba vacío.

—Ese es tu estante —dijo Juleson, tras seguir la breve inspección de Manning—. Para tus objetos de aseo y cualquier cosa que quieras guardar, como las cartas. ¿Habías estado aquí antes?

—No, es la primera vez.

—Me lo imaginaba. Estas celdas fueron pensadas para una sola persona. Es duro, pero te acostumbrarás.

—En la cárcel del condado era igual. Siempre abarrotada. Hombres durmiendo en el suelo.

Juleson sonrió y sus ojos sombríos parpadearon.

—La finalidad de la cárcel es tener presos. Cuando construyeron este lugar no tenían ni idea de lo popular que acabaría siendo.

Manning se dirigió a la parte de atrás de la celda y miró el retrete. No había sido diseñado para que resultara cómodo, y por debajo del nivel del agua, la taza estaba muy sucia.

—Toda la vida oyes hablar de lugares como este —dijo sin levantar la voz—, pero nunca acabas de darte cuenta de que existen en el mismo mundo en el que vives.

—Tampoco estoy seguro de que sea el mismo. Si existe un inframundo, es este. He hablado con hombres que han cumplido condena por todo el país y dicen que es lo mismo en todas partes. Ven, te ayudaré a hacerte la litera.

Las tareas rutinarias se complicaban de manera grotesca por culpa de la estrechez de la celda, pero Juleson le enseñó a Manning el método mediante el cual innumerables convictos se habían ayudado unos a otros para hacerse la cama a lo largo de los años. Cuando la litera estuvo preparada, Juleson regresó a la de arriba y cogió su libro.

—Esta es mi droga —dijo—. Vivo las vidas de otros.

Manning se deslizó en la de abajo, y quedó boca arriba mirando la telaraña metálica que dibujaba los contornos del cuerpo de Juleson. Cada vez que este giraba una página toda la litera se movía. La sutil sensación de que no se encontraba bien le llegó de nuevo a Manning, y mientras lo pensaba, sus labios parecieron hincharse, volverse gruesos e hipersensibles. Una punzada le bajó por el costado.

—¿Qué pasaría si te pusieras enfermo mientras estás aquí encerrado? —preguntó.

—Golpearíamos los barrotes hasta que alguien viniera a ver qué ocurre. —La cara de Juleson apareció invertida por el borde de la litera—. ¿Qué ocurre? ¿No te encuentras bien?

—Estoy bien... solo me lo preguntaba.

—La atención médica no es mala. A veces puede que te despachen un poco rápidamente, pero tienes que pensar que todos los presos de la cárcel intentan engañar a los médicos para que los dispensen de trabajar o les permitan pasar unos días en el hospital. Pero si estás realmente enfermo, probablemente te atenderán mejor aquí que en la calle. Hay muchos especialistas de primera clase que vienen a hacer trabajo voluntario.

Manning quería continuar la conversación, pero no se le ocurría nada que decir. Asintió para expresar su agradecimiento y Juleson regresó a su libro. Manning se colocó de lado, y su respiración le salió con la tensión de la conciencia de estar respirando. Volvió a sentir un nudo en la garganta.

—¡Los dejo relucientes! —dijo alguien bruscamente fuera de la celda. Manning se puso en pie y se encontró con unos ojos violentamente implacables: tan verdes como se imaginaba las sombras más profundas del corazón de un iceberg.

—Lárgate, Flaco —dijo Juleson desde la litera superior.

—No hablo contigo. Le estoy preguntando al nuevo si le gustaría que le brillantara los zapatos.

—Te digo que te largues —dijo Juleson con más ímpetu—. Y ahora sigue tu camino, inclasificable degenerado.

—Habla bien, si no te importa.

—¡Fuera!

El hombre desapareció, y sus ojos se detuvieron sobre los pies de Manning mientras se marchaba.

—¿Quién era ese? —preguntó Manning.

—El Flaco Higiénico. Es como una máquina. Siempre se pasea por aquí y busca a alguien a quien brillantarle los zapatos. Es una obsesión... lo tiene como un cáncer.

Comenzaron a sonar los timbres y, minutos después, los hombres del patio comenzaron a formar. Más timbres, y se colocaron en los barrotes para que los contaran. Otro timbre, y abrieron las celdas, galería tras galería, para la cena. Manning siguió a Juleson y entraron en lo que parecía una cafetería enorme. Esperaron cerca del final de una larga cola que pasaba delante de la barra con los platos. Manning había pensado que allí habría silencio, pero el ambiente se adensaba por la confusión de las múltiples conversaciones privadas, y puntuadas por el agudo chasquido del metal al entrechocar y aceleradas por la interacción hasta parecer el chirrido de una nube de grillos metálicos. A lo que había que sumar el barullo aún más sonoro causado por el golpeteo de los cazos contra las bandejas mientras pasaban junto a la barra con la comida. Manning cerró los ojos.

—Eh —dijo Juleson en voz baja.

—Se me pasará.

—Créeme, te acostumbrarás a todo esto, y quizá eso es lo peor que pueda pasarte.

La comida era mejor que la que había comido en la cárcel del condado, pero no tenía apetito. Desmenuzó el borde del pescado y se bebió la mitad de una taza de café negro.

—¿No te lo vas a comer? —preguntó Juleson.

—No, no tengo hambre.

—¿Puedo comerme tu pescado? Y el pastel, si no lo quieres.

—Desde luego, adelante.

Juleson vaciló, pero enseguida acercó la bandeja de Manning hasta dejarla junto a la suya.

—Siempre tengo hambre —dijo en tono de disculpa.

Sonó otro timbre para que formaran y regresaran a las celdas. Juleson regresó a su libro y Manning se quedó debajo escuchando el seco crujir de las páginas. La mente de Manning inició un implacable inventario de las cosas que sabía que tenía que hacer y había pospuesto desde que había oído al juez entonar su «... y como prescribe la ley». Y con esas palabras mató a Manning allí mismo, delante del estrado; ejecutó su pasado y toda la coherente continuidad de su vida; destruyó a Willard Manning y en su lugar dejó un desconocido, un hombre cuya naturaleza y futuro temía imaginar.

Tenía cuarenta y cuatro años, y se notaba. Estaba fofo y enseguida se quedaba sin resuello. Tenía una hernia incipiente y unas confirmadas hemorroides, y cualquiera sabía qué enfermedades y discapacidades le esperaban en el gradual deterioro de su salud. Las muelas de arriba eran postizas, y un dentista le había advertido que también tendría que extraerse las de abajo.

No sabía qué edad tendría cuando le devolvieran el derecho a volver a batirse el cobre en la selva laboral. Pero probablemente ya sería cincuentón. ¿Cómo sobreviviría? ¿Quién iba a contratar a un contable de mediana edad recién salido de la cárcel y sin referencias? ¿Quién iba a contratar a alguien que había cometido un delito contra la moral, a pesar de su excelente currículum? Sí, razonarían, ¿pero quién sabe qué ideas se le pueden haber pegado en la cárcel, qué amigos habrá hecho, en qué asuntos se habrá metido? ¿Por qué arriesgarse? Además, ya es un cincuentón. Dicen que el que comete un delito sexual no tiene cura.

¿Qué haría? No parecía haber ninguna esperanza. En el mejor de los casos, el resto de su vida temblaría a la sombra de su existencia anterior. Pero a Manning nunca se le ocurría abandonar.

Mientras se dormía, intentó recordar la fecha. Le pareció importante saber qué día era, pero no lo sorprendió que aquel hecho sencillo se le escapara. Fue solo remontándose al día de su arresto, cuando todo el tiempo normal había cesado, y avanzando semana a semana desde ese punto, como consiguió establecer finalmente que era el 16 de noviembre.

Capítulo 3

Paul Juleson estuvo leyendo durante una hora y cuarenta y cinco minutos. A continuación dejó el libro a un lado, se sentó en la cama al estilo de los sastres y comenzó a liar un cigarrillo. Utilizó tabaco proporcionado por el Estado: era gratis, pero tampoco exactamente una ganga. Había de dos tipos: un tabaco de liar cortado, muy fino, al que llamaban «polvo», y otro para pipa que no era lo bastante malo como para merecer un nombre despectivo. Originariamente se pensó que ese tabaco estatal era un importante paso a la hora de hacer efectivas las reformas penitenciarias, pues justo antes de la primera expedición gratuita de tabaco, dos hombres habían sido asesinados por deudas: entre los dos poseían cuatro bolsas de Bull Durham. Si la cárcel se ocupaba del tabaco y conseguía que todo el mundo pudiera disponer de él, nadie moriría por haber pedido prestado una bolsa de Bull Durham, y luego no poder devolverla. Pero no habían contado con el desprecio universal por cualquier tipo de beneficencia, ni con el resentimiento específico de los convictos hacia cualquier cosa proporcionada por el Estado. Los únicos internos que fumaban aquel tabaco eran aquellos que no tenían absolutamente nada más, como tampoco manera de conseguir otra cosa, e iban tan faltos de orgullo que podían reconocerlo en público. Era una opinión extendida, aunque Juleson no estuviera de acuerdo, que estropeaban a propósito el tabaco estatal, que ya no podía ser de peor calidad, para que nadie pudiera preferirlo a los cigarrillos y al tabaco de pipa que se vendía en la cantina de los internos al precio de la calle y, presumiblemente, a beneficio también de la calle.

Juleson fumaba el tabaco de pipa, después de eliminar primero los troncos y las piedrecitas filtrándolos con una tela mosquitera. A veces incluso lo lavaba para eliminar el sabor a moho que era su indeleble marca de fábrica. Después de eso no era demasiado malo, pero sí difícil de liar. El pitillo que ahora estaba terminando tenía un amenazante engrosamiento en el centro. Puso ceño y estudió el resultado: el papel estaba debilitado por la saliva y si intentaba alisar la protuberancia probablemente lo rompería en dos. Se encogió de hombros y lo encendió. No había manera de liarlos bien. Llevaba enredando con ellos tres años, cinco meses y algunos días, y todavía era incapaz de liarse un pito decente.

«No me preguntes —le dijo al silencioso compañero que habitaba en el fondo de su mente—, no sé por qué no lo dejo». La llama comenzó a seguir la sutura tal como ocurre en un cigarrillo poco apretado, pero lo sostuvo cuidadosamente con dos dedos y consiguió fumarse una parte antes de que se deshiciera en brasas y tabaco encima de sus pantalones. Se despolvoreó las cenizas y lo tiró al suelo. Seguía teniendo ganas de fumar.

¿Por qué no encontraba una manera cómoda de ganarse unos cuantos paquetes por semana? Se puso a pensar, tal como hacía menudo, en los diversos métodos

existentes, pero todos eran un recurso desesperado —poco más que la mendicidad pura y dura—: vender el postre, lavar los calcetines y la ropa interior de otro. Si amabas el riesgo te podías apuntar a una de las partidas de póquer o de dados, o podías trabajar para uno de los corredores de apuestas del gran patio. Podías fabricar algún brebaje casero y venderlo. Y lo más bajo de toda la lista —o lo más alto, reconoció Juleson, según cuál fuera tu punto de vista—, te podías ofrecer para dar palizas, apuñalar, o cualquier otro trabajo de venganza o cobro de morosos.

Como sabía por todas las veces anteriores que lo había pensado, no quería hacer ninguna de esas cosas, o mejor dicho, no necesitaba los cigarrillos hasta el punto de rebajarse un poco más en el grasiento pozo negro que concebía como el espíritu global de la institución: allí había ácidos capaces de disolver la identidad.

Había regresado a su libro cuando se acordó de su cumpleaños. La semana que viene cumpliría los treinta. No era difícil recordar por qué se le había olvidado. Cumplir los treinta en la cárcel era mucho más desasosegante que cumplir veinte o veinticinco. Los prisioneros de más edad siempre parecían más patéticos que los más jóvenes. Lo importante era hasta qué punto los años significativos de un interno habían transcurrido en prisión, y eso no tenía nada que ver con la cantidad de tiempo que hubiera permanecido encarcelado, sino con el tiempo que le quedaba de vida y podía esperar pasar en libertad. Al cumplir los treinta, Juleson tuvo la sensación de que había dejado atrás, necesariamente para siempre, la posibilidad de que lo liberaran siendo joven, algo que lamentaba y le molestaba, al tiempo que albergaba el convencimiento de que no merecía que lo liberaran nunca. Pero el cheque del día de su cumpleaños...

Una tía que residía en el estado de Washington siempre le mandaba un giro postal de cinco dólares por su cumpleaños.

Con los años la cantidad no había variado: recibió la primera el año que cumplió los diez, y aquellos cinco dólares tenían el brillo de toda una fortuna. Y ahora, veinte años después, servirían solo para comprar dos cartones de cigarrillos, y sin embargo, eso parecía una fortuna no menor. No necesitaría esperar a que llegara el cheque, podría pedir prestado un cartón mañana a 3 por 2, la tasa de interés habitual. Hielo Willy, el prestamista principal, tenía material escondido por toda la institución. Para él un cartón no era más que una colilla mojada.

Juleson volvió a coger el libro, pero fue incapaz de concentrarse. Al principio de su estancia en la cárcel, era capaz de tragarse los argumentos más evidentes. Mecanismos trillados lo tenían enganchado simplemente porque daba lo mismo lo pobres o lo carentes de frescura que resultaran; siempre eran más interesantes que la vida que lo rodeaba. Pero a lo largo de los años, perdía capacidad de respuesta. A veces se pasaba toda la hora de comer merodeando por las estanterías de la biblioteca sin encontrar un solo libro que pudiera leer a gusto. En muchos de ellos, el tono y el contenido de la primera página bastaban para que lo devolviera a la estantería, e incluso entre los libros que sacaba había algunos que, como se daba cuenta luego, era

incapaz de leer. A veces se llevaba hasta veinticinco libros a la semana, y cuando descubría uno del que disfrutaba, era todo un acontecimiento en su vida. Hacía tiempo que había leído los clásicos universales, y las novelas contemporáneas de los mejores escritores tenían mucha demanda y rara vez conseguía encontrar alguna en los estantes. Sin embargo, seguía leyendo constantemente. No tenía nada más que hacer.

Su nuevo compañero de celda parecía dormir. Tenía suerte de que le hubiera tocado ese hombre aparentemente decente. Se preguntó cómo encajaría Manning en el zoo de la prisión.

¿Daría saltitos y gruñiría y se disculparía continuamente porque no iba cubierto de pelo, o adoptaría la estrategia de Juleson y se quedaría escondido en una esquina, observando los animales a distancia y tomando todas las precauciones necesarias para no mezclarse con ellos más que lo imprescindible?

Era demasiado temprano para poder dormirse, pero se desvistió y se metió bajo las sábanas. Se quedó mirando el techo moteado y automáticamente las defensas que había levantado contra su recuerdos se accionaron para protegerlo. Se negaba a recordar nada incluso después de tres años y medio, pero su sensación de pérdida seguía conservando su capacidad para castigarlo. En los momentos en que lo pillaba desprevenido, echaba de menos pequeñas cosas: el sonido de los tacones altos en la acera, olores dulces, y el placer de volver a casa en autobús después de todo un día de trabajo. Echaba de menos a los perros y a los niños.

Se abandonó a una de sus fantasías favoritas, en la que poseía la capacidad de transportarse y podía mover cualquier cosa a cualquier parte con solo pensar dónde la quería. Sobrevolaba la prisión por encima del núcleo cuadrado y sólido de los bloques entrelazados, por encima del estucado color crema y las tejas rojas del pabellón de enseñanza —donde, en otra encarnación, había trabajado—; pasaba por el viejo edificio industrial y rodeaba los muros que cerraban el patio inferior; veía la lavandería, la fundición, la central eléctrica y se paraba para flotar por encima de la poterna y hacía que sus puertas dobles quedaran depositadas en el Sahara. A continuación se suspendía por encima del campo de deportes y mandaba los postes metálicos al Gobi. Regresaba al viejo edificio industrial y eliminaba todas las salidas de incendios, que se aferraban a él como hiedra ennegrecida, y las ubicaba en un glaciar al norte del monte Doonerak. Arrancaba el pasillo de vigilancia del bloque norte y lo veía desaparecer en medio de la selva brasileña. A continuación se encendía la luz que indicaba que se podía pasar. La silla de la cámara de gas, color manzana verde y dotada de robustas correas, acababa depositada en la mansión del gobernador y arrimada a la mesa que habían puesto para que este desayunara.

Cómo último gesto, levantaba el techo del cobertizo para la lluvia, cien metros cuadrados de hierro galvanizado, y lo incrustaba en un paso rocoso cerca de la cima de las Montañas Rocosas del Canadá.

No pretendía ser destructivo, se decía, aún vagando por la noche fría; solo quería

acabar con la adusta seriedad del lugar y señalar que todos estaban metidos en la misma broma cósmica.

La diversión llegaría por la mañana, cuando descubrieran sus quijotescas sustracciones. Decidió esperar. Su venganza era la venganza de un diablillo, una burla; sin embargo, necesitaba verla, pero no veía razón para esperar solo y comenzó a hojear el fino álbum de su experiencia en busca de compañía. Consideró a una muchacha flaca de ojos violeta llamada Janice Lee. Tan solo la había besado, y sus encantos sin catar habían resultado así más duraderos. La sentó en el borde de su litera e hizo que se volviera lentamente hacia él. Sus ojos violeta se abrieron como suaves flores y descubrieron que él la esperaba.

—Vaya, Paul... qué bien.

—Hola, Janice Lee. ¿Todavía pierdes el oremus por los hombres de caquí?

—Oh, ¿te acuerdas? Me casé con un soldado de la armada. ¿No te escribí una vez y te lo conté?

—Creo que sí.

—Te conté lo desdichada que era.

—Sí, lo recuerdo.

Extendió el brazo para tocarla. Evocaba la perfecta suavidad y su calor como si realmente los sintiera. Comenzó a concentrarse, en un esfuerzo por rememorar cada detalle, no solo de Janice Lee, sino de todo lo que fuera esencialmente femenino. La besó profundamente en la boca y su pecho tomó consistencia bajo su mano.

—¿Por qué no contestaste a mi carta? —preguntó ella.

Antes de poder impedirlo ya había contestado: «Porque entonces yo también estaba casado». Y Anna María, su esposa, entró en su mente con la fuerza de un chillido, y toda su masturbación juvenil se derrumbó en un instante.

A las 10 de la noche las luces se apagaron, controladas desde un panel de la oficina del bloque, y Juleson se volvió hacia la pared. Apretó la frente contra el cemento pintado para sentir frío. El almohadón parecía calentarse cuando apretaba la mejilla contra él, y le dio la vuelta una y otra vez, colocando la parte de abajo, más fresca, encima. No se dormiría hasta que no olvidara lo mucho que deseaba perder la conciencia. Oía a Manning revolverse inquieto debajo de él. Finalmente, el otro hombre se puso en pie y utilizó el retrete. En el silencio de la celda su respiración parecía dificultosa. Estaba de pie y así permaneció, medio inclinado contra la pared, durante varios minutos.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Juleson en un susurro.

A Manning le tembló la voz.

—Me temo que estoy enfermo.

Capítulo 4

La cárcel nunca descansa. El porcentaje de incidentes mengua por la noche, pero nunca cesa. Mengua porque a excepción de unos cuantos presos de confianza que vigilan las zonas de suministro de iluminación y calefacción, todo el resto de internos se confinan en las celdas entre las 10 de la noche y las 7 de la mañana. No cesa, porque en cada celda hay dos reclusos. Juegan, pelean, encienden un fuego, practican diversas perversiones, y a veces se matan unos a otros.

Por la noche el personal de guardia se reduce en dos tercios, y entonces la relación es aproximadamente de un guarda cada ciento setenta y cinco convictos. Por la noche los vigilantes se encontrarían en grave minoría si los convictos consiguieran escaparse, pero nunca lo logran, y la primera ronda se considera un turno fácil reservado a los agentes jóvenes e inexpertos, a los más viejos ya próximos a la jubilación, o a los cobardes que temen recorrer el patio hombro con hombro con el enemigo enfundado en su uniforme azul.

Esos agentes de la primera ronda recorren los pasillos de vigilancia, y sus linternas se pasean por la penumbra de las celdas sin luz, galería tras galería, hasta un total de cinco, de cien metros de largo. Desde el pasillo de vigilancia el bloque parece un peine metálico, o quizá sería más exacto definirlo como una enorme trampa múltiple, que acaba de saltar sobre su inconcebible presa mientras el fuego fatuo de la linterna del trampero va de una trampa a otra con callada aprobación. Otros vigilantes nocturnos se sientan fuera, en las torres, por encima de los muros y los bloques inundados de luz. Beben café negro, leen revistas de chicas o contemplan la luz de la luna moviéndose lentamente sobre el cemento vacío veinticinco metros por debajo de ellos. La prisión parece una ciudad amurallada, silenciada por un rígido toque de queda, gobernada por un ejército extranjero.

Los guardas que están en los pasillos de vigilancia tienen que llevar zapatos con suela de crepé e intentar moverse en silencio, no, como cualquier convicto diría enseguida, por consideración al sueño de los internos, sino para que aquel que esté tramando algo por la noche piense en el vigilante armado como una sombra que se mueve, un fantasma que en muchas imaginaciones puede vigilar en silencio aquellas mil celdas de manera simultánea. Pero la realidad es que, cada vez que se acercan, aquellos que por alguna razón están escuchando, oyen el crujido del arnés de cuero que sustenta las armas, el rifle y la pistola reglamentarios.

A Terrence Preston aquellas armas letales le incomodaban. Dos le parecían excesivas. Incluso se preguntaba si realmente necesitaba un arma, pues lo máximo que se veía de un interno era la esporádica mancha de una camiseta blanca moviéndose dentro de una celda sin luz. Le habían advertido —primero el agente que le había adiestrado y luego su teniente de guardia— de las veces en que los barrotes

de la celda habían sido aserrados en secreto y los internos habían aparecido de repente, como increíbles alienígenas, en el territorio de los guardas. Había guardas que habían muerto, y sus superiores se lo habían grabado en la mollera. Y sin embargo, Preston seguía sin imaginarse a un interno en el pasillo de vigilancia. Intentó imaginarse alguno colgado de un cordón umbilical de sábanas anudadas, con un cuchillo de fabricación casera en los dientes, la desesperación en su corazón... Preston sonrió. No se lo imaginaba.

Hizo una pausa para apartar una monda de naranja de la barandilla y escuchó el leve impacto cuando golpeó contra el cemento. Los internos siempre tiraban basura al pasillo de vigilancia, y Preston percibía que esa práctica representaba una expresión de hostilidad. Era algo que valía la pena comentar en su clase de psicología de mañana. La basura se relaciona tradicionalmente con las heces. Volvió a sonreír. El interno niño arroja heces contra su padre guarda. ¿Pero no podía ser también un regalo? ¿Una oferta de algo valioso? ¿Incluso un regalo cariñoso? Interrumpió sus pensamientos. Ese fluido razonamiento resultaba sin embargo sospechosamente simple, poseía una banalidad de rompecabezas. Recorrió otro trecho de su ronda y se detuvo para descansar sobre un retrete sin tapa que estaba para casos de emergencia. Por un momento tuvo una incómoda sensación, y asintió resueltamente contestando a una autoridad invisible: era una buena observación. Preston a menudo hacía buenas observaciones, basadas —les decía a sus compañeros de estudios— en la observación de los internos. La verdad es que nunca había hablado con ninguno. Sus «observaciones» servían para iluminar su singularidad. Trabajaba como guarda en la cárcel para pagarse los estudios. Le gustaba contestar a las preguntas que siempre le formulaban. Había decidido licenciarse en psicología y seguir trabajando en la cárcel como psicólogo. Creía que podía ayudar a esos hombres.

—¡Preston!

Oyó su nombre en un susurro y bajó la mirada para descubrir al agente de planta justo debajo de él. Parecía que a aquella cara vuelta hacia arriba en forzado escorzo le retoñaran dos zapatos justo debajo de la barbilla.

—Qué hay —respondió en otro susurro.

—Ven a la sección A y cúbreme. Tengo un enfermo.

—De acuerdo.

Desde arriba siguió al agente de planta, observando el círculo de su sombrero, hasta que llegaron a la sección A. Entonces se colocó en una posición cercana al centro de la sección con el fusil cruzado sobre el pecho. Se oyó el golpe de una puerta, abierta por manos mecánicas, y un murmullo recorrió el bloque como si los hombres hubieran gruñido colectivamente y se hubieran dado la vuelta mientras dormían.

—Silencio —dijo uno irritable.

—Cállate tú —contestó otro.

Entonces Preston oyó un sonido que temía. En una de las celdas que había justo

delante de él, un interno oculto en la oscuridad exhalaba el aliento a través de los dientes y producía un sonido parecido al aire al salir por un tubo agujereado, borboteando a través de la saliva. Preston sabía lo que le esperaba.

—¿Ves a esa monada de guarda? —preguntó una voz anónima en un tono que combinaba la ironía y la obscenidad.

Preston apartó la mirada bruscamente. Sintió que se ponía rojo. «No les preste atención —le había advertido su teniente de guardia—, si ven que lo que dicen le afecta nunca lo dejarán en paz».

—Marica en el pasillo de vigilancia —gritó otra voz.

—Eh, capullo, no me estropees el plan —añadió la primera voz con burlona seriedad—. Yo la he visto primero. ¿Verdad, nena? Déjate caer por la galería y te pondré a gusto a través de los barrotes.

Preston levantó la mano repentinamente, pero no supo por qué la había levantado. Confundido, tiró del ala del sombrero y se ajustó la varilla de sus gafas de pesada montura. Se obligó a mirar con aire severo la celda abierta. Al cabo de un momento apareció un hombre a medio vestir que apretaba las manos en torno al pecho, e incluso desde el pasillo de vigilancia, a tres metros de distancia, se percibía su temblor.

—Ve directamente a la oficina —le dijo Preston.

—Déjame bajar a la oficina —volvió a la carga su oculto torturador—. Ya verás cómo te hace bien.

—Déjalo ya, tío —ordenó Preston, bajando inconscientemente la voz media octava por debajo de su tono normal, y se dio cuenta de que ese tono era ahogado y absurdamente falso, como el de un chaval de diez años al que eligen para interpretar a Daniel Webster^[3] en una función escolar. Se avergonzó incluso antes de que otros soltaran una carcajada de satisfacción.

Ahora el enfermo caminaba arrastrando los pies por la galería, y Preston se volvió rápidamente para seguirlo de cerca. Fingió no oír el coro de silbidos.

Llevaron al enfermo hasta unas enormes puertas dobles que se abrían al hospital de la cárcel, y allí tuvieron que esperar durante quince minutos hasta que apareció un agente con la llave.

La clínica llenaba la sección delantera del bloque hospital. Por la noche, un enfermero, un hombre libre, estaba allí de guardia, y este, a su vez, era asistido por dos internos que hacían de celadores. Aquella noche el enfermero estaba jugando al ajedrez con uno de sus celadores, y habían colocado el tablero sobre la mesa de tratamientos de cirugía menor, donde jugaban inclinados y apoyados sobre los codos. El segundo celador estaba sentado sobre la mesa de instrumental observando sin mucho interés, agitando cinco centímetros de tibio café instantáneo en el fondo de un tarro de mermelada. La clínica tenía la apariencia lunar de todas las habitaciones grandes y blancas iluminadas con fluorescentes, y las caras que había sobre el tablero de ajedrez tenían ese tono azulado de la masilla.

Cuando sonó la llave en la cerradura, el enfermero levantó la mirada para observar cómo la pesada puerta se abría lentamente, mostrando una sección cada vez más ancha de la rotonda del bloque sur, y el color indefinido de aquella chusma contrastó vivamente con el luminoso orden ártico de la clínica. El enfermo entró todavía rodeándose el cuerpo con los brazos, seguido de un guarda. El enfermero dejó escapar el aire a través de sus labios flácidos en un gesto de agotamiento un tanto teatral. Se volvió hacia la partida y con el índice empujó suavemente la torre un solo cuadrado a la derecha, revelando el jaque de un paciente alfil que había permanecido a la espera, sin moverse del mismo cuadrado desde el tercer movimiento de la partida.

—Estás listo —dijo.

—Puede que sí —murmuró el asistente—, y puede que no.

El enfermero soltó un bufido y comenzó a dirigirse hacia el paciente, bostezando y frotándose los brazos densamente peludos.

—¿Cuál es tu número? —preguntó.

—No me acuerdo.

—Vamos.

—He llegado hoy.

—Entiendo. Bueno, de todos modos tampoco te hemos abierto ficha. ¿Qué te ocurre?

Pero antes de que el enfermo pudiera decírselo, el enfermero ya se había colocado un estetoscopio en los oídos. Le hizo un reconocimiento rápido, y le dijo sin ambages que lo más grave que tenía era una seria afección de caspa, le dio una onza de bromuro diluido y le ordenó que regresara su celda.

—No pueden dormir —le dijo al guarda—, así que bajan aquí a ver qué pasa en el hospital. A lo mejor se imaginan que el doctor les invitará a tomar un café.

El enfermero sabía que no era solo eso. Llegaba una noche, la primera noche o la centésima, en que tenían que pedirle a alguien, a cualquiera, que se preocupara de ellos. Tenían que demostrar que todavía podían conseguir ayuda y consuelo, que no los dejarían morir solos en la oscuridad.

El asistente seguía estudiando el tablero.

—Vamos, Fantasma, abandona y jugaremos otra —dijo el enfermero.

—Y una mierda, abandono —dijo Fantasma enérgicamente—. Hay una salida en alguna parte.

—Volcando el tablero.

—Hay una salida.

—Muy bien, pues mientras la buscas, Joey y yo subiremos a ponerle una inyección al que tiene cáncer.

Joey apuró el café y colocó la taza en el fregadero de cirugía. Se bajó de la mesa de instrumental y se abrió la bragueta para colocarse la camisa. A continuación se alisó las arrugas de la bata de hospital. Llevaba el pelo perfectamente peinado y tenía

una mirada despierta.

Primero se detuvieron en la caja fuerte de la farmacia del hospital, de la que el enfermero sacó una ampolla de morfina. Joey tuvo que quedarse fuera mientras componía la combinación, pero en cuanto la caja fuerte quedó abierta se acercó al enfermero y eligió una jeringa que acercó al fregadero para comprobar que no estuviera atascada. La aguja estaba despejada y el agua brotó en un hilo fino y regular. Le entregó la jeringa al enfermero.

El paciente de cáncer estaba en una habitación individual de la tercera planta. Era un enfermo terminal, con un dolor incontrolable, pero las fuertes dosis de morfina lo tranquilizaban y le permitían dormir un poco. Estaba despierto cuando Joey y el enfermero entraron, y volvió los ojos hacia ellos con el lento y fiel reflejo de un perro viejo. Intentó sonreír, pero el dolor destrozó su intento antes de que pudiera formarse en la boca y acabó poniendo una mueca.

El enfermero cargó la jeringa y se la entregó a Joey para que se la administrara.

Joey sonrió, los ojos oblicuos.

—Deberíamos darle un chute. Que tenga su último colocón.

El enfermero frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Olvídalo. No me ha hecho gracia.

Joey se encogió de hombros y levantó el brazo consumido del canceroso. Bajo la atenta mirada del enfermero apretó la aguja contra la carne suelta. El enfermero vio deslizarse la aguja, pero lo que no vio fue que Joey la había colocado en una parte tan baja del brazo —y el brazo del canceroso era tan delgado— que cuando empujó la aguja esta atravesó limpiamente el flojo músculo del paciente y se clavó en la carne blanda que había en la base del pulgar de Joey. Empujó el émbolo y de inmediato sintió el calor que subía por las venas del antebrazo. Un momento más tarde le llegó la sensación que siempre consideraba parecida a una calabaza grande y blanca golpeándole la nuca.

Mientras volvían a la clínica, el enfermero dijo:

—No parece que esto le haga gran cosa.

—Cuando llegan a ese punto, nada les ayuda mucho.

—¿Cómo crees que se siente al morir en el hospital de una cárcel?

Joey se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Supongo que es como morir en cualquier otra parte.

Cuando llegaron a la clínica el teléfono estaba sonando, una llamada para el corredor de los condenados a muerte, y volvieron a salir mientras Fantasma seguía atrapado en la emboscada del alfil.

El corredor de los condenados a muerte, casi siempre llamado el corredor de la muerte excepto en los documentos oficiales, se halla en las profundidades del centro del bloque norte, protegido por la masa que lo rodea como si fuera un órgano frágil. El enfermero y Joey tuvieron que pasar tres puertas cerradas y vigiladas, además de un ascensor accionado a control remoto y vigilado por televisor, antes de entrar en el

pasillo de baldosas blancas y negras, forrado de celdas pintadas en tres colores pastel que se alternaban: amarillo pálido, rosa viejo y verde Nilo. Estaba empapado de luz, los azulejos deslumbraban y el oficial de guardia tenía los ojos cansados y con un reborde rojizo. El sargento del corredor de la muerte, con los pies cruzados sobre un escritorio de metal gris, estaba sentado al principio del pasillo.

El enfermero preguntó:

—¿Algo grave?

—Lo dudo —dijo el sargento—. Es Wagner. Le duele la tripa.

Sacó un manojito de llaves grandes del escritorio y llamó al agente que había en la puerta.

—Cúbreme. Van echarle un vistazo a Wagner.

—¿Ese no es el chaval que le pegó un tiro a un policía en Oakland? —preguntó el enfermero.

—El mismo. Tenía dieciocho años cuando apretó el gatillo. Dudo que llegue a cumplir los diecinueve.

—¿No hay esperanza de que le conmuten la pena?

—Ni por asomo —le dijo el sargento, ahora en un susurro porque estaban delante de la puerta de Wagner.

La celda de Wagner estaba pintada de amarillo pálido, y era un poco más grande que una celda normal. Una litera, un taburete, una mesa metálica, todo ello atornillado al suelo, y una bombilla separada en una pequeña jaula propia, como si su delito fuera aún más grave que el de Wagner.

El enfermero se arrodilló al lado de la litera.

—¿Qué te pasa, chaval?

—Me duele la tripa. Me comí un hamburguesa grasienta.

—Será mejor que te eche un vistazo —dijo el enfermero, apartando las mantas grises de la barbilla de Wagner. Le desasosegó descubrir lo menudo que era Wagner, debía de pesar sesenta kilos, y no medía más de metro sesenta y cinco. Le apretó el abdomen plano y blanco buscando alguna rigidez, y al no encontrar ninguna le dio algo para la indigestión.

Sonrió.

—Muy bien, chaval, esto te aliviará. —Se puso en pie y asintió en dirección al sargento.

—Doc —dijo Wagner—. Doc, ¿y no me podría dar un somnífero?

El enfermero frunció el entrecejo. Así que era eso. ¿Y por qué no? En las películas las chavalas engullían barbitúricos como si fueran caramelos de goma, y desde luego aquel chaval, ya muerto, se merecía uno.

Le dio a Wagner un Nembutal, le acercó un vaso de agua y esperó hasta asegurarse de que el muchacho se lo había tragado, una precaución rutinaria en el corredor de la muerte, igual que la cuchara de plástico que le habían dado a Wagner y la maquinilla de afeitar bloqueada con la que se afeitaba.

Cuando se marchaban, Joey dijo:

—Tómatelo con calma, tío.

Y Wagner se incorporó para contestar:

—Me lo tomo con mucha calma.

Se quedó sentado viendo cómo se cerraba la puerta, sumiéndolo en la oscuridad, una oscuridad en la que la mirilla flotaba como una estrella cuadrada gris e inmóvil, la única luz que se veía ahora, aparte del tenue reflejo en el retrete blanco y metálico, un reflejo que flotaba en la esquina aislado, como un cero espectral.

Era culpa suya que no pudiera dormir. Había dormido demasiado durante el día. Se advertía que no debía hacerlo, acordándose de las lentas horas nocturnas que había que pasar sin más distracción posible que sus ineficaces pensamientos. Pero la tentación de dormir, de olvidar, era demasiado fuerte. Durante los meses que había pasado en el corredor de la muerte, la parte del día en la que podía esperar perderse en el sueño se había ido volviendo cada vez más corta. Intentaba hacer ejercicio, cientos de flexiones; sentadillas; caminaba por la celda. Nada le ayudaba. No se le ocurría que si estar inconsciente era mejor que estar despierto, estar inconsciente para siempre sería lo mejor de todo.

En lugar de eso se ponía a soñar en milagros. Los milagros del futuro: conmutación de la pena a cadena perpetua, abolición de la pena de muerte, huidas descabelladas e imposibles y estallido de la guerra atómica total. Y los milagros del pasado. En su mente se repetía una y otra vez la noche del robo, pero dejaba el arma descargada. O soñaba que había disparado a un lado, al suelo, al techo, a cualquier lugar que no fuera el policía, cuya muerte iba a causar la suya propia.

Se puso en pie, se echó una manta sobre los hombros y se sentó en el retrete. A veces, si se quedaba incorporado un rato comenzaba a entrarle sueño. El duro retrete hacía que la litera pareciera cómoda. Lió un cigarrillo y se lo fumó, tirando la ceniza entre las piernas.

Las pocas veces que era capaz de pensar en la noche que había matado al policía con la inflexible precisión del auténtico recuerdo, se daba cuenta de que por su parte no había habido ninguna intención que pudiera frustrarse o invertirse. De nuevo veía aparecer el policía delante de él, y al instante sentía saltar su mano como si la pistola tirara de ella, como si la pistola hubiera estado decidida a acometer su propio asesinato.

Ya no había nada que desandar, excepto no haber robado la tienda, no haber tenido la pistola, no haber estado en el reformatorio donde había aprendido a querer la pistola, y en última instancia, no haber sido quien era.

Dio gracias al sentir la primera dulce oleada de humo a medida que el Nembutal comenzaba a desplazarse por su corriente sanguínea.

En la celda de los condenados a muerte contigua a la de Wagner, Oscar Raymond Johnson, convicto de asesinato y violación de dos mujeres, ambas sesentonas, se acariciaba la entrepierna mientras pensaba: «Me van a freír el culo como si fuera un huevo, pero tío, tío, tío, aquellas abuelitas estaban buenas».

Justo detrás de la celda de Wagner, al otro lado de un estrecho túnel de instalaciones ocupado por los gruesos intestinos negros del sistema de aguas residuales, había otra celda, una gemela, una gemela siamesa, pues las dos estaban conectadas al mismo desagüe y una sola válvula llevaba agua a ambos retretes. Pero mientras que ambas celdas eran físicamente idénticas, espiritualmente era como si a uno de los gemelos le hubieran asegurado que moriría al cabo de un mes, mientras que el otro no encontrara razón para dudar que seguiría viviendo para siempre.

Palo estaba confinado en la segunda celda: una celda de detención en la unidad de aislamiento conocida como «la balda». Los guardas lo habían arrojado a la celda y no le habían vuelto hacer caso, como no fuera para la cena que le habían servido en una mesa portátil. Palo había tirado la comida por el retrete.

Se había quedado dormido y tieso. Durante un buen rato había caminado arriba y abajo, y de vez en cuando se había dado una palmada en la cara, con fuerza, como si un mosquito se hubiera posado en la mejilla. Parecía que le temblaban los párpados y tenía las axilas frías. Cada pocos minutos se había apretado contra la puerta intentando ver a través de la finísima grieta que había en el borde, pero solo distinguía una mancha verde amorfa que sabía que era la pared del fondo del corredor. Luego se había trasladado a la parte de atrás de la celda y había apretado el botón redondo que había en la pared para ver cómo el agua caía por la taza. Al final se dio cuenta de que tenía sed y se inclinó para engullir con voracidad el flujo de agua que caía, casi como si la mordiera. El agua sobrante le cayó por el lado de la barbilla y le mojó el cuello del mono azul que le habían dado para sustituir el que había llevado en el viaje desde Delano.

Cuando la fatiga acabó suavizándole la tensión, comenzó a mirar a su alrededor buscando algo con que dibujar y descubrió un cabo de lápiz oculto bajo el colchón. La mina se había alisado por el roce de la madera, pero consiguió afilarla con los dientes, arrancando la madera hasta que quedó a la vista el grafito suficiente como para marcarse en la pared. Dibujó al Vampiro.

A continuación se echó y se quedó mirando el techo desnudo. Al cabo de un rato su conciencia inmediata comenzó a enturbiarse y se sintió mejor. Sintió que cada vez era más fuerte, y la señal de su fuerza creciente era la oleada de bienestar que sentía en la boca del estómago. No necesitaba los brazos para ver el mensaje de su poder, lo sentía en las tripas, donde se encontraba su origen.

Se puso en pie, y moviéndose con la refinada serenidad que sugiere la gracia flotante de una atleta filmado en una película a cámara lenta, arrancó la puerta metálica del marco, arrugándola como si fuera cartulina, y salió al pasillo. Un guarda fue corriendo hacia él, corriendo claramente por instinto. El aturdido asombro de sus

ojos era una delicia. Palo se tiró al suelo con habilidad, y agarrando al agente por el tobillo dibujó con él un semicírculo y lo arrojó por el corredor. Su chillido se imprimió en la mente de Palo como un EEEEEEEEEEEEEEEEEEE, en el que la primera E era una mayúscula enorme y amarilla que se iba haciendo cada vez más pequeña hasta llegar a la última, que se convertía en una diminuta estrella en el lugar del impacto. Un segundo agente estaba sentado en un escritorio metálico, muerto de miedo.

Palo arrancó la puerta del ascensor, pero descubrió que la cabina estaba al fondo del hueco. En lugar de esperar a que subiera, se deslizó por los cables y cayó por el lateral del hueco para aterrizar suavemente en la rotonda del bloque norte. Allí lo esperaban, tal como sabía que ocurriría, hileras de hombres uniformados de dientes blancos y cuadrados y ojos negros y diminutos. Tenían la cabeza cubierta por cabellos escarlata como cerdas. Se cernían en torno a él detrás del irregular resplandor de sus pequeñas armas de fuego. Palo arqueó el pecho y las balas rebotaron sin hacerle daño, regresando hacia sus atacantes. Cada vez se volvía más fuerte. Levantó la mirada para ver a los convictos que le observaban en las galerías, apretados contra los barrotes de sus celdas.

—Libéranos, Vampiro —gritaban—. Libéranos y seremos tus soldados.

Sacudían las puertas metálicas hasta que todo el bloque tronó. Vio, con claridad, a sus generales, ambos en la misma celda. Estaban en posición de firmes tal como él les había enseñado, dándose golpes en el pecho a modo de saludo romano, las caras firmes de orgullo.

—Libéranos, Señor.

Arrancó la puerta de la celda y los generales lo siguieron mientras recorría la galería desgajando todas las puertas a medida que pasaba. Su ejército formó detrás de él y comenzó a cantar, y sus voces se combinaron en una sola voz...

Alguien gritó y el cantante se quedó callado. Fue un momento antes de que Palo se diera cuenta de que era él quien había gritado. Se dio la vuelta y apretó la cara contra el duro almohadón. Intentó adivinar qué hora era. Si sabía qué hora era, sabría cuántas horas había estado solo. Nadie se había molestado en abrir la ventanilla metálica para echarle un vistazo. ¿Tanto confiaban en que no podría hacer nada?

Quitó la manta superior de la cama y la metió en la taza del váter. Comenzó a apretar el botón. El retrete era un Standard Instanto, y como no tenía depósito, el agua no paraba de caer. Pronto el agua comenzó a derramarse por el suelo y a salir por la abertura que había en la base de la puerta.

A Palo ya le llegaba el agua por los tobillos cuando abrieron la puerta y esta pudo correr libremente por el pasillo. El guardia se miró los zapatos mojados; a continuación, miró a Palo.

—Gamberro asqueroso —dijo.

Pero no lo pegaron. Le quitaron el mono y lo encerraron en una celda distinta, y se encontró desnudo en una habitación absolutamente desnuda. La monotonía del cemento quedaba solo interrumpida por un agujero de unos ocho centímetros en mitad del suelo, y justo encima del agujero, a una altura a la que no llegaba, brillaba una luz tras un vidrio esmerilado. Cuando se estiró y puso el oído en el agujero, oyó correr el agua. Le llegó un leve olor a orina que lo incorporó rápidamente con una mueca de asco en la cara. «Este es el final del camino —dijo en voz baja una voz en su cabeza—. Has llegado en un tiempo récord». Sentía el cemento frío contra la piel desnuda, y se puso en pie y comenzó a caminar. Comenzó a darse bofetadas. Se detuvo y pasó la uña del pulgar por la pared de cemento. La superficie era dura y lisa y la uña se dobló. Ni siquiera podía dibujar al Vampiro. «Tienes que ser listo», se dijo. Listo. Canturreó la palabra, buscando consuelo en la idea de su poder.

Cuando el enfermero regresó a su consulta se encontró con que Fantasma había abandonado la partida, pero había conseguido amargarle la victoria con su habitual mal humor. Había despejado el tablero, metido las fichas en una caja y se había retirado al retrete de la clínica para practicar con la guitarra. Estaba intentando aprender *Your Cheatin' Heart*. Era la canción que pretendía cantarle su mujer cuando se convirtiera en un gran cantante *country*. Su mujer era una zorra repugnante, mentirosa y siempre abierta de piernas, y él pretendía que quedara claro para que todo el mundo se diera cuenta. La imagen no era muy clara, pero generalmente se veía con un sombrero blanco y una chaqueta de cuero blanca con flecos, sentado en el asiento trasero de un descapotable blanco, grande como un maldito iceberg, con una mirada realmente fría y despreocupada, y estaba metiéndole mano a alguna monada sentada a su lado: de algún modo conseguiría que esa zorra lamentara el día en que se fue vivir con ese idiota y le dejara sin el dinero del alquiler.

El enfermero oyó la guitarra de Fantasma, amortiguada por dos puertas, pero no entró a preguntarle por la partida porque sabía por experiencia que Fantasma afirmaría haber encontrado una manera de evitar el mate, pero se había cansado de esperar, y al fin y al cabo era solo una partida.

El enfermero volvió a estar ocupado durante veinte minutos. Un chaval mexicano llamado Niño de Flats había rajado la cara de otro mexicano conocido como Conejo con un cristal roto de una botella de salsa Pico Pico Hot. Niño se había enterado de manera indirecta de que Conejo, su compañero de celda durante seis meses, había sido un confidente de narcóticos.

Al enfermero le preocupaba el efecto de la salsa picante en las heridas abiertas, y sacó al médico de guardia de la cama para que le echara un vistazo. De inmediato sacaron al interno fotógrafo de su celda para que tomara una serie de fotos: de frente, perfil izquierdo y perfil derecho, de la cara de Conejo, dejando constancia de los cortes por si Niño era juzgado por agresión. Mientras se arrodillaba para la foto de

frente, los ojos de Conejo se despejaron un momento. Se miró la sangre de las manos.

—No soy ningún soplón —dijo.

El teniente de guardia metió el trozo de cristal del frasco de salsa Pico Pico Hot dentro de un sobre de papel manila, que encerró en el cuarto de seguridad. Llamó al hospital y averiguó que el médico de guardia había medio remendado la cara de Conejo y no se esperaban complicaciones. A continuación telefoneó a la residencia del alcaide para informar del incidente.

Charlie Wong, el interno que hacía de criado del alcaide, contestó el teléfono.

—Déjame hablar con el viejo, Charlie.

—Lo siento, teniente, señol Sheeley no aquí.

—Bueno, ¿pues dónde está?

—Dijo iba a comel con animal...

—¿Qué?

—Animal. Extlaño animal. La señola Sheeley dice...

—Vete a la mierda, chino de los cojones —dijo el teniente, y colgó. Cogió una libreta de su escritorio y comenzó a redactar el informe.

Los animales con los que estaba cenando el alcaide eran Alces. La Leal Orden del Alce, que constaba de setenta y cinco miembros, y en ese momento estaba escuchando cómo su presidente presentaba al orador invitado.

El alcaide Michael L. Sheeley oyó cómo lo presentaban con una expresión tan completamente neutral que, en cuanto se hubo desvelado el secreto, cada uno de los Alces pudo ver en él la encarnación del alcaide ideal. Sus pensamientos, sin embargo, estaban lejos de ser neutrales. Tenía la mirada gacha para evitar, aparentemente con modestia, el entusiasmo del presidente, y concentrada en la gruesa porción de jamón cocido de Virginia que le quedaba en el plato. Tenía la esperanza de haber conseguido comer lo suficiente para evitar ofender a alguno de sus hermanos. A Sheeley le encantaba hablar ante las organizaciones y órdenes fraternales; era capaz de detallar sus diversas reformas y ganar apoyo para realizarlas, y reconocía que tenía lo bastante de actor como para disfrutar de sus intervenciones. Pero la contrapartida eran aquellas cenas absolutamente invariables: los guisantes pequeños y duros como una piedra, el puré de patatas congelado y una tajada gruesa y aceitosa de jamón. Charlie, su criado y cocinero, le había explicado que, para una empresa de catering, el jamón representaba el mínimo gasto y el mínimo problema, y a no ser que se solicitara especialmente alguna alternativa, el jamón era inevitable. Aquello había añadido un resentimiento aún mayor a su ya bien afianzada aversión. De nuevo se preguntaba si conseguiría fingir una úlcera, cuando oyó unos cortesés aplausos y se volvió para descubrir que el presidente movía la mano vigorosamente. Sheeley se levantó sonriendo.

A los Alces les ofreció una de sus charlas preparadas. «Las prisiones no se han

creado para castigar» desarrollaba la idea de que el mero hecho del confinamiento era un castigo severo y suficiente, y que el interno debería pasar su condena de la manera más cómoda y constructiva posible.

Esa conclusión no despertó muchos aplausos. Hizo una reverencia reconociendo su decepción ante el hecho de que lo que a él le parecía importante no fuera lo que los demás esperaban oír de un alcaide. Esperaban algo más dramático: historias, retratos de personajes grotescos, curiosidades humanas y detalles de diversas ejecuciones. Todo ello llegó en forma de pregunta cuando la cena fue tocando a su fin. Cuatro o cinco hombres de negocios y un posible reportero detuvieron a Sheeley cuando se disponía marcharse. Uno de ellos, un tipo gordo de cara sonrosada que llevaba un anillo con una perla en el dedo meñique, preguntó:

—En confianza, ¿cree que a nuestros presos se les mima?

—No, yo diría que no.

El posible reportero —Sheeley basaba su suposición en algo tan poco concreto como que el hombre llevaba una chaqueta sport y el pelo demasiado largo— intervino.

—Alcaide, recuerdo haber leído que el cincuenta por ciento de presos en libertad condicional regresan tras cometer algún delito. No parece que su prisión les dé mucho miedo. ¿No será que se lo pasan mejor que si trabajaran?

—En la institución tienen que trabajar. Y algunos trabajan duro...

—Y algunos no.

—Es cierto —admitió Sheeley—. La cárcel está superpoblada y no hay suficiente trabajo para todos. Necesitamos instalaciones más grandes.

—¿Más aún? —preguntó en tono elocuente el posible reportero, pero antes de que el alcaide pudiera contestar, el hombre con el anillo de perla le había interrumpido.

—¿Y qué me dice del sexo? —quiso saber—. ¿Qué hacen para satisfacerse?

—Lo mismo que la mayoría de muchachos.

—Probablemente tiene algunos problemas relacionados con eso, ¿verdad, alcaide?

—Sí, algunos. En cualquier grupo humano siempre hay un cierto número de invertidos y degenerados, y naturalmente, en la población carcelaria el porcentaje suele ser más alto.

—¿Cómo controla a estas personas? ¿O las deja campar a sus anchas?

—No, las segregamos cuando las descubrimos, pero muchos aprenden a disimular completamente su personalidad y son casi imposibles de detectar a no ser que los guardas los pillen en pleno acto.

El posible reportero preguntó:

—¿Ve muchas ejecuciones, alcaide?

—La ley me obliga a presenciarlas todas.

—¿Y qué siente al presenciarlas? ¿Está...?

—Me repugnan —le espetó Sheeley—. Y ahora caballeros, si me perdonan, tengo

que regresar a la institución.

Él mismo condujo, de vuelta a la cárcel, el coche que el estado le había proporcionado. Cuando giró para tomar la carretera de acceso que quedaba por encima de la institución, aminoró la velocidad para contemplar las luces que se movían, como abanicos dorados, sobre los muros. Siguió el perímetro para comprobar que la luz verde en lo alto de cada torre indicara que no había novedad. Qué escena tan incongruentemente hermosa: la cárcel como un castillo denso y enorme, diminuto y con luces de Navidad, y todo ello repetido, aunque mágicamente invertido, en fiel detalle sobre las tranquilas aguas oscuras de la bahía.

Encontró a Wong dormitando delante de la televisión.

—No hacía falta que me esperaras, Charlie.

Wong sonrió tímidamente.

—Pensé que a lo mejor tenía hambre, jefe. Jamón no muy bueno pala usted, ¿no?

—Tomaré solo un sándwich. Y un vaso de leche.

Mientras esperaba se quedó sentado en su escritorio y leyó algunos memorándums que ni siquiera había podido abrir durante el día. Uno de ellos llevaba el sello de confidencial, y lo enviaba al capitán de los guardas. Afirmaba que sus confidentes seguían informando de que había contrabando de grandes cantidades de inhaladores nasales dentro de la institución, pero que no había conseguido encontrar el origen. Y también corrían rumores de la aparición de marihuana, lo que podía significar que se había abierto una nueva ruta para introducirla.

El alcaide se quitó las gafas y se frotó los ojos. ¡Qué ingenio infatigable! Se acordó de la vez que ordenó cambiar los cerrojos de la comisaría de la cárcel, y dos días después cogieron a un interno con un juego completo de llaves de las nuevas cerraduras. Ojalá hubiera una manera de abrirse paso hacia sus mentes y canalizar de manera constructiva su inteligencia y energía, pero si eso fuera posible, la cárcel jamás se habría construido.

Volvió a ponerse las gafas y anotó *Siga vigilando, cometerán algún error*, al margen del memorándum del capitán. Era cierto. Sheeley había ido subiendo desde lo más bajo y estaba familiarizado con las debilidades de los internos, que ellos llamaban fanfarronadas. El preso que detentaba el poder de regular el tráfico de inhaladores acabaría comentándolo para exhibirse, para que se supiera que él era el Gran Jefe de todos los adictos al algodón, y sentiría una presión sutil que le llevaría a admitirlo, pues había muy poco en la rutina de la cárcel que hiciera que un hombre se sintiera importante o especial de la manera que fuera, o simplemente se sintiera un hombre. La necesidad de reconocimiento aumentaba como el hambre. Con el tiempo acabaría fanfarroneando y el capitán se enteraría.

Wong le trajo un sándwich de pavo y un vaso de leche en una bandeja.

—Es mejor que vuelvas dentro, Charlie. Gracias por esperar.

—De acuerdo. ¿A qué hora levántase?

—A la de siempre.

—Estalá muy cansado, jefe. Mejol dolmil hasta talde.

—No, mañana tengo muchas cosas que hacer. Buenas noches, Charlie.

—Muy bien. Buenas noches, jefe.

Wong salió por la puerta delantera, pero se volvió rápidamente y se metió en el garaje, donde había aflojado el tapacubos de la rueda delantera derecha del coche del alcaide. En el espacio que había detrás encontró un kilo de hierba —sonrió feliz en la oscuridad—, un pequeño trozo de opio que le había escondido Sammy Low, el primo de Charlie y miembro como él de Hop Sing,^[4] mientras el alcaide pronunciaba su alocución a los Alces.

Charlie no hizo ningún esfuerzo para esconder el botín. Lo metió en el bolsillo de la chaqueta, volvió a colocar el tapacubos y se encaminó hacia la verja delantera. Cruzó las puertas dobles sonriendo y asintiendo, con la invisibilidad que le proporcionaba ser un personaje de la cárcel, condición que le permitía moverse sin llamar la atención y sin que le vieran más que como «ese chino chalado» en las zonas más estrechamente controladas de la cárcel.

Una vez dentro aspiró profundamente y comenzó a cruzar el Hermoso Jardín hacia la puerta vivamente iluminada conocida como «la caja». La caja era el principal centro neurálgico de vigilancia dentro de los muros, y todo el tráfico de una parte a otra de la cárcel pasaba delante de esas curiosas ventanas. Por la noche el Viejo Tom permanecía sentado en el centro de esa telaraña como una araña enorme, benévola y adormilada. El viejo Tom era un poli bueno y del montón, lo que significaba que no le gustaba tener que pasar por todo el papeleo que implicaba denunciar un delito, aunque tampoco había que fiarse demasiado. Más o menos una vez al mes lo despertaba una intensa y molesta irritación, y esas noches era capaz de denunciarte simplemente porque no le gustaba tu cara. Ese rasgo peculiar y curiosamente regular solía atribuirse al malhumor menstrual, una atribución tan malévola como improbable, pues el Viejo Tom, ya fuera hombre o mujer, hacía treinta años que había dejado de sentir la influencia de la luna, y era tan feo que Aliento de Perro, un marica negro de aspecto espantoso, parecía la viva encarnación de la belleza femenina.

Charlie, que aún iba de audaz, pasó junto a la caja apenas saludando con la mano al Viejo Tom, que parecía medio dormido y tan hundido en su silla giratoria que sus ojos encapirotados apenas resultaban visibles detrás de la montaña caqui de su barriga.

—Qué hay, Wong —dijo Tom, alzándose amenazante de la silla, y ya de pie en la puerta de la caja y haciéndole señal de que se acercara—. ¿Qué encontraría si te registrara?

Charlie se paró a metro y medio de distancia y sonrió con delicadeza.

—Mucho, encontlal mucho. Mucha malía, quizá un poco de opio... y un sándwich de huevo flito. Te quedas el sándwich, ¿vale, jefe?

El viejo Tom sonrió con acritud y le hizo seña de que pasara con una mano que parecía un guante de béisbol que hubiera pasado todo el invierno a la intemperie y

hubiera sido masticado por alguien lo bastante hambriento como para perder el tiempo con eso.

—Ese chino está como un cencerro —le dijo a Angelo. Angelo no contestó, y Tom tampoco había esperado que lo hiciera.

Cada vez que Angelo descansaba de su ronda nocturna antiincendios, se sentaba detrás del viejo Tom sobre una caja de manzanas, mullida por el simple hecho de tener clavado encima un almohadón. Angelo tenía setenta y cinco años y ese era su quincuagésimo sexto año sirviendo en la cárcel. Tenía veintitrés la última vez que besó a una mujer, y esa mujer era su esposa la semana antes de que él le cortara la cabeza. Dice la leyenda que cogió la cabeza cortada, la escondió en una bolsa de papel y la llevó al bar donde solía ir a beber. Pidió un whisky, y cuando le colocaron la copa delante, sacó la cabeza de la bolsa, la colocó sobre la barra y le dijo: «Y ahora sigue dándome la lata, hija de puta».

No es más que una historia, y Angelo lleva dentro tanto tiempo, más que ningún otro preso, porque se negó a salir y regresar a un mundo que recordaba solo como algo que quizá había soñado. Cuando, entre ronda y ronda, pasaba junto a uno de los lugares de la institución desde los que se ven las luces de San Francisco, la imagen no tenía ningún sentido real para él. De vez en cuando se paraba y se quedaba mirando las colinas relucientes y misteriosas que había al otro lado de la bahía con la misma sensación de temor reverencial y aprehensión con la que los primeros hombres vieron las estrellas.

Por la noche hacía la ronda cada hora. Primero inspeccionaba el pabellón de enseñanza, recorriendo, a paso lento, el pasillo principal, recorriendo las paredes con el resplandor diluido de su vieja linterna porque se consideraba severamente observado por los ojos de los cuadros de Ralph Waldo Emerson, Thomas Alba Edison, Theodore Roosevelt, el juez Holmes, y otros héroes de la República que colgaban allí por la beneficiosa aura de su carisma moral. Su luz rozó respetuosa cada uno de los retratos, sorprendiendo la cara vigilante en la sombra de su marco, y para Angelo eso era un ritual tan solemne como el Vía Crucis, pues creía que esos hombres eran antiguos alcaides, ya fallecidos, dispuestos en sucesión regia, y creía recordar que Emerson era el hijo de puta de Pennypacker, que construyó un horno para cocer ladrillos con fondos públicos e hizo una fortuna vendiendo ladrillos con la mano de obra gratis, regados con sudor de convicto y cocidos con odio de convicto. Angelo había trabajado en el horno durante los primeros años de su encarcelamiento, cuando todavía tenía el pecho como un barril, bigotes curvos tan llamativos como cimitarras y la capacidad de odio de un hombre.

Después del pabellón de enseñanza, controló las capillas, el dispensario dental y el taller de artesanía. A continuación descendió la colina empinada, sin luz, que llevaba al callejón industrial. Allí lo recibieron los gatos.

Había quizá entre cinco y veinte gatos que se frotaban alegremente en torno a las piernas de Angelo, dependiendo de cuánto había pasado desde que los de custodia habían metido en un saco los sobrantes y los habían arrojado a la bahía. Esta reducción rutinaria de la población gatuna era claramente necesaria, pues de otro modo la institución se habría visto rápidamente invadida por ellos. Pero pocos internos aceptaban esa justificación ecológica, y entendían que casi todos los polis eran unos cabrones de nacimiento y si no tenían otra cosa a mano que matar, mataban gatos.

Dos gatos habían quedado por encima de esta ley, porque para los gatos la ley era algo que todavía podían saltarse mediante un capricho regio, y tanto el héroe como el bobo, esos gemelos míticos, habían reclamado su inmunidad tradicional.

El bobo se llamaba Puchuco. No tenía cola, era bizco, estaba castrado, y le habían arrancado la totalidad de una oreja y la mitad de la otra. Tenía la cara aplanada y torcida como una pelota reblandecida por la lluvia, y la pata posterior derecha era más corta que las otras y le quedaba a un par de centímetros por encima del suelo. Cuando aullaba por la noche daba pena oírlo.

A veces los alumnos de las clases nocturnas que tenían lugar en el pabellón de enseñanza se quedaban mirando el callejón industrial, bañado por la luz de la luna, para ver jugar allí a Puchuco. Se entregaba a un *ballet* grotesco y entrecortado con un periódico arrugado o con un trozo de algodón, perseguía esa presa fantasma con una parodia de feroz urgencia, como si fuera un gatito demasiado grande y mutilado. Los que observaban, generalmente se reían, pero unos pocos se enfadaban y decían:

—Alguien debería sentir pena por ese pobre gato de los cojones, y matarlo.

El héroe era un gigantesco gato negro de ojos amarillos, un gato de bruja, que exhibía honorables cicatrices y cuya expresión era tan inmutable y serena que parecía de absoluta certeza. Los demás machos vivían aterrorizados por él, y no se acercaban a menos de doce metros cuando comía o cortejaba. Los internos lo saludaban como Joe el Follador, dándole el mismo irónico nombre que le ponían al hombre que entraba en el dormitorio de la esposa de un convicto mientras este estaba encerrado, desesperado y sin posibilidad de salir. Joe el Follador llevaba sus trajes, destrozaba su coche, desenterraba su alijo, y magreaba las tetas de su mujer mientras ella le escribía: «Querido John, te hecho tanto de menos...». Y tarde o temprano dejaba preñada a esa zorra, momento en el cual se largaba. El gato actuaba con la misma tranquilidad. Era Joe el Follador en lo más profundo de sí, como quien no desea serlo, y los convictos convertían sus hazañas nocturnas en sagas de la envidia.

Cada noche, durante unos momentos, allí, a la entrada del callejón industrial, Angelo era el Dios de los gatos. Dividía entre ellos la carne que había ido recogiendo de las bandejas abandonadas del comedor, y se adentraba en la sombra del callejón hasta que su linterna alcanzaba la luminiscencia cómica y sin parangón de los ojos de Puchuco, que lo contemplaban desde los peldaños metálicos de la escalera de incendios que subía por el edificio industrial como una Z oxidada.

—Ven, amigo —canturreaba suavemente Angelo.

Puchuco emitía un ruido desde lo más profundo de su garganta y sus ojos desaparecían para volver a aparecer un peldaño por debajo.

—Ven, gatito. Ven a comer.

Angelo se sentó en el peldaño inferior y sacó del bolsillo el último resto de carne para colocarlo en el peldaño que quedaba por encima de él.

—¿Alguna vez te he hecho daño? —le preguntó a Puchuco.

Cuando el gato comenzó a comer, Angelo frotó los bultos de carne desgarrada alrededor de sus orejas mutiladas.

Angelo acabó su ronda en el viejo edificio industrial, una estructura gigante en forma de caja y medio vacía que llevaba diez años olvidada. El gimnasio estaba en la tercera planta; la segunda se utilizaba como almacén y a veces para alguna conferencia o para ensayar alguna función. La planta baja todavía albergaba los talleres, y Angelo caminó lentamente entre las bases de la voluminosa maquinaria, sin saber muy bien qué estaba buscando.

A la una treinta y cinco un preso encadenado fue admitido por la puerta delantera. Tom no reconoció al agente.

—Higgins —dijo el agente, tendiéndole la mano—. Soy del Campo Catorce. En Del Norte.

—Vienes desde lejos.

—Sí, hay un buen trecho —admitió Higgins.

—¿Cómo está el tiempo allí?

—Tenemos el invierno encima. Ya estamos de nieve hasta el culo. —Se quitó la gorra reglamentaria y miró el forro. Al parecer satisfecho con la manera en que se resistía, se la volvió a poner.

—Te traigo a este muchacho —dijo, asintiendo en dirección al preso, callado y con esposas y grilletes en los pies—. Se nos escapó. Tuvimos que perseguirlo bastante hasta que le echamos los perros. Estos lo encontraron enseguida, temblaba tanto que es un milagro que no se le soltara toda la dentadura. Hacía frío, ¿eh, chico? —Higgins invitó al preso a que se lo confirmara.

El preso se encogió de hombros y las cadenas tintinearón de un modo musical.

—La cosa iba rodada hasta que soltasteis los perros. Esos cabrones se morirían de hambre antes de seguir el rastro de comida, pero les das la oportunidad de cazar a un hombre y pies para qué os quiero.

—Podrías quitarle los hierros —le dijo Tom a Higgins—. De aquí no va a conseguir escapar.

—Al final tampoco ha conseguido escapar del campo —dijo Higgins.

—¿Cómo se llama? Telefonaré a control para que le asignen una celda.

—Sarich.

Higgins le quitó las esposas y grilletes con diestra eficacia.

—¿Tienes cigarrillos? —le preguntó.

—Ya sabes que no —dijo Sarich.

—Toma. —Higgins le entregó un paquete a medias y Sarich le lanzó una mirada despectiva antes de metérselos en el bolsillo de la camisa.

—Se me olvidaba que fumabas cigarrillos de marica.

—Pues para ti son perfectos —dijo Higgins afablemente.

—Claro, te dan cáncer mentolado.

—Frank, ¿por qué te largaste? Es que no lo entiendo. ¿Es que alguien del campo te lo hacía pasar mal?

Sarich frunció el ceño.

—No hay un puto pasma en el campo que pueda hacerme nada, y lo sabes.

—Vale, ¿pues por qué demonios te fugaste?

—Porque me apetecía.

—Pero si solo te quedaban un par de semanas.

—Me apetecía —dijo Sarich de mal talante—. ¿Qué es lo que te cuesta entender?

El Viejo Tom acabó de hablar por teléfono y se volvió hasta quedar delante de ellos.

—Llévalo al bloque sur —le dijo a Higgins—. Lo estarán esperando. Luego ya te puedes ir.

Sarich metió las manos en los bolsillos. Por un momento mostró los ojos enrojecidos y su mueca despectiva pareció casi dolorosa.

En la rotonda del bloque sur se despidió de Higgins y fue a esperar junto a la ventanilla de la oficina. Un interno que hacía de portero merodeaba por allí, un chalado que Sarich recordaba de antes. Lo llamaban Jo-Jo y nadie añadía «cara de perro» porque Jo-Jo era demasiado grande y su expresión demasiado extraña. Aquella noche llevaba una camiseta de lana de excedente de la marina, unos tejanos bastante por encima de la barriga gracias a un pesado cinturón del que también colgaba su manojito de grandes llaves de latón, y zapatillas de cáñamo. Llevaba la cabeza rapada, tenía unos ojos insondables, unas manos enormes, y masticaba lentamente un trozo de papel que antes había arrancado de la tapa de una revista.

—¿De dónde vienes? —preguntó.

—Del campo.

—¿Escapaste?

—Exacto. ¿En qué celda vas a ponerme?

—En la quinta galería.

—¿Sabes con quién voy a estar?

Jo-Jo masticó lentamente. Si estaba pensando, era imposible apreciar ninguna prueba de ello. Al final dijo: «No presto atención».

Llegó el agente y se llevó a Sarich a la quinta galería; después, y mientras Preston, el agente que estaba en el pasillo vigilaba, lo encerraron en la oscura celda.

El que estaba dentro no era más que un bulto de mantas entre sombras que respiraba pesadamente.

De nuevo en la rotonda, Jo-Jo se acomodó en las anchas escaleras metálicas y sacó la revista que llevaba en el bolsillo de atrás. No sabía leer y ya había mirado las fotos muchas veces, así que pudo ir directamente a sus favoritas. Una era de una joven rubia, desnuda, que lo enseñaba todo a excepción de ese misterio final, que quedaba en sombras gracias a una pierna lo bastante levantada. Tenía la mirada gacha, pero los delicados pezones rosados de sus pequeños pechos miraban triunfalmente la cámara.

Su otra foto favorita era muy diferente. En ella había un hombre y una mujer, ambos vestidos: el hombre de esmoquin, la mujer con vestido de noche. Estaban sentados a una mesita y en la mano tenían unas copas medio llenas de un líquido rojo, y los que estaban sentados a su alrededor los observaban con cortés admiración. La chica era hermosa, pero cuando Jo-Jo se imaginaba que era el hombre del esmoquin sentado delante de ella, nunca proseguía con el sueño ni se imaginaba siquiera que la llevaba a casa. Simplemente seguía sentado mirándola y bebía aquel líquido rojo y no tenía ningún problema a la hora de encontrar algo que decir que le hiciera parecer un idiota o un chiflado. Eso era todo, pero él lo encontraba incluso más satisfactorio — de una manera distinta— que las cosas que imaginaba con la chica cuyos pechos eran más atrevidos que sus ojos.

A lo largo de aquella noche estudió las fotos de vez en cuando. A las cuatro de la mañana se levantó y abrió las celdas del comedor y los barrotes de la cocina, y a las cuatro cuarenta el agente levantó los barrotes que liberaban a los cocineros de uniforme blanco, a los camareros y a los que trabajaban en las cocinas para que bajaran, refunfuñando monótonamente y sin verdadera malicia, a preparar un desayuno que sin duda solo complacería al supervisor, que desde luego no se lo comería.

A las cinco Jo-Jo comenzó a abrir las puertas de todo el bloque. Caminaba deprisa por las galerías, con unos pasos exactamente cronometrados para que fueran tres pasos: llave dentro, giro y fuera, tres pasos, llave dentro, giro y fuera. Nunca rompía la zancada, nunca fallaba el agujero ni se le atascaba la llave al girarla, y los hombres que se iban despertando en las celdas oían una metronómica serie de chasquidos que gradualmente aumentaban o bajaban de volumen según Jo-Jo se acercaba o se alejaba de ellos. Y tras escuchar un rato para ver si el ritmo titubeaba, al darse cuenta de que no, se decían: «Ese chiflado de Jo-Jo es el encargado de las llaves».

Terrence Preston seguía el avance de Jo-Jo desde el pasillo de vigilancia, observándolo fascinado tal como había hecho cada mañana desde que lo habían asignado a ese puesto, aún esperando a que Jo-Jo fallara, aunque también deseando que no.

Solo un idiota, había concluido Preston, sería capaz de tan absoluta concentración. Cualquiera que albergara aun la más rudimentaria chispa de

inteligencia acabaría pensando en otra cosa, y eso le haría perder el ritmo alguna vez, pero Jo-Jo seguía adelante, robótico e inexorable e, imaginaba Preston, actuando de una manera tan mecánica como la escoba encantada por el Aprendiz de Brujo.

De hecho, en un pequeño globo de cristal de las profundidades de su tardo cerebro, Jo-Jo seguía alisando las solapas de satén de su esmoquin y le decía a la muchacha algo bonito acerca de su pelo, y el chasquido hipnótico de la llave al entrar cerradura tras cerradura era tan remoto como los ruidos de la calle fuera del restaurante imaginario.

Capítulo 5

—Piensa en todos esos idiotas de ahí fuera perdiendo el culo para que sus zorras puedan estarse sentaditas bajo el secador —dijo lentamente Hielo Willy.

En su reloj eran las seis y media. Sabía que el sol probablemente ya brillaba en el mundo libre, pero todavía no había coronado los altos muros del gran patio. Hielo tenía frío pero intentaba no demostrarlo. Había leído en alguna parte que si cuando tenías frío te relajabas en lugar de encorvarte y temblar, era más fácil soportarlo. Parecía ser cierto. No se sentía cómodo, pero tampoco le daba a nadie la satisfacción de parecer incómodo.

—Claro —estaba diciendo Sociedad Rojo—, pero mira qué actividad tienen todos esos idiotas cuando se meten en la cama. —Rojo se puso en pie de un salto, se puso a dar vueltas y gritó—: ¡A la rica polla caliente! —como si fuera un vendedor ambulante.

—Esa es una idea engañosa —dijo Hielo Willy, con una expresión entre divertida y desdeñosa en la mirada—. No sé, Rojo, intento desasnar al idiota que hay en ti, pero a veces me pregunto si no arraiga a demasiada profundidad.

—Nunca he sido de los rápidos —reconocía astutamente Rojo—. Si lo fuera no me estaría paseando por este patio una mañana tras otra.

Hielo sonrió ante su agudeza. Rojo era la clase de tipo que justo cuando estabas seguro de que era un idiota y un payaso te salía con algo medio inteligente.

Los dos hombres observaban salir del comedor a los demás internos. Era una mañana de hambre. Había tres mañanas así, y la de aquel día era la de la torrija, un manjar tan distorsionado por la producción en masa que a menudo se referían a él como linóleo frito. Otra de las mañanas de hambre ofrecía una pila de tortitas gruesas y empapadas cocidas durante horas. La tercera imagen temida era una famosa pócima conocida como el huevo cuadrado, preparado a partir de huevo en polvo y tocino cocido en láminas chicletosas, que se servía en porciones cuadrados. El huevo cuadrado era considerado universalmente algo incomedible.

Las mañanas de hambre no tenían mucha importancia para Hielo Willy. Rara vez comía lo que servían en el comedor. En aquel instante buscaba a alguien que le debía dinero, alguien a quien poder presionar para que hiciera cola en la cantina para conseguir bollos y café; a veces había que estar una hora, y era un trabajo tan modesto que ni siquiera le pediría a Rojo que lo hiciera, a no ser que fuera importante.

—Ahí viene —dijo Rojo—, como si nunca se hubiera ido.

Hielo se volvió para ver a Nunn acercarse a ellos a través de los grupos de convictos temblorosos refugiados bajo el cobertizo para la lluvia. Se movía como si estuviera gravemente enfermo, y no había nada en su cara consumida y pálida que

contradijera aquella impresión, exceptuando la frágil luz de sus apagados ojos grises.

—¿Has vuelto para morir? —le preguntó Hielo.

—No, para fortalecerme. Las calles te destrozan la salud.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Bueno, ¿por qué te han traído esta vez? —preguntó Hielo.

—Poca cosa. De uno a cinco años por aceptar mercancía robada.

—¿Aceptar? —Hielo no se lo creía.

—Me pusieron una trampa, Hielo. Ya lo creo que me pusieron una trampa. En el tribunal dijeron que yo había enganchado a Jimmy Brown... ¿lo recuerdas?

—¿Aquel bicho raro al que llamaban «Escarcha»?

—Ese. Decían que yo le había llevado al robo para poder chutarse.

—¿Y era verdad?

—Más o menos.

—Así eres tú, ¿no?

—Un jodido traje. Por eso me pillaron.

—Suficiente, ¿no?

—Supongo que sí. No estamos teniendo esta conversación en el vestíbulo del St. Francis.

—¿Y cuántas veces he oído decir aquí mismo que solo un idiota robaría algo que no fuera dinero?

—Lo pillo, Hielo.

—Espero que ese traje al menos te quedara bien.

—No era mi talla.

Rojo se echó a reír y Nunn se volvió para preguntarle:

—¿Todavía se te encaraman a esa espalda atrofiada que tienes?

—Los que lo intentan salen volando.

—Bien. —Hielo hizo caso omiso de aquella conversación paralela—. Ya has tenido tus vacaciones. ¿Cuánto? ¿Siete meses?

—Casi seis.

—Eso no es ningún récord, pero sí que estás volviendo bastante rápido. Bueno, son solo cinco años, aun cuando te caiga la condena más larga, ya ves que esto tiene un final.

—Hielo, ¿vas a conseguir papeo?

—Aguanta hasta que encuentre a alguien a quien poner en la cola.

Nunn se dio una palmada en el estómago vacío.

—Bien. Por mucho que mire esa bazofia, sigo sin poder comérmela. Pensaba que me acostumbraría.

—Eso no es comida —dijo Hielo en el solemne tono de burla que consideraba su tono pedagógico—. Es más como gasolina. Como pastillas de combustible. Te mantienen en movimiento si no quieres moverte demasiado deprisa, y tampoco tienen muchas ganas de que te muevas demasiado deprisa.

—Esta vez me gustaría hacer uno de esos espectáculos de variedades que ponen para la gente que está en libertad. Se zampan unos buenos bistecs.

—¿Y qué vas a hacer en un espectáculo de variedades? —quiso saber Rojo—. ¿Soplar el silbato de carne?

—Calla, capullo —dijo Nunn—. No quiero meterme en tu especialidad.

—O la especialidad de tu madre —contraatacó Rojo.

Pero Nunn ya se había vuelto hacia Hielo.

—¿Qué me dices, Hielo? ¿Podrías meternos en el espectáculo como tramoyistas, o para hacer algún trabajo poco pesado? Podríamos tumbarnos a la bartola y mirar a las titis, y luego atiborrarnos de la comida del mundo libre.

—Puede —dijo Hielo.

—¿Quieres ver tías santurronas? —preguntó Rojo, poniéndose a gritar para que le prestaran atención—. Ve a la Iglesia. Algunas de esas cristianas no están nada mal.

—No están mal para tu madre —dijo Nunn—. Una pandilla de cerdas cantahimnos hinchadas, de tetas chupadas y coño reseco.

—Tu madre sí que es una cerda.

Hielo Willy suspiró.

—A veces me pregunto por qué me quedo aquí año tras año escuchando cómo habláis de vuestras respectivas madres.

—Porque no tienes nada mejor que hacer y ningún otro lugar donde hacerlo —dijo Nunn en un tono muy distinto del que había utilizado para bromear con Rojo.

Hielo puso una sonrisa de asentimiento, pero no contestó. Había seguido estudiando a los hombres que todavía salían del comedor, y ahora daba un paso adelante y gritaba: «¡Larson!». A continuación enganchó los pulgares en los bolsillos de atrás mientras esperaba a que Larson se acercara. Hielo Willy no tenía pinta de tipo duro. Creaba una impresión de fuerza tensa, poderosa pero elástica, y con ella también sugería lo contrario, que era un tipo compacto al que sería difícil mover de cualquier lugar donde hubiera decidido quedarse. En sus ojos había habitualmente una expresión burlona y estudiadamente falsa, pero también transmitían una profundidad serena y fría.

—¿Me debes dinero? —preguntó Hielo cuando Larson apareció delante de él arrastrando los pies con aspecto desdichado. Larson asintió—. ¿Y ya hace tiempo que me lo debes?

Nunn y Sociedad Rojo observaron, pero sin ademán de amenaza. La amenaza no es un juego. Cada uno de ellos, a su manera, estaba interesado en la incomodidad que Larson, evidentemente, experimentaba. Sociedad Rojo metió el dedo índice izquierdo en la fosa nasal derecha y sus ojos se volvieron sombríos mientras excavaba ese filón. Sacó algo, lo examinó y se lo limpió con la pernera del pantalón.

Hielo asentía pensativo.

—Puede que le venda parte de tu deuda a Gasolino para que la cobre. ¿Has oído hablar de Gasolino?

Larson había oído hablar de él. Y todo el mundo. Nunn y Sociedad Rojo sonreían ahora al ver la cara de consternación de Larson. Eran colegas de Gasolino, y así compartían su poder. Nunn había crecido en los mismos bloques cuadrados que Gasolino, la zona fronteriza entre un barrio blanco pobre y un barrio mexicano todavía más pobre, y habían fumado sus primeros porros juntos; té lo llamaban entonces, o hierba, y se habían cepillado a sus primeras zorras y habían hecho sus primeras maldades juntos. Ahora bien, todos sabían que Gasolino había perdido la chaveta: no había más que ver sus ojos redondos de demente. Durante años había estado esnifando el tetracloruro de carbono de los extintores de la cárcel. Los chavales mexicanos lo llamaban Gasolino porque bebía gasolina mezclada con leche.

Era un excelente cobrador de deudas difíciles no porque fuera el hombre más peligroso la cárcel, aunque era bastante peligroso, sino porque parecía no tenerle miedo a nada. Siempre se reía cuando le clavaba el zapato en la cabeza a alguien.

—Te lo traeré, Hielo —estaba diciendo Larson—. Últimamente todo me ha ido mal, pero me va a llegar una cosa. Te pagaré.

—Más te vale. De momento, no estaría mal que te pusieras en la cola de la cantina y me trajeras un paquete de bollos y tres tazas de café.

—Naturalmente, Hielo —Larson ya se había puesto en marcha—. Encantado.

Nunn contempló como Larson ocupaba su lugar en la fila.

—El miedo es algo terrible de ver —dijo a la ligera.

—Sí —asintió Hielo—. Pensaremos en ello mientras nos comemos los bollos.

El gran patio comenzaba a despejarse. Los últimos hombres habían ido saliendo a regañadientes del comedor y ahora el lento tráfico cruzaba la gran verja que había a la entrada del patio. Los guardas habían permanecido con las manos en los bolsillos, ni mirando ni dejando de mirar. De vez en cuando decían «no te pares» pero a nadie en concreto. Los hombres que tenían asignado un trabajo empezaban la jornada, pero puesto que de los cinco mil había más de mil quinientos que no tenían asignado ninguno, era imposible saber en la mayoría de los casos quién tenía que ir a trabajar y quién no... o quién simplemente no iba, según la actitud de cada uno. Los guardas observaban el movimiento de aquellas figuras azules con el cuello del uniforme subido y gorras caladas de visera larga, que rápidamente se convertían en una mancha borrosa que avanzaba. «Estos cabrones parecen todos iguales», decían los guardas. Eran como unos vaqueros conduciendo el borde de una inmensa manada, y solo algún animal excepcional o conflictivo les llamaba la atención de manera individual.

A las siete treinta el caballo de Hielo se hallaba a cincuenta hombres del principio de la cola de la cantina, y el sol, que todavía no podían ver, comenzaba a brillar sobre los pechos de las gaviotas que se movían, inquietas, de muro a muro. Comenzaban las partidas de dominó, y un cuarteto de negros discutían entre sí en voz alta; las voces eran claramente audibles a treinta metros de distancia.

—Capullo, a ver si andas con ojo, o te meteré el seis doble por el culo.

—Eres un bocas. Lo tengo yo, el seis doble.

—Pues te lo puedes comer.

—¡Venga! No sabes jugar al dominó, solo sabes abrir la boca.

Golpeaba las fichas sobre la mesa de madera con furiosa energía.

La cuadrilla de limpieza, todos pacientes externos de psiquiatría, se puso a barrer con sus escobas de calle. Avanzaban en línea como batidores que pretenden levantar un tigre, pero solo levantaban mondas de naranja, corazones de manzana y paquetes de cigarrillos vacíos.

Hielo comenzaba a aceptar algunas apuestas. En aquel momento eran apuestas de los resultados de fútbol. En invierno aceptaba otras para el baloncesto, y en primavera y verano para el béisbol. Cuando había carreras también podías apostar con él a los caballos. Estaba dispuesto a aceptar cualquier apuesta a cualquier combate de boxeo, nacional o local, o cualquier otro acontecimiento deportivo excepto los torneos de canicas o los concursos de saltos de rana. Consideraba que le iba bien.

Desde el punto de vista de los convictos, era millonario. En algunos lugares de la institución poseía aproximadamente trescientos cartones de cigarrillos. Varios hombres que tenían reputación de manejar negocios importantes eran poco más que gerentes de uno de los almacenes de Hielo. Este nunca exponía lo que tenía en stock. Lo ayudaban a llevar el negocio, y cuando pillaban a uno, y los cigarrillos quedaban confiscados, Hielo lo aceptaba como un revés comercial. Si acaparara todos los cigarrillos de la cárcel y los de todo el año siguiente seguiría sin tener nada, pero la más lenta y más difícil acumulación de billetes algún día podría significar algo. En el mango hueco de la escoba que se apoyaba cuidadosamente en la esquina de su celda tenía un fajo de billetes por un valor cercano a mil dólares. Si el comité de clasificación fuera más descuidado quizá tuvieran oportunidad de utilizarlo.

Era el dinero que había ganado traficando con inhaladores nasales. La rentabilidad de ese tráfico era brutal y los beneficios, desde cualquier punto de vista, enormes.

Hielo había llegado arruinado al gran patio a los veintitrés años. Había pedido prestado lo suficiente para suscribirse a una publicación nacional de deportes, y siguiendo sistemáticamente las elecciones de los expertos, en lugar de apostar atendiendo a señales, corazonadas y preferencias deportivas, había ganado mucho más de lo que había perdido. Un flujo constante de cigarrillos había pasado por sus manos, pero habían resultado un inconveniente y había decidido ponerlos a trabajar. Necesitaba una mula importante, alguien que estuviera fuera y le ayudara a entrar drogas, y finalmente encontró un empleado de la oficina de correos, un hombrecillo de ojos pequeños y un triste flequillo de pelo suave. Se llamaba Harmon y era medio cojo. Hielo se había hecho amigo de Harmon y se había pasado muchas horas explicándole cuántos tipos distintos de chicas había; pensando con cierta amargura que probablemente sabía incluso menos, por experiencia propia, que el hombrecillo

que le escuchaba con tanta avidez. Cuando fue el cumpleaños de Harmon, Hielo le regaló una cartera hecha a mano que había aceptado como pago de una deuda a un interno que trabajaba en el taller de artesanía. En el compartimento secreto había colocado un billete de veinte dólares. Harmon no le había devuelto la billetera a Hielo, y tampoco lo había denunciado. «Ahora lo tengo a punto», había decidido Hielo.

Pero había pasado otro mes antes de que Harmon se convirtiera en su compinche. Estaba asustado, pero también era codicioso. Había titubeado, y una vez, incluso había llorado. Pero Hielo había seguido presionándolo hasta que Harmon consintió en entrar los inhaladores nasales en su almuerzo.

Luego, naturalmente, había sido incapaz de parar. Hielo le había pagado bien.

Esos inhaladores de diversas marcas contenían una media de trescientos miligramos de sulfato de anfetamina o alguna droga parecida con las mismas propiedades, y en cualquier tienda costaba aproximadamente setenta y cinco centavos. A Harmon le pagaba dos dólares por cada unidad que entraba, y Hielo, sin tocarlos siquiera, se los pasaba a su testaferro en el gimnasio.

En ese punto los inhaladores ya se habían abierto y habían quitado los algodones en los que estaba suspendida la droga activa. Quedaba entendido que si un tubo se partía en tercios, los tercios se vendían por mitades, y si se dividía en cuartos, los cuartos se vendían por tercios, y así hasta llegar a décimas partes que de hecho eran decimoquintas. Una decimoquinta parte, envuelta en papel de seda, se vendía por tres dólares o por un cartón de cigarrillos. El beneficio era aproximadamente de treinta y cinco dólares por cada inhalador.

Los fragmentos de algodón con anfetamina se conocían como brincadores, debido a la energía y optimismo que producían en los hombres que las tomaban, pero, exceptuando aquellos que estaban justo por debajo de Hielo, ningún usuario conseguía nunca procurarse droga suficiente como para estimularse más que ligeramente. Y habiendo ya pagado un alto precio por ello, volvían a pagar el precio de una noche sin dormir en la que permanecían levantados escuchando el suave tintineo y el traqueteo de los guardias moviéndose en la oscuridad. Y seguían pagando con el recuerdo de las mujeres que habían conocido, más vivo ahora y creciendo hasta que parecían casi tangibles en el tacto de su almohadón caliente y arrugado, y en el solitario sueño de su mano. Y pagaban finalmente observando cómo los barrotes se iban dibujando en el amanecer de otro día en la cárcel.

—No quiero más —decían. Era mejor dejar pasar el tiempo como un vegetal que sufrir como un hombre. Pero transcurría una semana y ese poderoso antídoto a la monotonía comenzaba a parecer de nuevo atractivo, y se encontraban pensando: «Si pudiera conseguir lo bastante como para que me hiciera efecto». Y se ponían a reunir el dinero que posteriormente enriquecería a Hielo Willy.

El dinero entraba por la mesa de visitas. Lo traían sus mujeres: madres, hijas, novias, tías, abuelas, hermanas y esposas. Custodia lo sabía, y habían establecido un

procedimiento para impedirlo, pero había un fallo importante en su rutina. Desde hacía tiempo se observaba que los agentes que llevaban a cabo los registros se recataban al llegar a la entrepierna. Palmeaban vigorosa y concienzudamente las piernas hasta que el instinto les advertía que si seguían subiendo la mano se encontrarían con el mecanismo que allí colgaba, y de repente se paraban y pasaban a otra parte del cuerpo. Algunos internos tenían bolsillos cosidos en las entrepiernas de sus calzoncillos, y otros llevaban un trozo de cinta adhesiva para pegarse el billete en el escroto.

El dinero fluía constantemente, las mujeres lo ahorraban de su escaso salario, de la pensión y los cheques de la asistencia social, no solo como un regalo que podía alargar la vida de sus padres, hijos, maridos y hermanos, sino porque las mujeres casi siempre detestaban el sistema de barrotes, cerrojos y placas más que sus hombres.

El filo del sol comenzaba a aparecer por el bloque este antes de que le llegaran a Hielo el café y los bollos. El patio se iba calentando, el cielo estaba despejado. Se desabrocharon las chaquetas. Durante el otoño y el invierno, cualquier día que no lloviera era un buen día.

Hielo abrió los bollos y aplastó uno de ellos. Puso una sonrisa sarcástica. Aquellos bollos permanecían en el supermercado hasta que llegaba la hora de reponerlos, entonces los vendían a precio reducido en la cantina de los internos. Que esa práctica no se diferenciara en nada de la de vender un tercio de un inhalador como si fuera una mitad era una ironía que no se le pasaba por alto a Hielo Willy.

—¿Quieres un poco de pan duro? —le preguntó a Nunn.

—Pregúntamelo a mí —dijo Sociedad Rojo, alargando el brazo hacia el bollo.

—Lo haría —dijo Hielo— si no fueras tan feo.

—Ponlo de cara a la pared —sugirió Nunn.

—No serviría de nada. Tiene el culo como un zarzal.

—La tuve aquí tu zarza, suspendida entre las piernas —replicó Rojo.

—Pues mejor que no tropieces con ella.

Rojo frunció el ceño, confundido. Era evidente que intentaba pensar una respuesta ocurrente.

—Y no empieces con lo de mi madre —dijo Hielo sin levantar la voz.

—Yo no haría eso, Hielo.

—Pues no lo hagas. Alguna vez me gustaría pasar una de estas mañanas sin que se mencionara a nuestras madres.

Sociedad Rojo asintió respetuosamente mientras Nunn observaba con una leve sonrisa. Se acuclillaron como indios, con el paquete abierto de bollos en el centro. Había ocho, dos para cada uno, y sobraban dos más. La aritmética era de vital importancia para Rojo. Era incapaz de disfrutar del bollo que se comía porque temía tener que conformarse con dos mientras los otros se zampaban tres. No era solo una

cuestión de hambre, y tenía hambre, sino que, cada vez que le tocaba la parte más pequeña del reparto, su lugar en el grupo quedaba claramente definido: una mascota, un animal de compañía. Con esa presión recordó una diversión que había planeado, y sacó una revista sin cubierta del bolsillo. Los bordes estaban rotos y sucios. La abrió por una fotografía y se la pasó a Hielo.

—¿No me digas que no te gustaría clavársela a esta zorra tan ratita?

Hielo le echó un vistazo a una mujer que posaba con un escueto atavío de plumas y diamantes falsos. Sospechaba automáticamente de cualquier pregunta que sugiriera ya la respuesta, y además había algo extraño en aquella mujer, algo indefinible; lo bastante como para hacer que se fijara en la cabecera de la revista. Se llamaba *Gay*. Le devolvió la revista a Rojo.

—Tenía razón con lo de rarita. Es un marica.

Rojo bajó la mirada.

—¿Cómo has sabido que es un marica, Hielo?

—Un hombre en bragas sigue siendo un hombre.

Nunn dijo:

—Los he visto que no se distinguían de una tía. Son raritos de verdad.

—Si fuera incapaz de distinguir a un marica de una tía, comenzaría a preocuparme —dijo Hielo.

Rojo volvió meterse la revista en el bolsillo de atrás.

—Lo que es para mí, no hay diferencia. Carne es carne.

Nunn se balanceó sobre los talones, dando un sorbo al café. Extendió la mano y vio cómo le temblaban los dedos.

—Estoy jodido —dijo—. Estaba muy enganchado. Me costaba cien pavos al día.

—Te lo dije —contestó Hielo.

—Eso es muy fácil de decir.

—Pues sigo diciéndotelo.

—¿Qué quieres? ¿Una medalla o algún certificado?

—Quiero que estés en forma para encargarte del negocio... ahora que se ha acabado el recreo.

—Mierda, más me valdría empezar a saltar y a hacerme el loco.

—Ya lo hiciste al salir a la calle y volverte a enganchar.

—Bah, no sé, Hielo, a veces es como si una parte de mí estuviera muerta, y valiera la pena cualquier cosa con tal de poder olvidarlo un rato.

—¿Escondiéndola?

—¿Por qué no?

—Bueno, aquí no hay nada que esconder. La cárcel está limpia de caballo.

Nunn se encogió de hombros. La conversación decayó y quedaron en silencio. Rojo comenzaba a comerse su segundo bollo.

—¡Ese!^[5]

Todos levantaron la mirada y vieron a Gasolino cerniéndose sobre ellos. Bajo,

robusto, de gran cabezón, el pelo cortado a cepillo y alisado sobre la frente con una espesa pomada. Sus ojos parecían casi todo iris y no conseguía enfocar. A lo mejor te miraba a los ojos, o a lo mejor no. Nadie podía decirlo, y pocos querían.

—¿Qué pasa, *maníaco*? —preguntó Nunn.

Gasolino se lo quedó mirando.

—¿Qué haces aquí de vuelta?

—No me fui. Estaba en el hospital.

—¿*Verdad*?

—De la buena. ¿Cómo te va?

—Estoy colocado —se jactó Gasolino. Los ojos le brillaban y la mano dibujó, como en una ensoñación, un lento óvalo en el aire.

—¿De qué estás colocado? —preguntó Hielo—. ¿De gasolina de mechero?

—No, tío, de algo bueno.

—Pegamento de la fábrica de muebles —dijo Nunn.

Hielo le dio una patada al paquete de bollos. Quedaban dos.

—Cómete esto —le dijo a Gasolino.

Gasolino se acuclilló entre Nunn y Sociedad Rojo, y atrajo el paquete hacia sí con una mano, arrancando el celofán que quedaba con un movimiento brusco de la otra. Se tragó medio bollo de un mordisco, y mientras masticaba, incapaz de hablar, hizo seña al café de Rojo. Rojo se lo acercó y rápidamente se cruzó de brazos. Se dio la vuelta y vio que Nunn le sonreía.

—¿Qué te hace gracia, mamón con cara de tuberculoso?

—Rojo, eres todo un espectáculo.

Sociedad Rojo iba a decirle *Tu madre sí que es todo un espectáculo*, pero se acordó de la advertencia de Hielo y se quedó callado.

Gasolino se aclaró la garganta y se inclinó hacia Hielo.

—¿Tienes algún trabajito para mí?

—En este momento, no.

—Empiezo a inquietarme. Y entonces todos estos polis me parecen fáciles —sonrió Gasolino—. A lo mejor me enciendo con uno de ellos.

—Esta es una buena manera de que te pateen el culo —dijo Sociedad Rojo—. Te lo trabajarán por turnos.

—Es una forma de seguro en grupo que han ideado —añadió Nunn.

Pero Gasolino simplemente se los quedó mirando, sonriendo su desprecio hacia cualquier agente de la ley que pudiera encontrar.

Un joven guarda se acercó a ellos. Ponía cara seria, probablemente porque tenía miedo de que nadie se lo tomara en serio.

—Si alguno de vosotros tiene asignado algún trabajo, más vale que se ponga en marcha.

Los presos ni se movieron ni contestaron.

—Oberholster, sé que tú trabajas.

Hielo se puso en pie despacio. Fue algo minuciosamente cronometrado. Dos veces el joven guarda abrió la boca para decir algo, pero entonces vaciló. A continuación Gasolino comenzó a sisear entre dientes.

—¡Deja de hacer eso!

—¿Qué? —preguntó Gasolino en tono amable, los ojos opacos y empañados.

El guarda hizo un movimiento como para ahuyentarlos, igual que la mujer de un granjero cuando espanta a las gallinas.

—Muy bien, separaos. Moveos. Oberholster, será mejor que te vayas a trabajar.

Hielo se alejó; Rojo, a su lado. Cuando había dado unos cuantos pasos comenzó a silbar *When They Ring Out Those Golden Bells*, un himno que había oído cantar a su madre muchas veces. No recordaba la letra y ni siquiera que era un himno, pero silbó enérgicamente la escala descendente allí donde su madre había cantado antaño: «Gloria a-le-lu-ya».

—Creo que me iré al gimnasio —dijo Rojo.

—De acuerdo, te veré allí.

Mientras pasaban junto al alargado edificio estucado que había albergado el pabellón de enseñanza, alguien saludó a Hielo, y este se volvió y vio que se acercaba un hombre conocido como Juleson, un hombre famoso por fumar tan solo tabaco estatal. Llevaba un lápiz detrás de la oreja, y del cinturón le colgaba un manojito de llaves.

—Oberholster, ¿puedo pedir un cartón a tres por dos?

—Puedes. ¿Cuándo tienes calculado pagar?

—El segundo plazo en diciembre. Más o menos dentro de un mes.

—Muy bien. ¿Has aprendido a calcular tan de prisa aquí dentro? —Hielo señaló el pabellón de enseñanza.

Juleson sonrió.

—¿Qué me dices?

—Claro, tres por dos es mi precio. ¿Qué marca quieres?

—Camel.

—Vamos al gimnasio, haré que te los den.

Se llegaba al gimnasio cruzando una estrecha pasarela que atravesaba la zona industrial y a continuación subiendo tres tramos de escaleras metálicas que zigzagueaban en el exterior del edificio. En las escaleras, Hielo tocó las llaves del cinturón de Juleson.

—Debes de ser un tío importante.

—La mitad de estas llaves no abren nada.

—¿Entonces se podría decir que son decorativas?

—Estaban en el llavero cuando me las dieron. No me proporcionan ninguna sensación de dominio, si te refieres a eso.

Hielo sonrió.

—La curiosidad es mi vicio, y tú eres un tipo que provoca curiosidad.

Estaban entrando en el gimnasio, con su hedor a sudor y linimento.

—No de manera intencionada —dijo Juleson. Sus zapatos provocaban un sonido hueco sobre las planchas astilladas.

—Eso es importante.

Hielo subió hasta la jaula metálica donde se repartía el material de gimnasia, y le preguntó al recluso que estaba de servicio:

—¿Oruga está por aquí?

—¡Oruga!

Desde la sección de boxeo llegaba el rítmico tartamudeo de una pera de boxeo, y del lado opuesto, en la sección de pesas, los golpes sordos y el tintineo del hierro. Un joven rubio de más de cien kilos apareció por la puerta de atrás de la jaula metálica.

—¿Qué ocurre, Hielo?

—Dale a este tipo una cartón de Camel.

—¿Tres por dos?

—Sí, pero... —Se volvió hacia Juleson—. Me pagas a mí. Eso hará que sea algo más personal.

Juleson, un tanto incómodo, aceptó el cartón de cigarrillos que Oruga sacó de la habitación de atrás y le dijo a Hielo: «Gracias».

Hielo se quedó mirando cómo Juleson se alejaba y comenzaba bajar las escaleras. Se volvió hacia Rojo.

—Este es un cartón que espero me cueste recuperar.

—¿Estás de broma?

—¿Qué es un cartón? —preguntó Hielo.

—Es la idea... nadie te estafa.

—Exacto.

Hielo comenzó a alejarse, entonces se dio la vuelta. Rojo se dirigía a la sección de boxeo.

—Eh, Rojo, déjame ver esa revista de maricas.

El teniente Olson, el oficial a cargo de los edificios de los guardas y los bloques, estaba inclinado detrás de su escritorio cuando Hielo entró en la oficina. Un tipo chulesco de unos cincuenta años, llevaba la gorra del uniforme a un lado de la cabeza y se cerraba la corbata con un nudo grande y blando. Tenía una expresión vivaz, astuta y cínica. Se le conocía por ser un guarda bueno.

Miró su reloj con gesto burlón.

—¿Dónde has estado, don importante?

—En mi oficina —dijo Hielo mientras repasaba rápidamente los papeles que se habían acumulado en su escritorio—. Hasta que uno de vuestros pimpollos me ha hecho venir. —Se volvió para sonreír al teniente—. Me pregunto cómo habrá sabido quién era yo.

—Nos gusta señalar nuestros monumentos naturales. Y de manera incidental, van a ponerse serios con lo del juego. A lo mejor te cierran el garito.

Hielo conectó la cafetera eléctrica.

—Lo volveré a abrir.

—¿Por qué no? Mientras te tengamos por aquí, siempre sabemos a quién vigilar.

—Bueno, pues por aquí me tendréis —dijo Hielo en tono simpático.

—A ver si un día de estos cometen un error y te sueltan.

—Despierte, teniente, todavía me quedan nueve años antes de poder presentarme a la junta de la condicional, y automáticamente me denegarán tres más antes de empezar a hablar de libertad condicional. Tiene delante de usted al único hombre del estado al que le cayó la perpetua antes de cumplir los veintitrés.

El teniente Olson negó lentamente con la cabeza. Estaba formando una cadena de clips.

—Todavía no entiendo cómo lo conseguiste.

—Tuve suerte.

—Bueno, uno de estos días saldrás. Seguirás siendo un hombre joven.

—Claro.

Hielo dijo «claro» sin amargura; no fue más que un ruido agradable, pero el teniente se incorporó bruscamente, formó una bola con su cadena de clips y la arrojó al cajón del escritorio.

—Ningún sistema es perfecto —dijo—. De todos modos, qué diablos, si te hubieran dejado salir el año pasado, ya estarías de vuelta con un número nuevo.

—Lo más probable.

—Fíjate en cómo actúas aquí. No puedo ni comenzar a enumerar la mierda en la que estás metido o en la que participas, y tengo gente que me cuenta historias cada día. Solo para empezar, ¿a cuántos convictos has acojonado con ese mexicano trastornado?

Hielo se encogió de hombros.

—Vosotros le dejáis ser el amo del patio.

Olson se quedó un momento callado, y a continuación preguntó:

—¿Vas a preparar café o solo vas a hervir el agua?

Hielo se puso a preparar el café.

—No entiendo por qué no aflojas un poco. Tarde o temprano se sabrá lo que haces, y entonces tendremos que pararte... de una manera u otra.

—Mire, hoy no es domingo.

—Vale, vale, es tu vida.

Hielo sonrió.

—Eso es una manera de hablar.

El teniente Olson le devolvió la sonrisa.

—Muy bien, Hielo, sirve el café. No voy a fingir que te comprendo, y si lo hiciera me dedicaría a la psicología: ganan más que los tenientes de un correccional.

Hielo colocó el café del teniente a su lado. Regresó a su asiento, se estiró y colocó los pies sobre el carro de la máquina de escribir.

—Muy bien —dijo pasando automáticamente a su tono pedagógico—, pues tan solo para facilitar la continuación de tu meteórico ascenso en el departamento, y porque somos tan colegas, no se puede esperar que un hombre abandone sus negocios ilícitos si no le dan ninguna esperanza. Ahora bien, eso es algo personal. Me enseña dónde puedo conseguir una matrícula de honor en el gran boletín de notas del cielo, y le escucharé. No me gustará porque no es lo mío, pero le escucharé, y si me lo explica para que lo entienda, a lo mejor jugaré. Aunque es imposible. No veo ninguna luz y no hay ninguna ventana que pueda abrirme. Pero no lloro; así pues, ¿por qué iba a importarle cómo me divierto?

—Me han dicho que perjudica nuestra imagen.

Hielo se lo quedó mirando un momento; a continuación prorrumpió en una carcajada.

—Ya está. Eso no puedo superarlo.

—En serio, Hielo... —comenzó a decir el teniente Olson.

—Ya sé que lo dice en serio, teniente. Y yo también.

Cuando acabó el café, Hielo comenzó a mecanografiar las hojas de distribución de los suministros del día. Trabajó en ello hasta que el teniente Olson se fue a hacer una ronda por los bloques. Cuando oyó que la puerta se cerraba, Hielo le dio una patada a la mesa de la máquina de escribir lo bastante fuerte como para mandarla a la otra punta de la habitación, donde golpeó la pared.

—¿A quién se cree que está engañando? —preguntó en voz alta. Por qué no se va al hospital y le dice a alguien que tenga una pierna amputada: Pierna, crece, me da vergüenza mirarte.

Hielo se acercó a una de las estrechas ventanas con barrotes que ventilaban la pared del fondo y se puso a mirar. Pudo ver la esquina del campo de fútbol, y más allá una de las torres de vigilancia, donde un guarda armado fumaba en pipa, el rifle delante del pecho; y más allá había unas cuantas suaves lomas de color verde. Eran las colinas que estaban detrás de la cárcel. En una de ellas se veía un caballo ruano. En cuanto Hielo lo vio, sacudió la cabeza, galopó por la cima y desapareció.

Hielo apartó la mirada. Se encaminó hacia la puerta y llamó al conserje. A continuación se sentó en el escritorio del teniente Olson. Llegó el conserje, un negro viejo de pelo blanco. Asintió y sonrió.

—Sí, señor.

Hielo arrojó la cadena de clips sobre el escritorio.

—Deshaz esto —le ordenó—, y vuelve a poner los clips en la caja.

El conserje volvió a asentir, pero ya no sonreía.

—Sí, señor —dijo, y comenzó a manipular los clips con sus dedos romos.

Capítulo 6

Juleson no disfrutó del primer cigarrillo todo lo que había esperado. Se quedó sentado en su escritorio del pabellón de enseñanza fumando tan lentamente como si fuera una tarea que le hubieran asignado, y el cigarrillo le pareció seco y caliente, insípido. Se le ocurrió que el cartón quizá estaba pasado. Los cigarrillos que se utilizaban para pagar deudas de juego a menudo pasaban de mano en mano hasta que el paquete quedaba aplastado sin que nadie acabara fumándose. Si la mitad de las cosas que contaban de Oberholster eran ciertas, todavía tenía cigarrillos que había cobrado un año atrás. Se imaginaba lo que había pensado Oruga: «Este tipo no es un cliente habitual. Un habitual, un miembro de la tribu, que lleva su habitualidad como un hueso en la nariz o una marca de casta en la frente».

Ante ese inesperado asomo de amargura, Juleson apartó sus suspicacias y aplastó el primer cigarrillo en el cenicero. Sus expectativas estaban generalmente muy por encima de la realidad. Ya era hora, y hacía mucho tiempo que ya era hora, de que lo aceptara y aprendiera a poner en entredicho sus urgencias. Ahora se le ocurría que podría haber utilizado mejor su regalo de cumpleaños. Podría haberse comprado un cepillo de dientes y un poco de pasta. Detestaba el sabor a tiza de la pasta de dientes estatal, y los cepillos que te daban se ablandaban en una semana. Podría haber comprado mantequilla de cacahuete o crema de afeitar: tenía demasiada barba para afeitarse con espuma de jabón. Se le ocurrieron otras cosas que se podían adquirir en la cantina. Si su tía le mandaba cincuenta dólares en lugar de cinco, siempre podría encontrar una manera de gastarlos. Sin embargo, le quedaría un dólar después de haber pagado a Hielo Willy, y tendría que utilizarlo mejor.

Encendió otro cigarrillo y estudió a los internos que esperaban para ver a su jefe, el señor Cleman, supervisor de instrucción vocacional. Casi todos esperaban con paciencia, pero unos cuantos se retorcían en las sillas de respaldo recto como si estuvieran encadenados en la picota. El señor Cleman seguía en el archivo buscando sus expedientes para determinar si los convictos cumplían los criterios establecidos para los distintos programas de aprendizaje de un oficio.

A Juleson no le impacientaba la demora. Cuando el señor Cleman regresara, todo lo que tendría que hacer sería procurar que los hombres que se presentaban a la entrevista estuvieran en el orden adecuado. Como la mayoría de fases de su trabajo, eso exigía tan solo una cuarta parte de su atención y una fracción pequeña de su energía. Lo único molesto de la cola era que los internos siempre imaginaban que él tenía influencia en las decisiones del señor Cleman, y a veces los solicitantes le presionaban para que les consiguiera un trato especial. Unos pocos lo amenazaban, de vez en cuando intentaban comprarlo, pero casi todos le suplicaban. Juleson ponía una mueca de desagrado cada vez que oía el persuasivo «Va, tío...». Se decía a sí mismo

que los presos intentaban conseguir algo, y casi siempre algo constructivo —aprender un oficio era prácticamente la única manera sensata que tenía un preso de ocupar su tiempo—, pero sus métodos, sus torpes intentos de camelarlo le resultaban tan deprimentes como ver a un chimpancé imitar a un hombre. Además, le molestaba tener que negarse; no solo le habría gustado ayudarlos, sino que sabía que no le creían cuando decía que no podía. Sabía que lo tachaban de capullo, o, en su despectiva expresión, de lameculos del Estado.

Se meció en su silla giratoria y levantó la mirada para observar el retrato de Henry David Thoreau. Detrás de él colgaba Thomas Jefferson, y en la mampara de cristal que separaba la oficina privada del señor Cleman distinguía su imagen borrosa. Por todo el edificio, los internos trabajaban con bolígrafos de madera. La mayoría estaban sentados sin hacer nada, pero unos pocos, los ayudantes de los profesores, corregían trabajos.

Inquieto, Juleson se puso en pie y apagó el cigarrillo. Anduvo hasta el final del pasillo, le hizo una seña al agente que estaba en la oficina de custodia, y bebió luego agua del depósito. Por encima del zumbido del motor del agua oyó el murmullo de las aulas situadas en las plantas inferiores. Al regresar se detuvo, siguiendo un impulso, en el escritorio de Lorin y le preguntó:

—¿Tienes un poco de café?

Lorin levantó la mirada y negó con la cabeza.

—Lo siento.

Era un muchacho de veintidós años y cara lozana, cuyo pelo rubio, incluso cortado a una longitud de pocos centímetros, seguía formando una onda. Tenía los ojos claros e intensos, y tan abiertos que parecía que se estuviera esforzando. Emitía un olor entre agrio y mohoso, como si rara vez se cambiara la ropa interior.

—Mi madre no me escribe desde hace tres meses —añadió Lorin—. Se me ha acabado todo. ¿Le has preguntado a Hudson?

—No pasa nada. Tampoco me apetece mucho.

Le ofreció un cigarrillo a Lorin y se encendió otro para él. Hojeó la pila de trabajos que había sobre el escritorio de Lorin.

—¿Has descubierto algún genio oculto de las matemáticas?

—Si hay alguno, se esconde muy bien. —Lorin cogió uno de los trabajos que había terminado de revisar. Estaba cubierto de correcciones y signos de color rojo con la letra de Lorin, diminuta y perfectamente formada—. Fracciones —dijo desdeñoso—. Cualquiera diría que les van a explicar teoría de grupos.

—Para ellos es teoría de grupos, sea lo que sea. Es difícil y no le ven el sentido. A esos chicos de color y mexicanos de las clases elementales les importan un pito las fracciones, excepto cuando hay que dividir una onza de algo. La única razón por la que se apuntan es porque la junta de libertad condicional les dice que vayan a la escuela y al menos aprenderán a leer y escribir. Y aun cuando aprendieran algo de manera accidental, lo único que van a leer son las marquesinas de los cines, los

rótulos de las calles y los indicadores de velocidad.

—Es deprimente —dijo Lorin con un aire de rigidez; los ojos se le abrieron aún más en un gesto de indignación hasta que el blanco quedó visible en torno al iris—. Es deprimente que me ordenen involucrarme en esta pérdida de tiempo. Tengo mi propio trabajo que hacer.

—Nadie puede decir que sea perder el tiempo, aunque estoy de acuerdo en que lo parece... —Juleson comenzó a sonreír—. ¿Has oído alguna vez la historia que cuentan de Tannenbaum?

Lorin negó con la cabeza.

—Tannenbaum llegó aquí más o menos en la época en que pusieron en marcha la primera escuela. Había llegado por robar una vaca y ni siquiera sabía escribir su nombre. Así que decidieron convertir a Tannenbaum en un caso piloto y educarlo para que nunca tuviera que volver a robar una vaca. Contaron que llegó a sexto antes de que le dieran la libertad condicional. En cualquier caso volvió a los tres meses con una nueva condena, ahora no por robo de vacas... sino por falsificación.

Lorin puso una leve sonrisa. Mientras Juleson contaba la historia se había distraído. Le preguntó:

—¿Sabes algo de un tipo del bloque sur al que llaman el Flaco Higiénico?

—Lo mismo que todo el mundo... que está loco.

—¿Es peligroso?

—No lo sé. No me lo parece. ¿Ha intentado abrillantarte los zapatos?

Lorin se sonrojó y asintió.

—No le hagas caso.

—Es como decirme que no haga caso a un dinosaurio delante de mi celda.

—Eso no es cierto, Lorin —dijo amablemente Juleson—. No es ningún dinosaurio, es un viejo enfermo. Si no le haces caso, ¿cómo va a molestarte?

Lorin respondió con dificultad.

—Pero ¿por qué me ha elegido a mí? Las implicaciones son... —Se interrumpió y se quedó mirando su escritorio. Cuando volvió a hablar bajó la voz—: Las implicaciones son inquietantes.

—Y no te ha elegido. Tiene una ruta. Se pasea por todo el bloque como un olor fétido. Tú eres un chico guapo, Lorin.

—¿Quieres decir que parezco una chica?

—No, no quiero decir eso. Mira, no te vas a pasar aquí toda la vida, así que no empieces a creerte los juicios críticos de esta ciénaga. Te espera un buen futuro.

—Si alguna vez me dejan salir.

—Te dejarán salir.

Lorin puso una sonrisa incómoda.

—No parece que tengan prisa.

—Algún día te tocará.

Juleson alargó un brazo y cogió un papel de renglones azules en el que Lorin

estaba escribiendo una lista de palabras. Leyó las primeras: Cristalino, Gélido, Naciente, Aluvial, Fracto-nimbo...

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Llevo a cabo un experimento para determinar si la poesía puede elaborarse a partir de principios matemáticos. —Indicó un diccionario de sinónimos que había en la parte de atrás de su escritorio—. Saco las palabras de Roget.^[6] Él entendía las categorías.

—¿Es tu nuevo héroe?

—Lo admiro.

—¿Y ya has desechado a Hegel?

Lorin frunció el ceño.

—Había ciertas incoherencias.

—No estoy seguro, pero no creo que eso sea ninguna novedad.

—Sabes que no acepto autoridades ni contraautoridades. Esa vieja raza... —Le sonrió en tono de disculpa a Juleson, pues este, al estar a punto de cumplir los treinta, entraba sin la menor duda en la categoría de la vieja raza—. Esa vieja raza a menudo no seguía consideraciones más serias que su propia vanidad. El valor intrínseco de su obra era para ellos de importancia secundaria. Proponían teorías y las refutaban como niños que riñen. Pero una idea no pertenece al hombre al que se le ocurre. No pertenece a nadie. Hubo unos cuantos (Arquímedes, Newton) que lo comprendieron.

—Pero, ¿habrá más? —preguntó Juleson un tanto a la ligera, primero para romper la seriedad de Lorin, y después porque le preocupaba demasiado no incomodar a su amigo y estaba dispuesto a apoyarle en su fantasía.

—Ahora hay más. Una nueva especie oculta por todo el mundo. Todavía son jóvenes, aún no tienen acceso a los mecanismos del poder...

Lorin siguió describiendo la benévola y desapasionada revolución que imaginaba, y de nuevo Juleson se encontró intentando recordar el título de la novela de ciencia ficción donde se había encontrado por primera vez con esa trama. Si pudiera recordar el nombre sería capaz de encontrarla en la biblioteca, y a través de los números de los internos que aparecían en la tarjeta de préstamo, podría descubrir si Lorin la había leído. Lorin poseía el coeficiente de inteligencia más alto de la institución, y aunque en todas partes se consideraría notable, era fenomenal solo en comparación con la media de la cárcel. Por desgracia, ni esa distinción ni su buena presencia habían actuado en favor suyo.

Lorin siguió hablando, y en su voz creció el entusiasmo, y Juleson, que comenzaba a agitarse un tanto inquieto, vio cómo el señor Cleman aparecía por la puerta principal caminando a saltitos impetuosos, con los brazos cargados de carpetas y los bolsillos abarrotados de notas destinadas a sí mismo.

—Perdona —le dijo Juleson a Lorin, y se dirigió hacia donde estaba el señor Cleman.

—Buenos días, Paul. ¿Estás preparado?

—Sí, señor, están todos esperando.

—Bien, bien. En este grupo hay algunos que tienen muchas posibilidades.

El señor Cleman siempre se mostraba optimista. El avance más pequeño, la esperanza más nimia eran suficientes para incitar la cálida oleada de su buen carácter. Juleson no siempre estaba de acuerdo, pero se sentía afortunado al trabajar para un hombre como ese en lugar de para algún aburrido burócrata, o para uno de esos pomposos ignorantes o miserables oportunistas que infestaban el cuerpo administrativo. Llamó al primero y lo mandó al despacho del señor Cleman, y contempló como este le estrechaba la mano y le ofrecía una silla. Sonrió levemente ante la perpleja expresión del recluso. El señor Cleman contaba con una docena de historias trilladas que utilizaba para ilustrar cualquier punto que se presentara. A veces la relación era demasiado remota para distinguirla, oscurecida por la cálida neblina de la mente del señor Cleman, pero los reclusos siempre escuchaban llenos de esperanza, a no ser que fueran hostiles y estuvieran seguros de que nunca se les iba a tratar de manera justa, o deseosos de demostrar que nadie les podía engañar. Entonces el señor Cleman podía llegar a ser sorprendentemente lacónico.

—Vete a gritar a otra parte, muchacho, busco hombres que quieran aprender.

Juleson se sentó en su escritorio y encendió otro cigarrillo. «Cuando me ponga a pensar en cómo pasa el tiempo...». Aquellas palabras se formaban una y otra vez en su mente hasta que se desdibujaban en los ritmos absurdos de un ensalmo, un ensalmo, aunque solo fuera eso, contra su propia autocompasión. No le gustaba pensar en aquellos días grises e insignificantes que se convertían en años. Su tiovivo no estaba hecho de cebras y unicornios, sino de ratones ciegos. Seis días a la semana los pasaba en ese escritorio, y los domingos se quedaba en su celda a leer. A veces veía una de las películas que daban los fines de semana. Un Cuatro de Julio se quedó viendo los combates de boxeo, y una vez asistió a un espectáculo navideño en el que presenciaron números de variedades que se podían ver en aquella época en San Francisco. Los hombres sentados a su alrededor habían gritado hasta quedarse roncos. Él les había envidiado su entusiasmo, pero había sido incapaz de sacudirse la triste impresión de que era un marginado que miraba por una ventana una celebración a la que nunca podía esperar asistir.

El último de la cola fue entrevistado antes del mediodía, y el señor Cleman se fue a los talleres. Juleson, como siempre hacía, aprovechó la pausa del almuerzo para ir a la biblioteca. Cuando regresó, Lorin estaba inmerso en su diccionario de sinónimos añadiendo palabras a sus listas. Continuó hasta su escritorio y se quedó mirando uno de sus libros. Leyó hasta la una y diez, y entonces se acordó de repente de que era su día de terapia y ya llegaba tarde. Salió del pabellón de enseñanza y cruzó el patio rumbo al hospital. Se encontró con que su grupo ya estaba reunido, sentados en el habitual círculo simbólico. El terapeuta, un tal doctor Erlenmeyer, ocupaba lo que pretendía ser tan solo una silla más, pero el grupo se polarizaba automáticamente hacia donde él estaba sentado. El terapeuta iba vestido con distintos tonos de marrón,

y la camisa era un poco más oscura que la americana. Las gafas estaban un poco oscurecidas, y el pelo tenía un aspecto suave y grisáceo.

—Llegas tarde, Paul —dijo en un tono que no reconocía la evidencia de su comentario. Su voz era opaca.

—Se me ha ido el santo al cielo —dijo Juleson.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire durante un momento como una flagrante mentira, y a continuación cayeron en un espeso silencio. En el grupo nadie decía nada. A nadie se le ocurría nada. Juleson se recostó en su silla procurando no mirar a Erlenmeyer por si este le responsabilizaba de ese silencio poco provechoso. En una ocasión Erlenmeyer puso énfasis en que la terapia funcionaba aunque se quedaran sentados sin decir nada, como ocurría a veces, toda la hora. Pero aquellos silencios no le gustaban.

Al lado de Juleson, Zekekowski se estaba limpiando las uñas. Bernard miraba fijamente la brasa de su cigarro. Watson miraba al doctor Erlenmeyer con la esperanza de que este reconociera sus cualidades superiores. Navarette estaba desplomado en su silla, los brazos cruzados sobre el pecho, y parecía examinar el techo. Sociedad Rojo movía los pies y silbaba en silencio. Miller, Redburn y Zubiato permanecían repantigados y apáticos.

Pasaron cinco minutos. Erlenmeyer se palpó el bolsillo de la americana y sacó una bolsa de tabaco y una pipa curva con la caña amarilla. Llenó la pipa cuidadosamente, la encendió y aspiró una o dos veces antes de soltar el humo. Juleson no recordaba haberle visto fumar nunca.

Al final Erlenmeyer se aclaró la garganta para preguntar:

—¿Por qué creéis que Paul llega tarde tan a menudo?

Se miraron los unos a los otros para ver si alguien pensaba responder. Bernard simplemente se encogió de hombros; le daba igual. Al cabo de un momento Zekekowski dijo en voz baja:

—Porque es más sensato que los demás.

—¿Qué has dicho, Zeke? —preguntó Erlenmeyer.

—He dicho que es más sensato que los demás —repitió Zekekowski, con sus ojos castaños despiertos y vulnerables, parcialmente ocultos tras los párpados bajos y las tupidas pestañas. En su voz había un ligero tartamudeo de excitación nerviosa.

—¿De verdad lo crees?

—No, Paul es bastante bobo.

—¿Entonces lo has dicho para mostrarte hostil?

Zekekowski extendió los brazos.

—Yo no podría ser hostil. Me tratan con clorpromazina. Voy entre algodones.

Erlenmeyer frunció el ceño.

—¿Quién te recetó clorpromazina?

—El doctor Smith.

Erlenmeyer apartó la mirada y el grupo volvió a quedar en silencio; un silencio

apenas alterado por el leve crujido de las sillas de madera mientras los pacientes cambiaban de postura y por el zumbido, cada vez más fuerte, de un pulidor de superficies en algún lugar del pasillo. Juleson cruzó los brazos, los descruzó y volvió a cruzarlos. Cruzó las piernas. Varias veces creyó identificar la melodía que silbaba Sociedad Rojo. Erlenmeyer volvió a encender la pipa. El silencio duró cinco o seis minutos.

Entonces Zekekowski preguntó:

—¿Cree que debería dejar de tomar cloropromazina?

—Prefiero recetarla solo a los pacientes que están ingresados —dijo cuidadosamente Erlenmeyer.

—Estaba que daba saltos.

—La ansiedad también es útil.

Zekekowski se agitó nervioso, y detrás del abrigo de sus pestañas apareció un brillo.

—Nunca podré bailar. Estoy incapacitado para eso. Ya lo sabe.

Erlenmeyer dijo sin levantar la voz:

—No tenía ni idea.

—El inútil total —añadió Zekekowski—. O sea, que tampoco debería dormir. ¿Por qué no? ¿Por qué iba a poder dormir Zekekowski, cuando puede quedarse despierto y pensar en lo desastre que es?

—¿No dormías bien? —preguntó Erlenmeyer.

—No dormía, y punto.

—Entiendo. Paul, ¿crees que Zeke es un desastre?

Juleson respondió a regañadientes.

—No, claro que no.

—Y él es un inspector de desastres cualificado —dijo Zekekowski rechazando rápidamente su opinión.

—¿Qué piensas de este tipo de arrebatos? —Erlenmeyer seguía intentando obtener otro comentario de Juleson.

—Está aprovechando la hora —dijo Juleson. Al observar que Sociedad Rojo había cerrado los ojos bajo la sombra de la visera de su gorra, añadió—: Siempre y cuando no perturbe el sueño de Rojo.

Y Rojo dijo en voz baja:

—Déjame en paz, mamón.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, Lester? —preguntó Erlenmeyer.

—Eso es todo. —Rojo se levantó la gorra con un dedo—. A menos que pueda decirme si me darán la libertad condicional cuando me presente ante la junta.

—Lo sé tanto como tú.

—¿Qué va escribir de mí? —insistió Rojo.

—Que a veces consigues permanecer despierto en clase y contribuyes a la confusión.

—Eso está bien. Podría decir que soy el ejemplo más sobresaliente de rehabilitación absoluta y total que ha visto jamás.

—¿Por qué no se lo dices tú? —sugirió Erlenmeyer.

—Mierda, saben que miento. He utilizado todas las artimañas que hay, e incluso me he inventado alguna. —Rojo sonrió, y sus ojos amarillos parpadearon—. Incluso recurrí una vez a la religión. Me presentaba regularmente a la iglesia. Guardaba los domingos y estrujaba esa Biblia hasta hacerla pedazos. Y bingo, me dieron la condicional. Tenía que unirme a no sé qué grupo misionero, pero me distraje haciendo no sé qué en Frisco. En otra ocasión me tomé en serio lo de Alcohólicos Anónimos, tampoco es que bebiera mucho, pero no recordaba mi nombre. Luego me presenté voluntario para un experimento médico en el que nos inyectaban unos bichos y luego intentaban curarnos. Dijeron que yo hice enfermar a los bichos. Así que me imagino que solo me queda una treta, pero esa es la más grande que hay... — Rojo se interrumpió y sonrió.

—¿Sí?

—No, ninguna treta. No sabrán qué pensar.

Zekekowski se decidió a hablar.

—Si te ves limitado a decir la verdad, estás en un serio apuro.

Rojo asintió:

—Yo diría que eso es tan evidente como los cojones de un perro alto.

—Será mejor que les digas que amas a los Padres Peregrinos, a Nathan Hale,^[7] al Soldado Desconocido, al pato Donald y a todo el resto de la humanidad hasta el último tembloroso bosquimano, más te vale hacerlo, y...

—De verdad, doctor Erlenmeyer, ¿tenemos que escuchar este cinismo primitivo cada semana?

Watson había hablado por fin. Había sido un maestro de escuela afable y dominado por su madre, hasta que había asesinado a sus dos hijos pequeños e intentado asesinar a su mujer, y luego se había cortado la garganta y también se había envenenado, todo porque su mujer se había negado a reconciliarse con el comentario de: «John, la verdad es que me aburres».

Watson estaba favor de la cultura, de la República, de la maternidad, y al menos una vez en cada reunión procuraba reafirmar su posición antes de emprender su crónica crítica de cómo habían abordado su caso, cómo lo estaban abordando y lo abordarían.

—... y llevo confinado ya casi dos años, y no le veo el sentido a seguir encarcelado ni a seguir más terapia; no tiene el menor sentido, pues no existe la menor posibilidad de que vuelva a hacer lo mismo...

—Tiene razón —dijo Rojo—. Se le han acabado los críos.

Y Zeke susurró:

—Ojalá se hubiera tomado el veneno *antes* de cortarse el cuello.

Watson ignoró aquel comentario, si es que llegó a oírlo, y prosiguió, dirigiéndose

claramente solo a Erlenmeyer:

—Evidentemente, doctor, ya que también ha ido usted a la universidad, debe comprender que las oportunidades de mantener un intercambio cultural valioso son tremendamente limitadas en una institución de esta naturaleza. Naturalmente, asisto al Club de Semántica General y sigo el curso de religiones orientales que Oral McKeon está impartiendo, pero estos son ínfimos oasis en este desierto de chándals y partidas de dominó, y no entiendo por qué arrojan aquí a todo el mundo sin tener en cuenta su formación o la naturaleza de su delito. Ladrones, drogadictos, incluso maníacos sexuales...

Zeke levantó la mano con gesto burlón.

—¿Dónde has visto un maníaco sexual?

—No creo que sea para tomárselo a broma —dijo fríamente Watson—. Ayer mismo entré en el retrete que hay delante del gran patio y uno de los barrenderos estaba masturbándose delante de un urinario.

—Eso es horrible —dijo Zeke—. ¿Y qué hiciste?

—Me fui, por supuesto.

—Naturalmente. Eso viola los ideales básicos de los *boy scouts*.

—Ese era Burbujas —dijo Rojo—. Está ahí siempre. Pero nunca llega a nada, porque no tiene pelotas. Se las cortó él mismo con una hoja de afeitar. —Rojo sonrió mientras observaba como Watson se quedaba pálido.

—No me lo creo —dijo Watson.

—Pregúntale a Burbujas si te deja echar un vistazo. Él te lo enseñará.

Watson movió la silla para no tener que mirar a Rojo, y este se dijo que así se estaría callado otra semana.

—¿Alguien se acuerda de lo que hablábamos cuando finalizó la hora la semana pasada? —preguntó Erlenmeyer.

Juleson percibió cómo su cara adquiriría una expresión de indiferencia mientras evitaba los ojos del terapeuta. Nadie contestó su pregunta.

—¿No nos estaba contando Paul por qué se peleaba con su mujer? —Erlenmeyer se inclinó hacia delante para mirar a Juleson a la cara—. ¿Quieres continuar?

Todos se volvieron hacia Juleson. Durante meses Erlenmeyer lo había estado pinchando para que comentara algo en lo que ni siquiera quería pensar, y su sutil conflicto había creado un pequeño suspense. Todos sentían curiosidad por lo que diría Juleson; por lo que podían oírle admitir si alguna vez llegaba a contarlo.

—¿Os peleabais? —preguntó Erlenmeyer.

—Sí, nos peleábamos.

—¿Por qué motivo?

—Por cualquiera. Elija el que sea. Habríamos encontrado la manera de discutir sobre el mismo.

—¿Se peleaban a menudo?

—Después del primer año.

—¿Cuál era la causa subyacente?

—De haberlo sabido —dijo Juleson, con una nota de amargura en la voz—, ella seguiría viva.

—¿Qué piensas ahora?

—Éramos muy diferentes. Al principio nos parecíamos, pero al final pasábamos el uno del otro, cada uno iba por su lado. Cuanto más estábamos juntos, peor iba la cosa. Éramos como desconocidos en la misma casa. Ninguno de los dos tenía nada que el otro quisiera, pero fingíamos lo contrario, aunque ninguno engañaba al otro, ni siquiera a sí mismo. La situación era mala. Muy mala.

—¿Por qué no la abandonaste, entonces? —preguntó amablemente Erlenmeyer.

—No quería. No podía. No sé por qué, pero no podía.

—Creo que es una pregunta que deberías aprender a responder.

—No veo en qué podría ayudarme ahora esa respuesta. Ella seguirá muerta.

—Podría ayudarte a ti. Tu vida no ha terminado.

Pero Juleson no acababa de creerse que su vida no hubiera terminado, que su vida no hubiera finalizado con la de Anna Marie, que su patada no hubiera liquidado la de él al liquidar la de ella. Fue a coger un cigarrillo y automáticamente le ofreció la cajetilla a Zekekowski. Levantó la mirada y se encontró con que Sociedad Rojo le sonreía con maliciosa curiosidad, y experimentó una punzada de desasosiego al recordar la impasible burla con la que Oberholster le había preguntado por sus llaves. Y ya puestos, ¿por qué no había quitado las llaves que no servían para nada? Otra pregunta a responder.

Erlenmeyer seguía mirándolo desde la emboscada oscura y redonda de sus gafas. Basta ya, suplicó Juleson en silencio. Basta. Encendió su cigarrillo, a continuación le acercó la cerilla a Zekekowski, observando lo bien formadas que estaban sus manos, lo hermosas que eran, de hecho las manos de un... de un pirómano, que es lo que era.

Entonces Bernard, que se había pasado una hora tras otra sin hacer jamás ningún comentario, a no ser que la cualidad de su silencio pudiera considerarse un solitario y sostenido gritó de resentimiento, por fin habló para preguntar, con una poderosa voz de acento rural, si podía obligarse a un hombre que estaba en libertad condicional a vivir con su esposa.

—¿No quieres volver a casa con ella?

—Creo que no.

—¿Y por qué?

—He oído cosas. Uno de mis colegas vino la semana pasada, me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Me dijo que me la había estado pegando —dijo Bernard mirando al suelo—. Con mis colegas.

—No parece que sea la clase de colegas que un hombre necesita.

—La culpa no es de ellos. Si se les echa en los brazos, tienen que cogerla, lo mismo daría que fuera la mujer del presidente; pero dígame, ¿cómo voy a salir de

aquí y mirarlos a los ojos sabiendo que mientras yo estaba en la cárcel ellos se cepillaban a mi señora?

Erlenmeyer no intentó responder a su pregunta pero consiguió que Bernard admitiera que si su mujer hubiera estado en el hospital durante mucho tiempo, él probablemente le habría sido infiel, y aunque enseguida cayó de bruces en la trampa de Erlenmeyer, fue igual de rápido a la hora de mantener que eso era diferente.

—Un hombre es diferente. Cualquier hombre quiere probar algo distinto de vez en cuando. Es su naturaleza.

—¿Y cómo es de diferente, exactamente?

—Dios todopoderoso, si no lo sabe, ¿cómo demonios se lo voy a explicar? Es diferente, eso es todo. Se supone que una mujer tiene que quedarse en casa, no ir de baretos sola, largándose con el primer tipo que le invita a una cerveza. ¿Qué clase de mujer es esa? ¿Usted quiere una mujer así?

—Pero su mujer no era así cuando estaba en casa con ella, ¿o sí?

—Supongo que no.

—Entonces, ¿por qué no ha de volver a ser como antes cuando vuelva casa?

—Ni por casualidad. Ahora le ha cogido gusto a engañar, de tanta polla como le han metido. Probablemente tiene que cruzar las piernas para que no se le salgan las tripas. No la quiero. Ni la mearía encima. No, después de haberme avergonzado con mis colegas. Ni aunque fuera la última mujer sobre la tierra.

Erlenmeyer estaba mirando su reloj.

—Bueno, estoy seguro que las autoridades encargadas de la libertad condicional os dejarán vivir solos si eso es lo que queréis cuando llegue el momento. Y eso es todo por ahora. Os veré la semana que viene.

Juleson acabó su jornada en el escritorio, y cuando sonó el silbato de las cuatro recogió sus libros y se unió al resto de reclusos que se encaminaba a los bloques. Encontró a su compañero de celda, ahora vestido con un mono nuevo, esperando a que cerraran la celda.

—¿Cómo te ha ido hoy? —preguntó Juleson.

Manning sonrió, al parecer contento de verlo.

—Mejor —dijo—, pero todo me parece... creo que la palabra es «ajeno».

—Cuando yo te parezca ajeno, sabrás que has oído demasiados timbres.

—¿Demasiados timbres?

—Es una expresión... una manera de decir que llevas aquí demasiado tiempo.

Sonó el timbre del bloque, como para ilustrar la expresión de Juleson, y se cerraron los barrotes. Entraron en la celda.

—Lávate, esperaré a que acabes —dijo Juleson, actuando todavía de anfitrión de manera inconsciente. Mientras esperaba siguió leyendo. Leía continuamente, menos cuando era la hora de ir al comedor y comer, y hasta las siete, cuando apoyaba el

libro en el pecho y se echaba a dormir.

Tuvo uno de esos raros sueños de dominio en los que estaba prometido con una popular estrella de la televisión, una chica tan joven que su relación habría parecido grotesca en un mundo ajeno al de los sueños. En el sueño Juleson tenía talento musical, y eso le había permitido acceder a la chica, y cuando en cierto momento se sentaba al piano le sorprendía descubrir que sabía tocar, pero, incluso en el sueño, le avergonzaba verse tocar *El vuelo del moscardón*. Lo tocaba con *bravura*, y contemplaba cómo sus manos formaban acordes que su mente no podía prever. Esperaba que en cualquier momento las manos lo traicionaran, que el moscardón se desintegrara en un galimatías musical, pero conseguía acabar con seguridad y se quedaba escuchando los aplausos.

Y sin mediar transición, ya estaba besando a la chica, al parecer por primera vez, porque ella se apartaba para decirle: «No muevas así la cabeza». E imitaba su manera de besar con cruel precisión. Él volvía a besarla, apretando la boca abierta contra la de ella. El momento se ampliaba sin esfuerzo, ambos inmóviles, y cuando se separaban, él se quedaba impávido pero ella lo miraba con ojos tiernos.

—Con las luces apagadas —decía ella.

En ese momento aparecía alguien que le pedía que volviera a tocar el piano, y él regresaba a su taburete, pero la chica ponía pucheros.

—Quiero que Paul me bese con las luces apagadas. Nunca lo ha hecho.

Se despertó. A medida que desaparecía el estado de ánimo del sueño reconocía que era un sueño de sesgo adolescente, y sintió un anhelo nostálgico por ese país perdido cuyos altos valores habían envenenado su vida adulta al revelar su insulsez.

Se bajó de su litera para beber un poco de agua, y observó que Manning estaba boca arriba mirando los muelles de su catre.

—¿Cómo te sientes esta noche?

—No estoy enfermo —dijo Manning.

—Si te sientes mal otra vez, pega un grito y volveré a golpear los barrotes.

—No volveré a ponerme enfermo. Estaré bien.

—De acuerdo.

Mientras Juleson bebía, observó que el Flaco Higiénico pasaba por la galería y sus ojos inquietos invadían cada celda, y por un momento se acordó de Lorin. Y luego de Zeke. Por un momento, su odio original hacia la cárcel presionó las capas de su estudiada indiferencia.

Capítulo 7

Lorin estaba solo en una celda por orden del departamento de psiquiatría, y en sus tres años de confinamiento esa era la única vez en que el entrometimiento de ese departamento le había complacido. Ahora ya no tenía que poner en práctica las tediosas maniobras necesarias para acallar y eludir la curiosidad de un compañero de celda en relación a la naturaleza de «todos esos curiosos signos» con que llenaba sus cuadernos. Sus álbumes de fotos estaban a salvo de las miradas curiosas e insensibles. Nadie leía ni mancillaba sus poemas.

Se sentó a escribir con el papel apoyado sobre un trozo de contrachapado sin acabar. Escribió: *Esta caja está dentro de una caja, que está dentro de otra... infinito hasta la náusea del gran espacio.*

Hizo una pausa y comenzó a morder el cabo del lápiz. Era un lápiz nuevo y unas motas de pintura amarilla se le pegaron a los labios. Aquella noche en el comedor había oído comentar a alguien que se parecía a Kim Novak. El recuerdo regresó de algún lugar de la mente; y se sonrojó de un modo doloroso.

Comenzó a escribir de nuevo: *Y sin embargo soy libre, tan libre como cualquiera para poner a prueba los límites de mis nervios furiosos y presionar los dolores internos de mi naturaleza contra la magulladura del tiempo.*

El lápiz acabo de nuevo en su boca: tras anotar un pensamiento necesitaba recargarse con otro. De nuevo alguien suspiró: «Kim Novak». Y otro añadió: «No me digas que no es guapa». Conscientemente imaginó su cerebro como una gran ostra que recubría su irritación con el lustre de una perla. Pero sus pensamientos no tenían vida, palidecían junto al vigor de su vergüenza. Suspiró y se quitó el lápiz de la boca. Le quedó el regusto del cedro hasta que se limpió los labios. A continuación feché la entrada.

Oyó el ruido de las duchas en las galerías inferiores, y la escena se le apareció como un retablo dantesco. Vio a doscientos hombres intentando ducharse en unas instalaciones que ni siquiera podrían albergar a veinte, marañas retorcidas de cuerpos enjabonados que luchaban por conseguir un lugar bajo las alcachofas de las duchas como si fueran cochinitos luchando por acceder a una de las tetas de la madre. Lorin borró aquella imagen por demasiado sana. Ahora veía una maraña de gusanos recién sacados de una lata de cebo.

Volvió a colocar el cuaderno en la estantería y dio unos pasos arriba y abajo junto a la cama. A sus pies la pintura se había desprendido y solo quedaba el cemento, pues noche tras noche lo recorría para aplacar los nervios. El suelo no se repintaba solo. En una ocasión se había parado y se había estudiado en el espejo.

Lorin fue condenado por robar un coche. Lo había robado porque el suyo se había estropeado y era fundamental que tuviera coche, no solo para vivir en él, sino para ir

desde el parque donde pasaba las noches a la biblioteca donde pasaba los días. Cuando hubo intentado explicar la importancia de su trabajo a los agentes que lo arrestaron, estos se quedaron pensativos y sin saber qué hacer. Durante todo el arresto y el proceso, nadie lo escuchó sin evidente simpatía, aunque tuvo la sensación de verse atrapado en el mecanismo de una máquina que, dentro de su programación, era incapaz de encontrar una manera de liberarlo. Ahora echaba de menos las noches en el parque, dormir con las rodillas levantadas contra el asiento delantero del coche, levantarse temprano y jugar al ajedrez con vagabundos y perversos antes de que llegara la hora de ir a la biblioteca, y allí componer combinaciones de sus metódicos números formándose sobre el papel limpio y blanco, pulcros e intrincados como hormigas.

Condenado a la cárcel por su primer delito, pronto cometió otro cuando sacó una puntuación demasiado alta en la batería de pruebas que administraban a los recién llegados. Altísima. Su coeficiente de inteligencia palpitaba ominoso en las mentes de la junta para la libertad condicional. Lo condenaron con un tópico tan manido como «genio del mal», y Lorin, cuyo sentido del humor a veces lo mantenía con vida, vio reflejado en su actitud el fuego de los ojos del doctor Fu Manchú.

Dejó de caminar arriba y abajo y empezó a hojear un montón de fragmentos de revistas de cine, sin tapa y mugrientas, que había adquirido a cambio de una semana de postres. Sus ojos se iluminaron, adelantándose a lo que quería ver, y al instante se le cortó el aliento. ¡Diana! La habían fotografiado en la típica fiesta de Hollywood, y la cámara había captado el momento en que se giraba hacia su pareja con una expresión muy animada. Lorin sacó la cuchilla de la maquinilla y liberó a Diana de su acompañante. Ahora podía imaginarse que su sonrisa era para él.

Sacó el cuaderno de la estantería y sin dejar de mirar la foto comenzó otro poema:

Oh Dama
Verte en tu encantadora
 encantadora
 encantadora
blanca y encantadora
es amarte
es amarte
en el radiante cáliz
de la noche

—Encantadora, encantadora, encantadora, blanca y encantadora —releyó en voz baja Lorin.

Sacó su álbum de fotos de su escondrijo situado debajo del colchón y comenzó a buscar un lugar adecuado en el que colocar la nueva foto. Lorin colocaba las fotos en grupos que consideraba frugales. Diana, en un centenar de poses, invitaba, provocaba

y desafiaba. Era una joven promesa que había entrado en Hollywood como Miss Productos Lácteos de Wisconsin, y Lorin estaba enamorado de ella. La había idealizado hasta convertirla en un ser con la delicadeza de una ninfa y la fidelidad y sabiduría de una Eloísa. Se veía a sí mismo dándole la mano mientras escuchaban a Purcell, Monteverdi y Mozart o hablaban de lógica simbólica y teoría de grupos.

Colocó la foto y copió debajo el nuevo poema. Algún día le daría ese libro a Diana. Soñaba con ese momento. Con cómo brillarían sus ojos con la instantánea comprensión de todos sus matices. Cómo él le daría la mano y le explicaría su Teoría de la Identidad, el descubrimiento que iba a revolucionar el pensamiento y hacer avanzar al hombre de una manera tan rápida que contemplaría su antiguo yo como ahora contemplamos a los neandertales. Cómo había inventado setenta y dos nuevos símbolos matemáticos y llenado más de trescientas páginas de ecuaciones...

A veces hacía que ella lo interrumpiera en ese punto para decir: «No hace falta, Lorin». Y él explicaba que solo quería que estuviera orgulloso de él.

—Pero si lo estoy. Has adaptado mi corazón a tu propia imagen. Me siento más limpia, más pura.

—¿Alguna vez...? —intentaba preguntar a veces.

—Alguna vez, ¿qué?

—Ya sabes. ¿Con chicos?

—Bueno, era Hollywood. Antes de conocerte mi carrera era muy importante para mí.

—No tienes por qué hablar de ello. Tan solo prométeme que se ha acabado.

—Naturalmente, Lorin, a no ser que tú...

—Nunca te mancillaré de pensamiento, palabra u obra. —Esta es la promesa que Lorin imaginaba que le haría. Y entonces los dos parecían disolverse en una niebla cálida, perfumada y plateada hasta ya no tener cuerpo y convertirse en puro espíritu, y llegar al fin a la dulce cohabitación de las mentes.

—Encantadora, encantadora, encantadora, blanca y encantadora —volvió a susurrar.

Mientras escondía el álbum de fotos y sacaba los cuadernos que contenían su Teoría de la Identidad, se fijó en que el Flaco Higiénico barría delante de su celda.

El Flaco Higiénico hizo una pausa, se apoyó en el mango de la escoba y se quedó mirando la celda de Lorin con unos ojos tan brillantes como los de una serpiente. El chaval era un bujarrón. El Flaco Higiénico lo sabía, siempre lo adivinaba. Nunca bajaba a ducharse, cagaba cuando habían apagado las luces y nunca miraba a los ojos a los hombres.

—Eh, chaval —lo llamó el Flaco—. ¿Cuándo me dejarás que te lustre los zapatos?

Lorin escribió varios signos de manera cuidadosa y deliberada antes de volverse y

decir:

—No, gracias.

¡Un bujarrón! El Flaco Higiénico siempre los distinguía. Miró intensamente a Lorin por un momento, a continuación emitió un ruido desagradable con los labios y siguió galería abajo, barriendo con gran esmero. Era un viejo reseco y alto con la nariz tan ganchuda y roja como un pico, cuyos labios se apretaban en una expresión de crónica repugnancia. Llevaba, en invierno y en verano, el cuello de la camisa y las mangas completamente abrochados; se cubría con una gorra tejana descolorida, bien calada hasta las cejas, y a la sombra de la visera sus ojos brillaban con una vitalidad frenética y febril.

Se le ocurrió denunciar a Lorin. Al Flaco Higiénico le repugnaban profundamente todas las formas de expresión erótica y consideraba su deber informar al capitán de los guardas de los nombres de todos los bujarrones cuyo instinto descubría, así como a aquellos que apartaban los ojos de sí mismos en las duchas, merodeaban por los urinarios, caminaban juntos y se hacían susurritos como si fueran una pareja. Igualmente era enemigo acérrimo de la suciedad y el desorden, y no hacía distinción entre ambas formas de contagio. Un retrete reluciente y un ano rígido eran igualmente sanos. Tocar, frotar, acariciar, chupar, era todo igual de asqueroso: matices del mismo horror.

Nadie limpiaba como él. Incluso los rincones más recónditos estaban libres de polvo; los suelos brillaban, las ventanas relucían. Su especialidad eran los zapatos. Quedaban como un espejo. Lo que pocos miembros del personal sospechaban, aunque algunos reclusos lo habían adivinado, era que el tórrido impulso que sentía el Flaco Higiénico hacia su propio sexo tenía una única y sola expresión: los zapatos relucientes. Cada golpe de cepillo aumentaba su excitación hasta que se mecía y gemía en su taburete canturreándoles a los zapatos como si fueran su amante. Y algunos zapatos, al igual que las mujeres, eran mejores que otros, y el Flaco Higiénico anhelaba los de Lorin con una pasión incandescente.

—¡Bujarrón! —gruñó de nuevo. No se ha duchado en semanas.

Aquella noche el Flaco Higiénico soñó que era una enorme babosa blanca que se revolcaba en el calor y el placer de su propia baba. Se despertó con náuseas y un tremendo dolor de cabeza. Era ya de madrugada, pero se levantó y se puso a frotar el lavamanos y el retrete por segunda vez en veinticuatro horas. A continuación se durmió otra vez y tuvo el mismo sueño.

Lorin casi nunca soñaba, y a la mañana siguiente se despertó de una oscuridad uniforme con una pregunta ya formada en su mente: ¿Por qué no dejarle que te lustre los zapatos? Sea cual sea su obsesión, ¿cómo puede involucrarte en ella si solo quiere lustrarte los zapatos? Pero sabía que no podía permitirlo. La resistencia inconsciente que sentía en su mente le advertía que aquella transigencia tendría un alto precio,

aunque no supiera exactamente cuál.

Se puso en pie e intentó empapar una esponja de baño en las pocas onzas de agua caliente que le permitían para afeitarse. Tuvo suficiente para lavarse las axilas. Estaba seguro de que comenzaba a oler mal. El día anterior, mientras hacía cola en el comedor, alguien se había apartado deliberadamente de él. Se afeitó con agua fría, y aunque no tenía mucha barba la hoja le tiraba.

Se pasó el día en el escritorio del pabellón de enseñanza. Acabó pronto con los trabajos que tenía que corregir y se los devolvió al profesor. Quería hablar con su amigo Juleson, pero este parecía molesto por culpa de una carta que estaba esperando y todavía no le había llegado. Lorin le recordó que a menudo el correo se demoraba varios días en la oficina del censor, y Juleson asintió ausente, aunque naturalmente ya se le había ocurrido. Ninguno de los dos se tomaba con demasiada tranquilidad la cuestión del correo.

Añadió algunas palabras nuevas a su lista —vanagloria, calipigio, coribántico— y se quedó absorto en el absoluto placer de las categorías de Roget. El trabajo de identificación siempre había estado a cargo de unos pocos, de la élite. Por encima de él, colgado de la pared, Albert Einstein parecía amistoso y un tanto aburrido.

Cuando aquella noche regresó a su celda había tomado la decisión de darse una ducha. Comenzaba a tener el escroto un poco irritado, y los pies y los tobillos estaban negros. Pero cuando sonó el timbre para ir a las duchas y salió de la galería, desnudo, a excepción de una toalla anudada en torno a su cintura, y calzado con los zapatos, se encontró al Flaco Higiénico apoyado en la escoba mirándolo. Lorin no se habría asustado más de haber visto a un cocodrilo que había aprendido a caminar erecto y a utilizar una escoba. Un extraño animal salvaje, azulado por apetitos desconocidos. Lorin se retiró a su celda. Se metió en la cama y volvió la cara hacia la pared.

Escuchó el sonido de las duchas hasta que el agua empezó a repicar sobre el cemento desnudo mientras unos pocos y afortunados, los trabajadores del bloque, se duchaban a solas. Luego el silencio.

—Eh, chaval. ¡Tú, chaval! Deja que te lustre los zapatos. Te daré cinco paquetes de cigarrillos. Te quedarán como los chorros del oro.

Lorin se dio la vuelta para mirar al Flaco Higiénico a la cara: biseccionado por los barotes, un ojo verde inyectado en sangre lo miraba desde cada mitad. La boca estaba entreabierta por la tensión.

—Eres un psicótico —dijo Lorin.

—¿Qué has dicho?

—Qué estás loco.

—No me hables así. Esto no es manera de hablarle a un amigo. Sé amable con el viejo Flaco y te dejará los zapatos tan relucientes como una moneda nueva.

—Ahora no. Ni nunca. Déjame en paz.

—No eres muy amable —lo acusó el Flaco Higiénico.

Lorin no dijo nada.

—¿Cómo es que nunca te duchas? —preguntó el Flaco.

—Me ducho en el trabajo.

—En el pabellón de enseñanza no hay duchas —dijo el Flaco triunfal—. ¿Por qué me mientes? —El Flaco puso una expresión severa—. A lo mejor te duchas en otra parte con tu puto. ¿Qué le dejas que te haga, chaval?

—No acabo de entender que mis hábitos personales, sean cuales sean, resulten de tu incumbencia.

—¡Bujarrón! —siseó el Flaco—. No eres más que un bujarrón con labia. Pues vete con ojo, chaval, ¿me has oído? Vete con ojo.

Aquella noche el Flaco Higiénico soñó que lo cortaban unos enormes cuchillos que siseaban a su alrededor. La luz se reflejaba en las hojas, que batían como las alas de pájaros metálicos. Le hervía la sangre. Corruptos y cálidos se alzaban a su alrededor hasta que se despertó ahogado en su propia saliva. Tumbado en la oscuridad concibió el primero de sus planes para hacerse con los zapatos de Lorin.

Capítulo 8

Manning pasó los primeros días en la cárcel sometiéndose a diversas pruebas. Deliberadamente había elaborado una actitud pasiva para poder soportarlo. En una sala llamada Bertillon, habían anotado su peso, estatura, complexión, color de la piel, cicatrices características o tatuajes (no tenía ninguno) y le habían tomado seis grupos de huellas digitales. Al día siguiente pasó un completo examen físico. Lo declararon apto y certificaron que podía llevar a cabo «un trabajo entre suave y medio». Al día siguiente se sometió a una serie de pruebas: la Prueba de Clasificación General del Ejército, la Escala de Preferencias Kuder, el Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota, y muchas otras. Al final lo entrevistó un psicólogo.

El psicólogo tuvo a Manning esperando durante una hora y cuarto. Manning permaneció sentado en un estrecho banco blanco en el pasillo del hospital, viendo al médico a través de los cristales de su consulta. Parecía profundamente absorto en otra entrevista. Desde donde Manning estaba sentado solo podía atisbar la espalda del recluso, pero veía al doctor con la suficiente claridad como para distinguir su pelo fino, negro, dibujado sobre su cráneo blanco, tan uniforme como un papel con renglones, y las elipsis escorzadas de sus gafas. El nombre que había en la puerta era A.R. Smith.

A poco más de medio metro, en el pasillo, un anciano yacía en una burbuja de oxígeno. Una máscara que palpitaba lentamente le cubría la parte inferior de la cara. Tenía los ojos cerrados. Un brazo apenas cubierto de carne colgaba del borde de la cama, y la mano se agitaba lentamente. Una enfermera rubia, muy alta, se acercó a tomarle el pulso. Cuando levantó la mirada vio unos ojos fríos, vueltos hacia dentro. Su cara era tan pequeña como la de una niña. La enfermera se marchó, y al momento estaba de vuelta con dos celadores que se llevaron al hombre. Cuando pasaron al lado de Manning, el paciente abrió los ojos, pero su expresión permaneció inmutable.

La inminente entrevista estaba poniendo nervioso a Manning. No tenía esperanzas de que el psicólogo le fuera a serle de ayuda, pero Juleson le había dicho que la recomendación del departamento psiquiátrico tendría mucha influencia en su caso, y matizaba la aceptación del encarcelamiento con la esperanza de que todavía, de algún modo, pudiera disolverse. Más que atrapado en cemento y acero, se sentía atrapado en palabras y papel, y quizá alguien podría anular esos hechizos legales, alguien que pudiera estudiarlos y reconocer su inocencia esencial. Quizá A.R. Smith. Manning se peinó y se limpió las manos con el pañuelo. En una ocasión levantó la mirada y se encontró con los ojos del psicólogo.

Cuando el recluso, al que ya habían entrevistado, se levantó para salir del despacho, Manning se quedó sorprendido al descubrir que era el chaval al que llamaban Palo. No había visto a Palo desde que salieron de la Sala de Ingreso. En ese

momento le sonreía al médico y le hablaba con considerable animación. Pero un momento después, al pasar al lado de Manning, la cara de Palo volvía a carecer de expresión. Caminaba a paso veloz, como si se deslizara, algo que Manning había observado en algunos de los reclusos más jóvenes, y mientras seguía pasillo abajo, se levantó el cuello de la camisa. Si había llegado a ver a Manning, había decidido ignorarlo.

Cuando finalmente lo llamaron, Manning se dio cuenta de que tenía la mano tan sudorosa que le costaba girar el pomo. Entró en la consulta secándose las manos en los pantalones.

—¿Willard Manning?

—Sí, señor.

—Siéntese, señor Manning.

La pequeña consulta estaba decorada con reproducciones de cuadros recortadas de revistas como *Life* y montadas sobre hojas de papel de color. Por lo demás no tenía ninguna característica especial. Un escritorio y dos sillas. La impresión que A.R. Smith produjo en Manning fue de pulcritud y poco más. Es posible que muchos otros hombres menudos y medio calvos llevaran bigote y gafas de pasta gruesa, pero Smith iba perfectamente afeitado y sus gafas eran tan funcionales como una herramienta. Sobre el escritorio tenía abierta una carpeta de papel manila, y Manning pudo ver que en el interior había gráficos e informes duplicados, pero fue incapaz de leer ninguno. En la lengüeta se veían las letras perfectamente escritas de su apellido, seguidas del número que le habían asignado.

—¿Conoce el término pedófilo? —le preguntó Smith sin levantar la mirada.

—No, señor.

—Es un término que utilizamos para describir una persona cuyo objeto amoroso son los niños inmaduros...

Manning puso una mueca de desagrado, y Smith, que levantó la mirada en ese momento para captar el espasmo involuntario, prosiguió sin alterarse:

—¿Diría usted que ese término lo describe?

—No. En absoluto.

—El informe de la junta de la condicional afirma que su hijastra parece más joven de la edad que tiene.

Manning permanecía en silencio. En realidad Smith no había pronunciado aquella afirmación como si fuera una pregunta. Insistió.

—Es esa una descripción exacta.

—Es una niña delicada... pequeña.

—Pequeña ¿en qué sentido?

—Simplemente pequeña. Es una niña menuda, pero muy activa, saludable.

—¿Pequeña para su edad?

—Sí.

—¿Y qué edad tiene?

—Quince años.

—Una niña pequeña y delicada que aparenta menos de los quince años que tiene —afirmó Smith como si estuviera escribiendo una entrada en el libro mayor; en su voz no había ni reproche ni juicio alguno.

Manning oyó la puerta que estaba a su espalda, y al volverse vio a alguien vestido de civil que tenía en la mano varios memorándums.

—Perdone —le dijo a Smith—, no me he dado cuenta de que estaba ocupado.

—Un momento, doctor Erlenmeyer, tengo algo aquí...

Smith abrió el cajón del escritorio y sacó una carpeta idéntica a la de Manning, excepto que en ella se leía el apellido *Wilson*. Le entregó la carpeta a Erlenmeyer y preguntó:

—¿Conoce a este joven? ¿Ese que llaman Palo?

—Un poco. De cuando hicieron las pruebas.

—¿Le importaría pasar una hora con él? Hay algo en ese chaval que... —Smith le lanzó una mirada a Manning—. Algo inquietante. Se muestra demasiado cooperativo a la luz del informe de la junta de la condicional.

Erlenmeyer levantó la mirada de la carpeta con una expresión de interés.

—Al parecer tiene una inteligencia un poco por encima de lo normal, cuando habría creído que estaba por debajo.

—Sí, sí, es despierto. ¿Hablará con él?

—Desde luego, si le parece aconsejable.

Erlenmeyer se retiró en silencio y Smith se volvió hacia Manning con un momentáneo gesto de ensimismamiento. Enseguida volvió a prestarle atención.

—Y ahora, señor Manning, ¿podría decirme cuál es su impresión del delito por el cual el Estado le ha encarcelado?

—No lo sé.

—De todos modos, ¿no siente nada?

—Sí, sí... por supuesto.

—¿Por qué dice «por supuesto»?

A Manning no se le ocurrió nada que decir. Era como si su cerebro estuviera desactivado. Se quedó en silencio, percibiendo cómo se iba sonrojando y cómo Smith lo observaba e interpretaba. Tenía que decir algo.

—Fue un impulso.

—¿Un impulso?

—Aquella noche, lo que hice. Fue un impulso.

Smith se echó hacia atrás en su silla giratoria, y Manning se fijó en los pelos oscuros que le nacían en las profundidades de sus fosas nasales.

—Un impulso —repitió Smith, y Manning se dio cuenta de lo penetrantes que eran sus ojos, un azul claro que ahora lanzaba una luz fría, como si acabaran de encenderlos—. ¿Por qué no intenta contarme lo que ocurrió y cómo se sintió en aquel momento?

De nuevo Manning fue incapaz de dar ninguna respuesta inmediata, y percibió que su silencio se extendía como una fisura en la tierra que mediaba entre ellos. Se encontró intentando recordar por qué había tenido necesidad de utilizar el cuarto de baño del piso de arriba. No había tenido la intención de subir las escaleras, porque entonces se habría puesto las zapatillas. Pero cuando estaba en la puerta del retrete de abajo, se acordó de que, al tirar de la cadena, el ruido a veces despertaba a Pat.

—Subí al cuarto de baño, hacia medianoche, supongo, y cuando volvía le eché un vistazo a Debbie. No pensaba nada. No recuerdo que pensara nada en absoluto...

La cuña de luz ámbar, procedente de la pequeña bombilla que había al inicio del pasillo, se extendía como un sendero por la alfombra, revelando un zapato con cordones en cuyo interior había un calcetín blanco arrugado, y subía por el borde de la cama para descubrir la cara y el hombro de Debbie. Las mantas habían caído hacia un lado. La niña se removió en la cama.

—Debbie —dijo en voz baja—. ¿Estás bien?

Como ella no contestó, él se dijo que quizá debería cubrirle los hombros. La casa se había enfriado.

—La toqué —le dijo a Smith—, y entonces ya no pude soltarla.

—¿Debo tomar sus palabras al pie de la letra?

—Esa fue la sensación que tuve.

—¿Ella se despertó?

—No lo sé.

—¿No dijo nada? ¿No protestó? ¿No le pidió que parara?

—No. Pensé que a lo mejor dormía, aun cuando eso no parecía posible, y entonces...

—Entonces ¿qué?

—Ella reaccionó —dijo Manning de manera desafiante—. Al final reaccionó. Smith asintió.

—Entiendo.

Y Manning se sintió como un animal enfermo, enseñando los dientes en su último residuo de corrupta vanidad masculina. Y sin embargo era cierto. Se había quedado escandalizado y encantado ante el vigor de su reacción.

—¿Cómo se había comportado en presencia de usted anteriormente? —preguntó Smith.

—¿A qué se refiere?

—¿Se mostraba cariñosa?

—Sí, siempre fue una chica cariñosa, muy cariñosa. Incluso después de comenzar a... madurar.

—¿Qué edad tenía la niña cuando usted se casó con su madre?

—Cumplió los once la semana después de casarnos.

—¿Pensaba en ella como si fuera su propia hija?

—No, de ninguna manera.

—De ninguna manera ¿qué?

—Nunca pensaba en ella como si fuera mi propia hija. De ninguna manera. Sabía que me sentía atraído por ella. Solía bajar a desayunar en albornoz, y yo no quería mirar, me decía que no mirara, pero al final miraba. Supongo que soy débil de carácter. Su madre le decía que se vistiera y entonces comenzaban a discutir, y Pat decía: «Tu padre esto o tu padre lo otro», y Debbie decía: «Pero Will no es mi padre». Entonces, cuando Debbie me llamaba Will, Pat explotaba y la niña comenzaba llorar, cosa que yo detestaba. La cosa empezaba a ponerse fea. Otras veces, cuando pasaba por delante de su habitación, la puerta estaba entreabierta y la veía en bragas o desnuda. Era tan hermosa, tan joven, y a veces se me ocurría que dentro de pocos años, como mucho, se iría, y Pat y yo nos quedaríamos solos, solos y cada vez más viejos.

Manning hizo una pausa y Smith preguntó:

—¿Las relaciones con su esposa eran normales?

—Supongo que sí.

—¿No está seguro?

—¿Cómo iba a saberlo? Ella no parecía muy interesada, yo tampoco fui nunca gran cosa con las mujeres. No me casé hasta los cuarenta años. Antes de eso, bueno, había estado con alguna chica de vez en cuando. Unas pocas veces pagué... sobre todo en el servicio militar. Creo que Pat quería un hogar, y ella tampoco era una mujer joven. Quería casarse, y yo me dije que si iba a casarme más me valía hacerlo pronto. Al principio ella era afectuosa conmigo, pero después se fue enfriando y luego siempre había una cosa u otra. Dejé de proponerle que tuviéramos relaciones porque no me gustaba oír sus excusas.

—Fue su esposa quien lo denunció a la policía, ¿verdad?

—Sí, fue ella. Yo mismo se lo conté. No fue Debbie. Yo se lo conté. No estoy seguro de por qué.

—¿Le daba miedo que se lo contara la niña?

—No, Debbie no se lo habría contado nunca. Yo mismo se lo conté un par de noches después, mientras estábamos en la cama. La toqué y ella se dio la vuelta, y de pronto ya se lo estaba contando. No podía verle la cara, pero no parecía demasiado alterada. Dijo que prefería hablar por la mañana, pero a la mañana siguiente ninguno de los dos lo mencionó, y por la tarde se presentaron en mi empresa y me arrestaron.

—¿Le sorprendió que la policía viniera a buscarlo?

—La verdad es que no. Me dijeron que tenía que ir con ellos, y yo dije que muy bien.

—¿Muy bien? ¿Quiso decir que así debían ser las cosas?

Manning frunció el entrecejo.

—No lo sé...

Smith abrió el cajón del escritorio y sacó un cigarrillo. Levantó la vista y vio que Manning lo observaba.

—¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, por favor.

Smith sacó otro cigarrillo. Manning no supo si los tenía dentro de una cajetilla o sueltos en el cajón. Los encendieron, y Smith dio varias bocanadas como si fuera un hombre sediento que por fin bebe, y mantuvo el cigarrillo entre la punta del pulgar y el índice. Fumaba torpemente, como un muchacho.

—Antes me ha dicho que actuó siguiendo un impulso —añadió—. ¿Todavía lo cree?

—Sí, señor.

—¿No había pensado en su hijastra de ese modo?

—No, no exactamente así. Procuraba apartarla de mi mente. A veces me venía ese pensamiento, pero me daba asco a mí mismo y lo apartaba.

—Hablemos de la chica. ¿Qué cree usted que sintió ella?

—No lo sé.

—¿Volvió a pensar en ir a su habitación?

Manning apartó la mirada para contestar.

—Sí, volví a pensar en ello.

—¿Ella le habría vuelto a recibir del mismo modo?

—Tenía la impresión de que sí.

—¿De que ella habría estado dispuesta a ocupar el lugar de su madre en la vida de usted?

—A riesgo de ofenderle, doctor, parecía disfrutar mucho más de lo que su madre había disfrutado nunca.

—Eso no me ofende. La situación es corriente, solo deja de serlo cuando se convierte en un hecho consumado y también en una cuestión delictiva. ¿Qué sensación le produce el que lo hayan enviado aquí?

Manning se encogió de hombros.

—No lo sé...

—Esto es real —observó amablemente Smith, observando cómo el lápiz garabateaba una cuadrícula para el juego de tres en raya—. Algo tiene que sentir.

—No es eso... bueno, naturalmente, estoy disgustado.

—¿Por qué dice «naturalmente»? Aquí tenemos hombres, muchos más de los que podría pensar, que no están en absoluto disgustados. A ellos... —Smith dibujó un grueso cero en el centro de la cuadrícula del tres en raya—. A ellos les gusta estar aquí.

Manning no pareció muy convencido.

—He oído bromear a algunos. Lo mismo ocurría en el servicio militar, cuando decíamos que alguien había encontrado un hogar en el ejército, pero esto es diferente.

—¿Cómo de diferente?

—La sensación es diferente.

—Usted está hablando de su sensación de culpa, pero imagínese que no sintiera

ninguna culpa. ¿Cómo sería de diferente entonces?

—En el ejército tienes más libertad. Había pases de pernocta, permisos.

—El recluso profesional considera que su libertad condicional es un permiso. Quizá no siempre se da cuenta de ello, pero se marcha de aquí con algo de dinero y una nueva recarga de energía, y cuando su dinero ha desaparecido, al cabo de un mes o dos, comete algún acto desesperado o estúpido y acaba volviendo... a su regimiento. Pero ese no es su caso. Señor Manning, ¿qué tiene pensado hacer durante el tiempo que va a pasar en la cárcel?

—Estudiar. Intento prepararme para empezar una nueva vida cuando me liberen.

—No le veo muy esperanzado.

—No estoy muy esperanzado, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer.

—Me gustaría que se planteara entrar en uno de nuestros grupos de terapia. Puede que no le ayude, pero tampoco le hará daño.

Manning comenzó a negar con la cabeza, pero Smith le interrumpió.

—Me temo que no es voluntario. A veces doy esa impresión porque pienso que la participación debería ser voluntaria para resultar lo más efectiva posible, pero la junta de la condicional obliga a asistir a los hombres con delitos como el suyo, y cualquier consideración referente a conceder la libertad condicional está supeditada a esa terapia, aunque no necesariamente a las recomendaciones de su terapeuta. En este momento hay varios grupos que funcionan. Uno lo comparto con el doctor Erlenmeyer, y los demás los dirigen el señor Hamblin y el señor O'Malley. Así de entrada, creo que lo mejor sería asignarle al grupo que dirigimos el doctor Erlenmeyer y yo mismo, puesto que en la actualidad es el más pequeño.

Smith cerró la carpeta. Puso una leve sonrisa y dijo:

—Espero que las cosas le vayan bien. Todo lo bien que pueden ir, llegados a este punto.

Manning le devolvió una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

Aquella tarde, en la celda, Manning le contó a Juleson parte de la entrevista mientras este permanecía sentado con las piernas cruzadas en su propia litera, el libro cerrado en torno al dedo que utilizaba como punto. Mientras hablaba, Manning tuvo tiempo de observar que su compañero de celda, al que ya consideraba un amigo, no tenía muy buena aspecto. Siempre estaba pálido, los ojos cansados de tanto leer, pero ahora su piel parecía ajada, y su expresión delataba ansiedad.

Cuando Manning terminó de hablar, Juleson dijo:

—Smith es un buen hombre. Al menos en mi opinión.

—Me ha hecho un interrogatorio de tercer grado, como si fuera el fiscal del distrito.

—Sí, siempre es así en la primera entrevista. No tiene mucho tiempo para

averiguar todo lo que desea. A la cárcel llegan algunos hombres peligrosos y violentos, y su trabajo consiste en identificarlos, si puede. Mientras que un hospital psiquiátrico podría tomarse semanas antes de proponer un diagnóstico, él solo tiene unas pocas pruebas y una entrevista de una hora. Si da con alguno un poco raro, le hace un seguimiento, pero por lo demás la mayoría de convictos no vuelven a pasar por el departamento de psiquiatría.

—Tengo que ir a terapia.

—¿A qué grupo?

—Me ha dicho que probablemente al suyo, al suyo y de otro médico.

—Erlenmeyer. Ese es mi grupo. Smith y Erlenmeyer supuestamente lo comparten, pero últimamente solo viene Erlenmeyer.

—¿Cómo es?

—No lo sé. Creo que habría sido un buen dentista, o quizá un buen pediatra. — Juleson se inclinó hacia el extremo de la litera para mirar a través de los barrotes. En cualquier dirección solo se veía a un metro de distancia.

—¿Ha venido el correo?

—Sí, hace unos minutos.

—Cristo —dijo Juleson en voz baja. Se apoltronó en su litera, abrió el libro y volvió a cerrarlo.

—Volverá mañana.

—Eso espero. Si no viene pronto me quedaré con el culo al aire.

—¿Es algo grave?

—Podría serlo. No lo sé. Si no me cuesta nada más, al menos me pondrá en un buen aprieto. —Miró su estantería, donde solo le quedaban tres cajetillas del cartón —. Tenía que meterme en ese lío.

—Podría escribirle a Pat y pedirle dinero, pero no estoy seguro de que contestara. ¿Quieres que lo intente?

—No, no hace falta, Will. Si no le has escrito para pedirle nada para ti, y sé que hay cosas que te gustaría tener, ¿cómo voy a dejar que le escribas por mí? Yo me he metido en este lío solito, y solito saldré de él.

—Llegará mañana —dijo Manning.

Pero no llegó. Juleson fue a la sala de correo a mediodía y no había nada. Llegados a este punto estaba seguro de que no llegaría: la situación comenzaba a asumir los clásicos perfiles de otras trampas que se había puesto él mismo en el pasado. Idiota, idiota, se dijo, y no se le ocurría nada más que decirse. Su tía era una mujer anciana, en un año podían haberle pasado montones de cosas. Pero no podías esperar, ¿verdad?

Nada le había llegado nunca con la rapidez que había esperado, y siempre habían acabado cogiéndolo.

Regresó a su escritorio en el pabellón de enseñanza e intentó considerar qué debería hacer. Tendría que decirle inmediatamente a Oberholster que su dinero no había llegado, que necesitaba una prórroga, pero sabía perfectamente que aplazaría esa desagradable misión todo lo que pudiera. Y ahí lo tenías: él era así.

Hundió la cabeza entre las manos y pensó en los hombres que podría haber sido. Percibió que había alguien cerca y, al levantar la mirada, vio a Lorin.

—¿No te encuentras bien, Paul?

—Estoy bien.

Lorin tampoco tenía muy buen aspecto. Su lozana tez se había apagado perceptiblemente y el aspecto tenso de sus ojos había aumentado. El blanco era ahora amarillento, y a Juleson le llegó un olor a agrio que sin duda procedía de Lorin. Desechó sus propios problemas.

—¿Qué ocurre?

—Nada. No ha pasado nada. Sé que tú no te lo tomas en serio.

—Un momento. Si tú te lo tomas en serio, yo también. ¿El Flaco Higiénico sigue dándote por culo?

—Sí. Viene cada noche a mi celda y se queda merodeando delante. Ayer por la noche me dijo que el sargento del bloque lo había mandado a comprobar los zapatos de todos los reclusos para ver si a alguno le faltaba el número.

—¿Y le diste los tuyos?

—Claro que no. ¿Piensas que le creí? Le dije que tendría que venir el sargento en persona.

—¿Y él que te contestó?

—Me insultó. Me dijo que era un bujarrón listillo.

—Lorin, ¿por qué no le das los zapatos si con ello te deja en paz? Hay muchos que dejan que el Flaco les lustre los zapatos. —Juleson intentó quitarle importancia—. Lo hace muy bien.

—No puedo. No quiero tener nada que ver con él.

—Entiendo. ¿Qué vas a hacer, entonces?

—He estado pensando escribirle una carta al departamento de psiquiatría. ¿Te parece una buena idea?

—No acabo de entender en qué va a ayudarte eso, pero tampoco te perjudicará. Posiblemente tendrás que aguantar a ese cabrón hasta que se canse. Al final dejará de darte la murga.

Lorin se frotó la frente como si intentara borrar algo que había allí escrito.

—No sé cuánto tiempo más puedo soportarlo.

—¿No puedes amenazarlo? Es un cobarde. ¿No puedes amenazarlo con darle de palos y que se lo crea?

—Te he dicho que no quiero tener nada que ver con él.

—Pues ya tienes que ver con él.

—Pero no de esa manera. No puedo hacerlo, ni aunque pensara que podría

obligarlo a tomarse mis amenazas en serio.

—Lorin, sigo pensando que le das demasiada importancia.

—Ya sé que eso es lo que piensas.

—No me gusta verte disgustado, pero no puedo evitar pensar que casi todos los demás simplemente nos reiríamos de ese cabrón y lo olvidaríamos, y tengo la sensación de que le das tanta importancia para recalcar de manera sutil hasta qué punto te consideras diferente de los demás.

—Gracias, Paul.

—No te lo tomes así.

Lorin esbozó una débil sonrisa.

—No te preocupes. Ya lo solucionaré. —Se dio la vuelta y regresó a su escritorio, y Juleson se lo quedó mirando, pensando que la «vieja raza» había vuelto a traicionar a Lorin una vez más.

Capítulo 9

Tras dos semanas en manos del enemigo, el ejército de Palo se había visto reducido a la mitad. El general más joven había tropezado con el test de inteligencia. Sus resultados habían sido los de un imbécil. Cuando eso se combinó con su extrema juventud, su pasividad, su rolliza blandura, y su boca roja y humedecida, el comité de clasificación decidió que la vida en medio de la población general de reclusos sería imposible para él: lo utilizarían como un trozo de carne inerte, lo utilizarían de la misma forma que los hombres del rancho penitenciario se sabía que utilizaban a sus animales. El comité ordenó que lo trasladaran a una institución para deficientes mentales en el primer transporte disponible.

Todo lo que Palo supo fue que una mañana llamaron por los altavoces al general más joven y no volvió verlo.

—¿Y qué? —Palo desafió al general que quedaba—. De todas maneras iba a librarme de él. —Palo se dio un golpe en la frente—. Ese mequetrefe no era lo bastante listo.

—Sigo preguntándome qué han hecho con él —se quejó el general restante.

—Probablemente lo han metido en un manicomio.

—A lo mejor él mismo lo pidió.

—No tiene tanta sesera.

A Palo no le hacía falta imaginar qué había sido del general más joven. Algunos psiquiatras todavía intentaba jugar con su cabeza, pero él era demasiado listo para ellos. Los había apaciguado hasta que al final lo habían llamado «hijo». Pero al general más joven, ese bobalicón, probablemente lo habían pillado antes de que tuviera tiempo de sentarse.

—¿Cómo vas a sacarnos de aquí? —preguntó el general, como hacía casi cada día.

—Cuando esté a punto, te informaré. Ahora estamos en la clandestinidad. Es nuestra fase oculta. Todo gran movimiento pasa por un período como este. —Palo miró a su alrededor con desprecio—. Pero no te preocupes. Este lugar no es nada.

A la semana siguiente el general que quedaba en la cárcel fue asignado a una escuela y comenzó a aparecer por el patio llevando bajo el brazo un libro de lectura de cuarto de básica en cuyo interior había un montón de ejercicios doblados. Se acercaba a Palo y le pedía bien el significado de ciertas palabras, bien cómo se deletreaban otras, y Palo se iba enfadando, pero no estalló hasta el día en que el general se le acercó esperando su aprobación porque había sacado un 8,2 en un ejercicio de ortografía. Palo agarró el ejercicio y formó una bola con él.

—¿Qué cojones haces con esta mierda?

—Pero tú me dijiste que teníamos que ser inteligentes.

—Yo seré el inteligente. Soy lo bastante inteligente por los dos. Lárgate de esa escuela. ¿Me ves a mí paseando algún libro?

Palo agarró el libro y lo lanzó a la otra punta del patio. Se abrió en pleno vuelo y cayeron los ejercicios, que el viento desperdigó como si fueran folletos de propaganda. El general chilló de consternación y echó a correr detrás de su libro.

—Si recoges ese libro, no vuelvas —lo amenazó Palo.

El general hizo una pausa, y con un gesto aprensivo miró desde donde estaba Palo a donde había quedado el libro en el suelo. El viento pasaba las páginas.

—Me han hecho responsable del libro —suplicó.

—Me han hecho responsable; me han hecho responsable —repitió Palo con una voz cada vez más aguda. Levantó las manos al nivel de sus diminutos hombros para agarrar algo invisible, y la cara se le oscureció de sangre hasta que pareció una paleta oxidada.

—¡A tomar por culo el libro! —chilló Palo.

Pero el general, que evidentemente le tenía terror a Palo, había ido a por su libro. Lo recogió, se lo metió en la cintura y comenzó a reunir los ejercicios, vigilando a Palo por encima del hombro como un perro acobardado. No regresó. Después de eso Palo dejó de buscar a su general, y cuando lo veía se iba hacia otro lado.

Palo no echaba de menos a los generales. Aquellos dos mequetrefes habían sido más un obstáculo que otra cosa. Ninguno de los dos había sido lo bastante listo. Habían llegado a la cárcel por culpa de su debilidad. Pero a veces, por la noche, entre las presiones de sus numerosas fantasías correctivas, encontraba tiempo para imaginar las circunstancias en las que se presentaban delante de él para que los condenara como architraidores. Él siempre estaba ocupado —desplazando ejércitos, arrasando ciudades, saldando importantes cuentas pendientes— y levantaba la vista de la superficie negra como un espejo de su escritorio y decía: «Que los fusilen a los dos». Los generales chillaban y sorteando el escritorio caían de rodillas y se abrazaban a sus piernas. Él les daba una patada en la cara. Esa parte era especialmente vívida. Echado en su litera, su pierna sufría un espasmo y percibía una sacudida fantasma subiéndole por las puntas de los pies, y sentía cómo los dientes de ambos cedían y se introducían en sus gargantas.

Pero en aquel momento su atención estaba en gran medida concentrada en su compañero de celda y en el invento en el que había descubierto que trabajaba. Al principio, su compañero de celda, un insignificante falsificador llamado Morris Price, no había significado para Palo nada más que un cuerpo que sortear cuando pasaba de una parte de la celda la otra. Su escasa estatura, su mirada sin carácter, su pelo ralo y pálido peinado hacia atrás desde una línea quebrada, eran características que hacían que Palo lo rechazara como un potencial Vampiro. Estaba harto de inútiles. A Morris no le quedaría bien el uniforme. Su voz apagada y ronca nunca podría emitir una

orden convincente. En la nueva realidad, la gente como Morris no existiría. Palo utilizó su enorme estatura para intimidar a Morris. Pero eso fue antes de que conociera el invento de Morris.

Durante las primeras semanas que estuvieron juntos, Morris dedicaba casi todo el tiempo que pasaban en la celda a leer. Tenía un mugriento montón de libros de bolsillo, muchos de los cuales, al parecer, los había leído al menos una vez, porque siempre que empezaba uno nuevo decía: «Este sí que es bueno...», y le hacía una enrevesada descripción de la trama. Palo ni siquiera fingía escuchar. Todavía no había descubierto la gran caja de trabajos manuales que había debajo de la litera inferior porque el único que limpiaba y barría la celda era Morris.

Incluso cuando Morris volvió a trabajar convencido de que, fuera lo que fuera, Palo no era un soplón, Palo no acabó de entender el proyecto de Morris. Le observaba coser lo que parecían ser tiras de funda de colchón, y su rapidez con el hilo y la aguja tan solo confirmaron la impresión de Palo de que Morris era material corrupto.

Eso duró una semana. Cada noche, después de cenar, Morris sacaba la funda de colchón y se ponía a trabajar. Lo hacía con mucho esmero. Enceraba el hilo cuidadosamente y a menudo deshacía todo el trabajo de una noche solo para volver a empezar la noche siguiente. Cuando se apagaban las luces, doblaba la gran extensión de tela, apretándola todo lo que podía, y la escondía en el fondo de la caja de trabajos manuales. Posteriormente Palo descubrió que Morris tenía en la cama otro fragmento grande acabado, y un tercero alrededor del colchón del propio Palo.

Al final Palo preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Unos pantalones para una chica —dijo Morris con timidez.

—He preguntado qué estás haciendo.

Morris sonrió con satisfacción:

—Hacerte hablar, eso es lo que hago.

Morris había llegado ese punto en el que el placer de contar un secreto había comenzado a parecer más atractivo que el placer de ocultarlo. Su intención era contarlo. Si Palo se hubiera tapado las orejas igual que la tripulación de Ulises, Morris habría saltado sobre él y se lo hubiera enseñado todo. Pero Palo no lo entendió, y se bajó de la litera de arriba y agarró a Morris por la camisa.

—Suéltame. Suéltame —gritó Morris.

—¿Vas a decirme lo qué estás haciendo?

—Te lo diré. —Se acercó más a Palo y susurró—: Es un globo.

Palo arrojó Morris contra la pared.

—¿Crees que soy idiota?

—Es un globo. Ya lo creo que lo es. —Morris sonrió disimuladamente y con la mano hizo el gesto de echar a volar.

—Estás loco.

—Claro, estoy loco. —La artera sonrisa de Morris se hizo más pronunciada—.

Estoy tan loco que uno de estos días me voy a ir flotando de estos muros.

La cara de Palo se quedó inmóvil.

—¿En un globo? —preguntó en voz baja.

En la hora siguiente tuvo oportunidad de hacer un viaje completo alrededor del globo imaginado por Morris Price, y antes de acabar el viaje Palo había quedado convencido. Morris había arrancado las páginas dedicadas a los globos de una enciclopedia ilustrada, y Palo estudió el dibujo del primer globo construido por los hermanos Montgolfier, alzándose por encima del fuego que había provocado su ascensión y dejando una columna de humo en forma de salchicha. Unas pocas personas lo contemplaban, y en un rincón del dibujo un rebaño de ovejas parecía indiferente.

—Este globo no lleva a nadie —objetó Palo.

—No, pero luego metieron un pato, un gallo y una oveja, y luego metieron a un hombre.

—¿Y qué le pasó?

—No le pasó nada. Subió más de veinte metros y permaneció en el aire cuatro minutos. Tenían el globo atado con una larga cuerda, pero en la vuelta siguiente lo soltaron y voló más de veinte kilómetros. ¿Alguna vez te has fijado en cómo sopla aquí el viento?

—Sí, ¿pero cómo vas a hacer un fuego? ¿Crees que se van a quedar mirando cómo enciendes una hoguera?

Morris puso una cara triunfal.

—Sabía que lo preguntarías. Bueno, yo no voy a encender ninguna hoguera. Esos globos de aire caliente son algo anticuado. Yo voy a utilizar gas.

—Muy bien, ¿y dónde vas a conseguir el gas?

Morris se volvió hacia el lavamanos y apretó el botón que liberaba el agua.

—De aquí —dijo—. De aquí mismo.

Palo negó con la cabeza.

—Eres un auténtico idiota, ¿verdad?

—Ya veo que nunca has oído hablar de la electrólisis. Lo único que tienes que hacer es pasar una corriente eléctrica por el agua y obtienes todo el gas que necesitas. Hidrógeno, que es el mejor de todos.

El hidrógeno lo liberaría en el taller de soldadura un amigo de Morris y lo almacenaría en tanques portátiles. Cuando el globo estuviera acabado, los tanques serían trasladados a escondidas al gimnasio y quedarían ocultos en el tejado. Finalmente Morris trasladaría, también a hurtadillas, el globo al gimnasio, llegaría al tejado, lo hincharía y...

Volvió a hacer el gesto de volar con la mano.

—Y adiós, cabrones. Nunca imaginarán cómo lo conseguí.

—Eso sí que es inteligente. Muy inteligente.

—Lo he hecho todo yo mismo. Cuando me mandaron aquí me dije que había algo

que no se les había ocurrido y me lo tomé con calma...

Palo lo interrumpió para preguntar:

—¿A cuántos puede llevar ese globo?

—Solo a uno.

—¿Estás seguro que no puede llevar a dos?

—No, tengo que hacer uno pequeño porque de lo contrario no conseguiré llevarlo al gimnasio.

—Eso es una pena —dijo Palo—. Tendrás que dejar a tu amigo del taller de soldadura.

—Ah, él. Él no tiene interés en irse.

Capítulo 10

—Eh, chico.

Lorin se asustó y, al levantar la mirada de su cuaderno, se encontró con el Flaco Higiénico sonriéndole desde detrás de los barrotes. Sabía que la intención de la sonrisa era aplacarlo, pero la encontraba más aterradora que la expresión normal de furiosa repugnancia del Flaco.

—Tengo algo para ti, Lorin. ¡Eh! No te imaginabas que supiera tu nombre, ¿verdad? He estado averiguando cosas de ti, para que veas lo mucho que te tengo presente. Y me he puesto a pensar qué podría hacer por ti. Y me he dicho: a lo mejor a este chico le gustan estos.

El Flaco Higiénico sacó un par de zapatos de civil de detrás de la espalda y los acercó a los barrotes. No se dio cuenta de que Lorin estaba temblando. Pasó los dedos por las relucientes punteras y dijo en voz baja:

—¿No son bonitos?

Movió los zapatos adelante y atrás para que la luz se reflejara en su lustre.

—No los quiero —dijo Lorin.

—No digas eso, chico. Son auténticos zapatos del mundo libre. Cógelos, y dale al viejo Flaco tus zapatos viejos, y él los bajará y los tirará a la basura. Ya no los vas a querer cuando tengas unos hermosos zapatos del mundo libre como estos.

El Flaco Higiénico ladeó la cabeza, los ojos le brillaban con aquella astucia diáfana.

Lorin comenzó a golpear su cuaderno con los dos puños al mismo tiempo.

—Aléjate de mí. ¡Por favor, aléjate de mí!

—Mira, chico...

—No voy a darte mis zapatos viejos bajo ningún concepto. A ver si te enteras. No vas a conseguir nada rondando por aquí. Y ahora, por favor, déjame en paz.

El cuaderno se le había caído al suelo, y Lorin se inclinó para recogerlo. Oyó cómo el Flaco Higiénico comenzaba a susurrar por encima de su cabeza.

—Eres un desagradecido, chico.

—Lárgate.

—¿Me estás diciendo que no quieres estos zapatos?

—Por favor, lárgate.

—¡Bujarrón! Alguien te está follando, chico, y el Flaco va a averiguar quién es. Entonces no te harás tanto el listo.

Lorin volvió la cara hacia la parte posterior de la celda y continuó sentado hasta que finalmente el Flaco se marchó. Entonces Lorin escribió una carta al departamento de psiquiatría y la dejó sobre los barrotes, donde la recogerían con el correo de la tarde. Aquella noche, por primera vez en varios años, lloró antes de dormirse.

La tarde siguiente lo llamaron por megafonía para que fuera al departamento de psiquiatría. No le sorprendió que lo llamaran tan rápido. Sabía que su expediente psiquiátrico era de código rojo. Habitualmente, aquello divertía a Lorin, pero ahora le había resultado útil. Fue caminando hacia el hospital, con las piernas abiertas para aliviar el sarpullido que le había salido en la entrepierna, y se encontró con que el doctor Erlenmeyer lo esperaba en la recepción.

—Ven a mi consulta, Lorin, hablaremos del asunto.

—Gracias, doctor.

Entraron en el pequeño consultorio y Erlenmeyer se sentó detrás del escritorio. Detrás de él había un cartel que decía: NO TIENES QUE ESTAR LOCO PARA TRABAJAR AQUÍ, PERO AYUDA. Erlenmeyer se quitó sus gafas de cristal tintado y se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Echó la cabeza hacia atrás como si fuera a aplicarse gotas en la nariz.

—¿Los ojos todavía le molestan?

—La cosa no mejora, Lorin. —Erlenmeyer volvió a ponerse las gafas—. ¿Qué te preocupa exactamente?

Lorin le habló del Flaco Higiénico, y lo único que no mencionó fueron las repetidas inferencias del Flaco de que era el bujarrón de alguien, y se quedó consternado al ver la sonrisa de Erlenmeyer.

—Un caso de libro —dijo Erlenmeyer—. Un anal retentivo, desde luego, y un tipo útil por lo general. Gran parte de los trabajos más desagradables del mundo los hacen gente de este tipo. Les asusta el desorden, la disipación, y equiparan suciedad a pecado, y sufren la compulsión de tenerlo todo limpio.

—¿Me está diciendo que quiere mis zapatos por alguna razón sucia?

—No, intento decirte que él no lo ve así. A su manera extraña, intenta hacer algo por ti.

—Yo no lo acepto. Sea lo que sea, lo hace por él.

—La mayoría de la gente no diferencia una cosa de otra. Por lo demás, ¿cómo te va, Lorin?

—Bien, excepto ese animal que tengo delante de la celda.

—No le hagas caso —sugirió Erlenmeyer—. O síguele un poco la corriente, si no te molesta demasiado.

Lorin se estremeció, y Erlenmeyer se dio cuenta frunciendo ligeramente el entrecejo.

—¿Cómo van tus proyectos? —preguntó.

—Progresan de manera satisfactoria.

—¿Todavía planeas meternos a todos los viejos en las cámaras de gas?

—No se burle de mí. Jamás he sugerido algo así. La cuestión la dilucidará un ordenador, pues es el único método por el cual llegaremos a una solución imparcial, pero, así de pronto, yo diría que ustedes quedarán jubilados y serán reubicados en

alguna colonia de un país templado y no muy poblado como Brasil. Hasta que muera el último de ustedes.

—¿Cómo los dinosaurios? —preguntó Erlenmeyer con una leve sonrisa.

—De nuevo se burla. Pero el símil es oportuno.

—Ajá. ¿Y cómo está Rita?

Lorin se sonrojó. Rita había sido la reina de su álbum hasta la llegada de Diana, pero ella le había traicionado cuando se casó con el protagonista de una de sus películas.

—Doctor —preguntó impaciente—, ¿alguna vez ha conocido una chica llamada Diana Dolan?

—¿Dolan? ¿Hace películas?

—Sí.

—Lorin, la gente como yo tiene muy pocas oportunidades de codearse con las estrellas de cine. Se mueven en su propio mundo, y te convendría no olvidarlo.

—La conoceré —dijo Lorin muy decidido.

—Bueno, supongo que es muy simpática.

—Es maravillosa.

—Ajá...

Lorin levantó la mirada y se topó con la expresión de lástima de los ojos de Erlenmeyer, y por un momento perdió la seguridad en sí mismo.

—Le parece improbable, ¿verdad? —preguntó con dificultad.

—No lo sé. Lo único que sé es que yo no la he conocido. ¿Y no es así como decidimos lo que es probable o improbable? Tú estás en un lugar improbable y no eras muy mayor cuando llegaste.

—¿Cuándo saldré de aquí, doctor? ¿Por qué me retienen? Jamás he oído que en una primera condena te pases tres años por robar un coche. La media son dieciocho meses.

—Espero que no te quedes mucho más tiempo, Lorin, pero te negaste a venir a terapia.

—¿Terapia? Quiere que me esté sentado una hora a la semana hablando de béisbol con una pandilla de imbéciles. Béisbol y chorradas. ¿Cuál es la terapia?

—Algunos descargan sus tensiones y preocupaciones a través de lo que, aparentemente, es trivial. ¿Pero no te propuso el doctor Smith una terapia individual?

—Sí.

—Y también la rechazaste.

—Sí.

—¿Por qué?

—Me pareció que no la necesitaba.

—Pero tampoco te habría hecho ningún mal, y podías haberle dicho a la junta de la condicional que estabas cooperando con el programa. Las apariencias, Lorin, a veces son muy importante para la gente. Si les dejaras que se ocuparan de tu

potencial, aunque fuera un poco cándidamente, al menos tendrían la satisfacción de saber que se ha hecho todo lo que se podía hacer antes de autorizar tu libertad. Pero los has dejado en ascuas.

—No necesito terapia. No la quiero y no la necesito. Es una pérdida de tiempo.

—¿Y no te importa pasar un montón de horas corrigiendo trabajos de aritmética de quinto curso?

—También tengo mi trabajo.

—Pero me has preguntado por qué todavía sigues aquí, y he intentado darte mi punto de vista. Podría estar equivocado.

—No importa. Dentro de dos años cumpliré mi condena, y entonces no tendrán elección.

—Eso es cierto. Aunque de vez en cuando, cuando ciertos médicos coinciden en que un sujeto es un psicópata peligroso, podemos asignarle lo que llamamos un número P y trasladarlo al hospital para criminales dementes, donde se le puede retener de manera indefinida.

—¿Me está amenazando?

—No, Lorin, no te estoy amenazando. Quizá deberías volver a tu trabajo.

Lorin se puso en pie. Al llegar a la puerta se volvió para preguntar:

—¿No va a hacer nada con respecto a ese degenerado?

—No puedo hacer nada. Quizá deberías hacer que lo trasladen a alguna colonia brasileña.

—Muy bien, doctor Erlenmeyer. Gracias.

Aquella noche el Flaco Higiénico estuvo enfurruñado durante una hora delante de la celda de Lorin. Fingía limpiar, pero en realidad estaba acusando a Lorin, con su lengua viperina, de espantosas obscenidades. Cosas que Lorin apenas podía imaginar.

—Por favor, vete —siguió implorando.

—No eres amable. No eres nada amable. ¿Qué mal podría haber en que te limpiara los zapatos? Dímelo, ya que eres tan listo. Hay mucha gente que está en libertad y le paga al Flaco para que le brillen los zapatos, y aquí está el Flaco dispuesto a pagarte a ti, y tú lo rechazas. El Señor no ama a los ingratos, chico, el Señor no ama a los ingratos. Deja que te lustre los zapatos una vez, y no te molestaré más. ¿Solo una vez?

—No.

—Por favor, chico.

—No. Definitivamente no.

—Apesta, chaval —dijo el Flaco lleno de rencor—. Apesta más que una cabra.

A la mañana siguiente, al despertar, Lorin sintió que su depresión había aumentado. Se rascó suavemente la entrepierna, evitando los lugares donde estaba en carne viva. Le llegó su olor a descomposición. Tenía que encontrar la manera de

darse un baño. No podía soportarlo más.

Se pasó el día evitando a todo el mundo, incluso a Juleson, y ni siquiera intentó trabajar en su Teoría de la Identidad. Acabó de corregir los trabajos, lo más rápidamente que pudo, y bajó al sótano, donde se quedó sentado en una sala a oscuras que se utilizaba para el material audiovisual. Durante la tercera hora, entró a una clase y Lorin se quedó viendo una película que describía el funcionamiento de un torno de torreta, y luego otra acerca de la conservación de las cuencas de los ríos. Las películas rara vez guardaban alguna relación con lo que se estaba enseñando en clase. Cuando se programaba una sesión audiovisual para alguna clase, se les enseñaba cualquier película de que dispusieran. Lorin ya había visto varias veces casi todas las películas.

Aquella noche, cuando sonó el timbre para las duchas, se armó de valor para hacer caso omiso del Flaco Higiénico, como si no existiera, y cuando salió de la celda se quedó de una pieza al descubrir que no había nadie en la galería. Miró a un lado y a otro, pero el Flaco no estaba. Se dijo que seguramente se encontraría delante de las duchas, pero tampoco estaba allí. Con una inmensa sensación de alivio, se quitó los zapatos y se desanudó la toalla que llevaba a la cintura. Se dirigió hacia las pobladas duchas con menos repugnancia de lo habitual.

Los gritos, el vapor, los cuerpos enjabonados que se apiñaban en grupos de cuatro o cinco por ducha, los chistes obscenos y las risas más obscenas, todo parecía de lo más sano en comparación con el Flaco Higiénico. Lorin avanzó hasta juntarse con los hombres que hacían cola para conseguir un lugar bajo el agua. Lorin había desarrollado hacía tiempo una táctica consistente en esperar hasta unos minutos antes de que su sentido de la oportunidad le advirtiera que iba a quedar libre una hilera, y en ese momento el amontonamiento no era tan grande. Se quedó esperando, imaginando ese sencillo placer de volver a estar limpio, y entonces su instinto le hizo volverse justo en el momento en que el Flaco Higiénico se inclinaba para recoger sus zapatos. Le pegó un grito, y el Flaco se largó por el lateral del bloque de celdas con los zapatos apretados contra el pecho. Lorin lo vio alejarse y comenzó a temblar violentamente.

Cuando aquella misma noche el Flaco Higiénico le devolvió los zapatos, perfectamente lustrados, Lorin ni siquiera se quejó. Tenía la sensación de que lo habían violado, y tardó varias semanas en poder volver a abrir el álbum de Diana, y cuando lo hizo se encontró mirando a una muchacha totalmente carente de expresión: una desconocida.

Capítulo 11

Una mañana más —faltaban unos días para Navidad— y como siempre Hielo Willy estaba en el gran patio en compañía de Nunn y Sociedad Rojo. Llovía mucho, y el agua caía en láminas grises azotadas por el viento, y los tres se encontraban bajo el cobertizo, en un lugar concreto conocido como el Otro Despacho de Hielo. Los convictos experimentados evitaban ese lugar los días de lluvia, y si algún pájaro aparecía por error, se le invitaba a seguir adelante. Era un hueco pequeño en el que se encontraba la puerta trasera de la panadería, pero proporcionaba el suficiente refugio como para llevar las apuestas.

Los tres amigos estaban en silencio. No había mucho movimiento, y Hielo estaba de un humor sombrío. Ya habían hablado mal del tiempo y comentado la opinión — artículo de fe para muchos— de que el gran patio era probablemente el único lugar de la tierra donde el viento soplaba desde los cuatro puntos cardinales a la vez. Excepto, naturalmente, en verano, cuando el asfalto estaba a punto de hervir y los convictos más viejos estaban a punto de desmayarse por el calor, entonces el viento llegaba fresco y en línea recta procedente de la bahía solo para pasar a unos seis metros por encima de sus cabezas. Decidieron que el viento confirmaba la conspiración de la naturaleza para joderlos al máximo. Y aunque Hielo Willy estaba dispuesto a conceder que el gran patio era probablemente el rincón más miserable de todo el hemisferio occidental, en privado no podía achacárselo todo al clima.

Había intentado recordar qué había para comer, pero enseguida lo había lamentado, porque era un asqueroso picadillo de carne y verdura, una cucharada de picadillo que parecía haber sido ya digerido, al menos una vez, medio oculto debajo de un huevo frito helado que parecía de goma.

Los guardas acababan de pasar, con la chaqueta verde que llevaban cuando hacía mal tiempo abotonada hasta la barbilla, en uno de sus misteriosos recados, y los tres reclusos se habían dicho el uno al otro qué pedazo de hijo de puta era el guarda al que llamaban el Indio; que el Granjero no era mal tipo si no intentabas tomarle el pelo, pero si intentabas tomarle el pelo y te pillaba, ya podías intentar trepar por la pared. Y el Moreno: no había manera de entender al Moreno, lo único que podías hacer era evitarlo. A Hielo le recordaba a algún medio salvaje que se había vuelto loco por la carga diaria de su propio dolor, pero también consideraba que el Moreno podía contribuir, al igual que los demás guardas, a que sus trabajos fueran más fáciles. Intentó imaginárselos al final de la jornada sentados en algún bar, bebiendo cerveza y riéndose de cómo les tomaban el pelo a los convictos. Unos tíos simpáticos de verdad, hombres de familia. Hielo sonrió. La imagen no acababa de ser del todo clara.

Y hablaron de quién era bujarrón y quién no. Los maricas y los amanerados eran

de gran valor para muchos, y resultaba una especie de búsqueda del tesoro captar los signos, los gestos reveladores y semiinconscientes, que extendían el rumor de que había material fresco en el patio. Y hablaban de los que a lo mejor lo eran, pero que por una u otra razón fingían no serlo, y nadie quedaba completamente al margen de tales especulaciones, porque incluso afectaban al círculo de los amigos más íntimos.

Hielo había dicho:

—A mí eso no me va, pero si algún día empiezo, voy a probar con el bueno de Rojo.

Y Sociedad Rojo había contestado:

—No me importa, si la cosa es de ida y vuelta. El uno por el otro, si me prometes dejarme a mí primero.

Y Nunn:

—Te veo muy ansioso para ser el primero, Rojo, eso me hace pensar si no te habrán engañado ya antes.

—Sí, tu madre me engañó. Ya sabes que eso no me va. Soy lanzador, pero no receptor.

—Aquí nadie lo confiesa, pero hay muchos aficionados al rabo rondando por el patio.

Y Hielo Willy había dicho:

—Es algo de qué hablar.

Y habían hablado de todo lo demás y ahora estaban allí parados esperando a que ocurriera algo de lo que poder seguir hablando.

Hielo sabía que la lluvia del gran patio era distinta de la que caía en el mundo libre. De vez en cuando, allí fuera, a lo mejor tenías que echar una carrera de media manzana bajo la lluvia y se te mojaba el abrigo, y otras veces tenías que pasar unos cuantos minutos esperando el autobús, o un taxi, pero nunca tenías que caminar kilómetros bajo el agua, ni quedarte durante horas viendo cómo caía, imaginando, cada pocos minutos, que iba a amainar cuando, en realidad, se preparaba para caer con más fuerza. La lluvia servía para convertir un día que quizá habría sido simplemente aburrido, en otro que era decididamente miserable.

El cobertizo para la lluvia podría haber albergado una docena de locomotoras, pero era tanta la superpoblación que, incluso apiñados al máximo, solo unos dos tercios de la población reclusa conseguían encontrar refugio bajo el cobertizo. Los demás tenían que aguantar el chaparrón como buenamente podían. Unos cuantos caminaban por el patio haciendo caso omiso de la lluvia. Otro grupito se refugiaba en las entradas de los bloques, y un hombre aislado permanecía sobre el banco de madera que seguía la pared del otro extremo del patio. Estaba encorvado, impertérrito, dejando que la lluvia le cayera por ambos lados de la cara. Nadie le prestaba atención porque era un famoso caso psiquiátrico que casi todos los días

transportaba un gran fajo de periódicos medio rotos y llevaba el bolsillo de la camisa abarrotado de puntas de lápiz, todos muy afilados. No se atrevía a sacar sus valiosísimos periódicos a la lluvia, sin embargo sus lápices recién afilados lo salvaban siempre de los peores terrores del día. Si permanecía perfectamente inmóvil, no intentaba nada y evitaba que nadie se fijara en él, quizá conseguiría sobrevivir así hasta volver a la seguridad de su celda.

Aquellos que habían sido lo bastante rápidos habían encontrado asiento en una de las capillas, y allí permanecían apáticos, escuchando cómo uno de los reclusos organistas practicaba las piezas que interpretaría durante los servicios navideños. Algunos, rendidos al aburrimiento más absoluto, puede que incluso leyeran la literatura cristiana publicada para ellos.

Otros esperaban a que parara de llover en la biblioteca, sentados a la mesa de lectura hojeando números atrasados del *National Geographic* en busca de fotos de alguna nativa paseándose con los pechos al aire.

Aunque Hielo Willy podía mitigar muchas de las incomodidades de la cárcel, no podía hacer nada con la lluvia. Él y sus amigos la soportaban con todos los demás. Solo que ellos llevaban impermeables de hule amarillo y sombreros para la lluvia, como los de los viejos pescadores del anuncio de atún. Ese atavío para la lluvia denotaba categoría, lo que significaba que el recluso medio podía estar con el agua hasta el culo siete días a la semana, y ni así tenía la menor oportunidad de conseguir que le dieran un chubasquero. El control de los impermeables bordeaba la alta política, y al igual que, digamos, el bastón de la Academia Francesa, estos eran el símbolo —más símbolo que verdadera protección contra el tiempo— de poder, posición, influencia e incluso honor en su sociedad. Los impermeables amarillos los llevaban sus orgullosos propietarios incluso los días que había una mínima amenaza de lluvia, y a menudo relucían a pleno sol, en contraste con la tela tejana descolorida de los reclusos normales, con la implacable autoridad del armiño.

Nunn y Sociedad Rojo le debían sus impermeables a Hielo Willy. Rojo había intentado adaptar su sombrero para la lluvia a un estilo en boga en aquella época entre los chulos y macarras llamado «la Manzana», pero el pesado hule, terco y ciego al estilo, siempre regresaba a su forma original. Una de las orejeras de lana, que se abrochaba debajo de la barbilla pero que Rojo había doblado bajo la copa, se había soltado y colgaba sin que él lo advirtiera. Nunn la estiró y la extrajo en toda su longitud. Olía a ropa interior muy manoseada.

—Esto es muy elegante —dijo Nunn con burlona aprobación—. Se te ve muy limpio.

Rojo hizo desaparecer de nuevo la orejera.

—La gente sabe que soy limpio, flaco y limpio, como tu mamá.

—Tienes razón —dijo Nunn—. Mi mamá era limpia.

—Tan limpia que no le quedaba cerebro. Si no, te habría ahogado en cuanto te parió.

Hielo se quedó mirando el espacio que había más allá del cobertizo para la lluvia, y pudo ver cómo el agua golpeaba el reluciente tejado negro. La única señal de que había estado escuchando la conversación era que comenzó a golpear el talón de uno de sus zapatos, perfectamente lustrados y caros, contra el otro. Contemplaba a los hombres que caminaban bajo la lluvia —locos, fanáticos del ejercicio, claustrofóbicos— con la barbilla enterrada en el cuello levantado del uniforme, las manos hundidas en los bolsillos. El viento les batía los pantalones en torno a los tobillos. Hielo observó, desdeñoso, que una buena tercera parte de esos hombres agresivos que no se refugiaban llevaba gafas de sol.

Entonces vio a Juleson, que también caminaba bajo la lluvia, con los libros de la biblioteca envueltos en un plástico y colgándole del cinturón, al igual que los niños llevaban los libros de texto. Los suyos parecían gruesos y densos.

A quién intenta engañar, se preguntó Hielo.

Hielo también leía mucho, pero habría preferido pasearse por el patio con unos pantalones de encaje de marica que exhibirse acarreando libros. Un gran pensador, se dijo desdeñoso. Y un vago redomado, añadió.

Hielo escogía su material de lectura entre los libros seleccionados, los que nunca aparecían en las estanterías de los presos corrientes, sino que quedaban ocultos en la trastienda, que funcionaba como una biblioteca de alquiler dirigida por el bibliotecario principal, quien cobraba, según la demanda de cada libro, de uno a cinco paquetes de cigarrillos por semana. Casi todos los libros eran de L y de L, derivado de Lujuria y Lascivia, libros cojonudo y con mucho sexo, y siempre tenían mucha demanda. A no ser que fueran completamente nuevos, casi todos los libros de L y L de la institución habían sufrido alguna mutilación. Un lector desprevenido seguía una seductora narración construida con ingenio y lentitud, sintiendo cómo una auténtica excitación se apoderaba de él, giraba la página y se topaba con un contexto inverosímilmente anómalo. Descubría que faltaban varias páginas, arrancadas del libro con tanto arte que era difícil detectarlo, incluso cuando los números de las páginas indicaban claramente que habían desaparecido.

En el gran patio casi todos pensaban que, probablemente, se trataba de algún violador, convertido en un adicto a cascársela, el que estaba arrancando las escenas de sexo de los libros de L y L, y que en algún lugar de uno de los bloques había un álbum de recortes oculto lleno de los pasajes eróticos eliminados de los cientos de novelas que habían sido mutiladas, y que por la noche el adicto a cascársela los leía uno detrás de otro mientras se masturbaba.

Era normal desarrollar esa teoría, pues muchos habían hecho lo mismo: mientras leían por la noche, cuando el compañero de celda ya dormía, de repente se les presentaba la viva imagen de un encuentro sexual perfecto, sin torpezas, sin fracasos, sin fiascos, y sus caderas comenzaban a moverse de manera inconsciente a un ritmo acorde con la lectura hasta que parecían unirse a los gloriosos fantasmas que deambulaban como sombras de colores sobre la página que tenían debajo, y seguían

moviéndose hasta derramar su propio vigor como un dios solitario que, incapaz de concebir, quizá sabe lo que es aún la soledad, e incluso en la acometida de la luz blanca final percibe que su empuje nada tiene que ver con la vacuidad que lo rodea.

Pero Hielo no sustentaba la teoría del obseso de la paja, y para él la prueba era que el trabajo era demasiado limpio, quirúrgico, y no se imaginaba que un fanático así se tomara tantas molestias. No, Hielo creía que se trataba de la obra de un puritano, un defensor, que actuaba con la antiséptica precisión de la rectitud.

Hielo seguía contemplando a Juleson, y en él concentraba ahora su desasosiego y su desagrado. Casi todas las cosas que Hielo odiaba estaban a salvo de su cólera, pero ahí estaba ese bobo arrogante caminando por el patio como si no tuviera nada que ver con él. Hielo se acercó al borde del cobertizo, y cuando Juleson paso junto a él, lo llamó. A continuación regresó hacia la puerta de la panadería, consciente de que Juleson le seguía a unos seis metros de distancia. Se volvió para captar la expresión de incomodidad de Juleson, y percibió, sin verlos, que Nunn y Sociedad Rojo se habían desplazado de manera automática para prestarle apoyo.

—Quería verte, Oberholster... —comenzó a decir Juleson.

—¿Tienes lo mío? —preguntó Hielo, adquiriendo de manera automática el tono y el vocabulario que utilizaba para esos intercambios.

—Bueno, no, la verdad es que no lo tengo. Por eso quería verte.

—¿Y de qué te va a servir verme si no tienes lo mío? Si no me lo vas a traer, soy la última persona a la que quieres ver. ¿No tienes la pasta?

—No. Lo siento. Tenía que llegarme dinero por mi cumpleaños, pero... todavía no ha llegado.

—¿Sabes cuántas veces he oído lo mismo?

—Esta es la primera vez que me lo oyes a mí.

—Muy bien. ¿Cuándo tendrás lo mío?

Juleson se encogió de hombros, y apenas fue capaz de sostener la mirada de Hielo.

—Para ser honesto contigo, no lo sé.

—Sé honesto. Es una buena virtud. Pero no puedo fumármela, no puedo pagar a la gente con ella. ¿Cuánto calculas que me deberás el mes que viene?

—Bueno, quince cajetillas, un cartón a tres por dos. Es eso, ¿no?

—No, no es eso —repitió Hielo con burlona paciencia—. Tenías *un* mes para conseguir quince cajetillas. Ahora son veintidós. Y dentro de otro mes serán tres cartones. ¿Me sigues?

Juleson retrocedió medio paso, la cara roja como un tomate.

—No se dijo nada de... —Se interrumpió y prosiguió en un tono más razonable—. Vas en contra de tus propios intereses. Probablemente pueda reunir quince cajetillas.

—¿Qué sabes tú de mis intereses? —preguntó Hielo—. ¿Lo has averiguado leyendo alguno de tus libros?

—Imagino que quieres que te devuelva los cigarrillos.

—Voy a recuperar mis cigarrillos. Si fueran una deuda de juego, si hubieras perdido alguna puesta, a lo mejor aflojaría un poco. Lo consideraría una deuda difícil de cobrar. Pero te di un cartón en efectivo, tres por dos, y tú no eres ningún novato: sabes que tres por dos suma cada mes. ¿Crees que estás tratando con el Banco de América? Ahora quiero lo mío, o te voy a dar bien por culo.

Juleson comenzó a alejarse. Al cabo de unos pasos se volvió.

—Te pagaré las quince cajetillas que accedí a pagarte en cuanto pueda.

—Me pagarás lo que yo considere que me debes, no lo que *tú* creas que me debes, y te digo las cosas como son. Sé que se te ha metido en la cabeza la extraña idea de que puedes manejarme. Olvídalo, yo no me molesto en cobrar las deudas. Esa es la especialidad de Gasolino.

Era evidente que Juleson se estaba enfadando.

—¿Por qué me sales con esto? —preguntó—. Tú no eres ninguno de esos capullos descerebrados. Estoy seguro de que no necesitas los cigarrillos. ¿Qué sacas de todo esto?

Hielo se volvió hacia Nunn.

—¿Te has dado cuenta de que este trullo empieza a estar lleno de psicópatas aficionados?

Nunn puso una sonrisa tensa.

—Como uno de esos capullos descerebrados, supongo que no esperarás de mí un comentario inteligente.

Sociedad Rojo se echó a reír, como el agua que cae por las profundidades de un sumidero.

Juleson se los quedó mirando, pálido.

—Claro, ya sé. Muy gracioso. Un tipo te debe algo, lo acojonas y al final acaba cubriéndote las espaldas. Pero algún día elegirás al hombre equivocado, y serás tú el que acabe con un pincho en la espalda. Entonces seré yo el que se reirá, yo y todos los que intentan terminar su condena e ir tirando sin convertir este lugar en una jungla.

Hielo había escuchado sus palabras, la cara impávida, pero cuando acabó dio un paso hacia delante y comenzó a dar golpecitos al aire a una pulgada del pecho de Juleson.

—Y ahora, escúchame tú. Estás cavando tu propia fosa con esa boca que tienes. ¿Quieres pagar quince cajetillas? Muy bien, entonces tienes una semana para traerme las quince. Y ya está. De otro modo le pasaré la deuda a Gasolino. Y ahora piérdete.

Se quedaron mirando cómo Juleson se alejaba.

—Ahí va un puto chalado —dijo Nunn.

—¿Qué va a hacer? —quiso saber Hielo—. ¿Escribirle una carta al guardián?

—¿De verdad vas a mandarle a Gasolino?

—Yo no me acerqué a él a escondidas y le metí el cartón en el bolsillo. Fue él el

que vino y me lo pidió.

—Sí, ¿pero por un asqueroso cartón?

—Es por principio. —Hielo dibujó una fina sonrisa—. Eso es algo que él debería entender.

Finalmente aceptaron una apuesta. Un tipo con el pelo y la chaqueta que parecían el pellejo de un animal, de tan enmarañados como estaban con la pelusa de algodón blanco de la fábrica textil, se paró para apostar una cajetilla al resultado del partido de béisbol del Campeonato del Algodón. A continuación se palpó el bolsillo de la chaqueta y sacó una boquilla que parecía hecha con el mango de un cepillo de dientes y unas esquirlas de abulón.

—Tres paquetes y es tuya —dijo.

—Daría tres paquetes por librarme de eso —dijo Nunn.

Sociedad Rojo cogió la boquilla y la agitó en el aire mostrando su idea de la elegancia.

—Una hermosa boquilla de macarra solo por tres paquetes.

—Rojo —dijo Hielo—, a ti te venderían un helado frito. —Le quitó la boquilla a Rojo y la devolvió—. Aquí hacemos apuestas. No compramos artesanía.

El hombre estudió la boquilla durante un minuto, a continuación levantó la mirada indeciso.

—¿No crees que vale tres paquetes? Pagué dos.

—Amigo —dijo Nunn—, te vieron venir.

—Sí, empiezo a pensarlo.

El hombre se alejó.

—¿De dónde sacan a esta gente? —preguntó Hielo en un tono que no necesitaba respuesta.

De todos modos, Nunn contestó.

—De todas partes. Se imagina que va a dejar su trabajo en la fábrica textil y entrar en el gran negocio.

—¿Qué tiene de malo ese tipo? —quiso saber Rojo.

—Estaba ocupando espacio —dijo Nunn.

—Tu madre también ocupa espacio.

—Basta —ordenó Hielo—. Deja tranquila a mamá.

Después de eso quedaron en silencio de nuevo. Habrían preferido pasar el tiempo hablando, pero durante un rato cada uno de ellos, antes de decir nada, consideró que ya sabía exactamente qué responderían los demás, y lo que él diría... y el esfuerzo no merecía la pena.

Hielo vio a Charlie Wong, el criado del alcaide, que venía por el patio enfundado en un impermeable amarillo, probablemente para ir al hospital. Siguiendo un impulso, Hielo dio un paso adelante y lo interceptó.

—Eh, Wong, quiero hablar contigo.

Wong asintió sonriendo, y sus ojos oscuros pusieron una mirada meliflua

mientras contemplaba a Hielo con una muestra de educado interés.

—He oído decir que estás entrando hierba —dijo Hielo.

—¿Hielba? —Wong sonrió—. Tienes que hablar con jaldinelo. El mucha hielba.

—Marihuana —dijo Hielo.

—¡Ah, muy mala! —Wong hizo un gesto veloz de dañarse la frente—. Muchos demonios.

—Puedes dejar de hacerte el tío Tom chino —dijo Hielo sin alterarse—. No me lo trago.

Wong retrocedió y estudió a Hielo atentamente.

—¿Tío Tom? —preguntó.

—He hablado con alguien que te conoce de las calles.

Wong puso una fina sonrisa y cara de que sabía de qué le hablaba.

—¿Delatarías este poble chino?

—¿Nadie te ha dicho que antes fui policía?

—Alguno.

—¿Qué pasa con la hierba? Quiero un poco.

—¿Alguna vez oído decir que un chino fume hielba?

—Mi información era bastante buena.

—Pues espelo que no pagal pol ella. Nunca he pasado nada pol esa puelta y no empezal ahola.

—¿Así que ese es tu juego? —preguntó Hielo.

—No juego. Es como es.

—Muy bien —dijo Hielo afablemente—. Es solo que se me había ocurrido una idea.

Los ojos de Wong volvieron a su expresión meliflua, como una imagen que se desenfoca, y levantó la mano para dar unos golpecitos con el dedo en el aire, muy cerca de la frente de Hielo.

—Muchos englanajes —dijo—. Siempe muchas ideas.

Hielo sonrió.

—No eres lo que aparentas, chino.

Wong hizo una leve reverencia y se volvió para seguir su recorrido por el patio, mientras Hielo regresaba pensativo hacia donde estaban Nunn y Rojo.

—¿Qué vamos a hacer con ese chalado? —preguntó Nunn.

—Nada. Está en un buen sitio para enterarse de cosas.

—Sí, si pudieras comprender a ese mamón cuando intenta repetírtelas.

—Eso es un problema —dijo Hielo sin énfasis.

Los que estaban bajo el cobertizo de la lluvia comenzaron a desplazarse, y llegó el repentino silencio que todos conocían demasiado bien. Se volvieron para contemplar a un par de celadores del hospital que empujaban una camilla a través del pasillo que les formaba la multitud. Iban a un trote rápido. Al recluso que iba en la camilla le colgaba una mano a un lado, mojada de sangre. Manchas rojas como un

rastros de fichas de póquer de forma irregular marcaban el camino que había seguido la camilla.

—Otro al que han rajado —dijo Nunn—. Y van tres desde que he vuelto.

—Son las bandas —dijo Hielo—. No pretenden matar. Quieren dejar su huella, manchar el cuchillo de sangre. Los Chingaderos. Los Sin Nombre. Los Mariquitas. Alguien me ha dicho que se está creando un nuevo grupo: los Vampiros.

—Tienen su marca por toda la cárcel —dijo Rojo—. Deben de ser un centenar de chavales que dibujan a esos cabrones con colmillos.

—Mierda, ahí tienes a tres —dijo Nunn—. Dos niños y su capitán, que probablemente causaría problemas si no fuera un chalado de atar. Un chaval grande, alto, más flaco que una escoba, y que se cree que es Gengis Khan o algo parecido. Estuvieron en la cárcel del condado conmigo; llegamos esposados juntos. El chalado acabó incomunicado antes incluso de cruzar la puerta. No quiso enseñar el culo para que lo registraran.

—Es lo que necesitamos aquí —dijo Hielo—. Más chalados.

De nuevo se quedaron en silencio. Esta vez pasaron casi diez minutos antes de que alguien dijera nada, y entonces fue Hielo, con su tono pedagógico:

—El problema para hoy es: ¿por qué apesta la mierda?

—¿Quién lo dice? —Nunn de inmediato se ofreció a llevar la contraria.

—Esa Lola Peterson —dijo Rojo, nombrando a la joven promesa de la última película que había visto—. Apuesto que la suya no apesta.

—Lo digo en serio —replicó Hielo—. ¿Por qué apesta?

—Porque sí.

—Nada ocurre porque sí —comenzó a instruirlos Hielo—. Siempre hay una causa.

—Hielo, has estado leyendo otra vez.

—A ti tampoco te perjudicaría. A lo mejor aprenderías a permanecer lejos del trullo. ¿Cuántas veces te he visto volver? ¿Tres?

—Dos —dijo Nunn medio enfadado—. Solo dos.

—Solo dos —repitió Hielo en tono de burla.

—Dos veces no es nada —dijo Rojo—. Esta es mi cuarta vez.

—Atento al mensaje, Rojo —ordenó Hielo—. Tú eres un caso especial. Todo corazón y nada de cerebro, pero se supone que Nunn es un chico instruido, que se las sabe todas, ¿cómo es que entonces deja que un puñado de polizontes de cerebro fundido lo cojan una y otra vez?

Nunn estaba ya furioso.

—Porque algún asqueroso chivato de mierda siempre me denuncia. Por eso. De cada dos tipos que te encuentras en la calle, uno es poli. Tienen cuatro chivatos en cada bloque. Cada mañana la poli se entera de lo que has cenado la noche anterior, si has cagado o no y cuántas veces te has cepillado a tu señora. Gente en la que antes podías confiar son capaces ahora de denunciar a su propia madre...

—Calla —le interrumpió Hielo—. Calla un momento. Digamos que todo eso es verdad, ya lo sabías cuando saliste a la calle la última vez. No me digas que no lo sabías. Si un chivato se te acerca lo bastante como para denunciarte, eso es un error tuyo. Los chivatos se chivan al igual que las serpientes muerden, y luego te mueres tú solito. La cuestión es que ahí fuera te están arreando con ganas y ni siquiera te enteras de por qué. Si te dan por culo cada vez que te bajas los pantalones para cagar, con el tiempo deberías ir con cuidado con el lugar dónde te los bajas. Y ahora dime por qué no has tenido la sensatez de hacer eso al menos cuando estabas en la calle.

—Muy bien, Hielo —dijo Nunn, que ya no estaba enfadado—. Ya lo has dejado claro. Tú ganas, tío, como siempre. ¿Por qué apesta la mierda?

Hielo se quedó mirando a su amigo un momento. A continuación sonrió.

—Muy fácil. Apesta para que no te la comas.

Capítulo 12

Juleson pasó una mala semana. La música navideña lo molestaba. Oírla en el gran patio era como contemplar a gente muy vieja vestida para una merendola en el pabellón de terminales. La misma Navidad, una fiesta institucional, la pasó en la celda leyendo. Se había entrenado para permanecer indiferente, pero se daba cuenta de que Manning sufría: las vacaciones resaltaban de manera cruel la sensación de pérdida. La cena de Navidad era la mejor comida del año, y normalmente la habría disfrutado si la angustia no le hubiera quitado el apetito. Aquella noche el Ejército de Salvación había distribuido bolsas de caramelos, nueces, un plátano, una naranja y una manzana, y en cada bolsa había un calendario tamaño cartera.

Juleson había mirado el calendario e intentado convencerse de que uno de los bloques de números que componían el nuevo año era la fecha en la que saldría de la cárcel: «volver a casa» era la expresión universal, pero para Juleson aquella expresión parecía una burla feroz mientras los villancicos sonaban en la radio de la institución.

Ahora la semana de gracia había transcurrido, y no había solucionado nada. Nunca había sido capaz de convencerse de que lo conseguiría. Primero, siempre había sido reacio a comentar sus problemas con nadie, un hábito que había adquirido en los orfanatos del condado donde había pasado su juventud; y en segundo lugar, muy bueno tendría que ser el amigo que le prestara quince cajetillas para pagar una deuda, que ya tenía mala pinta, sin mayor garantía de la que él podía ofrecer. No conocía a nadie tan bueno. Y él mismo había procurado no conocer a nadie tan bueno. Ahora, cuando probablemente era demasiado tarde, la vida le enseñaba que siempre era peligroso permanecer al margen de tu comunidad.

Había conseguido pedirle prestado cinco cajetillas a un amigo de la biblioteca. Habían permanecido en la estantería a la espera del día que pudiera añadir diez más. La noche anterior, sabiendo que no lo conseguiría, había abierto impulsivamente una y la había compartido con Manning. Ahora, mientras estaba de pie en el gran patio, a la espera de que abriera la verja, fumaba uno de los cigarrillos, y guardaba los demás sueltos en el bolsillo de la camisa. Se quedó mirando la colilla que tenía en la mano y se preguntó con tristeza en qué clase de hombre se estaba convirtiendo.

Unos momentos antes había pasado Oberholster. No le había dicho nada, pero había sentido que le clavaba la mirada, y sabía que en algún momento, en la hora que quedaba antes de que abriera la verja, tendría que hablar con él. Había intentado convencerse de que en Hielo Willy todo era pose y no hacía más que interpretar un papel, pero no lo había conseguido. Fuera lo que fuera Hielo, era algo más que eso, aun cuando lo que hacía no tuviera sentido.

Juleson no veía a menudo a Gasolino. Mirar a Gasolino era como mirar una pistola o una granada —no era nada hasta que no la utilizabas—, pero como las

armas letales, Gasolino poseía una peligrosa aureola, que su constante sonrisa convertía en grotesca. Era un cuchillo sonriente. Juleson se estremeció. La idea del cuchillo lo incomodaba. Había hecho frente a balas sin sentir ese terror. Una bala era algo impersonal; un cuchillo intimidaba.

Se encontró contemplando el agua salpicada por la lluvia que fluía lentamente a través de los canalones que desaguan en el patio. Un envoltorio de caramelos en forma de bola giraba lentamente, y unas cuantas cerillas consumidas se agrupaban en la corriente como un pequeño banco de peces ciegos. Algunas colillas se desintegraban: no había ninguna de más de unos milímetros de longitud.

Qué capricho tan absurdo. ¿Cuánto habría pagado antaño por un cartón de cigarrillos? Descubrió que le costaba recordarlo, y que ese esfuerzo exigía concentrarse de manera consciente en toda su vida anterior a la primera noche que pasó en la cárcel. Aunque los detalles de aquella noche estaban vivamente grabados en su memoria, los sucesos incluso de la semana anterior comenzaban a apagarse y desdibujarse como los de una foto antigua.

Dos dólares y algo... ¿dos dólares y cuarto? Mientras estaba allí intentando recordar, todavía con la mirada fija en el desagüe, pareció revivir el momento en el que vio deslizarse un cartón nuevecito de Camels por la madera gastada y oscurecida del mostrador de una tienda de comestibles.

—¿Eso es todo?

Él asintió entregándole el dinero —dos billetes arrugados de un dólar y una reluciente moneda de veinticinco centavos—, pero el señor Caporuso hizo un gesto de rechazo del dinero moviendo despacio el brazo, enfundado en un manguito de papel de carnicero.

—Es tu cumpleaños, ¿no?

Se acordó de aquel momento. Fue hace cuatro años, cuatro años, un mes y unos cuantos días. Anna Marie aún seguía viva.

—Sí, dijo Paul. Hoy cumpla veintiséis.

—Entonces guárdate el dinero. Y feliz cumpleaños.

Juleson se vio ofreciéndole el dinero una y otra vez, y al señor Caporuso rechazándolo. De manera imperceptible, el recuerdo comenzó a transformarse en fantasía a medida que el tendero seguía hablando.

—Guárdalo. Quizá algún día este dinero te salve la vida.

—Gracias, pero espero que no llegue el día en que mi vida valga solo un par de dólares.

—¡Solo un par de dólares! Escucha, el papá de mi papá se compró una esposa por unos cuantos peniques. La chica más guapa del pueblo. Naturalmente ella estaba enamorada de otro y naturalmente amenazó con matarse...

—Pobre chica.

—Y naturalmente no se mató. Pero cuánto tiempo lloró, y refunfuñó. Y un día mi abuelo la pilló en la cama con un joven, y los mata a los dos.

—¿El chico del que estaba enamorada? —preguntó Juleson.

—¿Qué chico?

—El del pueblo. El que era su enamorado.

—No, ese no. Otro.

Juleson se acercó a Oberholster justo cuando se abría la verja.

—Quiero hablar contigo.

—Adelante —dijo Oberholster.

—Preferiría hablarte en privado.

Oberholster miró a sus dos amigos. El viejo Pelirrojo sonreía, y Juleson observó que aquella sonrisa lo encolerizaba.

No había ido a tragar mierda.

—Si no puedes pagar, dilo —dijo Oberholster—. No hace falta que montes un drama.

Juleson extendió las manos.

—No tengo nada.

—Muy bien.

—Escúchame un momento. Cometí un error. Pero fue un error sin maldad. Lo que te estoy diciendo es que no tenía intención de estafarte. Y no soy la clase de tipo que va por ahí comentándolo.

—¿Qué clase de tipo eres? —preguntó Oberholster.

—¿A qué te refieres?

—Eso es lo que me desconcierta. Te paseas por el patio como si estuvieras pisando mierda, como si estuvieras encerrado con animales. Pero de repente quieres algo que tienen los animales, y te acercas con tu aire de superioridad, lo pides y lo consigues. Y ahora crees que no debería costarte nada.

—Te equivocas.

—¿De verdad?

Juleson no supo qué responder. Se sentía acalorado, y sabía que la incertidumbre en la que siempre vivía confirmaba que había al menos algo de verdad en la observación de Oberholster. De manera inconsciente enderezó los hombros y dijo lentamente:

—Debo decirte que no puedo pagar. Puedo darte cuatro cajetillas... es todo lo que tengo.

—Pues no es bastante, ¿verdad?

—Eso es cosa tuya. Si las quieres, te las traeré mañana por la mañana y te deberé el resto.

Oberholster negó con la cabeza.

—Lo único que puedo concederte es lo siguiente: enciértrate en la celda. Procura conseguirte custodia preventiva. Si apareces en el gran patio mañana por la mañana

vas a tener un grave problema. De una manera u otra voy a tener que quitarme la costumbre de mirarte.

El viejo Pelirrojo se echó a reír.

—Cállate, Rojo —dijo Oberholster. Se volvió hacia Juleson—. ¿Te ha quedado claro? Enciérrate, pero si te presentas mañana por la mañana en el patio, más vale que traigas el mondadientes.

—¿El mondadientes?

—El pincho, el cuchillo.

—No tengo cuchillo.

—Pues pide uno prestado.

—Supón que lo hago. Y supón que después vengo a por ti.

Oberholster sonrió.

—Haz lo que tengas pelotas para hacer, vuélvete loco, o imbécil... pero más vale que lo pienses con cuidado. Y ya sabes, enciérrate, es lo mejor que puedes hacer.

Juleson se dio media vuelta y se alejó hacia la verja, y Hielo, aun sonriendo, se lo quedó mirando.

Nunn dijo:

—Ahora sabe que Gasolino irá a por él.

—Se encerrará.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces veremos algo de acción. No te preocupes.

—¿Por qué iba a preocuparme? Solo pensaba que podías haberle dejado a Gasolino escoger el lugar y la hora. A lo mejor le hubiera gustado acercarse sigilosamente a este tipo.

—No creo que Gasolino se molestara en acercarse sigilosamente ni a King Kong. —Hielo se volvió hacia la verja justo en el momento en que Juleson la estaba cruzando: erguía los hombros de una manera antinatural—. De todos modos —añadió Hielo—, apuesto lo que queráis a que se encierra.

Rojo dijo:

—Hielo ha echado a mucha gente del patio.

—¿Y tú que eres? —preguntó Nunn con un despreocupado desdén—. ¿El club de fans de Hielo?

—Trabajo para él... igual que tú.

Hielo se balanceó sobre los talones.

—Díselo, Rojo.

Juleson se vio incapaz de concentrarse en su trabajo. Intentaba poner notas a los trabajos, y una y otra vez, la pluma colocada sobre la ficha, acababa mirando el insulso amarillo de la pared que tenía delante. No pensaba. Tenía la mente desactivada por la angustia.

Llegó su supervisor, encendido de entusiasmo.

—Paul, ven aquí, ¿quieres? —dijo y entró en su despacho. Automáticamente Juleson cogió un lápiz y una libreta, y se levantó para seguirle.

—Paul, ¿sabes lo que estamos haciendo? —preguntó de manera retórica el señor Cleman, sentándose tras su escritorio. Llevaba tan corto su pelo ralo y gris que parecía mancharle la frente como si fuera una escarcha plateada. De inmediato cogió un lápiz recién afilado y comenzó a darle vueltas en la mano, unas manos aún marcadas por los años en los que el señor Cleman había trabajado de fontanero.

—Intentamos formar trabajadores competentes con un equipo obsoleto. He estado hablando con Bob Tribble... ¿lo recuerdas? Está en nuestro comité asesor del taller de impresión. Me ha dicho que toda la industria se está automatizando...

Juleson se quedó mirando el movimiento de las manos del señor Cleman mientras lo ilustraba. Todavía sujetaban el lápiz, y eran como dos pájaros rojos luchando por un reluciente gusano amarillo, y se preguntó qué le diría el señor Cleman si lo interrumpía para decirle que alguien había amenazado con matar a su ayudante. ¿Qué podría decir?

—... y eso no es todo, Paul, en gran medida está ocurriendo lo mismo con nuestros aprendices de operarios... —Se interrumpió, y su cara se afiló de preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

—No tienes buen aspecto.

—Puede que esté incubando la gripe. Todo el bloque está contagiado.

El señor Cleman negó con la cabeza en un gesto de advertencia.

—Pues más vale que no juegues con esas cosas. Mi cuñado cayó el año pasado... —Tras haberle relatado el curso de la enfermedad de su cuñado, el señor Cleman le preguntó—: ¿Quieres un pase para ir al hospital?

—No, gracias.

—Si mañana no te encuentras mejor, quédate en la cama. —Miró a Juleson con una simpatía que no por remota era menos genuina—. A menudo me digo que las dificultades normales aquí son el doble de difíciles de soportar. Ni siquiera sabía qué decir cuando me fui a casa por Nochebuena... siempre me pasa. —Bajó la mirada hacia el grueso cristal verde que cubría su mesa. Una serie de fotografías se apretaban entre la madera y el cristal: en ellas dos recios chavales rubios fotografiados en una serie de poses—. A veces siento vergüenza de poder irme a casa. ¿Por qué he de poder hacerlo? Me lo pregunto. Pero puedo. —Se dio un golpecito en la chapa de identificación que había encima del bolsillo de su camisa—. Tengo esto.

Juleson intentó decir algo consolador.

—Puede que usted no sepa por qué está aquí, pero nosotros sí lo sabemos.

El señor Cleman esbozó una vaga sonrisa.

—Puede que ahí tengas algo de razón, Paul. —Cogió el teléfono y llamó al taller de mecánica de automóviles, y pasó a preguntarle al instructor si sería un gran

inconveniente para su programa adiestrar a sus alumnos en modelos de coches antiguos.

Juleson pasó la hora del almuerzo como hacía habitualmente, pero no fue a la biblioteca, y estaba sentado en su escritorio, intentando todavía trabajar en el edificio casi vacío, cuando vio a Oberholster cruzar la puerta principal. Oberholster se detuvo en el mostrador de información, miró a su alrededor, y cuando vio a Juleson, se volvió para hacerle seña a alguien que había fuera. Entró Gasolino. Incluso a una distancia de diez metros, Juleson podía distinguir con claridad el sesgo demente de la sonrisa de Gasolino. Oberholster le señaló con el dedo y Gasolino comenzó a bajar por el pasillo central. Iba encorvado y parecía deslizarse en lugar de andar. Automáticamente Juleson se puso en pie y extendió la mano hacia el carrito de cinta adhesiva que había sobre su escritorio. No lo cogió, sino que se quedó esperando.

Gasolino se quedó a medio camino del pasillo e hizo un extraño gesto, como para decir: «Te he visto». A continuación se dio media vuelta.

El guarda salió de la oficina de custodia con un sándwich en la mano. Seguía masticando cuando preguntó:

—¿Qué queréis, chicos?

—Estoy pensando en ir a la escuela —dijo Gasolino. Se tocó la frente con dos dedos y le sonrió al guarda por debajo de la mano—. Quiero volverme listo.

—La oficina se abre a las tres —dijo el guarda automáticamente.

Oberholster salió sin mirar atrás, pero Gasolino se volvió para saludar a Juleson.

Juleson se sentó lentamente. Le sudaban las axilas y las piernas le temblaron durante unos momentos. El leve dolor que sentía en la barbilla le indicó que había estado apretando los dientes con fuerza. Siguió trabajando y se preguntó por qué preocuparse. Pasara lo que pasara, tenía muy pocas opciones de seguir mañana en su escritorio. Y sin embargo, siguió con sus quehaceres cotidianos, y seguía en ellos cuando a media tarde lo llamaron para que acudiera al despacho del capitán. Cruzó el jardín y se presentó en la ventanilla de acceso. Le dijeron que se sentara en un banco. Lo llamaron y lo enviaron a una de las salas de entrevista donde se encontró cara a cara con el alcaide. Era la primera vez que veía de cerca a ese hombre tan famoso, y se preguntó si aquellos cabellos blancos y lisos no eran un poco demasiado teatrales, y sus ojos azules un poco demasiado francos.

—Siéntese, señor Juleson.

El alcaide esbozó una tranquilizadora sonrisa y le indicó una carpeta que tenía delante.

—He estado mirando su expediente. Es impresionante, muy impresionante. Hay razones para creer que cuando la junta revise su caso en... —Hizo una pausa para comprobar la fecha—. En marzo. Probablemente le concederán la libertad condicional.

—Eso es alentador.

—Sí, pero... —El alcaide hizo delicadamente una pausa—. Oímos cosas. Todo

tipo de cosas. Algunas son ciertas, muchas no, pero pensamos que hemos de verificarlas sobre todo cuando se refieren a un hombre cuyo potencial para una reinserción satisfactoria es tan alto como el suyo.

El alcaide cogió un papelito cuadrado y se lo pasó a Juleson.

—¿Conoce a este hombre?

Juleson reconoció a Oberholster en la foto policial. Era una foto de tres años atrás, pero Oberholster parecía no haber envejecido. A excepción de sus ojos, parecía un muchacho. Su pelo terso y rubio era apenas más oscuro que su cara pálida.

—Lo he visto —dijo Juleson.

—Hemos oído decir que tiene problemas con él.

Juleson miró a los ojos al alcaide y se encontró diciendo:

—Ni siquiera le conozco.

—Es un hombre peligroso, uno de los más peligrosos de la institución. Sería poco sensato por su parte protegerlo.

—Me temo que le han informado mal, señor.

El alcaide cogió la foto policial y la estudió unos momentos. A continuación se puso en pie y se dirigió a un archivador.

—Quiero enseñarle algo.

Pasó varias carpetas antes de sacar una reluciente fotografía de veinte por veinticinco que entregó a Juleson. En ella se veía el cadáver de un muchacho mexicano. Lo habían fotografiado desde arriba, y desde el cuello hasta la entrepierna había una gran cantidad de agujeritos redondos. Parecían negros, más oscuros que el primitivo tatuaje de la virgen que llevaba en el pecho. Su cara sin marcas habría parecido pacífica de no ser por la boca inútilmente abierta.

—Tenía diecinueve años —dijo cansino el alcaide—. Lo apuñalaron treinta y dos veces. La mañana antes de la lucha se había envuelto el cuerpo con periódicos y revistas, pero el hombre contra el que luchó había utilizado dos de las bandejas del comedor. No podemos demostrarlo, pero creemos que Oberholster pagó para que se lo hicieran.

Juleson apartó la fotografía. Por muchas fotos de cadáveres que le enseñaran, nunca serían tan perturbadoras como las que había visto, ni siquiera la que imaginaba de su propia muerte. Aquel muchacho muerto era una abstracción.

—Lo siento —dijo—. No puedo ayudarle.

—¿Y no va a ayudarse a sí mismo?

—Yo no necesito ayuda, alcaide.

El alcaide cerró la carpeta, confirmando el pensamiento que le rondaba en ese momento por la mente.

—Parece que aquí ha aprendido algo —dijo—, aunque no lo que nos gustaría a nosotros. Cuando llegué a esta prisión no era alcaide. Probablemente lo ha oído contar. He trabajado los bloques, las torres, el gran patio, y también he aprendido. He desarrollado ciertos instintos. Creo que le han puesto la cruz, y creo que usted lo

sabe. —Hizo una pausa para estudiar atentamente a Juleson—. Debería ordenar que lo encerraran en custodia preventiva para su propia protección.

—No hay necesidad de eso, señor.

—Si cree que puede manejar esto usted solo... no, es más, cree que debería manejarlo usted solo, y sin embargo, si alguien hubiera amenazado su hogar cuando todavía era un ciudadano corriente, ¿habría vacilado en llamar a la policía?

—Eso no tiene nada que ver, señor, pero hay una diferencia.

—¿Por qué? —El alcaide se inclinó hacia delante con vehemencia—. Su crimen fue pasional. Por un momento perdió el control de sí mismo. Eso le podría ocurrir a cualquiera. No por eso es como la mayoría de esos hombres. —El alcaide movió la mano para indicar la cárcel que había más allá de aquella sala—. No le hace estar sujeto a sus leyes.

—Vivo con ellos. He estado tres años viviendo con ellos.

—Sí. —El alcaide se sentó, su vehemencia se había disipado—. Sí, es cierto. —De nuevo dirigió su mirada paternal y un tanto escrutadora a Juleson—. ¿Lo reconsiderará? No quiero ordenar una custodia preventiva en contra de su voluntad.

—No hay nada que considerar, alcaide. No sé cómo convencerle, pero esas noticias que le han llegado son una patraña.

—Una patraña. —El alcaide pronunció la palabra como si tuviera un sabor desagradable—. Sí, eso también pasa. Muy bien, señor Juleson, voy a aceptar su palabra. Pero si quiere ponerse en contacto conmigo, deje el recado en la oficina del capitán.

Se puso en pie y le tendió la mano.

Se estrecharon la mano y Juleson fue consciente de que tenía la palma sudada.

—Buena suerte con la junta de la condicional —dijo el alcaide.

Aquella tarde, cuando entró en el gran patio antes de que cerraran las celdas, se encontró con que había que pasar por un detector de metales. El sistema estaba instalado en la verja de entrada, y cuando se activaba podía detectar cualquier concentración de metal mayor que la suma de la hebilla de un hombre y las tachuelas de sus zapatos. Cuando alguien intentaba pasar llevando algo más, aunque fuera una lata de Prince Albert, sonaba un timbre. El Ojo, como lo llamaban, casi nunca servía para coger nada, pero servía a su propósito. Cuando los hombres que se acercaban al gran patio veían el Ojo en marcha, inmediatamente dejaban caer los cuchillos, y después del cierre de las celdas los guardas recogían la cosecha. Los cuchillos se fabricaban sin cesar en una docena de talleres, y en custodia se conformaban con reducir el número y, en la medida de lo posible, mantenerlos fuera de los bloques y del gran patio.

Juleson pasó el Ojo sin ningún incidente. Ni se le había ocurrido conseguir un cuchillo, y tampoco sabía dónde. Cruzó el patio y se unió a una de las colas que

formaban delante del bloque sur. Cuando se encontró con Manning delante de la celda, simplemente asintió mientras el otro soltaba su cháchara. Después del recuento se tumbó en su litera y cerró los ojos. Sabía qué le había endurecido durante la entrevista con el alcaide, y no era simplemente la invertida moralidad que este sospechaba, sino el simple orgullo: la idea de su propia virilidad. No iba a darle a Oberholster la satisfacción de ver cómo se refugiaba tras los rifles de los guardas, aunque eso le costara la vida. Y esa no era más que una de las muchas alternativas. Esa era una entre muchas. Comprendió que había cosas que no podía hacer sin dejar de ser el hombre que necesitaba ser. Si quería custodia preventiva —y sonrió ante la ironía de que eso era lo que le habían aconsejado tanto Oberholster como el alcaide—, entonces estaría acabado de un modo distinto, pero con la misma certeza que si Gasolino lo apuñalara por la mañana. Era una lección que llevaba grabada a fuego, pero Juleson comprendió que un hombre normal como él podía pasar toda una vida sin tener que pasar esa prueba. Sin embargo era la segunda vez que se encontraba ante esa cuestión, y no pensaba volver a fallar. Pero tampoco pensaba facilitarle el trabajo a Gasolino.

Se dio la vuelta en la litera y apretó la cara contra el almohadón, y sus sentidos aguzados le informaron de que sus mantas volvían a tener polvo. Las mantas se lavaban una vez al año: en una semana perdían su olor fresco, al cabo de un mes salía polvo cada vez que las sacudías con fuerza. Si le hubieran pedido que simbolizara su encarcelamiento en una sola imagen, habría pensado en sí mismo dentro de una caja de cemento pequeña y mal iluminada, y apestando a grasa rancia. En la lengua tendría una capa de polvo.

—¿Manning?

Juleson levantó la mirada y vio al agente de correos delante de la celda. En la litera de abajo oyó a Manning gritando su número. El agente levantó la carta de Manning, y automáticamente le echó una mirada a la que tenía debajo para ver si estaba destinada a la misma celda, y en ese momento Juleson experimentó la inmediata e irracional esperanza de que el cheque de su tía, que llegaba ya con un mes de retraso, lo estaría esperando, pero el agente pasó de largo y sus ojos se alzaron hacia los números de las celdas grabados encima de las puertas. Reconoció que ese desaforado brote de esperanza le acababa de revelar lo mucho que deseaba que la situación entre él y Oberholster se resolviera sin causarle ningún daño. Todavía sería honorable pagar.

Manning cogió la carta a través de los barrotes y se quedó mirando el sobre. Levantó la cabeza tímidamente.

—Es de mi mujer.

—¿Eso es bueno?

—No lo sé.

Sacó la carta por la rendija que había practicado el censor y la desdobló. Juleson le miró las manos y observó que Manning tenía las uñas bien cortadas y perfiladas.

Manning se peinaban cada mañana, y el pelo le quedaba todo el día donde la había colocado. La pulcritud para él no era tanto un hábito sino una cualidad que conseguía sin esfuerzo. Siempre tenía la celda limpia antes de que Juleson se despertara por la mañana. Juleson se lo encontraba en la litera de abajo, estudiando diagramas de circuitos mientras esperaba que abrieran la celda para ir a desayunar.

Tras pensárselo, Manning había decidido estudiar reparación de máquinas de oficina.

—Son cosas que siempre se estropean —le había dicho a Juleson—. Cada vez que me daba la vuelta en la oficina, un tipo había dejado sin tapa la máquina de facturación y hurgaba con un destornillador a diez dólares la hora. —Juleson había conseguido convencer al señor Cleman de que asignara a Manning al taller de reparación de máquinas de escribir saltándose la objeción del comité de clasificación de que lo necesitaban como interno contable.

Pero bajo la fuerte luz de la bombilla, Juleson se fijó en que a Manning se le había vuelto el pelo gris, se le había encanecido de manera palpable en el mes que había compartido celda con Juleson. Manning lo pasaba mal, y cada día lo pasaba peor. Juleson se preguntó cuánto tiempo tendría que estar Manning en la cárcel. Comprendió que era posible que pasara encerrado más tiempo, por haber mantenido relaciones con su hijastra, del que pasaría él por la muerte de su mujer. Lo absurdo de ese increíble despropósito lo indignó.

Manning bajó la carta y levantó la cabeza para decir:

—Debbie se ha ido de casa.

—¿No es demasiado joven?

—Se ha escapado con un chico.

—Vaya.

Manning se quedó callado un momento, arrugando la carta en la mano. A continuación añadió:

—Me acuerdo del muchacho. Vivía en la misma manzana. Tenía uno de esos coches antiguos que arreglan y pasaba por delante de casa acelerando. Ahora entiendo por qué. No debía de tener más de diecisiete o dieciocho años. ¿Qué van a hacer esos dos chavales por el mundo?

—Tu hijastra va a cumplir dieciséis, ¿no?

—Sí, pero todavía es una niña.

—Muchos matrimonios han comenzado a esa edad.

Manning preguntó con repentina brusquedad:

—¿He dicho yo algo de matrimonio?

—Probablemente eso es lo que pretenden.

—¿De verdad? ¿En serio?

Los comentarios de Juleson habían pretendido consolar a Manning, pero cuando vio que estaban produciendo el efecto contrario decidió callarse. ¿Qué sabía él de la compleja maraña en la que vivía Manning? Y ya puestos, ¿qué sabía Manning de él?

Manning abrió la carta y volvió a leerla. A continuación la introdujo de nuevo en el sobre y lo colocó a su lado de la estantería, cerca del cepillo de dientes.

—Es la primera carta que me manda desde que me arrestaron. Pero tenía que hacérmelo saber. Naturalmente, me echa a mí la culpa. —Se lo pensó un momento—. Ahora mi mujer está sola en casa. Mi casa. Me pregunto cómo se lo habrá tomado.

Sonó el timbre y oyeron el choque del metal cuando una de las galerías de abajo quedó abierta para cenar. Manning se dirigió a la parte delantera de la celda dispuesto a abrir la puerta cuando quitaran la barra. Miró hacia el pasillo de vigilancia vacío y dijo:

—Debería darme igual. Pero no.

Para cenar tomaron estofado, maíz en grano y tarta de limón. Juleson hizo un esfuerzo por comer, pero la comida se le volvía cartón en la boca. Le ofreció su trozo de tarta a Manning, que la envolvió en su pañuelo para llevársela a la celda.

—¿Qué te ocurre, Paul?

—Es solo que no tengo hambre.

Manning sonrió.

—Eso no es normal en ti.

—Supongo que no.

De nuevo en la celda, los dos hombres se turnaron para cepillarse los dientes. Manning lo hizo primero, y a continuación cogió la carta de la estantería y se echó en la litera para volver a leerla. Juleson se cepilló los dientes. Se quitó la dentadura postiza para eliminar las partículas de comida del paladar, y al darle la vuelta a la dentadura rojiza y de aspecto gastado que tenía en la mano, se acordó por primera vez en varios años de cómo había perdido esa dentadura en un arroyo de montaña.

Aquel fin de semana habían cogido el coche y descubierto un arroyo que discurría por debajo de la autopista. En grandes oquedades de roca había formado una serie de tres remansos, y allí el agua era tan viva, tan luminosa, que apenas parecía una extensión más densa que el aire transparente de la montaña. Paul se había parado allí de manera impulsiva, había salido del coche y, a pesar de las objeciones de Anna Marie, se había quedado en pantalón corto y había corrido hacia un saliente de roca para zambullirse en el remanso más grande. El agua estaba helada, y cuando salió a la superficie, movió bruscamente la cabeza a un lado y a otro para quitarse el pelo de los ojos. La dentadura postiza se le salió como si pretendiera escaparse; chocó contra la superficie del agua y desapareció. Volvió a reaparecer al cabo de un momento a un palmo de distancia, hundiéndose en ángulo con un movimiento de vaivén. Juleson se zambulló a por ella, pero la perdió en la turbulencia de su propio esfuerzo por encontrarla. Cuando llegó al fondo, a dos o tres metros de profundidad, la descubrió cubierta de arena y grava, lo que dificultaba distinguirla del fondo.

Anna Marie lo llamaba desde la carretera:

—¿Tienes algún problema?

—He perdido la dentadura.

—¿La qué? Vamos, Paul...

—La encontraré.

—Más te vale. No podemos permitirnos más facturas del dentista.

—No te preocupes. La encontraré.

Pero hubo que conducir de vuelta hasta Bakersfield y comprar un equipo de buceo infantil —gafas, aletas y un tubo de plástico— antes de poder localizarla. Se acordó de que después de horas dedicadas a una búsqueda azarosa y fútil, moviéndose por la superficie del remanso y mirando el fondo a través de las gafas, de repente comprendió que las corrientes del fondo eran distintas de las de la superficie. Esas corrientes más profundas las delataba el movimiento de la arena, y al seguirlas, descubrió la dentadura donde la habían depositado, junto con varios tapones de botella, una cuchara de pescar y un tubo de plástico que había contenido bronceador. Salió a la superficie con una sonrisa triunfal y la dentadura en su sitio, pero Anna Marie no consiguió compartir la sensación de Paul de haberse enfrentado a un reto y haberlo superado. Para ella el fin de semana se había echado a perder.

Ahora, mientras cepillaba la dentadura de plástico, que comenzaba a amarillear a pesar de la garantía, le pareció difícil comprender que era la misma. La continuidad de su vida había quedado rota de una manera tan implacable que no sería racional imaginar que los mismísimos átomos de ese producto acrílico se habían desorganizado y recombinado de forma distinta. A veces tenía la misma sensación cuando se enjabonaba los genitales en la ducha. Le resultaba imposible aceptar que era la misma carne que había penetrado en las chicas de su vida. Había amado a esas chicas, pero no con esa carne. La persona en que se había convertido nunca podría haber conocido tales placeres, porque de haber sido así, el dolor diario de la pérdida habría resultado insoportable.

Fue incapaz de leer y se quedó echado en la litera mirando el techo que quedaba a seis metros de él. La noche fue transcurriendo. Manning fue al gimnasio a una reunión del club de ajedrez; luego regresó y se dedicó a estudiar otra hora antes de que las luces se apagarán a las diez. En ese momento Manning se movía despacio recogiendo sus papeles en la oscuridad.

—¿Duermes, Paul?

—No.

—Lo siento, creía que te habías quedado dormido con la ropa puesta.

—Estoy aquí, pensando en mis cosas.

—¿Quieres la mitad del trozo de tarta?

—No, gracias. Sigo sin tener hambre.

Cuando Manning se hubo metido en la cama, Juleson se levantó para desvestirse. Colgó las ropas de la cabecera de la cama, se lavó la cara y las manos y trepó hasta quedar bajo la manta. Las sábanas ya estaban calientes. No tenía esperanzas de poder dormir.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —contestó Manning, la voz ya amortiguada.

Durante el desayuno Manning preguntó:

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Puede que vaya a la enfermería. Si me ingresan en el hospital, hay algo que me gustaría que hicieras por mí.

—Por supuesto.

—En la estantería hay cuatro paquetes de Camel, procura dárselos al pelirrojo de la biblioteca, si no te importa. Son suyos.

—¿Crees que te harán meter en la cama?

—No lo sé.

Durante la noche había decidido atacar a Gasolino en cuanto le encontrara, en lugar de dejar la iniciativa en manos del otro. Existía la probabilidad de que Gasolino hubiera dejado su pincho escondido en el callejón industrial al enterarse de que el Ojo estaba funcionando, y si ese era el caso, no sería capaz de cogerlo hasta después de que abrieran la verja. Juleson sabía que esa era su mejor opción. Aun sin cuchillo, Gasolino era un tipo de cuidado, aunque tampoco es que fuera letal.

Siguiendo este plan, en cuanto salieron del comedor, Juleson se separó de Manning y comenzó a peinar el patio en busca de Gasolino. Los hombres se congregaban en grupos, grandes y pequeños, algunos estaban parados, otros caminaban por el asfalto. La larga espera de la mañana era el momento de ocuparse de los asuntos personales, mantener contactos, intercambiar rumores y contar las mentiras que habías imaginado la noche anterior.

El cielo estaba despejado por primera vez en una semana, pero a esa hora de la mañana todavía hacía frío. Un guarda armado con el cuello de la chaqueta levantado permanecía en la barandilla que discurría por la parte superior del bloque este. Tenía el rifle apoyado en el pecho y del aliento le salían columnas blancas. Otro guarda armado recorrió la parte superior del bloque norte. Para Juleson, esos guardas armados no eran ya más que detalles familiares. Buscó a Oberholster, pero todavía no había llegado al patio. Vio a Lester Moon esperando en el lugar donde siempre se colocaba Oberholster. Sus miradas se cruzaron, y Rojo sonrió. De repente, como si la sonrisa de Rojo fuera una cerilla arrojada a un charco de queroseno, Juleson se sintió furioso. Muy bien, muy bien, se dijo cambiando de dirección, ¿dónde está ese mono?

Juleson pasó junto a las mesas de dominó, ya llenas para las partidas del día, y sorteó a un grupo de reclusos que transportaban el material para sus trabajos manuales como si fueran mercachifles de otra época. Otro grupo de hombres revivía el partido de fútbol que habían ganado el sábado en el patio inferior. Diez negros con la cabeza rapada se dedicaban a la calistenia. Se denominaban Los Simbas.

Entonces vio a Gasolino. Estaba de pie sobre el banco que discurría paralelo al bloque norte, la espalda apoyada contra el muro de cemento. Junto a él había otro hombre de pie sobre el banco, y un tercero debajo de ambos. A pesar del frío, Gasolino no llevaba chaqueta. Su camisa de cambray estaba almidonada y planchada.

Lucía unos tejanos descoloridos de un azul palidísimo, que se sujetaban con un fino cinturón negro de hebilla dorada, incrustado con conchas de abalón. Llevaba los pantalones un tanto arremangados, mostrando unos calcetines blancos de gimnasia y unos mocasines negros. Los tipos que estaban con él también iban elegantes. Se consideraban a sí mismos tíos legales.

Gasolino estaba contando un chiste, actuando y utilizando el banco como escenario, y su pantomima representaba la abyecta cobardía de alguien que temblaba. Juleson se le acercó y le preguntó:

—¿Me buscabas?

No había pensado lo que iba a decir, y la pregunta le sorprendió por su aire a tópico. Por un momento se sintió estúpido, como si lo hubieran pillado en algún engaño adolescente, y Gasolino, como si se hubiera dado cuenta, parodiaba ahora una elaborada expresión de divertida irritación, haciendo muecas y sonriendo al mismo tiempo como para decir: ¿Esto es lo mejor que sabes hacer?

—Qué hay, tío —dijo en voz baja Gasolino—. Les estaba contando una historia a mis amigos.

De nuevo Juleson sintió una oleada de cólera, como si por un momento hubiera hecho contacto una falsa conexión. Extendió un brazo y, agarrando por el cinturón a Gasolino, lo hizo bajar del banco. En el mismo movimiento lo abofeteó. Los ojos de Gasolino se dilataron de asombro.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Juleson.

La sonrisa de Gasolino volvió a formarse lentamente. Se quedó en una especie de postura de compacta autoridad y se llevó la mano al bolsillo de atrás. Juleson soltó el aire y lo contuvo de manera compulsiva mientras, instintivamente, encogía el estómago y daba medio paso hacia atrás. En la mirada de Gasolino apareció un brillo de satisfacción. Sacó un peine y se lo pasó por el pelo.

—¿Estás nervioso? —preguntó aún sin levantar la voz.

Los dos hombres que estaban con Gasolino se habían apartado y ahora observaban a unos tres metros de distancia. Otras cabezas comenzaban a volverse hacia ellos.

—No, no estoy nervioso —dijo Juleson.

La cara de Gasolino se volvió aplastada y fea como si algún remoto centro de su conciencia percibiera ahora la bofetada.

—Entonces, ¿qué cojones quieres de mí, gilipollas? ¿Crees que si empiezas alguna mierda en el patio los guardas aparecerán?

—¿Te dan miedo los guardas?

—No me da miedo nada. Te voy a matar. Te voy a sacar las entrañas.

Gasolino frunció el ceño y, moviéndose con increíble velocidad, avanzó hacia él con el peine para soltarle tres cuchilladas que pasaron a dos dedos de la pechera de la camisa de Juleson. Este intentó golpear a Gasolino, que lo esquivó con gran facilidad.

—Ahora no, gilipollas.

Pero Juleson se lanzó hacia delante y consiguió agarrar a Gasolino del cuello de la camisa, pero cuando este volvió a eludirlo, Juleson le arrancó los botones de la camisa, que chocaron contra el suelo. De repente se había congregado un gentío a su alrededor, y emitieron un sonido como si todos hubieran suspirado a la vez. El pecho descubierto de Gasolino llevaba tantos tatuajes que parecía azul, y las figuras palpitaban al ritmo de su respiración. Tenía los ojos desaforados.

—Eh, Gasolino —dijo alguien entre la multitud—, te están desafiando, tío.

Gasolino negó con la cabeza como para ahuyentar una molestia. Sus labios recordaron la sonrisa de antes mientras comenzaba a avanzar ligeramente hacia Juleson, y este encajó tres fuertes puñetazos antes de conseguir agarrarse a Gasolino y comenzar a utilizar su peso y su fuerza. Apenas oyó el sonido de un silbato. Para entonces Gasolino le estaba sacudiendo en el estómago y en el pecho, pero él no dejaba de arrastrar al otro hacia el muro del bloque norte, donde pretendía dejarlo inconsciente de un golpe.

Se oyó un disparo. La multitud rugió como el océano y a continuación calló en seco. Otro disparo atravesó el silencio. Juleson comprendió que ahora no había ningún recluso a quince metros a su alrededor. Se habían desperdigado como los escombros que salen disparados del centro de una explosión solo para volver a congregarse a distancia, rodeando a los dos hombres contra el muro del bloque norte.

Juleson soltó a Gasolino y le lanzó un fuerte golpe a un lado de la cabeza. Gasolino cayó hacia atrás, las manos bajas y extendidas. Levantó la mirada hacia el pasadizo de vigilancia del bloque este, donde el guarda armado les apuntaba mientras introducía otra bala en la recámara.

—Desde ahí no puede darnos —le provocó Juleson, pero casi no tenía resuello.

Sonó un tercer disparo y la bala impactó contra el asfalto que había entre ellos, dejando un surco irregular, y en el mismo instante Gasolino soltó un grito, agitando los brazos a su alrededor como si lo hubiera picado una abeja. Echó a correr hacia el borde de la multitud al igual que un animal atrapado en las planicies corre a buscar refugio en los árboles que lo rodean. La multitud comenzó burlarse.

—Corre, mariconcete —chilló alguien con alegre desdén.

—Corre, corre —se le sumaron otros—. Corre, cobardica.

Juleson se quedó donde estaba. Comprendió que no tenía resuello. Dos agentes irrumpieron entre la multitud e intentaron cortar el paso a Gasolino, pero este giró como un corredor de fútbol americano al cambiar de dirección y consiguió esquivarlos. La multitud se abrió y cerró en torno a él, y Juleson vio que alguien arrojaba una chaqueta sobre los hombros de Gasolino para ocultar la camisa rota. El guardia armado del bloque norte también corría soplando su silbato e intentando no perder de vista a Gasolino, pero por la manera en que giraba la cabeza de un lado a otro estaba claro que ya lo había perdido entre los cientos de figuras casi idénticas.

Los dos agentes del patio abandonaron a Gasolino y se acercaron a Juleson. Le agarraron los brazos y se los retorcieron a la espalda.

—Esto no hace falta —les dijo Juleson.

—¡Muévete! —le dijo uno de ellos.

Se dirigieron directamente a la rotonda del bloque norte y llamaron al ascensor que llevaba a las celdas de aislamiento. Lo dejaron en una celda de detención donde permaneció dos días. Nadie le dirigió la palabra, ni siquiera cuando le servían la comida. La mañana del tercer día lo sacaron y lo prepararon para un tribunal disciplinario. Le dejaron que se lavara y le entregaron un peine nuevo, y después de utilizarlo se lo quitaron y lo arrojaron a una papelera. A continuación lo registraron meticulosamente y lo llevaron ante la sala del comité.

Le sorprendió ver al alcaide en el asiento de en medio. Su presencia daba la medida de la gravedad de la audiencia. El capitán Blake estaba sentado a la derecha del alcaide y era el único funcionario de uniforme presente. Tenía la gorra sobre la mesa, delante de él, pero el surco que seguía el lateral de su pelo liso y negro todavía conservaba la inflexible línea recta allí donde se la calaba. A la izquierda del alcaide se sentaba el reverendo Nugent, el pastor protestante. Un joven orientador del correccional, de grado I, tomaba notas para el acta. A un lado de la mesa de conferencias, como para recalcar de manera deliberada la ambivalencia de su posición, se sentaba el doctor A.R. Smith. Mantenía los pies, pequeños, el uno junto al otro en el suelo, y los dos dedos índices unidos a modo de campanario parecían sustentarle la barbilla. Cuando su mirada se encontró con la de Juleson asintió ligeramente, y los dos dedos índices comunicaron el movimiento a sus manos entrelazadas.

—Lo que ha hecho ha sido una estupidez, Juleson —dijo severo el alcaide.

No había ninguna respuesta adecuada a esa afirmación. Permaneció inmóvil, consciente de que el capitán lo miraba con una apariencia de cólera. El pastor también observaba, pero su mirada parecía distante. El doctor Smith miraba por la ventana con barrotes. El orientador escribía.

—Siéntese —ordenó el alcaide. Esperó a que Juleson se hubiera acomodado y le preguntó—: ¿Conoce a un recluso llamado Memo Solozano?

—No, señor.

—En el patio se le conoce como Gasolino —añadió el capitán.

—Conozco su reputación.

—¿Sabe que se está muriendo?

—¿Muriendo? —repitió Juleson. Su voz sonó frágil.

—Sí, no creo que viva más de unos pocos días.

—No lo entiendo. ¿Le han disparado?

—¿Se da cuenta de que si le hubieran disparado usted podría haber sido responsable según las leyes de este estado? —Eso lo dijo el capitán.

—No, señor, no lo sabía.

El alcaide continuó:

—Solozano se muere por los efectos del tetracloruro de carbono. Al parecer lleva

tiempo esnifándolo, pero la tarde del día en que ustedes lucharon se bebió el contenido de uno de los extintores que había en el gimnasio. Es un veneno mortal e irreversible. En cada extintor hay una advertencia en inglés, pero él no sabe leer inglés... —El alcaide hizo una pausa. No había nada paternal en su cara—. ¿Se imaginaba que algo así pudiera ocurrir?

—¿Cómo iba a imaginármelo?

—Es usted muy inteligente. Tiene usted un historial de violencia.

—Solo quería forzar la situación para tener una oportunidad de salir con vida.

—Yo le ofrecí esa oportunidad. Y usted la rechazó. Me mintió.

—¿Realmente cree que es tan sencillo? —preguntó furioso Juleson—. ¿Realmente cree que lo tiene todo... *todo*... anotado delante de usted?

—Baje la voz —dijo el capitán.

Juleson se volvió hacia el doctor Smith. Este no se había movido, aunque ya no dirigía la mirada a la ventana. Tenía el rostro yerto, los ojos velados. El orientador, en ademán de escribir, observaba con interés. Apretó y se humedeció los labios como si estuvieran salados.

—Me pareció que era mi problema y que yo tenía que resolverlo —añadió Juleson.

—Y otra vez hizo algo violento —dijo el reverendo Nugent. Su voz quedaba reforzada por su majestuosa entonación igual que el cereal del desayuno se ve reforzado con la vitamina C—. Y ha acabado con otra vida.

—Eso no es cierto.

—Un hombre se está muriendo —dijo el alcaide—. Si me hubiera permitido ayudarlo se podría haber evitado esa pelea en el patio.

—Sé que para ustedes habría sido lo mejor —dijo Juleson, la cólera filtrándose de nuevo en su voz—. No me haga gestos. Pero le diré que me han ordenado cometer actos de violencia mucho más graves por razones que me resultaban mucho menos claras, y que si entonces *no* hubiera obedecido tendría que haberme enfrentado a un tribunal parecido y ellos hubieran estado igual de seguros de que tenían razón.

—¡Basta ya! —ordenó el alcaide. Tras un instante de silencio, continuó—. Puede que haya algo de razón en lo que dice, pero ha perdido, al menos de manera temporal, el derecho a hacer esas distinciones. Las peleas van contra las normas de esta cárcel. Sin la menor ambigüedad. Y le encontramos culpable del cargo.

—Le debía dinero a Oberholster, ¿verdad? —preguntó el capitán.

—No, era a Gasolino... Solozano, como lo ha llamado usted.

De nuevo todos permanecieron en silencio. Juleson se dio cuenta de que todos lo miraban. A continuación el alcaide dijo con cierto cansancio:

—Espere fuera.

Esperó en el pasillo, bajo la mirada de un joven agente.

—¿Se han puesto duros? —preguntó el agente en tono amistoso. Bajo la misma distante autoridad, los dos eran muy poca cosa.

—No demasiado.

—Es una suerte que no os mataran a ninguno de los dos ahí fuera. El mexicano ha perdido la punta del meñique. ¿Lo sabías?

—No.

—Debió de ser una esquirla, una bala perdida. Se la arrancó limpiamente como si fuera un cuchillo. Solo la punta. —El agente lanzó una mirada hacia la puerta de la sala del comité, y añadió en tono más bajo—. Pero ya no tendrás más problemas con ese cabrón. Se le están saliendo las tripas por el culo.

—Eso es lo que me han dicho.

—Deberían haberte dado una medalla en lugar de juzgarte.

Sonó el timbre y se encendió la luz encima de la puerta de la sala.

—Quieren que vuelvas —dijo el agente.

Cuando entró, el alcaide no le invitó a sentarse. Recibió la sentencia de pie.

—Este comité le condena a diez días de aislamiento y a sesenta días de pérdida de privilegios. El fallo posterior queda en manos de la junta de libertad condicional. El informe sometido por este comité tendrá en cuenta las circunstancias atenuantes. Eso es todo.

Lo más severo del aislamiento era la monotonía. Como es costumbre en todas los módulos de detención, la Biblia formaba parte del equipamiento de las celdas. Alguien había arrancado la portada, y escrito «chorradas» en los márgenes de todas las páginas del Génesis antes de que se apagara su celo. Había algo ambiguo en aquella palabra, que sugería más una amarga decepción que una simple condena, y Juleson se preguntó si aquel hombre también habría sentido la necesidad de pintarrajear el Corán o el Bhagavad Gita si le hubieran proporcionado esos libros, igualmente sagrados, para su ejemplo.

Otro había dibujado un vampiro grande en la pared, encima del retrete. Era un dibujo muy tosco, pero contrariamente a la mayoría de vampiros de tebeo y de películas de serie B, sí tenía aspecto de beber sangre de verdad. Había una fuerza curiosa e inhumana en la expresión de los ojos, a la que no acababan de acompañar unos burdos colmillos y un fino bigotito de macarra.

Por lo demás era una celda totalmente impersonal, y Juleson pasaba el tiempo caminando de la puerta al retrete y del retrete a la puerta y leyendo partes de la Biblia. Jamás se le había ocurrido que pudiera encontrar ayuda o esperanza en ese libro que nunca se había tomado en serio, y fue solo al azar que se topó con la Primera Carta a los Corintios 10:13, y le pareció que las palabras se dirigían personalmente a él: *No habéis sufrido tentación superior a la medida humana...* Y sin embargo, eran millones los que habían resistido las tentaciones humanas. Él no.

Comenzó a dar pasos de nuevo. Había más cosas que podría recordar; se puso a pensar intentando acordarse de qué le sugería ese versículo de la Biblia. Algo

parecido. Mientras caminaba con la mirada al mismo nivel que la del vampiro, extrajo de su recuerdo una segunda cita indulgente... *Nada humano me es ajeno*. Recordaba ahora que eran palabras de Marco Aurelio, el último de los Cinco Emperadores Buenos. Decía algo así como... *porque en mi juventud yo lo sabía todo, y ahora nada humano me es ajeno*. Eso era lo sustancial.

De nuevo Juleson cruzó una mirada con el vampiro y sonrió, preguntándose si Aurelio no reconocería que ahí había algo ajeno, y sin embargo quizá encontró igual de ajeno a su hijo Cómodo.

Siguió caminando, cada vez más convencido de su propia... maldad, no tenía por qué ponerle un nombre más suave, «maldad» era la palabra precisa, aunque sabía que no creía en la existencia de la maldad, al igual que sabía que su convicción de ser una persona malvada delataba una voraz e invertida vanidad. Quizá era una gran presunción por su parte considerarse malvado, igual que lo había sido considerarse bueno. ¿No eran ambos extremos igualmente atractivos cuando sentía esa necesidad de huir de la conclusión de que uno era, después de todo, una persona corriente? Una persona corriente que le pega a su mujer por las razones más corrientes y repugnantes.

El sexto día el doctor Smith fue a verlo, y le dijo al agente que lo vigilaba:

—Ábrame, por favor... Lo llamaré cuando haya acabado.

—Lo que usted diga, doctor —asintió el guardia, girando la llave.

El doctor Smith apareció tan lívido como siempre, a excepción de sus ojos de un pálido rojizo, un tanto aumentados por los cristales de sus gafas, y escrutó la cara de Juleson con afectuosa preocupación.

—No tiene muy mal aspecto —dijo Smith.

—Al cabo de un tiempo, cualquier cambio, incluso el aislamiento, resulta estimulante.

Juleson automáticamente se sentó en el retrete y le dejó la litera a Smith, que se acomodó un tanto lentamente, levantándose los pantalones hasta las rodillas para mostrar sus calcetines negros y sus pequeños zapatos también negros. Recorrió la celda con la mirada.

—Son bastante espartanas —dijo.

—Ese es todo el castigo.

—¿Se lo toma como un castigo?

—No, pero echo de menos los libros. —Juleson sonrió—. Todo lo que tengo aquí es la Sagrada Escritura. He aprendido a detectar a los leprosos. Cualquiera que tenga una llaga en la cabeza que no se le cure será declarado impuro, pues la llaga está en su mente y el sacerdote vendrá y lo declarará totalmente impuro...

—¿En su mente? —preguntó amablemente el doctor Smith.

Juleson sonrió: «Pues es totalmente impuro».

El doctor Smith soltó una leve carcajada, pasándose las manos por el pantalón. A continuación le preguntó a Juleson con aspecto grave:

—¿Qué le pareció su comparecencia ante el comité disciplinario?

Juleson se encogió de hombros.

—Me indicaron que había quebrantado una norma.

—¿Así es como lo ve?

—Lo veo de varias maneras, pero se reduce a eso. Hice lo que pensé que tenía que hacer. Creo que ellos hicieron lo mismo.

—Sí, es posible, es posible —farfulló Smith mientras cruzaba las piernas y se frotaba la rodilla—. Pero me resulta inquietante. No le digo que la elección que tenía que hacer fuera fácil. Que tendría que haber consultado el reglamento, como sugirió el alcaide. Pero como amigo, habría preferido que aceptara la custodia preventiva.

—¿Habría querido que me escondiera? ¿Como un niño?

—¿Por qué no como un niño? Es innegable que los niños obran con sensatez al tener que enfrentarse con un entorno que todavía le resulta extraño y sobre el que ejercen poco o ningún control. Así que el símil es adecuado. Me pregunto por qué su instinto de conservación no le exigió esconderse del peligro, en lugar de incitarle a seguir un código de honor ajeno arriesgando su propia vida.

—El código no es ajeno —dijo Juleson—. Cualquier escolar lo sabría. En ese patio hay muchachos que se han negado a crecer. Aparentan cuarenta años, pero siguen teniendo doce. Uno de ellos me expulsó del patio. Me dijo que iba a curarse de tener que mirarme. Era como si me hubieran dicho que no saliera al patio durante el recreo. No cedería ante un matón así. Ni más, ni menos.

—Pero Paul, ellos son muchachos, usted es un hombre.

Juleson se dio una ligera palmada en la pierna y apartó la mirada, aunque nada había en la celda en lo que pudiera fingir interés.

—Espero serlo —murmuró sin convicción.

En el silencio oyó el golpe de una puerta lejana y, a continuación, la aproximación de un canturreo sin melodía. Entonces Smith dijo:

—Tiene a un siniestro invitado.

Y Juleson se volvió para comprobar que Smith miraba ceñudo al vampiro que había dibujado justo encima de su cabeza.

—Todavía no me ha mordido —dijo Juleson sin darle importancia—. Al parecer aún no hay luna llena.

—He tenido varias charlas con el muchacho que lo dibujó, un chaval muy extraño, y ahora curiosamente pasivo. Esa figura es su... tótem, su verdadera identidad, y en el dibujo pone algo de la expresión de sus ojos... —El doctor Smith hizo una pausa, la mirada todavía fija en el dibujo como si hubiera algo en él que no acabara de comprender. A continuación suspiró y añadió—: Pero pronto el chaval será responsabilidad del doctor Erlenmeyer, no mía... Paul, he decidido dimitir.

Juleson sintió una inmediata sensación de pérdida.

—Pero, ¿por qué? ¿Para qué?

—No estoy consiguiendo nada, y tampoco soy capaz de ayudar a nadie. Una

prisión es un entorno casi imposible para cualquier programa terapéutico.

Juleson procuraba contener su dolor, y su colega, ocultar sus emociones.

—¿Va a abrir una consulta privada? —preguntó con una voz apagada.

—No, he recibido una oferta de una escuela del norte. Voy a aceptarla.

—Y va a dejarle el departamento a Tom El Rápido.

—¿Tom El Rápido? No le entiendo.

—Así es como llamaban a Erlenmeyer. Tom El Rápido y su caja de descargas eléctricas. No sé si recuerda a un paciente al que diagnosticó como psicótico y al que trató personalmente hasta el día en que el pobre desgraciado murió, y no sé si recuerda que en la autopsia se descubrió que tenía un tumor cerebral tan grande como un pomelo.

Smith bajó la mirada al suelo.

—Me acuerdo. Pero equivocarse en ese tipo de diagnóstico es más fácil de lo que se imagina. A menudo el daño cerebral...

—Un tumor tan grande como un maldito pomelo, es increíble que le quedara suficiente cerebro para estornudar. Y por Cristo bendito, por patético que sea, Erlenmeyer sigue siendo el mejor de esos payasos que se arrastran por el departamento de psiquiatría y el centro de orientación. Sceijec es un idiota parlanchín que todavía no ha aprendido a interpretar el Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota, y Rossmoreland desahoga el complejo de inferioridad que lo consume intimidando sistemáticamente a los hombres que entrevista.

Smith volvía a frotarse la rodilla.

—Por desgracia, esos trabajos no están muy bien pagados. Muy pocos psiquiatras de primera categoría los solicitarían. Y dudo —Smith torció el gesto— que se quedarán mucho tiempo.

—En el país de los ciegos, el tuerto es el rey.

El doctor Smith se inclinó hacia delante.

—Usted va a salir de aquí, Paul, y eso es lo que debería tener en cuenta. Ya he escrito un informe de sus progresos, para poder tenerlo listo antes de marcharme, y he anotado todas las recomendaciones que me parecían prudentes para que le concedan la libertad condicional.

—Gracias, doctor —dijo Juleson—. Sabe, toda esa mierda contra Erlenmeyer, no hablaba en serio. Estaba enfadado.

Smith sonrió.

—¿De verdad lo llamaban Tom El Rápido?

—Algunos sí, y ese era uno de los moteos más amables que le ponían cuando daba electroshocks.

—Sí, me lo imagino.

—¿De verdad que Gasolino se muere?

—Murió ayer. De hecho, vivió más de lo que esperábamos. Una vitalidad animal. No estoy de acuerdo con la insinuación del alcaide de que se suicidara. Estaba

avergonzado, desde luego, pero tan solo intentaba olvidar. Los vapores del tetracloruro no lo aturdieron tanto como esperaba, así que bebió un poco. Si sabía que era peligroso, ese fue también un momento en que necesitaba mostrar desprecio por el peligro. Una extraña criatura crepuscular. No creo que supiera que se estaba muriendo.

—Apenas lo conocía —dijo Juleson.

Charlaron un rato más, sobre todo de lo que Juleson esperaba hacer cuando consiguiera la libertad condicional, y el doctor Smith le hizo prometer que le escribiría en cuanto saliera. Cuando Smith se puso en pie para marcharse, los dos hombres se estrecharon la mano, y de nuevo Juleson sintió una amenazadora sensación de pérdida que siguió oprimiéndole durante quince o veinte minutos, hasta que de manera deliberada dirigió sus pensamientos a la libertad condicional. Renacer a los treinta. Una perspectiva tan excitante en algunos aspectos como aterradora en otros. Seguramente ya nunca daría nada por sentado, ni la seguridad más firme ni el placer más vulgar. Trató de imaginar qué intentaría hacer, a qué dedicaría el resto de la vida, pero descubrió que todavía no conocía al hombre en que se había convertido. Se quedó dormido y no se despertó hasta oír el rumor del carrito con la comida por el pasillo anunciando la cena. Le entregaron los platos. Pan, judías blancas, verduras y pastel de carne. El pastel de carne era poco más que estofado servido en un cuenco de sopa metálico y cubierto con una gruesa costra de masa, cocida a parte y colocada como una capa. Juleson eliminó la costra de masa para comerse la carne con pan, y debajo, parcialmente pegado al estofado, descubrió un papelito doblado. Era papel cebolla, empapado en algunos trozos de carne rojiza. Lo abrió y leyó una nota mecanografiada: *Tienes más pelotas de lo que imaginaba, pero solo has ganado un asalto. Si eres listo, te quedarás donde estás.*

No llevaba firma. Furioso, Juleson arrugó la nota y la arrojó al retrete. Rebotó en el borde y cayó al suelo. La siguió con la mirada, como si fuera un avispon cojo, y la aplastó con el pie. A continuación la recogió, la alisó y volvió a leerla. La parte más objetiva de su mente observó de manera automática que hacía mucho que Oberholster no limpiaba las teclas de su máquina de escribir. La «o» minúscula era más una esfera que una circunferencia. Eso le llevó a comprender que tenía pillado a Oberholster. Si llamaba al guardia y denunciaba la nota, podrían demostrar que había sido escrita en su máquina de escribir. Este le había hecho el cumplido implícito de suponer que no denunciaría la nota, y ahora le advertía como a un igual que permaneciera fuera del patio, porque si Juleson regresaba, él quedaría avergonzado y se vería obligado a tomar nuevas medidas. En contra de su voluntad, Juleson se sintió halagado. Se sentó con la nota en la mano preguntándose hasta qué punto su costumbre de ver las cosas con frialdad había quedado menoscabada. Un hombre tenía necesidades, estableció, ese era un hecho constante y primordial de la naturaleza humana. Arranca a Lúculo de su banquete y métele en una jaula con un cerdo y al cabo de pocos días luchará por su porción de pienso. A no ser que lo maten o decida morir. Una verdad

desagradable, si fuera una verdad, y sin embargo parecía que eso era lo que estaba ocurriendo. Había esperado una guerra de demolición, pero ahora sería sometido a una de desgaste, y le resultaba más difícil de soportar. Había creído que la cárcel exigiría que sacrificara parte de su identidad, pero nadie se la había pedido, y sin embargo, célula a célula, había acabado fusionándose con el uniforme que llevaba.

Acabó la cena, y cuando echaba los restos al retrete, arrojó la nota y apretó el botón del agua. Observó cómo la nota daba vueltas por la superficie como los barquitos de papel que doblaba de niño, y a continuación se aceleró dando vueltas en la boca del urinario y desapareció.

A la mañana del décimo día lo sacaron del aislamiento y lo devolvieron a su antigua celda y su programa de trabajo. Le alegró ver a Manning al final de la jornada.

Capítulo 13

Palo estaba echado en su litera, mirando a través de los barrotes. Durante un rato se imaginó que podía transformar los átomos de su cuerpo para que pasaran a su antojo a través de los muros, pero cuando extendió el brazo para agarrar los barrotes se dio cuenta de que eran sólidos. Ahora pensaba en Morris Price. Morris había dejado de trabajar en el globo. Decía que no podía conseguir el tipo de hilo que necesitaba. Hacía poco que a Palo lo habían asignado por las mañanas a la lavandería, y en el altillo que quedaba encima de la lavandería había observado que unos hombres trabajaban con unas máquinas de coser. Debería poder conseguir cualquier tipo de hilo que Morris necesitara. Se inclinó hacia el borde de la litera. Morris seguía leyendo hecho un ovillo en la litera de abajo como si estuviera refugiado en una cueva.

—Eh, Morris —lo llamó Palo con un susurro de conspirador—, ¿qué tipo de hilo te iría bien?

Morris levantó la vista del libro, como sobresaltado.

—Un hilo fuerte —dijo.

—Ya lo sé, ¿pero qué clase de hilo fuerte?

Morris encogió las mejillas en un gesto meditativo.

—Lo mejor sería el nailon.

—¿Utilizan nailon con la ropa?

—No, creo que no.

—Bueno, tú dime lo que tengo que pedir, y yo te conseguiré hilo.

—¿Para qué?

—Para tu bolso, ¿a ti qué te parece?

—Lo que quiero decir es ¿por qué ibas a ayudarme?

—Bueno, somos compañeros de celda, ¿no? Para mí no es ningún problema. Si puedo conseguirlo, lo haré.

—Consigue el tipo de hilo que utilizan para coser lonas. ¿Crees que puedes conseguirlo?

—No lo sé. Pero si hay en la lavandería, te lo traeré.

—Bueno, eso es estupendo.

—No es nada.

Sonó el timbre que marcaba las actividades nocturnas, y Palo se volvió para mirar a través de los barrotes a medida que los hombres iban al gimnasio. Había pasado mucho tiempo en el gimnasio y ya conocía a casi todos los atletas prominentes cuando los veía. Sobre todo a los boxeadores. Los admiraba y al mismo tiempo imaginaba que los haría pedazos si pudiera. Si tuviera tiempo de entrenar. Alcance y estatura, se dijo, tenía alcance y estatura, y podía ser una maravillosa máquina que

castigara sin piedad. Vio pasar a Reuber «Brisa Fresca» Moore, el mejor de los pesos medios, y quiso decirle: «Eh, Brisa Fresca, qué hay», tal como se lo oía decir a muchos otros, y apenas entresabía que Brisa Fresca era negro. La magnífica fraternidad a la que pertenecía lo colocaba por encima de todas las demás consideraciones.

Y sin embargo Palo sabía que algún día destruiría a Brisa Fresca.

Brisa Fresca ignoraba por completo la existencia de Palo. Para él no era más que un chaval flaco y raro que rondaba por el *ring*, y de haber sido consciente de lo que había dentro de la mente de Palo tan solo le habría parecido divertido. A los entendidos les gustaban los boxeadores con clase. Si un hombre sabe moverse ya no ven nada más, y si un hombre es malo con las manos todos quieren arrearle. Es la naturaleza. Pero aquella noche no estaba estudiando boxeo, estaba pendiente de un asunto totalmente distinto.

Bajó ligero los anchos peldaños de metal y le enseñó la tarjeta de identificación al agente de la puerta. El agente tachó el nombre de Brisa Fresca de la hoja de movimientos diarios. En la otra puerta tachó con otra línea la primera anotación para indicar que Moore había regresado al bloque. El recuento de las diez confirmaría que había entrado en su celda. Una red un tanto floja para sujetar a unos peces tan peligrosos e ingeniosos, pero nadie conseguía salir de ella. En gran medida porque en las torres de vigilancia había hombres las veinticuatro horas del día.

Aquellas torres preocupaban a Brisa Fresca porque esa noche no iba al gimnasio. Banales, otro peso medio, lo estaba esperando, apoyado contra una de las vigas que sustentaban el cobertizo para la lluvia.

—¿Todo preparado? —preguntó Banales.

—Sí, vámonos.

—¿Cómo llegaremos al patio de abajo?

—Yo te enseñaré. Tú nunca lo conseguirías.

Se pusieron en marcha, atravesaron la verja, pasaron junto a la caja y las escaleras metálicas que llevaban al gimnasio, y prosiguieron hacia la capilla protestante. En el mundo de Brisa Fresca la capilla protestante era un prostíbulo. Era uno de los lugares en los que podías pagar para pasártelo bien si buscabas un lugar donde echar un polvo, y algunos de sus amigos salían por las noches para asistir a las prácticas del coro varias veces al mes. A veces le decían que fuera con ellos.

—Ven a remojar un poco la polla, Brisa Fresca.

Pero él se negaba. Tenía que entrenar, decía.

—¿Te entrenas para ser monje o qué? —se burlaba uno. Y otro añadía:

—No, Brisa Fresca se entrena para ser un mariquita. ¿No es verdad, Brisa Fresca?

—Me entreno para arrancarte la polla a hostias si no te callas la boca.

Banales preguntó:

—¿No vamos a la capilla?

—No —dijo sonriendo Brisa Fresca—. Vamos a ir por debajo.

Justo debajo de las escaleras de la capilla, oculta parcialmente detrás de estas, había otra escalera circular que descendía hacia un gran pozo de ladrillo. Cincuenta años atrás, esas escaleras habían conducido al legendario Cal y Canto, una de las primeras celdas de aislamiento, donde a los casos más difíciles se les había calmado con camisas de fuerza mojadas, pero ahora el mismo espacio en el que los hombres habían permanecido durante días en la más completa oscuridad se utilizaba como almacén. La puerta nunca estaba abierta y el suelo del pozo estaba cubierto de escombros. Brisa Fresca lo atravesó de puntillas.

—Espero que tus dibujos estuvieran bien —dijo Banales a su espalda.

Brisa Fresca probó a abrir la puerta. Esta se abrió despacio. Olió el aceite que se había aplicado recientemente a los viejos goznes.

—Son de primera —dijo contento. Sonrió con entusiasmo culpable, igual que un niño que ha descubierto un pasaje secreto dentro de las paredes de su propia casa y recuperado su fe en el mundo maravilloso y prohibido que hay más allá del umbral de su experiencia.

—Vamos —le susurró a Banales—. Ahora hay que ir deprisa.

Cruzaron el almacén y se encontraron en el taller de pintura, donde treparon por una ventana hasta llegar al callejón industrial. Allí estaban muy lejos del límite de la cárcel. Una torre dominaba el extremo del callejón, pero consiguieron deslizarse pegados al muro sin salir de las sombras, y cuando llegaron a la otra punta del callejón se arrastraron para cruzarlo.

—Esta es la peor parte —dijo Brisa Fresca.

Doblaron la esquina del taller de maquinaria y aparecieron en una rampa de cemento que discurría por el borde del patio inferior. Ahora podían ver el muro, bañado en luz como si fuera un monumento nacional, y en el que había apostado una torre de vigilancia cada cien metros. Acercarse al muro a esa hora de la noche sería un suicidio. Brisa Fresca se dio cuenta.

—Es una suerte que el plan no consista en subir por el muro —dijo.

—Tío, tío —susurró Banales—. Vamos donde tengamos que ir.

Se arrastraron durante otro trecho al aire libre y se pusieron en pie a la sombra de la sala de calderas. Brisa Fresca hizo sonar el pa-papapapa-papa de la señal convenida en la puerta metálica. De inmediato se oyó el pestillo y la puerta se abrió hacia dentro y dejó una rendija de quince centímetros. Un recluso al que nunca había visto asomó la cabeza.

—Entrar aquí tiene un precio —dijo.

—Ya lo creo que tiene un precio —susurró Brisa Fresca—. No cierres la puerta, mamón.

El desconocido abrió la puerta y la cerró rápidamente a su espalda. De inmediato volvió a colocar el pestillo. Llevaba un mono de mecánico, y era un tipo mayor con la

palidez de un trabajador nocturno. Del bolsillo de atrás le colgaba un trapo negro de grasa. Detrás de él se veían tres enormes calderas colocadas en hilera: la una y la tres estaban en marcha, pero la del centro estaba en silencio.

—Dos paquetes cada uno, chicos.

Los dos se abrieron la chaqueta. Brisa fresca llevaba tres cartones en el cinturón; Banales, dos. Le pagaron al que atendía la caldera, y este se metió los cigarrillos en el bolsillo sin más comentario. Los condujo a la caldera central y abrió la portezuela mientras ellos entraban a rastras uno tras otro. El interior estaba iluminado con una sola bombilla que colgaba de los tubos que discurrían por la curva superior de la caldera, y el aire era denso a causa del olor a humedad recocida de óxido y vapor. Siete hombres estaban arrodillados en torno a una caja rectangular de poca altura forrada con una manta. Uno de ellos tenía el puño por encima de la cabeza, la boca abierta, cuando todos se volvieron y se quedaron mirando la puerta abierta. Sus sombras se arquearon en las paredes redondeadas que tenían detrás, como segundos que rondan solícitos a su púgil.

—Vaya, vaya, sangre fresca —dijo uno de ellos.

—Eh, Brisa Fresca, ¿cómo has llegado aquí?

—Brisa Fresca ha llegado a base de hostias. —Se abrió paso hacia la mesa—. Mi dinero es bueno, ¿no?

—Oh sí, tu dinero es bueno. Tu dinero es el mejor. —Eso lo dijo Cadillac Clemmons, dirigiendo la partida—. Ponte aquí. —Le hizo seña al que lanzaba los dados, un chaval blanco de la sección de halterofilia—. Le toca a él. Tiene un cuatro. A ver qué puede hacer con él. ¿Qué crees que hará con él, Brisa Fresca?

—Creo que lo conseguirá. —Brisa fresca puso dos paquetes sobre la mesa. El lanzador tiró los dados. Le salieron un diez, un seis, un nueve y un siete.

—El siguiente, vamos —dijo Cadillac. Cogió las dos cajetillas de Brisa Fresca.

Brisa Fresca perdió los tres cartones en media hora. Le pidió prestado un cartón a Cadillac y también lo perdió.

—No es mi noche —dijo.

—Los tontos nunca tienen la noche —dijo Cadillac la mar de contento. Le ofreció otro cartón, pero Brisa Fresca negó con la cabeza.

—No, me paro aquí.

Se quedó sentado sobre los talones cerca de la entrada de la caldera, donde podía ver la partida. Los dados centelleaban sobre la manta gris y parecían recoger la luz, concentrarla y reflejarla hacia las caras veteadas de sudor de quienes los veneraban. Los jugadores hablaban constantemente en roncós susurros, y Cadillac le soltaba zalamerías a la suerte, igual que haría con una mujer.

—Vamos, zorríta, sé buena, vamos, zorríta.

La aventura había dejado planchado a Brisa Fresca. Había irrumpido en la gran partida, se había arruinado y ahora experimentaba una apremiante sensación de peligro al haber perdido cualquier esperanza de tener suerte. Perder le hacía sentirse

débil y estúpido.

El ayudante de la sala de calderas abrió la portezuela para servirles café dentro de tarros de mantequilla de cacahuete envueltos con cinta de electricista. Los jugadores hicieron una breve pausa para distribuir el café y Cadillac echó el brazo en torno a los hombros de Brisa Fresca en un gesto amistoso.

—Este es mi primo —anunció—. Cuando me vine a esta cárcel me enseñaron al bueno de Brisa Fresca, y me dijeron: «Este es tu primo durante todo el tiempo que estés aquí. Y si alguna vez te quedas en la ruina, no tienes más que jugar a los dados con tu primo y no te faltará tabaco». ¿No es verdad, primo?

Brisa Fresca levantó la mirada hacia Cadillac. Este era el antiguo campeón de pesos pesados de la cárcel. Cadillac nunca había sido muy rápido, pero sus puños eran como bolsas de cuero llenas de cojinetes de bola. Brisa Fresca sonrió.

—Eres muy gracioso, ¿eh, Cadillac?

—Joder es mi juego, tío, y me gusta. Y también los dados.

—De esto sí que soy testigo.

Se reanudó la partida. Banales ganó un rato, perdió, luego se mantuvo y, finalmente, lo perdió todo antes de que Cadillac anunciara el final de la partida. Eran las nueve menos cuarto.

Cadillac levantó la mano.

—Nos separamos, nos separamos al igual que siempre. Yo voy primero. Nos ponemos en la cola del gimnasio cuando salgan. —Se volvió hacia Brisa Fresca—. ¿Lo pillas?

Brisa Fresca asintió.

—No pasa nada —dijo Cadillac.

Los ganadores dejaron sus ganancias con el asistente de la sala de calderas y uno por uno, separados unos dos metros el uno del otro, salieron por la puerta.

La torre del callejón, la torre doce en el registro, estaba en silencio, demasiado en silencio. De manera extraoficial se sobreentendía que los guardas asignados a ella o bien estaban a prueba o castigados. Ocho horas mirando atentamente un callejón a oscuras, una monotonía rota tan solo por las rondas regulares del viejo vigilante antiincendios, era un trabajo más duro que vigilar el patio. El callejón parecía extenderse en una perspectiva cada vez más estrecha, intensificada por las franjas alternadas de luz y sombra provocadas por la ubicación irregular de las pequeñas luces nocturnas.

Poco antes de las nueve el agente de guardia creyó haber detectado movimiento en una de esas zonas de sombra. Acababa de servirse una taza de café de su termo y regresar a la vigilancia, cuando la oscuridad pareció arrugarse y doblarse. Al principio pensó que era una ilusión, y consideró que a lo mejor era algún gato. Enfocó el reflector en esa dirección, pero solo vio un callejón vacío. Apagó el

reflector y, a medida que sus ojos volvían a adaptarse a la oscuridad, captó otro movimiento, esta vez más definido: un cuerpo grande, demasiado grande para ser un gato, que se movía rápidamente.

Se irguió con un cosquilleo en los sentidos. En las semanas que llevaba trabajando en ese puesto, era lo primero que ocurría. Perdió un momento adaptándose a la novedad. De nuevo el reflector no sorprendió a nadie, pero estaba seguro de que había visto *algo*, y continuó moviendo el reflector con una mano mientras con la otra cogía el teléfono. Le dijo al operador que le pusiera con control. Mientras esperaba que el teniente de guardia se pusiera al teléfono, le preocupó la impresión de que el movimiento que había observado parecía dirigirse hacia el cuerpo principal de la prisión, y no alejarse de él. Pero eso era imposible, ¿por qué iba a volver nadie a la zona de seguridad?

Informó de un posible intento de huida.

Karpstein, el segundo teniente de guardia, preguntó:

—¿Está seguro? —y escuchó las garantías de la torre doce—. De acuerdo, de acuerdo. Mantenga los ojos abiertos. Y buen trabajo.

Karpstein apretó el botón de la alarma general y conectó la megafonía a todas las torres del perímetro. Un número desconocido de reclusos pretendía escapar en el patio inferior. Alertó a la brigada móvil y telefoneó al alcaide, que autorizó un recuento de emergencia. Los reclusos que salían por la noche ya estaban de vuelta en los bloques, y salían de la escuela, el gimnasio, las capillas, la biblioteca y el taller de teatro. Les metieron prisa para que volvieran a las celdas porque se iba hacer un recuento enseguida. El recuento no señaló ninguna ausencia. En aquel momento los agentes que vivían en la residencia de solteros rondaban por la oficina del capitán esperando que les dijeran qué hacer. Karpstein ordenó otro recuento. Esta vez un recuento con identificación. Fueron celda por celda, por todos los bloques, identificando a cada recluso, que tenía que enseñar su identificación, y que ellos luego comprobaban en una lista maestra. De nuevo el recuento fue correcto. Karpstein canceló la búsqueda, lo notificó a las torres, mandó a los agentes de nuevo a la sala recreativa y telefoneó a la residencia del alcaide. A continuación dictaminó que se colocara un «zurullo» en el expediente personal del agente de guardia en la torre doce.

El zurullo fue eliminado varias semanas después al descubrir, como siempre a través de un confidente, que varias veces por semana se celebraba una partida de dados en la sala de calderas. Consiguieron sorprenderlos en plena partida y determinar la ruta que habían utilizado sus hombres para acceder al callejón industrial. La puerta que antes conducía a Cal y Canto quedó soldada.

El alcaide estaba viendo la televisión cuando telefoneó el teniente Karpstein. De inmediato llamó a la oficina del *sheriff* y a la policía de San Rafael para notificarles

una posible alerta que involucraba a un número desconocido de reclusos. Comenzarían a cubrir las carreteras que rodeaban la cárcel como precaución de rutina. Entonces el alcaide llamó al capitán de los guardas a su residencia. Después regresó a la televisión a seguir mirando el programa.

Se quedó aliviado al recibir la segunda llamada de Karpstein. Aunque los problemas eran algo rutinario, seguía conservando la esperanza de evitar que fueran a mayores, y la publicidad provocada por una fuga múltiple dañaría no solo su seguridad personal, sino el futuro de los programas a los que se había dedicado. La prensa podía plantear la pregunta de si era más importante aumentar el grado de instrucción de los presos iletrados para que pasaran de segundo a sexto curso, que mantenerlos perfectamente confinados. Y sería una buena pregunta.

Unos pocos minutos después de la segunda llamada de Karpstein, sonó el timbre y Charlie Wong contestó y dejó entrar al capitán. A la gente que lo conocía de uniforme, Jacob Blake nunca parecía del todo completo sin él. Aquella noche llevaba pantalones y camisa sport, y en lugar de corbata una tira de cuero con borlas en las puntas y ceñida con un cierre en forma de cabeza de toro. El adorno parecía grotescamente frívolo bajo su cara sombría.

—Ha sido una falsa alarma —dijo el capitán.

—Lo sé, Jake, el oficial de guardia me lo ha dicho.

—Sí, se me ha ocurrido pasar por aquí ya que había salido.

—Me alegra que lo hayas hecho. ¿Quieres un poco de café?

—No sé, es un poco tarde.

—¿Y un té?

—Muy bien. Gracias.

—Charlie —llamó el alcaide.

—Charlie apareció en la puerta de la cocina.

—Sí, señol.

—Prepara un té al capitán. —Señaló el televisor—. Y apaga eso. —Cuando Charlie se hubo retirado a la cocina, el alcaide sonrió—. Siéntate y cuéntame qué te ronda por la cabeza, Jake.

El capitán le devolvió la sonrisa al alcaide. Llevaban años trabajando juntos, y no tenían secretos el uno para el otro.

—Es Oberholster —dijo—. Ese al que los convictos llaman Hielo Willy. Quiero ponerlo en cintura.

—No necesitas mi permiso para eso.

—No hay manera de trincarlo. No parece tener ningún punto débil. No puedo hacerle nada de manera reglamentaria, a no ser que lo acuse de apostar. A lo mejor conseguiría que esa acusación se sostuviera. Pero es poca cosa. El comité lo mandaría una temporada a aislamiento y luego volvería a estar en el patio.

El alcaide negaba con la cabeza y tenía una expresión atribulada.

—Si no puedes trincarlo por apostar, tendrás que esperar a poder demostrar algo

más grave.

El capitán se dio una palmada en la pierna.

—Sabía que dirías eso. Pero quiero decirte una cosa, Mike, estoy hasta aquí de ese cabrón paliducho... —Se llevó el borde de su manaza a la altura de la garganta—. Si por mi fuera, lo metería en aislamiento y tiraría la llave.

—Eso no me gusta. Creo que tenemos que actuar según las reglas. Eso es lo que se nos pide que hagamos, y cuando hacemos caso omiso de las normas, tan solo para facilitarnos el trabajo, entonces lo único que conseguimos es confirmar lo que ellos quieren creer a toda costa: que no somos mejores que ellos.

—Sí, sí —asintió el capitán; había oído lo mismo muchas veces y seguía sin estar convencido—. Pero Hielo Willy es un caso especial.

Se interrumpió cuando Wong salió de la cocina con el té. La mirada de Wong era tan meliflua como siempre.

—Hielo Willy —dijo Wong—, hombre muy malo. Muy malo. —Cuando se inclinó para servir el té, ocultaba la cara y ponía una leve sonrisa.

El capitán Jacob Blake había salido un tanto desasosegado de su visita al alcaide. Era un hombre de tolerancias equilibradas y meticulosamente controladas, y tomar un té fuerte a esa hora de la noche lo había alterado. Se quedó un momento al pie de la entrada para coches del alcaide —la oscuridad estaba suavemente perfumada— y miró por encima de la cúpula modernista de la cafetería de los guardias, donde la bahía batía con una leve fosforescencia. Una isla asomaba, un poco más oscura que el cielo, igual que la espalda de un animal medio sumergido. Se acordó que desde aquella isla la cárcel parecía quedar atrapada en la telaraña de sus propias luces. Se volvió y levantó la mirada hacia las ventanas oscuras de la torre del arsenal, sabiendo que con toda probabilidad el agente allí destinado lo estaba observando a través de sus gafas de visión nocturna. Levantó la mano y la movió en un gesto parecido a un saludo. A continuación se encaminó hacia la verja principal.

Entró en la cárcel y se dirigió a su oficina, donde pidió el expediente de Oberholster. La carpeta pesaba de tantas cartas de chivatos como había reunido el alcaide, y estaba desgastada por el mucho interés que le prestaban las autoridades. El capitán se puso a estudiar otra vez los sumarios y las cronologías, esperando que se le ocurriera algún plan factible.

Dos lagartos secos, montados sobre una placa, adornaban su escritorio. La cabeza del lagarto más pequeño estaba en la boca del mayor. Nadie sabía qué interpretación le daba el capitán a ese símbolo, si es que le daba alguna.

En la pared que quedaba delante de su escritorio había una exposición de armas requisadas en diversos registros a lo largo de los años. Iban desde un picahielo fabricado con el acero de una herramienta y perfectamente acabado, como un instrumento quirúrgico, hasta una enorme espada de filo dentado con asa de madera

envuelta en hilo de cobre. Había una docena de diferentes tipos de porras y cachiporras y diversos puños americanos. Había un tirachinas metálico para disparar cojinetes de bola, con el cual algunos convictos se habían divertido rompiendo bombillas, y una ballesta construida específicamente para matar a un agente. La flecha había acabado en la pared, a pocos centímetros de la cabeza del agente. Y diversas pistolas de fabricación casera. La exhibición formaba parte del antídoto del capitán contra la sensiblería del alcaide.

Cuando cerró el expediente no tenía un plan, sino dos, y pensaba ponerlos a prueba. Llamó al teniente Olson y habló con él un buen rato, y cuando colgó parecía satisfecho.

El capitán tomó la iniciativa cuando dos días más tarde le presentaron un informe disciplinario de Lester Moon, también conocido como Sociedad Rojo. En él se daba a entender que Moon se había peleado con su compañero de celda. Este, un tal Luther Turnipseed, que cumplía su primera condena, había salido de la celda cuando la habían abierto por la mañana, y presentado una denuncia en la oficina del bloque. Un examen posterior determinó que sufría una fractura de la muñeca izquierda, un desgarrón en el cuero cabelludo y numerosas magulladuras, incluyendo un ojo que se le había hinchado y adquirido el morado reluciente de una berenjena. Cuando le pidieron que explicara su estado, Turnipseed afirmó que se había caído de la litera de arriba. Oyeron preguntar al enfermero que le atendió: «¿Cuántas veces?»

Dejar que te golpeará un atacante desconocido suponía una violación de las reglas, una estrategia que, a veces, mejoraba la memoria de la víctima. Pero como Turnipseed había sido aporreado en su propia celda no era muy difícil determinar a quién culpar. La acusación proporcionó al capitán una de las excusas que buscaba. Llamó a los dos hombres a su despacho.

Charló un rato con Turnipseed, un joven de pelo corto y rubio con una cara rojiza e insulsa y ojos azules y avergonzados. Turnipseed seguía afirmando que se había caído de la litera de arriba, pero al capitán le quedó claro que no heriría los sentimientos de Turnipseed si lo llamaba mentiroso. En el tono de Turnipseed apareció un gimoteo santurrón que inmediatamente anuló cualquier simpatía que pudiera haber provocado la muñeca fracturada y la cara magullada. El capitán acabó comprendiendo que Sociedad Rojo, encerrado con ese hombre en una angosta celda, hubiera acabado perdiendo los estribos. El propio capitán, y eso que su paciencia era la de Rojo elevada a la enésima potencia, se vio impulsado a fingir que creía la historia que Turnipseed rechazaba con tanta vehemencia. Despidió a Turnipseed y llamó a Rojo.

Rojo y el capitán eran viejos antagonistas, y a lo largo de los años había crecido entre ellos un reacio respeto mutuo. A ojos del capitán, a Rojo lo redimía su sentido del humor y su carácter carente de maldad. Manejaba a Rojo con la irónica tolerancia

que había mostrado hacia una mula vieja pero todavía rebelde. Rojo respetaba al capitán porque este siempre había sido justo con él. En el patio se decía que Jacob «Caradepiedra» Blake prefería darle una patada en el culo a un convicto a follarse a su señora, pero esa no había sido su experiencia con el capitán. El capitán le había dejado salir indemne de algunas acusaciones cuando debería haberlo castigado, y Rojo seguía estando agradecido. Eso no significaba que fuera a llegar al extremo de olvidarse de quién era y decirle la verdad al capitán, y el capitán tampoco esperaba que lo hiciera.

—Hay una acusación contra ti, Rojo.

—Ya me lo imaginaba, capi.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis ido por las malas?

Rojo fingió asombro.

—¿Luther Turnipseed y yo? Si somos la mar de amigos. Esa caída me duele tanto como a él.

Un brillo amarillento de humor se agitó en los ojos grises del capitán, algo que para él equivalía a una gran sonrisa. Los demás guardias afirmaban que, a veces, sonreía cuando no estaba de servicio, pero eso era algo que había que aceptar como un artículo de fe, al igual que la existencia del abominable hombre de las nieves se acepta o se rechaza según el crédito que uno otorga a informes lejanos y privados.

El capitán añadió:

—A Turnipseed lo han herido y magullado de maneras variadas y en diferentes lugares, por lo que resulta difícil aceptar la explicación de una caída de la litera.

—A veces, ocurren accidentes. Y algunos son de lo más raros.

—¿Y cómo es que Turnipseed ha quedado tan perjudicado?

—Bueno, se cayó justo en medio del edificio del Capitolio, justo encima de la gran cúpula.

El capitán cogió un lápiz y examinó la goma de borrar roja.

—Eso me lo tendrás que explicar, Rojo.

—Desde luego. Estaba construyendo una maqueta del Capitolio del Estado. Le dije que cuando acabara se lo regalaría al gobernador, para ganar puntos, y luego va ese zoquete cabrón y se cae de la litera justo encima de la maqueta.

—¿Utilizabas madera de balsa?

—No, pino, lo que llaman pino blanco. Ya sabe que la madera de balsa no le hubiera dejado esas marcas a mi amigo Luther.

El capitán se inclinó a un lado, abrió un cajón y sacó una ficha que estudió brevemente.

—Mala suerte, Rojo —dijo—. Aquí no consta que hayas comprado madera para trabajos manuales. O sea que, o bien le atizaste a Turnipseed o bien trabajabas con madera de contrabando. ¿Qué eliges?

—Odio decirlo, y a lo mejor eso pone en un apuro a sus empleados, pero compré legalmente esa madera.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos seis años.

El capitán asintió lentamente. De nuevo comprobó las entradas en la ficha, y ahora le dio la vuelta. Al cabo de un momento levantó la mirada, aún sin expresión, pero su enorme pulgar daba golpes al borde de la ficha.

—Esa madera es el único producto que has comprado para practicar algún *hobby* en todo el tiempo que has estado aquí.

—Es cierto. No le he dedicado mucho a mi *hobby*. He pasado casi todo el tiempo intentando mejorar mi inteligencia, excepto las noches que dedico a ese edificio del Capitolio. Ahora ha quedado totalmente destrozado.

—Creo que podemos olvidarnos del edificio del Capitolio por un momento y volver a tu problema con Turnipseed...

Sonó el teléfono del capitán y se interrumpió para contestar.

—Sí —dijo, y frunció el ceño mientras escuchaba.

Rojo se medio volvió para mirar la exposición de armas. Ya las había examinado anteriormente, y de hecho había visto algunas antes de que acabaran en la pared del capitán. En un lugar de honor, observó la pistola hecha a mano con la que Reynolds y Hahner intentaron huir en el 48. Habían secuestrado a un miembro de la junta de la condicional y se lo llevaron como rehén. Fue el último intento de fuga con clase. Ahora, cuando planeaban alguna fuga, procuraban no llamar la atención un par de años hasta que conseguían un trabajo de mínima seguridad, y entonces se perdían en la noche. Incluso aquellos que conseguían fugarse volvían a ser atrapados con asfixiante regularidad. La policía de alguna pequeña población los paraba porque conducían un coche robado; los vecinos veían sus fotos en la tele; sus esposas los denunciaban por rencor y sus madres por su propio bien. De una manera u otra regresaban con alguna historia que contar.

El capitán seguía al teléfono. Rojo no estaba preocupado. Sabía que saldría bien del interrogatorio. Cuando Caradepiedra te tenía pillado no perdía el tiempo con chácharas. Rojo no tenía otra alternativa que seguir mintiendo —era lo más honorable—, pero aun cuando contara la verdad, el capitán tampoco lo creería.

Turnipseed, ese asqueroso fanático de Jesús, había llegado a la celda de Rojo con una Biblia, un crucifijo de plástico, tres tubos de pastillas de antiácido Tums, un frasco de Alka Seltzer, un vaso de papel lleno de laxantes y una caja de almohadillas para los pies marca Dr. Scholl. Rojo había observado ese botín con triste aprehensión. Ya era bastante malo tener que compartir la celda con alguien medio normal, por no hablar de algún chalado de las baratijas. Turnipseed no perdió tiempo a la hora de exponer su principal obsesión. El mundo había llegado a su fin.

Aquello iba a ser peor de lo que Rojo había pensado.

—Dios mío —gruñó de manera involuntaria.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Amén! —afirmó Turnipseed ante lo que él había confundido con una oración.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó Rojo.

—Un mes, quizá. Puede que más. —Turnipseed lanzó una mirada en dirección al techo de cemento—. Solo el Hombre que hay allí arriba lo sabe.

—¿Te refieres a Mandíbula de Cerdo de la quinta galería? ¿Él lo sabe?

—¡Mandíbula de Cerdo! Me refiero a Cristo Resucitado.

—Bueno, ya me avisarás si te dice algo. Me deben algunas cosas y quiero cobrarlas antes de que sea demasiado tarde.

Pero por entonces Turnipseed ya había comprendido que se burlaban de él y comenzó a amenazar a Rojo con detalles concretos. Rojo estaba a punto de hincharse y estallar como un escarabajo en una hoguera. Pero antes de eso iba a resecarse de sed hasta que se estrangulara con su propia lengua hinchada. Rojo imaginó que como ya había jugado dos veces al dominó con Turnipseed, este le dejaría descansar, pero su compañero de celda tenía una imaginación tan viva como vigorosa, y resucitó a Rojo para poder congelarlo lentamente y ver cómo lo devoraban unos perros salvajes...

—Mira —lo interrumpió Rojo—. Si se acaba el mundo, pues se acaba. No he comprado ningún billete de ida y vuelta. Y ahora da un poco de descanso a la sin hueso para que pueda seguir leyendo este maldito libro. Tengo que devolvérselo a Hielo por la mañana.

Turnipseed dejó escapar una serie de tres soplidos, luego un redoble de desaprobación y se puso a hacerse la cama. Sacó cuatro grandes imperdibles con los que ancló las sábanas. Después se quedó en calzoncillos y se sentó en el retrete para cortarse las uñas de los pies con una navaja de afeitar.

A Rojo aquel libro de pervertidos sexuales le parecía un timo, demasiado sano para ser un auténtico L y L: los párrafos sexuales habían sido abreviados, y estimulaban tan poco a Rojo como las cópulas de los muñecos Ken y Barbie. Le gustaba que las zorras fueran marchosas. Al cabo de un rato dejó el libro abierto sobre el pecho y se puso a estudiar algo mucho más interesante en el fabuloso cinemascopio de su imaginación.

En sus fantasías Rojo asumía el papel de tío enrollado que domina el cotarro, papel que interpretaba en la vida, pero que estaba a años luz de corresponder a la realidad. Tenía los ojos, ahora sin pestañas, chulescos, insolentes, astutos. El pelo, tupido y de un color vivo como la cola de un zorro, le formaba un tupé sobre la frente como la visera de una gorra. Sus caderas enjutas estaban enfundadas en unos Levi's, y los músculos de las piernas llenaban la fibra decolorada por el sol de su ropa resistente y enormemente simbólica. Siempre acababa dominando aquello a que se enfrentaba.

Cuando entraba en una cervecería o en un cafetín siempre había un momento de respetuoso silencio en el que todos lo observaban mientras los tacones de sus botas hacían crujir el suelo con una absoluta autoridad masculina, e incluso la imaginación más embotada era capaz de aportar el tintineo espectral de unas espuelas fantasmas, a

las que seguía una nube de discretos susurros cuando los que lo conocían comentaban con los que no le conocían: «Es Sociedad Rojo. Tiene una picha más larga que cincuenta dólares de cordones de zapatos, y una paciencia tan pequeña que podrías perderla en el culo de un mosquito. Más te vale andarte con ojo cuando estés cerca de él».

Y las zorras: a todas se les ponían ojitos y se les aflojaban las rodillas, a todas menos a una, siempre la principal del grupo. Es pálida y guapa de cojones, con una expresión huraña; observa a Rojo con un frío desdén mientras él se le acerca.

—Soy Sociedad Rojo.

—Eso no me dice nada. —Tiene los dientes pequeños y afilados.

—¿Cómo te llamas, nena?

—Naomi —dice ella a lo mejor. O quizá—: Cora Bell. —Tiene la piel blanca y tan delicada que se le ven claramente las venas azules en las sienes, y Rojo sabe que las tetas tendrán una decoración parecida.

—Vamos a hacerlo tú y yo, Cora Bell. Puedo darte placer de cien maneras distintas.

En los ojos de porcelana de Cora Bell hay un brillo desdeñoso.

—No le darías placer ni a una mula sin patas.

Él la abofetea; los dedos le cosquillean de placer, y cuando echa la cabeza hacia atrás ve que la boca se le ablanda.

Generalmente en este momento aparece un hombre trajeado. Es el típico dandi, pero Rojo nunca lo hace aparecer como una figura ridícula. Tiene los bolsillos llenos de ingeniosos cuchillos, pequeñas navajas automáticas extranjeras, y puños americanos de acero inoxidable. A veces tiene los músculos entrenados en diversas artes letales —judo, karate, lucha neoespartana— y a veces es campeón de boxeo. Pero siempre le delata el brillo del esmalte de uñas, la raya del pelo, el resplandor de la brillantina en el bigote.

—Cora Bell —dice—, ¿este tipo te está molestando?

Tras un intercambio de elaborados insultos en voz baja, luchan, y Rojo domina al dandi sin ninguna dificultad. Cuando no lo deja fuera de combate, el dandi demuestra ser un mal perdedor, y cuando Rojo se acerca de nuevo a Cora Bell, el dandi intenta acercársele sigilosamente, generalmente con un cuchillo o una botella rota. Pero Rojo, advertido al ver cómo se ensanchan los ojos de Cora Bell, siempre se vuelve a tiempo para contestarle con un golpe de tacón en la boca. Siempre, después de ese encuentro, los ojos de Cora Bell lo miran con una admiración sin reservas antes de regresar a su anterior expresión de aburrido desinterés. Entonces sabe que la tiene en el bolsillo.

—Zorrita de seda —le dice—, vamos a dar un paseo tú y yo.

—No tengo ganas de paseos.

Pero Rojo ya está harto de jugar, la coge y se la lleva en brazos. Ella le rodea el cuello con sus brazos. Sin transición están solos. A veces en medio de un pinar, al

borde de un prado, entre el cálido aire de la noche y el lecho acogedor de las agujas de pino. A veces, en un granero en medio del heno seco y áspero mientras un cedro tiembla con la lluvia, y una lámpara Coleman susurra colgada de un alambre. Algunas veces, en su habitación, con grandes y suaves almohadones de plumas y edredones azul pálido, en el sofocante olor de sus distintos aromas, entre los volantes de su fina ropa interior, y Rojo está ahí tendido como una pantera en el cesto de seda de un gatito atigrado.

Siempre hay bastante luz para que él pueda verla desvestirse, cosa que lleva mucho tiempo. A veces ella le hace algún numerito, menea el culo mientras le dice: «Dime qué vas a hacerme, papi. Dime qué vas a hacerme».

—Voy a empujarte como un camión, nena.

Curiosamente, más allá de este punto, se le hacía difícil concentrarse en los detalles, y Rojo se agarraba a una pequeña porción de su sueño todavía iluminada en un brillante rincón de su mente. Quizá era solo la ilusión del aliento de Cora Bell, esforzada y contagiosa junto a su oído, o la increíble delicadeza de sus tetas, como globos de luz. A veces sentía la presión de sus tobillos sobre los muslos, pero eso era todo. Canturreaba:

—Hazlo, nena, házmelo bien. ¡Házmelo bien! ¡Bien! ¡Bien!

—¡Qué asqueroso! —dijo Turnipseed.

Rojo se dio la vuelta y se encontró con que Turnipseed lo miraba fijamente, con una expresión de repugnancia y parpadeando rápidamente. Rojo negó con la cabeza.

—¿Cuánto llevas aquí? —dijo.

—Dos años.

—¿Quieres decirme que llevas dos años enteros en esta cárcel y todavía no sabes cuándo hay que dejar a tu compañero de celda en paz unos minutos?

—No estoy de acuerdo con eso —dijo Turnipseed con una voz fina.

Rojo era incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Que no estás de acuerdo con eso?

—Te destruye.

—Mira, tío. Si agarrarte la picha pudiera destruir a alguien, me habría convertido hace años en una masa informe.

—Sigo sin estar de acuerdo con eso. —La cara de Turnipseed era de un carmesí más profundo, y miraba fijamente un punto por encima del hombro de Rojo—. Tienes que controlar tu naturaleza.

Rojo explotó.

—No tengo nada que decirte, gilipollas. Vete a tu piltra.

Turnipseed se agachó y desapareció en la litera de abajo, y Rojo, ahora que había perdido el hilo, regresó a su libro. Cuando la luz se apagó reemprendió el trabajo que había empezado, pero al escuchar el farfullar de Turnipseed debajo de él con la implícita condena moral que conllevaba tuvo un efecto perturbador, y ya no pudo continuar. Rojo decidió esperar a que Turnipseed se durmiera, pero al parecer este no

acababa de dormirse nunca.

Aquello continuó durante una semana. Por muy sigilosamente que Rojo se aproximara a su placer, Turnipseed parecía estar al instante al corriente de ello. Comenzaban los bufidos de viva desaprobación. Se ponía en pie y se quedaba delante del retrete durante quince minutos, o encendía una cerilla y buscaba algo en la estantería. Rojo estaba dispuesto a reconocer que Turnipseed era clarividente, porque eso ocurría a las once, a las doce, y, si Rojo se quedaba despierto, volvía a ocurrir a la una.

Al final el alivio le llegó en forma de sueño húmedo, pero el sueño asustó a Rojo. La chica, una chica que había conocido en la vida real, se convertía en un animal debajo de él, y se despertó saltando de la cama para alejarse de ella.

Era muy temprano. El bloque estaba totalmente en silencio a excepción de un lejano suspiro, la respiración de grandes demonios indolentes procedente de los conductos de calefacción de la planta de abajo. Entonces Rojo oyó una desgarradura, como si Turnipseed, en la litera de abajo, rasgara ropa con movimientos bruscos y breves. Rojo se inclinó para mirar la litera de abajo y descubrió que Turnipseed dormía y roncaba. Se apoyaba en el almohadón, incorporado, prácticamente sentado, y delante de él había un pañuelo que colgaba de los muelles de la litera de Rojo. Vio que cuando el peso de su cuerpo se desplazaba en la litera, el movimiento se comunicaba al pañuelo a través de los muelles, y de ahí a Turnipseed, si este hubiera estado despierto.

Rojo se bajó de la litera y comenzó a atizarle a Turnipseed. Ya le había dado un par de puñetazos antes de que se despertara.

Cuando el capitán colgó, era evidente que tenía otra cosa en la cabeza. Le lanzó a Rojo una mirada ausente.

—Vas a librarte de esta, pero no vuelvas por aquí con una acusación sólida porque acabarás en el módulo de aislamiento.

—Gracias, capitán. —Rojo se sacó la gorra del bolsillo y se la puso en la cabeza. Cuando se lo hubo colocado, se levantó.

—Otra cosa —dijo el capitán—. Le haces de corredor de apuestas a Hielo Willy... —Rojo abrió la boca, pero el capitán levantó la mano—. Ya lo sé, lo negarás. Pero yo también estoy al corriente de casi todo lo que ocurre en el patio. Sé que coges apuestas para Oberholster. Muy bien. Y ahora un aviso para navegantes. Aléjate de él. Pronto Oberholster no será nadie. Mantente alejado una semana o dos... búscate otro chanchullo.

El capitán se quedó mirando a Rojo hasta que este dijo «entendido» y se dio media vuelta, pero se detuvo cuando tenía la mano en el pomo de la puerta.

—Hielo es honesto —dijo—. Sus apuestas son honestas, nunca engaña nadie. El próximo podría ser un capullo poco de fiar.

—Tengo razones para creer que el año pasado Oberholster hizo que les dieran una paliza a cinco hombres. Uno de ellos murió. Está acabado. Dile que yo lo he dicho.

—Lo haré, capitán.

El capitán se recostó en su silla.

—Rojo, y que esto quede entre nosotros, ¿para qué demonios compraste toda esa madera?

Rojo sonrió.

—Hace seis años todavía tenía bastantes agallas, y era un culo de mal asiento, y me dije que podría construirme una especie de planeador y salir volando de estos muros. Pensé mucho en ello, pero nunca llegué a empezar. De todos modos el pino habría sido demasiado pesado.

Después de que Rojo saliera de la oficina, el capitán se permitió una sonrisa. Se preguntó si había algún otro lugar en el mundo, aparte de una cárcel, donde se pudiera encontrar a un hombre como Lester Moon. Posiblemente en el ejército: se imaginaba a Rojo en la armada, una rata de calabozo, desde luego, un marinero que navegaría hasta llegar a la edad de jubilación. A lo mejor en alguna pequeña población del sur podría salir adelante como pariente de todo el mundo y tonto del pueblo. Posiblemente en los primeros años de la colonización del Oeste se hubiera abierto camino desempeñando algún oficio marginal: el capitán se imaginaba a Rojo conduciendo el vagón de los víveres o una reata de mulas, pero pensándolo bien, aquello parecía una escena de comedia.

El capitán apartó sus pensamientos de su mente; tenía otras cosas que considerar, pero primero anotó que tenía que mandar llamar a Nunn en los próximos días y decirle lo mismo que le había dicho a Rojo.

A continuación salió de la oficina, cruzó la verja principal y se dirigió a la sala recreativa de los agentes, donde se celebraba la Cuarta Exposición Anual de Arte en la Prisión. Habían cogido a un visitante civil intentando meter uno de los cuadros en su maletín. Al capitán no le sorprendió. El año anterior los cajeros reclusos habían recibido cuatro cheques falsos y un billete de diez dólares también falso.

Hielo simplemente se encogió de hombros cuando Rojo le contó que Caradepiedra le había dicho que estaba acabado.

—¿Te da igual? —preguntó Rojo.

Hielo levantó la mirada hacia el cielo gris como si estuviera más interesado en determinar las probabilidades de que lloviera que en cualquier cosa que hubiera podido decir el capitán. Entrechocó los zapatos sin ningún ritmo concreto.

—No es que me llene de alegría, pero tampoco me asusta. Hay una cuestión que siempre se te pasa por alto, Rojo. —Hielo había adoptado su tono pedagógico, e hizo una pausa para asegurarse de que Nunn también lo escuchaba—. Estamos en guerra. Los guardas son el ejército del país contra el que luchamos. Puede que no te guste, pero tampoco es una sorpresa descubrir que el enemigo va armado. ¿Lo entiendes?

—Ya —dijo Rojo.

—Lo entiendes, pero no te gusta.

—Van a ponerlo todo patas arriba, Hielo, y nos ha ido bien.

—Si lo que quieres es seguir la tranquila rutina, más te vale coger una fiambarrera e irte a trabajar, porque no hay ningún motivo por el que te pasees por aquí encorvado y tristón con un número en el culo. Hay muchos lugares más cómodos que la cárcel si estás dispuesto a pagar el precio de permanecer en ellos. A mí nunca me ha apetecido ese tipo de vida.

—Dice que este último año has ordenado que dieran cinco palizas —dijo Rojo.

—Me da más mérito del que merezco.

—Eso es lo que intenté decirle.

Nunn habló para preguntar:

—¿Por qué crees que se ha tomado la molestia de mandarte un aviso?

—Creo que intenta jugar con mi cabeza. No es lo bastante caballero como para mandar un maldito desafío. Si nos tuviera cogidos por las pelotas empezaría a retorcerlas. Está poniendo un poco de mierda en la partida: es la guerra psicológica.

—¿Crees que es eso, Hielo? —preguntó Rojo.

—Eso es lo que parece.

—Me dijo que rompiera mis relaciones contigo.

Hielo puso una mirada severa.

—¿Y?

—No pienso hacerlo. Demonios, no lo haría ni aunque fuera a pegarme un tiro por la mañana.

Nunn sonrió, y en sus ojos hubo una expresión satírica y un tanto amarga.

—Eso es un poco más de lo que Hielo exige.

—Recibido —dijo Hielo. Le dio una palmadita a Rojo en el brazo—. Eres todo corazón —le dijo. Rojo puso una sonrisa incómoda sintiendo un afecto por Hielo que nunca sería capaz de expresar. Escuchó, por una vez sin celos, cómo Hielo y Nunn decidían las medidas prácticas que tomarían ante la advertencia del capitán. Decidieron congelar, por el momento, el tráfico de inhaladores nasales. Había una provisión de unos ochenta tubos ocultos en el gimnasio y ahí seguirían, y solo los utilizarían para su propio uso y el de algunos amigos importantes. Pero continuarían con las apuestas. Si lo dejaban, se encargaría otro, y sería mucho más difícil recuperarlo que perderlo. Puesto que desde la muerte de Gasolino habían perdido a su cobrador, no era necesario tomar ninguna decisión con relación a futuros cobros. Hasta que tuvieran a otro cobrador se lo tomarían con calma, cosa que tampoco estaba mal.

Una vez decidido todo eso, se pusieron a charlar de los viejos tiempos y comenzaron a discutir acerca de quién era el mejor luchador, peso por peso, de todos los tiempos. A Hielo le gustaba Sugar Ray Robinson, y a Nunn, Harry Greb. Aquella discusión no significaba nada. Ninguno de ellos había visto combatir a ninguno de los dos púgiles. Citaban sin mucha literalidad lo que habían leído de una u otra autoridad,

y Nunn defendía a Greb porque rechazaba el presente, la época que estaba viviendo. Todo lo bueno había desaparecido del mundo el día de su nacimiento.

Capítulo 14

Cuando Hielo regresó a su celda para el cierre de las cuatro, se encontró a otro hombre. Durante un momento se dijo que acababa de pillar a un ladrón de celdas, pero entonces se dio cuenta de que la litera de arriba estaba hecha, y el inmediato temblor de repugnancia que experimentó fue similar a la sensación de cuando lo tocaba alguien que le desagradaba. Parpadeó brevemente a través de sus nervios como el frío resplandor químico de la fosforescencia, y dio paso a una cólera igualmente fría. Le pagaba un cartón al mes al recluso que dirigía las oficinas de psiquiatría para que en la ficha de su celda apareciera: *Debe estar solo en la celda*. Fat Abbott no estaba atendiendo su negocio.

Cuando Hielo le echó un vistazo a su nuevo compañero de celda fue como si examinara una molestia que hay que arreglar: un fregadero atascado, un retrete que no funciona. Un mocoso, se dijo Hielo, y tan arraigada estaba su costumbre de verse mayor de lo que era que no se le ocurrió que ese «chaval» tenía, como mucho, uno o dos años menos que él. Era un muchacho menudo, flaco, bien parecido, oscuro de cabellos y de vello, tanto que su tez parecía pálida. Se le veía un tanto incómodo, evidentemente avergonzado de encontrarse en la residencia de otro hombre, y se resistía a parecer cómodo hasta que se le concediera algún tipo de permiso.

—Hola —dijo cuando Hielo entró en la celda—. Supongo que vamos a ser compañeros de celda. —Hielo no contestó y el muchacho añadió a la defensiva—: Me han dicho que viniera aquí.

—Eso parece —dijo Hielo.

El chaval tocó la litera de arriba.

—Esta cama estaba vacía.

—Exacto, pero no te apoltrones aquí arriba.

Se quedaron junto a los barrotes para el recuento. A Hielo, con el muchacho al lado, la celda le pareció de repente más pequeña. Por primera vez en varios años sintió la realidad de su confinamiento. Se medio volvió para examinar la celda. En ella todo era mejor que en la mayoría. El colchón de su cama procedía del hospital, así como las mantas. El retrete tenía asiento. El lavamanos contaba con un grifo de agua caliente, un lujo increíble instalado con materiales traídos en connivencia con los guardas, gracias a una orden falsificada. Las paredes estaban recién pintadas, y el suelo cubierto de alfombras de desecho. Las estanterías tenían cortinas hechas de un material caro robado durante la redecoración de la residencia del adjunto del alcaide. Comparada con las celdas que tenía a cada lado, la de Hielo era lujosa, y generalmente así era como la consideraba, pero aquella noche comprendió que no era más que una caja de cemento en la que se veía obligado a permanecer a punta de pistola.

Cuando acabó el recuento, Hielo le dijo el chaval:

—Ve a lavarte.

—Ya lo he hecho. Gracias.

Había algo afectado en la entonación del chaval. Cada sílaba estaba separada y meticulosamente acentuada. Y movía las manos de una manera extraña, como si estuvieran sujetas a su cinturón mediante unas breves cuerdas. Hielo se lo quedó mirando, intentando definir el asomo de suspicacia que experimentaba; a continuación se encogió de hombros y pasó junto al muchacho para ir al lavamanos. Se lavó cuidadosamente, se aplicó crema incolora en el pelo y se lo peinó hacia atrás. Unos años atrás tenía el pelo tan rubio que parecía blanco, pero ahora comenzaba a oscurecerse, excepto durante los meses de verano. La cara que lo observaba desde el estrecho espejo significaba menos para él que la ilustración de una revista. Limpió el cepillo con el peine y lo colocó de nuevo en la estantería. A continuación se acomodó en la litera a la espera de que los llamaran para cenar y planeó qué podía hacer para sacar a ese chaval de la celda.

Cuando sonó el timbre, primero abrieron las galerías superiores. A los pocos momentos vio las piernas de Rojo y sonrió al verlas vacilar; comprendió que Rojo había echado un vistazo al chaval de la litera de arriba y supuesto que no era la celda de Hielo. Comenzó a pasar, vaciló de nuevo y se dio media vuelta. Rojo se acuclilló para echarle un vistazo a Hielo.

—¿Qué pasa? —preguntó dirigiendo los ojos en dirección a la litera de arriba.

—Alguien ha metido la pata.

—Desde luego. —Rojo puso una amplia sonrisa maliciosa que a Hielo ni le gustó ni comprendió.

En cuanto soltaron a Hielo y recorrieron la galería hacia las escaleras del centro, Rojo se inclinó para susurrar:

—Ese chaval es marica.

—Rojo, para ti hasta el alcaide es marica.

—No, te lo digo en serio, Hielo, ese chaval es marica. Cuando esta mañana apareció en la hilera de los novatos yo paseaba por el patio con un tipo que lo conoció en Tracy. En Tracy ese chaval era una loca. Lo llamaban Caramelito.

—¿Eso te lo dijo el tipo?

—Él estuvo allí.

—Sabes, Rojo, hace unos días alguien me dijo que eras marica.

—Hielo, solo quiero tenerte al corriente. A la mierda lo que dijo ese tipo de Tracy. Pero ese chaval se contorneaba por el gran patio como si tuviera licencia para desmadrarse, y si no es marica entonces Marilyn Monroe no es un coñito. Ojalá esos cabrones me lo hubieran puesto en la celda.

—En eso sí estamos de acuerdo. Ojalá lo hubieran hecho.

Entraron en el comedor y comenzaron a avanzar muy despacio por la larga fila que llevaba a las bandejas de comida. En la pared que había encima de ellas un

enorme mural representaba la historia del estado. El cuadro nunca había ido más allá de un dibujo a pincel en varios tonos de siena tostado, pues el recluso artista había obtenido la libertad condicional antes de llegar más allá de la primera capa de pintura. El avance de Rojo y Hielo hacia su cena iba más o menos sincronizado con el avance de la historia de California. Pasaron junto a las primeras tribus indias y los conquistadores, y cuando estaban detrás del padre Junípero Serra y este levantaba la mano para bendecir a un grupo de indios conversos, Rojo preguntó:

—¿Vas a aprovecharte de ese marica?

—Ya sabes que eso no me va.

—No entiendo por qué. Podrías hacerlo.

—¿Eso crees? —dijo Hielo distante.

—Bueno, ¿por qué no? Tú estás aquí, y vas a seguir estándolo, pase lo que pase en el mundo, al menos otros diez años. Así que, ¿qué más da? Podrías aprovechar un poco todo lo que te queda de estar aquí.

—¿Y crees que hurgar un culo peludo es vida?

Rojo se encogió de hombros en un gesto que no le comprometía a nada.

—En el mundo todo es peludo, Hielo. Al menos en las partes donde he estado.

—¿Has oído hablar de un tipo llamado Lechegritona?

—¿No es ese tipo que estaba en el rancho y al que pillaron enculando un cerdo?

—Exacto. Eso fue hace diez años. Lechegritona ha salido dos veces desde entonces. Se casó con una titi y tuvieron un par de hijos y dio un par de golpes buenos. Es la clase de tipo que si eres su amigo y lo necesitas hará lo que sea por ti. ¿Pero crees que cuando se menciona su nombre la gente dice: Sí, es un tipo generoso, es buena persona o un ladrón de cojones? ¿O es buen marido o padre, o menciona lo que ha sido y hecho estos últimos diez años? No, dicen: Lechegritona, ¿no es aquel tipo al que pillaron follándose un cerdo?

Rojo se echó a reír y Hielo añadió:

—A Lechegritona no le parece tan gracioso.

—Sí, de acuerdo, Hielo, pero esa monada que tienes en la celda no es ningún cerdo.

Pasaron por la zona de servir sin saludar al hombre que trabajaba allí. Era una labor de baja categoría: los gorros de papel, las chaquetas blancas e informes que mutilaban la personalidad y realzaban la ilusión de que aquellos reclusos eran sirvientes y no, simplemente, otros presos que hacían el trabajo que se les había asignado dentro de la rígida comunidad carcelaria. Con el mismo espíritu con el que desdeñaban a los que les servían la comida, apartaban la bandeja, haciendo gala de un menosprecio cansino y frío, cuando les ofrecían judías verdes, zanahorias a dados, espinacas o ensalada: comida de niño, no comida de hombre, decían; comida de gente con tan poco orgullo que eran capaces de admitir que tenían hambre y no podían satisfacer sus necesidades.

Alcanzaron la mesa que les correspondía llevando en la bandeja tan solo su filete

de pollo frito, puré de patatas, una salsa blanca y clara y una porción de pastel de manzana, que cocían en una olla muy fina con fécula de maíz hasta que no tenía ningún sabor. Rojo comenzó a descargar los frascos de condimentos, comprados en la cantina de los reclusos, que era su privilegio y tarea transportar y compartir. Salsa picante Pico Pico, salsa de chile Heinzs, tres sabores diferentes de queso de untar Kraft (cheddar con bacon, queso azul con almejas, ajo), un tarro de mantequilla de cacahuete Skippy y un tarro de mermelada de frambuesa Mary Ellen. Iba al límite de su capacidad. Le aplicaron salsa picante al filete de pollo, untaron queso en la tarta y completaron la comida con sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada. Comían deprisa, en silencio, y al acabar, colocaron las bandejas en el centro de la mesa y se sentaron a esperar la señal de salida.

Era una violación de las normas fumar en el comedor, y Hielo obedecía esa regla. Desobedecerla era buscarse demasiados problemas para una recompensa tan pequeña, y no iba a darle a ningún guardia la satisfacción de decirle que apagara el cigarrillo como si fuera un alumno del instituto que fuma a escondidas. Pero Rojo encendió uno y evitó que lo detectaran con una elaborada técnica que había aprendido años antes en el reformatorio. Ahuecaba la mano hasta formar un medio puño, y en él escondía el cigarrillo, y dispersaba el humo con un abaniqueo constante, justo el movimiento que uno utilizaría para redondear un palo con una navaja, y cada vez que acababa de dar una calada palmoteaba el aire con fuerza con la palma ahuecada para dispersar la gruesa columna de humo blanco que le salía de la boca. La expulsaba hacia su regazo en un finísimo flujo.

Hielo lo contemplaba un tanto divertido.

—Rojo —le dijo Hielo—, pareces un mono intentando follarse una canasta de baloncesto.

—Tu abuelita de pelo blanco se folla canastas de baloncesto.

—¿Así que mi abuelita, eh?

—Me dijiste que dejara al tema de las madres.

—¿Y crees que hay alguna diferencia?

—Si no la hubiera vendrías de una familia un tanto ratita.

Hielo esbozó una fina sonrisa.

—Rojo, no puedo contigo. —En ese momento un instinto que nunca le había fallado le hizo levantar la mirada. Su jefe, el teniente Olson, avanzaba hacia ellos—. Y —añadió Hielo, casi sin pausa alguna— acabas de ganarte un castigo.

Rojo siguió los ojos de Hielo e inmediatamente se metió la mano en el bolsillo con el cigarrillo todavía dentro.

El teniente Olson había estado supervisando la cena, los brazos cruzados y apoyado en la pared del fondo, contemplando cómo la fila principal pasaba delante de las bandejas de servir. A no ser que hubiera un problema grave, una pelea o un inicio de

motín, lo único que tenía que hacer era permanecer allí. Cuando el comedor quedaba asegurado, su turno terminaba y, si quería, podía cruzar la poterna principal y subir la colina hasta su casa en la zona para guardas, donde su esposa, una mujer de grandes caderas y piernas delgadas que trabajaba en las oficinas de la institución, comenzaba a preparar la cena. Una sombra de cansancio pasó sobre su cara normalmente afable, y se frotó las sonrosadas mejillas con la mano pequeña y pálida. Corrigió un milímetro la inclinación un tanto chulesca de la gorra y comenzó a patrullar por el pasillo central, mirando automáticamente a un lado y a otro. No buscaba nada. Quedaba por debajo de la dignidad de su cargo y dañaba su reputación de buen administrador observar el tráfico rutinario de sándwiches de filete de pollo, pero le proporcionaba cierto placer el efecto que causaba, no muy distinto del que tiene un chaval que rompe botellas con una escopeta de aire comprimido para demostrar su habilidad de obrar un cambio en el mundo que lo rodea. La mirada de Olson era un rayo invisible que hacía que los convictos permanecieran en silencio y se quedaran mirando la mesa que tenían delante.

Entonces vio a Oberholster, sentado con su payaso y su recadero, y comenzó a caminar entre las mesas hacia ellos. No pensaba en las implicaciones de la advertencia que Rojo tenía que haberle transmitido a Oberholster, pero desde que el médico le había prohibido fumar a resultas de su segundo ataque al corazón, su sentido del olfato se había agudizado, y le llegó el olor a tabaco.

—¿Qué ocurre, don importante? —le preguntó a Hielo. Utilizó una expresión en boga entre los convictos sin darse cuenta de que cuando llegaba a su conocimiento ya estaba en desuso entre ellos.

—No estoy muy fino —dijo Hielo lanzando una mirada significativa a su bandeja—. ¿Cree que es por algo que he comido?

El teniente observó los frascos que Rojo todavía no había devuelto a sus bolsillos.

—En ese caso —dijo en el mismo tono lacónico que había utilizado Hielo—, será por algún potingue que le has puesto a la estupenda comida que te proporciona el Estado.

Al principio pensó que era Hielo el que fumaba, pero pronto comprendió que era Rojo por la expresión de agarrotada oclusión, como alguien que intenta no tirarse un pedo, y lo comprendió porque este tenía la mano apretada en el bolsillo.

—¿Tú también estás enfermo, Rojo? —preguntó en tono cariñoso, sonriendo como si fuera su tío.

—¿Yo? No, me siento de primera.

Olson miró sus bandejas y puso cara de preocupación.

—Huele como si ese pollo estuviera quemado.

—¿Quemado? —Rojo puso una amplia sonrisa—. Diablos, no. Estaba de rechupete. Después de que le diéramos algo de sabor.

—Bien. Porque no quiero que os pongáis enfermos.

Olson se mecía hacia atrás sobre los talones y dobló los brazos sobre el pecho.

Por el rabillo del ojo, observó el retorcerse del bolsillo de Rojo y cómo su mano se movía espasmódicamente en el interior. Ahora el olor a tabaco quedaba oculto bajo el olor más fuerte y acre de tela quemada. De repente aumentó el golpeteo de sartenes y ollas cuando los que servían la comida comenzaron a retirar las bandejas con los restos de comida. Olson le hizo seña a uno de sus agentes, el gesto de un comandante de la Fuerza Aérea señalando aviones enemigos a las tres en punto, y el agente inició la operación salida. Los primeros comenzaron a desfilar, y cada uno arrojaba los cubiertos en un cubo que estaba al pie de un guardia aburrido.

—Un día más —le dijo Olson a Hielo—. Ya es hora de que salga de este manicomio. —Para martirizar a Rojo hizo ademán de marcharse, pero enseguida se dio media vuelta—. Dime, don importante, he visto en la hoja de movimientos que tienes un compañero de celda.

Hielo se encogió de hombros.

—Algo he visto cuando han hecho el recuento. Creía que se había equivocado de celda.

—Pues no, está en la celda que le corresponde. Creía que estabas exento de tener compañeros de celda.

—Yo también.

Rojo procuraba no mirar a Olson y ponía la expresión de alguien a quien se le ha acabado el resuello. Tenía los labios blancos y espasmos en el brazo.

—Bueno —dijo Olson—, a lo mejor te conviene no estar tan solo. —De nuevo se dio media vuelta para marcharse, y otra vez se volvió todavía con una sonrisa de viejo tío—. Por cierto, Rojo, si es un ratón eso que tienes en el bolsillo, va contra las normas tener animales. —Sonrió y se alejó rápidamente.

—¡Hi! ¡Jo! ¡De! ¡Pu! ¡Ta! —gruñó Rojo y comenzó a darse enérgicos golpes en el bolsillo—. ¿Es que no puedes mantener a ese poli lejos de aquí?

—¡Rojo! —Ahora Hielo se reía, la boca muy abierta, la garganta palpitándole, sin hacer ningún ruido—. ¡Rojo! —volvió a decir, y la palabra se rompió y tembló de tanto como se reía—. Si te hubieras visto la cara. ¡Ja! Parecías una... —Volvió a interrumpirse, sin poder contener la risa.

—Hielo, gilipollas, esto no es gracioso. Casi me quemo el culo.

—Una monja embarazada.

Rojo todavía seguía dando golpes a la reluciente colilla que le había dejado un enorme agujero en el bolsillo de la chaqueta.

—Hielo, a veces tienes la sesera de una hormiga.

De repente Hielo se puso serio y cogió la jarra de agua. Arrojó el contenido hacia Rojo, y le empapó todo un lado. Los reclusos que lo rodeaban se quedaron en silencio pensando que iba a iniciarse una pelea. Hielo volvió a dejar la jarra exactamente donde estaba.

—La sesera que tengo me basta para saber que los fuegos se apagan con agua, y... —Le lanzó a Rojo una mirada fría y elocuente—. Y me gusta pensar que tengo el

sentido común como para no cagar donde como.

Rojo apartó los brazos de los lados como un buitre que considera si echar a volar, pero puso una expresión de sufrimiento. Se separó la camisa mojada de la piel y apretó el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que el fuego estaba apagado. A continuación miró a Hielo.

—Lo siento —dijo—. Me he enfadado. Ya sabes que tengo derecho a enfadarme. ¿Qué voy a decir ahora si me preguntan cómo me he mojado?

—Diles que el teniente te ha meado encima, solo para divertirse. Tampoco es que sea mentira del todo.

Cuando hubo llegado a su nivel, Hielo buscó al encargado de la galería y lo mandó a por uno de los porteros del bloque. Este llegó a su celda justo antes de que sonara el timbre del cierre de la noche, y esperó a que su nuevo compañero de celda hubiera entrado antes de seguirlo, frunciendo el entrecejo antes de que se cerrara la puerta metálica. El chaval de inmediato subió a la litera de arriba.

—¿Qué quieres, hombre? —preguntó Rooster, el portero del bloque, mirando hacia el interior de la celda. Era un mexicano menudo con un ojo con leucoma.

Hielo sacó tres paquetes de Pall Mall de un cartón abierto, y a través de los barrotes se los entregó a Rooster.

—¿Le darás un uniforme limpio a Sociedad Rojo? ¿Sabes cuál es su celda?

—Sí.

—Hazlo ahora.

—¿Por qué no? —Rooster inclinó la cabeza a un lado y miró la litera de arriba. Cuando aspiró, el aire siseó entre los dientes—. *Está muy bonita la chavala. Ahora tú chingas todo lo que quieres, ¿no es verdad?*

Hielo sonrió y dijo:

—Sí, pero solamente a tu madre.

—¡Ay! ¡Ay! —Rooster se echó a reír y se marchó, gritándole tras unos pasos—: *Gracias, Hielo.*

—De nada.

Hielo se apoltronó en su litera para leer, pero se descubrió pensando en los cincuenta cartones que había invertido en aquella celda, veinte para la conducción de agua caliente y otros diez para tener un cagadero decente, solo para que acabaran metiéndole a un marica gratis, y mientras que Hielo habría aprovechado, como siempre hacía, la salida de las seis y media para subir al gimnasio a chismorrear y ver entrenarse a los luchadores, ahora tendría que pasar porque no quería dejar a nadie solo en su celda. Ejercía el máximo control posible, aun cuando sabía que los de custodia irrumpirían en su celda cuando les diera la gana, pero también era consciente de que los de custodia (si los considerabas como una entidad colectiva igual que un enjambre de hormigas) aprendían solo memorizando, y su idea acerca del lugar en el

que escondían los reclusos el contrabando valioso se limitaba a los lugares donde lo habían encontrado en el pasado. La hueca estructura metálica de la cama se consideraba uno de los escondrijos favoritos, y custodia había diseñado una sonda flexible con la que llevaban a cabo comprobaciones regulares y secretas. También habían aprendido a mirar detrás de la rejilla que había en la boca del conducto de calefacción, tras la luz y un poco más allá del primer codo del tubo de desagüe de los retretes.

Pero la habilidad registradora de custodia era en realidad tan obsoleta como las listas mimeografiadas del argot carcelario (de ahí, pensaba Hielo, extraía el teniente Olson muchas expresiones que le gustaba utilizar) preparadas por los sociólogos de la cárcel, un vocabulario que todavía definía expresiones casi tan olvidadas como «canuto», «farlopero», «de putifa» y «birloche». Puesto que ningún guarda había encontrado jamás contrabando de valor oculto en el mango hueco de una escoba, parecía improbable que llegaran a encontrarlo. Pero un nuevo compañero de celda, sintiéndose inquieto, y posiblemente ansioso por agradar, podía decidir barrer el suelo, apretar la parte suelta y descubrir dónde escondía sus billetes Hielo.

Hielo siguió leyendo hasta que oyó el timbre que daba inicio a la hora de música, siempre cerca de las siete y media, y a esa hora dejó el libro y se incorporó para prepararse una taza de café instantáneo.

El chaval parecía dormir, aún vestido, fuera de las mantas. Tenía extendida una mano con los dedos separados, como si hubiera intentado coger algo en el momento en que el sueño lo venció. El pelo, más largo que el reglamentario en la cárcel, le caía en la frente y le tapaba un ojo; movió suavemente los labios separados como si hablara en sueños.

Hielo dejó correr el agua caliente de su grifo privado hasta que alcanzó una temperatura próxima a la ebullición, a continuación vertió el café en un gran vaso de plástico y cogió un puñado de galletas, con crema en el centro, de un tarro de colores vivos que antaño había contenido un *plumcake*. Se dirigió a la parte delantera de la celda y se quedó mirando a través de los barrotes mientras comía.

Las estrechas ventanas de la pared exterior del bloque, a unos seis metros de distancia, enmarcaban tres vistas casi idénticas de la bahía de San Francisco, y la lejana orilla hervía de luces que palpitaban como una muestra de vida ajena. Le habían dicho que la orilla de la cárcel era Richmond, y aquellos que eran de Richmond le habían dicho que ver aquellas luces por la noche les daba dolor de cabeza. Pero Hielo las contemplaba con la misma serena indiferencia con que miraba su propia cara en el espejo. Bobo es el que paga y no le debe nada a nadie.

Solitario, frío, falso y traidor, una puta lesbiana que simula un orgasmo para un ejército de clientes, ese era el mundo iluminado por aquellas luces frías y duras, un mundo que Hielo veía con la entrepierna fría, la picha insensible y cierto gusto por el dolor, un mundo dispuesto a poner en marcha el gas y dejar caer una sobredosis de somníferos.

Sí, bobo es el que paga y no le debe nada a nadie.

Hielo dio un sorbo a su café y escuchó una guitarra no muy lejos, pasando como un gitano de acorde menor a otro, volviéndose cada vez más quejumbroso, hasta que estalló de repente en un breve y furioso flamenco.

Más allá, en una de las galerías inferiores, alguien, con una voz honda y arrastrada, canturreaba un blues repetitivo casi sin melodía:

No más nabos ni coles,
no quiero más nabos ni coles,
te digo que no quiero más nabos ni coles
porque eso no es comida
para un hombre...

Y al otro extremo del bloque otro músico tocaba variaciones sobre la escala con una trompeta, subiendo y subiendo, y a Hielo le alegró que aquella trompeta estuviera tan lejos.

Apuró el café, enjuagó el vaso de plástico y se cepilló los dientes. El chaval seguía durmiendo. Hielo se quedó en calzoncillos y se acomodó bajo las sábanas para seguir leyendo. La novela era lo que Rojo denominaba un libro de perversos, y narraba la seducción gradual de un chaval de diecisiete años por parte de una mujer diez años mayor. Hielo leía impasible, aunque no ajeno a una leve sensación de incomodidad que había seguido a la amortiguada excitación que había experimentado al imaginar aquel chico virginal coqueteando con la mujer mayor, que susurraba palabras cariñosas, mientras le aplicaba al chico una mano experta, apretándole sus pechos maternos y desparramados, hasta que ella se sentía atrapada por una repentina y poco experta fuerza.

—Lo necesito, lo necesito —se había disculpado la mujer ante el chico, olvidándose de todo su instinto maternal—. Lo necesito.

Y Hielo se había formado una imagen del cuerpo de la mujer en torno al chico: brazos, piernas, envolviéndolo con fuerza, mientras el pelo se le soltaba y cubría la cabeza y los hombros del chico. A continuación movió la cabeza bruscamente y siguió leyendo. El chaval había añadido a su vecina de dieciséis años a su establo cuando las luces se apagaron, y Hielo cerró la novela y la dejó debajo de la litera. Volvió el almohadón y se acomodó, pero un ligero escozor de los párpados y el suave zumbido de sus orejas le advirtió que pasarían horas antes de que se durmiera.

Comenzó a pensar en el pasado. Algún día los nimios accidentes, los incidentes sin sentido, los encuentros fortuitos y las separaciones forzadas, los puros caprichos y las decisiones pensadas, sus golpes de buena y mala suerte: algún día todo aquello adquiriría un orden y tendría sentido, incluso los diez años que le quedaban por cumplir parecerían importantes, algún día encontraría su piedra filosofal personal... aunque dudaba que alguna vez... resolviera el misterio de quién era en realidad Billy

Oberholster.

Hielo —Billy entonces— se había topado por primera vez con la policía cuando tenía diez años. Era un chico menudo y se había atrevido a colarse en un supermercado del barrio por el sistema de ventilación para vaciar la caja. Entonces, en lugar de salir inmediatamente con el dinero, se puso a explorar. Pero en cuanto hubo cruzado la puerta que conducía a la sección de la parte de atrás, un instinto, en el que acabaría confiando cada vez más a medida que madurara, le advirtió que había otra persona cerca de la oscuridad. Comenzó a retroceder, oyó un gruñido apagado, vio un resplandor blanco y algo deformó el aire por encima de su cabeza. Posteriormente comprendió que el vigilante nocturno había disparado para matar a un adulto, apuntando hacia el centro y a una altura de tres cuartos del marco oscuro de la puerta.

Cayó sobre las manos y las rodillas y se arrastró rápidamente a través del linóleo encerado para refugiarse en los pasillos llenos de productos. El vigilante nocturno, que desconocía el número y el tamaño de los ladrones que había atrapado, prudentemente cubrió la puerta delantera y llamó a la policía. Hielo, al que le habían cortado la retirada a través de los ventiladores, comprendió que estaba atrapado y escondió el dinero de la caja detrás de unos grandes cartones de un estante de abajo (posteriormente descubrió que eran cajas de diez kilos de comida para perros) y a continuación se alejó, todo lo que pudo, del dinero escondido procurando no dejarse ver, hasta que acabó en la sección de verduras. Entró a rastras en un armario que había debajo del mostrador de la fruta. La policía lo encontró casi al final de una búsqueda sistemática, y al principio sonrieron porque era totalmente distinto de cualquier ladrón que se hubieran imaginado. Les dijo que solo jugaba, y se le veía tan joven e inocente que casi consigue confundirlos, hasta que el vigilante nocturno descubrió que la caja estaba vacía. Entonces Billy contó que unos chicos mayores le habían obligado a trepar por el conducto de ventilación y abrirles la puerta. Cuando el vigilante había disparado, los demás habían huido y le habían dejado solo. En ese punto intentó llorar, pero como no lo consiguió escondió la cara entre las manos.

¿Quiénes eran esos chicos mayores?

No lo sabía. Solo unos chicos mayores. Lo habían amenazado con pegarle si no les obedecía. Le habían dicho que sabían dónde vivía y que lo pillarían cuando volviera de la escuela.

¿Por qué no había empezado contando eso?

No quería delatar a nadie.

La policía registró cuidadosamente los cubos de patatas, pero no encontró el dinero. Billy nunca supo si le habían creído o no, pero no le dieron golpecitos en la cabeza ni lo llamaron hijo. Se lo llevaron y lo metieron en el centro de detención de menores. Su madre fue a sacarlo al día siguiente, y él consiguió llegar a la tienda antes de que cerraran para recuperar el dinero que había escondido tras las cajas de

comida para perros. Luego, tras haberlo manejado todo tan bien, fue lo bastante descuidado como para permitir que su madre lo viera con un billete de cinco dólares. Se le pusieron los ojos como platos de consternación.

—¡Billy, era verdad que habías cogido el dinero!

En su juventud soñaba sobre todo con el día en que podría liberar a su madre de todas sus cargas y sustituir al padre ausente. Lo que no comprendía en aquella época, y lo que ella no le dejaba intuir, era que la peor carga de su madre era él. Durante su adolescencia comenzó a llevar a casa sumas de dinero relativamente grandes y entregárselas sin explicación. Y ella no le preguntaba porque no quería oír una mentira, y, peor aún, no quería oír la verdad. Ella nunca protestaba, a no ser que las noches en las que lo apretaba contra su pecho y murmuraba «Billy, Billy, ¿qué va a ser de ti?» contaran como protesta. Esos episodios causaban en Billy una gran incomodidad; sin embargo, cuando intuía que se acercaba alguno, no hacía ningún esfuerzo por evitarlo. A su manera, era tan permisivo con ella como ella con él.

Al reflexionar, años después, se decía que podría haberle ido bien de haber trabajado solo, pero aunque tenía muchas de las características de un solitario, en realidad no lo era. Sentía el fuerte impulso de rodearse de una banda, con resultados invariablemente desastrosos. Acabó en el reformatorio cuando tenía dieciséis años, y su madre comenzó a escribir la angustiada carta que le había estado escribiendo, con breves interludios, desde entonces.

Salió del reformatorio, pero unos meses después llevó a cabo una serie de robos a mano armada con otros dos chicos. Cubrieron tres estados y acabaron en un tiroteo con las autoridades locales, estatales y con el FBI. Los mandaron a la cárcel del estado en el que fueron arrestados, y tras completar la sentencia fueron extraditados a su lugar de origen, encadenados, para ser juzgados por los robos que habían cometido antes de salir de él. Otra vez fueron condenados a la cárcel.

Cuando Hielo volvió a ser libre tenía veinticuatro años. Había ido a la cárcel dos veces y había pasado casi siete años en reformatorios, cárceles del condado y prisiones. Nunca había tenido trabajo. Nunca había tenido novia. Pero no salió arruinado. Durante su segunda condena comenzó a dominar las técnicas carcelarias que luego perfeccionaría y sacó de contrabando más de doscientos dólares en el cañón de una estilográfica, convertido en un escondite que se metió en el culo. En el lavabo de la estación de autobuses Greyhound de San Francisco vació las tripas y sacó el alijo. Alquiló una habitación barata. Al día siguiente localizó un contacto que le habían recomendado y se compró un arma. Pagó sesenta y cinco dólares por una pistola corta especial para bancos, una Smith and Wesson del 38, y había logrado veinte veces el precio de inversión después de apenas una semana de su compra. Se mudó a un hotel de tamaño medio de Powell Street y comenzó a buscar una mujer. Había muchas solteras en el centro de San Francisco, pero no sabía cómo entrarles, ni tampoco cómo confiarle esa necesidad a una tercera persona que pudiera haberle hecho de intermediaria. Y eso se parecía demasiado a admitir una debilidad. La

necesidad misma era ya una debilidad, y la incapacidad de complacerse, un fastidio. Hacerlo por su cuenta era arriesgarse a que lo rechazaran, o a revelar su ignorancia, y no estaba seguro de si sería capaz de capear ninguna de esas dos situaciones con calma. Era consciente de la carga que había acumulado, y temía que pudiera explotar.

Finalmente, tras varias semanas había conseguido una mujer, inevitablemente una mujer mayor. Hielo creía que debía rondar los cuarenta y cinco, y desde el principio le puso inexplicablemente nervioso.

La conoció en el pasillo de su hotel un día en que, al salir de su habitación, ella le pidió que la ayudara a abrir la ventana. Él se fijó en sus manos pequeñas y regordetas, pálidas contra la madera oscura de la puerta, los dedos armados de diminutos escudos color rosa, y vio cómo la fina correa de su reloj se le adentraba en la carne de la muñeca.

—¿Dónde está? —preguntó Hielo.

—Justo ahí —dijo ella guiándolo a la habitación. La ventana estaba atascada, tal como Hielo descubrió al abrir la mitad superior, porque una caja de cerillas formaba una cuña contra el marco.

—Aquí tiene el problema —dijo él quitando la caja. Se fijó en que no parecía haber estado mucho tiempo a la intemperie, pero la mujer la contempló con cierto asombro, como si hubiera llevado a cabo un modesto truco de magia y sacado una cadena de pañuelos de vivos colores en lugar de una caja de cerillas arrugada. La mujer le ofreció una copa; como recompensa, dijo. Ella bebía un whisky con mucha agua cuando le dijo su nombre de manera voluntaria: Margaret. Estaba en la ciudad para asistir a una serie de conferencias. No le dijo el apellido ni le mencionó de dónde era.

La mujer se quedó sentada muy modosa al borde de la cama, dejándole la silla a Hielo, y se puso a perorar con una modesta jovialidad acerca de la hostilidad de las grandes ciudades. Era una mujer baja y robusta, de muslos blancos y gruesos, y finos tobillos. Tenía el pelo negro y peinado con elegancia, en unas ondas que le orlaban los lados de una cara pálida y redonda. Tenía la boca fina y los ojos azules y despiertos, y a causa de su color parecían más vivos de lo que eran en realidad. El cuerpo no tenía formas definidas y, a través de su perfil, se podían intuir sus prendas de corsetería. La habitación olía a sales de baño.

—¿Te alojas aquí? —preguntó.

—Sí, al final del pasillo. ¿Quieres ir al bar a tomar otra copa?

—¿Al bar? ¿El bar del hotel? Creo que no.

—¿Quieres ir a otro lugar? ¿A un bar de fuera del hotel?

La mujer hizo un poco de comedia y al final aceptó.

—Muy bien. No debería, pero, sí, me gustaría.

En el curso de la velada Margaret se emborrachó, despacio, pero a conciencia, y Hielo, dándole la vuelta a casi todas sus preguntas, consiguió averiguar que era profesora de instituto en Dunsmuir.

—Biología —dijo Margaret mirando el espejo de la barra. A continuación se volvió para decirle a Hielo—. Biología Uno. Lo que les enseñó, a veces parece tan poco importante. Me pregunto si alguno de ellos lo recuerda, y si es sí, si significa algo para ellos. Aparte de los dibujos del sistema reproductor. —Hielo se quedó sorprendido al ver que se sonrojaba—. De haberme casado, de haberme podido casar... —Apartó la mirada, que esta vez dirigió a su copa, y sus pequeños labios formaron una sonrisa carente de alegría.

—Podría tener ahora un hijo de tu edad.

—Soy mayor de lo que aparento.

—No serías muy mayor ni aunque fueras mayor de lo que aparentas.

—¿Te molesta?

—Molestarme... no, pero me desconcierta.

Hielo esbozó una leve sonrisa.

—He vivido entre algodones.

—No me refiero a eso. Me pregunto por qué un joven apuesto como tú no tiene nada mejor que hacer que pasar la velada con una profesora de mediana edad.

—Va, no digas tonterías. ¿Acaso no es esto lo que esperabas que ocurriera?

—Lo estoy pasando bien. Esto es... —Tocó su copa ligeramente con las puntas de los dedos como si señalara una exposición en el aula—. Esto es un recreo. Pero ¿y tú? Estaba pensando en ti.

—No sé qué decirte. Ni siquiera sé por qué hablamos de esto. —Extendió un brazo y le tocó la muñeca—. Llevas un reloj bonito.

—Es barato.

Hielo deslizó dos dedos manga arriba de su chaqueta. Tenía la piel suave y cálida. Ella le cubrió la mano con la suya.

—¿No te importa? —preguntó ella.

—No, no me importa.

Cuando regresaron a la habitación de ella, Margaret entró en el cuarto de baño para desvestirse. Hielo se quitó la ropa rápidamente, aunque se molestó en doblar la ropa perfectamente, y se metió en la cama. Las sábanas estaban frías. Acumuló almohadones y se quedó incorporado en el centro de la cama con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Sentía más curiosidad que excitación, y cuando Margaret salió del cuarto de baño en bata y cruzó la habitación a pasos rápidos aunque un tanto vacilantes para apagar la luz, él la observó atentamente. Sin la presión de la corsetería y sin los tacones altos parecía casi achaparrada. Las sólidas ancas se movían fofas, y los pechos caídos chocaban contra la fina tela. Hielo tragó saliva lentamente y cuando la luz se apagó, la oscuridad pareció abofetear el aire.

Posteriormente no fue capaz de retener ninguno de los pequeños detalles. Cuando hubieron acabado, y volvían a estar echados y apartados el uno del otro, Hielo se quedó con la sensación de que había estado perdiendo el tiempo. No solo el tiempo que acababa de transcurrir, sino todo el tiempo que había pasado pensando en ese

encuentro y anhelándolo. No es que no lo hubiera disfrutado, pero no había disfrutado lo suficiente como para compensar el tiempo y el dinero que había gastado en aquella mujer mayor.

Se levantó en cuanto ella se hubo dormido, y a la luz de una cerilla escudriñó su bolso. Tenía un poco de dinero, dos cheques de viajes de cincuenta dólares de American Express y una tarjeta de crédito Bank-Americard. Se llamaba Mildred Allain y vivía en el 250 de Cochilla Street en Chico, California. Llevaba un carnet de la asociación de profesores, y justo al lado, en un sobre de plástico, había dos fotos de una mujer más joven con cuatro niños.

Hielo devolvió la cartera a su sitio y se vistió. Se dio la vuelta para echarle un último vistazo a Margaret-Mildred. La abundancia de su cuerpo yacía donde la había dejado, y ahora que el carmín se le había borrado de la boca, se veía una cara redonda y sin rasgos, como un globo blanco, sombreada por las elipses escorzadas de sus pestañas. Se acordó de que justo en el momento en que iba a montarla, ella había dicho: «Esto es horrible... simplemente horrible. —A continuación había emitido un gruñido en lo más profundo de su garganta».

La vio una vez más, un instante, al día siguiente, mientras cruzaba el vestíbulo. Ella miraba las revistas del expositor del estanco, y había algo en su postura que le sugirió a Hielo que ella le había visto primero y se había dado la vuelta para evitar el encuentro.

Los días que siguieron no acabaron de parecer reales; fueron como unas vacaciones, como si hubieran quedado marcados en rojo en el calendario laboral de su vida. Todo lo que intentaba con su arma tenía éxito, pero el tamaño de los golpes que podía intentar quedaba muy limitado por el hecho de trabajar solo. Intentar hallar el equilibrio entre la seguridad de varios atracos pequeños y uno grande era un complejo cálculo de probabilidades, pero concluyó que el mayor peligro residía en exponerse repetidamente al maldito azar, y comenzó a buscar socios.

Hielo comprendía que el hampa, tal como se concibe en los periódicos, no existía en San Francisco, sino que había un submundo no muy cohesionado y siempre cambiante que incluía una pequeña reserva de capital humano alimentada por los jovenzuelos que salían de las bandas juveniles y por los hombres de más edad que estaban en libertad condicional. Hielo sabía apreciar y confiar en los hombres que tenían una buena reputación tras las rejas, aquellos que eran conocidos por ser buena gente, y se acercó a dos de ellos. Estos conocían a Hielo de la misma manera que él los conocía a ellos, y si vacilaron fue por una cierta aprensión a considerar que Hielo podía llegar a matar con demasiada facilidad. No en un momento de acaloramiento o de pánico, sino como la manera más lógica de evitar cualquier identificación. El robo era, en el mejor de los casos, un recurso desesperado, atractivo solo para hombres que no tenía ningún talento especial para nada más, cuyas energías, apetitos y ambición todavía exigían que la vida les mostrara alguna oportunidad, algún resquicio, por estrecho que fuera, a través del cual pudieran hacerse los importantes. Pero cometer

asesinato durante un robo era también un suicidio. Les complacía que Hielo fuera lo bastante frío; de hecho tenían miedo de que fuera demasiado frío, pero les convenció de que, a pesar de su juventud y falta de experiencia, sabía lo que estaba haciendo y era capaz de liderarlos, y si alguna vez hacía el payaso o el chalado era ya entrada la noche, encerrado en su habitación y bajo las sábanas.

El robo —atracaron un club nocturno de clase alta en la Península de San Francisco— transcurrió con la perfección de un sueño. Cada uno hizo su trabajo con la resolución y el implacable valor de un comando que toma un objetivo muy por detrás de las líneas enemigas, y no fue hasta después que empezaron a ver el bosquejo oculto del fracaso.

Se llevaron más de veintisiete mil dólares, y Hielo esperaba que mantendrían oculto el dinero como habían acordado, pero los otros dos, ahora que el dinero era una espléndida realidad, no se fiaban de él, ni tampoco el uno del otro, temiendo que no acabara alguno robando el botín mientras la cosa se enfriaba. Eso fue lo que dijeron, pero lo que pensaban en realidad era que habían ganado el dinero exponiéndose a un gran peligro, habían pasado la prueba del héroe y no querían posponer el festival. Ocultar el dinero empañaba su hazaña con el sigilo o la convertía en una transacción comercial, y cualquiera de las dos cosas ultrajaba sus ansias de gloria. Se negaron.

Fue un momento tenso. Los grandes montones de billetes se derramaban sobre la colcha blanca. Sus dos socios opinaban una cosa, Hielo otra. Todos iban armados. La tensión iba en aumento.

—Habíamos acordado esperar —dijo ceremoniosamente Hielo.

Los otros dos se acercaron el uno al otro, intensificando la división. Raquel, el mayor y también el más bajo, dijo:

—No hay razón para esperar. La cosa ha salido a pedir de boca. —En su voz había una clara nota de súplica. Le estaba pidiendo a Hielo que no causara problemas.

—Ahora existen las mismas razones para esperar que cuando decidimos que lo haríamos. No ha cambiado nada.

Oruga Collins, un joven robusto, un año mayor que Hielo, proyectó su carota hacia delante, un gesto que le había ido bien durante los años en que se había ganado el sobrenombre de Oruga, por el tractor, en homenaje a su fuerza anormal. Le encantaba decir: «No me llaman Oruga por ser redondo y peludo».

Pero en aquel momento dijo:

—A la mierda esperar. —Sacó la mandíbula. El gesto era infantil, pero sus ojos azul claro no eran los de un simplón.

—Ya hemos esperado mucho tiempo —añadió Raquel.

—Sí —asintió Oruga con dureza—. Cada vez que me doy media vuelta alguien me dice que espere. Y ahora eres tú, Hielo. Y yo digo que no voy a esperar. Quiero mi parte.

Raquel dio medio paso hacia delante, parecía cepillar el puño de una mano con la

palma de la otra: el efecto era conciliador, sin amenaza; sus manos, ocupadas una con otra, no examinaban su arma.

—Y no hay más que hablar, Hielo —dijo—. Sé que quieres discutir, pero con eso lo único que conseguirás es que haya bronca. Tenemos un derecho. —Bajó la mano y cogió un fajo de billetes, igual que podía haber cogido un hueso delante de un perro peligroso. Se irguió lentamente, con cautela, y cuando vio que Hielo no reaccionaba, de repente sonrió y arrojó el fajo a Oruga—. Nos llevaremos nueve de los grandes cada uno y, lo que sobra, te lo dejamos a ti. —Recogió otro fajo—. Para los gastos.

Hielo se dirigió hacia una silla y se sentó. Cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. De haberse encontrado en algún lugar razonablemente aislado, habría intentado matarlos. Se puso a fumar tranquilamente, contemplando cómo seguían dividiendo el dinero. Observó cómo en ambas caras se hinchaba una expresión de estupidez. Comenzaron a hablar demasiado fuerte, a pavonearse, los ojos les brillaban.

A primera hora del día siguiente Hielo abandonó su hotel y se mudó a un apartamento en un barrio tranquilo de la ciudad. Si le hubieran preguntado cuál de sus dos socios imaginaba que podía delatarlo, sin duda habría dicho que Oruga. Se imaginaba el rastro que los billetes grandes de Oruga dejarían a través de los bares de los barrios caros de la ciudad. Sería solo cuestión de tiempo que llamara la atención de la policía a través de sus soplones. Y mientras que eso era exactamente lo que Oruga estaba haciendo, de alguna manera consiguió eludir lo que le deparaban las probabilidades.

Raquel cayó en una trampa más dura. Había estado tonteando con el caballo, antes, incluso, de que Hielo lo contratara, y cuando tuvo mucho dinero pudo comprar grandes cantidades y se acabó de enganchar del todo. Y cuando ya estaba bien enganchado, uno de sus proveedores lo denunció a la policía como parte de un acuerdo recíproco a largo plazo, y Raquel, a su vez, al cabo de tres días de abstinencia, denunció a Oruga y a Hielo a cambio de un chute y de la promesa de cumplir condena en la cárcel del condado. La policía, satisfecha de haber capturado una pieza mayor con una trampa rutinaria, dio la alerta por radio para atrapar a Oruga y a Hielo. Al primero lo cogieron al cabo de pocos días, y a Hielo un mes después.

Cuando Hielo entró en la prisión de la ciudad, Oruga acudió corriendo a su encuentro, como si hubiera olvidado completamente la manera en que se habían separado.

—Raquel nos ha pringado a los dos, tío —dijo—. Estaba enganchado. Hasta arriba. Lo pusieron en el dique seco y lo cantó todo. —La cara de Oruga se retorció como la de un niño que está a punto de llorar. Se dio la vuelta y golpeó la pared metálica, que sonó con un ruido apagado. A continuación se quedó inmóvil mirándose el puño, que ya comenzaba a hincharse—. Creía que era un buen tipo.

—Yo también —dijo Hielo.

Aunque tanto Oruga como Hielo se negaron a confesar, fueron condenados con el

testimonio de Raquel, al que habían convencido de que siguiera cooperando con viajes irregulares al hospital del condado para lo que se denominaba «sedación». Puesto que ya era la tercera condena de Hielo, y la acusación era técnicamente un delito «atroz», el juez, aficionado a la pena de muerte y con opiniones prefijadas acerca de la posibilidad de rehabilitar a los ladrones reincidentes, aplicó el estatuto criminal habitual a pesar de la edad de Hielo, y le cayó la cadena perpetua a cumplir después de su sentencia por robo.

—Cristo —dijo posteriormente Oruga sobrecogido—, te han matado.

—Eso es lo que se supone que han de hacer —dijo Hielo.

Hielo todavía estaba despierto en el recuento de las doce, y seguía despierto una hora más tarde, cuando el chaval se bajó de la litera de arriba para utilizar el retrete. A continuación comenzó a desvestirse medio en cuclillas. Se quedó en calzoncillos y dejó la ropa plegada al pie de la cama. Hielo era consciente de sus movimientos, a pocos centímetros: los calzoncillos parecían azules a la luz pálida, y la piel más oscura se confundía con las sombras y dejaba solo su aroma, el aroma acre que uno trae de las cárceles del condado, donde las infrecuentes duchas se lubrican con un jabón de lavar áspero y marrón. Los muelles tensos de la litera superior se tensaron cuando el chico saltó encima. La telaraña se combó, se destensó y volvió a combarse cuando se giró, como un perro apoltronándose en una hierba fantasma en busca de comodidad y sueño.

Durante el recuento de las dos, Hielo todavía estaba despierto, pero a las cuatro él también dormía.

En cuanto llegó al trabajo la mañana siguiente, le pidió al teniente Olson un pase para el departamento de psiquiatría.

—¿Vas a ir a que te examinen la sesera, don importante?

—¿Cree que lo necesito?

—No lo sé. No me pagan para pensar en estas cosas.

—Sería interesante determinar para qué le pagan exactamente.

Olson estaba rellenando el pase y, de repente, detuvo el bolígrafo y levantó la mirada fríamente.

—Eres un mandón, Oberholster. ¿Lo sabías? —Como Hielo no contestaba, puso su firma y le entregó el pase—. A lo mejor te dirán por qué en el departamento de psiquiatría. —Había algo en su sonrisa que Hielo no entendió.

El Gordo Abbott tenía una oficina privada, separada de la comunitaria por paneles de contrachapado. Estaba sentado de lado en su escritorio mecanografiando pases. Inmediatamente levantó la pesada palma de su mano.

—Lo sé, lo sé...

Hielo se sentó en una silla plegable de metal junto al escritorio.

—¿Qué ha pasado, entonces?

—La oficina del capitán escogió las celdas. Eligieron diez. La tuya era una de ellas.

—¿Puedes arreglarlo?

—Dicen que necesitan espacio.

—Mierda.

Abbott se apoltronó en su mullida silla con ruedas y dobló los gruesos brazos delante del amplio pecho. Sus ojos eran todo superficie, tersos y luminosos como un plástico color habano.

—No lo sé. Siempre están reclamando celdas y pidiendo la revisión de las decisiones de psiquiatría, pero es la primera vez que se saltan el protocolo y las cogen por las buenas. El médico estaba que echaba chispas, pero de los diez tres eran cosa mía, así que no pudo decir gran cosa.

—¿Puedes hacer algo?

—Será mejor que vayas a ver a Mendoza, el encargado de asignaciones. A lo mejor puede conseguir que vacíen tu celda, y si está vacía es más fácil conseguir que estés solo otra vez. Pero no puedo mover a nadie. No tengo ese poder.

—Pues es el tipo de poder por el que pago.

El Gordo Abbott abrió el cajón inferior del escritorio y sacó un cartón de cigarrillos. Se los entregó a Hielo.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Que te lo frotes por el pecho.

—Guárdalos.

El Gordo Abbott volvió a colocar el cartón donde estaba y giró la silla hasta quedar de cara a Hielo. Sonrió.

—Ese chaval que tienes en la celda tiene todo un historial.

—¿Qué clase de historial?

—Es una loca. Una loca auténtica. Quería saber qué clase de sujeto te habían colocado, así que esta mañana me fui al archivo a echar un vistazo. Lo detuvieron vestido de mujer y lo metieron en la zona de mujeres de la cárcel del condado antes de fotografiarlo. Antes de eso era una tía en Tracy.

—Eso he oído.

—Pues no te han engañado. Una *drag queen* con todas las de la ley. —El Gordo Abbott volvía a sonreír y se abrazó el pecho—. Si yo fuera tú, no tendría prisa en sacar eso de la celda.

—Pero yo no soy tú, Gordo.

Abbott estudió a Hielo durante un momento y a continuación dijo:

—Pero tú no le vas a sacar provecho a eso, ¿verdad?

—¿También has leído mi historial?

—Te califican de personalidad psicopática.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé, pero hay muchos como tú. Le ponen la etiqueta a todo el mundo.

—Entonces ya no me siento tan mal.

Abbott se rió.

—Es difícil imaginar que sientas algo.

—Tú no eres psiquiatra, ¿verdad, Abbott? ¿Se te pega lo que ves por aquí?

—Hielo, tienes la idea de que todo el mundo es simplón. A veces eso puede ser un error.

—Muy bien, Gordo, podrías decir que he cometido errores. Voy a sondear a Mendoza. Si puede ayudarme, te lo haré saber. Mientras tanto nuestro trato sigue en pie para futuros favores. Un día de estos volveré a verte.

El Gordo Abbott, que también estaba condenado a cadena perpetua, asintió.

—Trato hecho. Muy bien, dejémoslo así por el momento. Existe la probabilidad de que el comité de clasificación, o el propio médico, ordene que el chaval siga un régimen de segregación para evitar que esos chalados que hay en el gran patio se maten entre sí por él. Cuando se enteren de que a ti no te va, va a haber un montón de mamones atizándose y atizándose fuerte. No me gustaría estar en medio.

—Si tiene un historial así, me pregunto cómo le dejan estar en el gran patio.

—No lo sé. A lo mejor intentan algo nuevo. A lo mejor simplemente se les ha pasado. Pero no puede durar. Con tu protección, podría salir adelante. Eso no cortaría las habladurías, pero muchos se lo pensarían dos veces antes de actuar.

Hielo se puso en pie y dio una palmada al escritorio al levantarse.

—No, gracias. Ya tengo suficiente con impedir que pinchen a Sociedad Rojo. No necesito otra mascota. Te veo en el patio.

—Muy bien, Hielo.

El encargado de asignaciones no se dejaría sobornar por Hielo. Mendoza era un mexicano alto y elegante de pelo gris y ojos negros y distantes. Se comportaba con extrema frialdad y el natural gesto ausente de su apuesta cara contribuía a la ilusión de la pose. Se comunicaba, casi exclusivamente, con frases hechas y en boga, y se tardaba un rato en comprender que Mendoza era un bobo, pero cuando te dabas cuenta, el hecho te llegaba con la fuerza de una revelación. Era un instante, como en una ilusión óptica, y después su aspecto elegante se deterioraba en una estúpida farsa.

—Eh tío —dijo Mendoza, haciendo un gesto de calma a un lado, como un obispo bendiciendo a un enano—, ha sido una jodida. Me cayó a mí la gorda y no pude hacer nada. ¿Lo pillas? Si muevo un dedo, me fríen.

Hielo dijo:

—Para mí eso vale diez cartones.

—Ni que fueran cien. En el agujero no se puede fumar. No puedo hacer nada. ¿Lo pillas?

—¿Qué está pasando?

—¿Quién sabe? —Mendoza volvió a mover la mano a un lado, esta vez para sugerir lo tortuosa que era la mentalidad de los funcionarios—. Hoy les da por algo, y la semana que viene tienen otra cebolla.

—Cuando puedas hacer algo —dijo Hielo impaciente—, ponte en contacto conmigo. Es algo que quiero solucionar.

Mendoza parpadeó solemnemente.

—Tranquilo, Hielo. Lo pillo.

Hielo dio media vuelta y se alejó. Cruzó el jardín rumbo a su propia oficina, observando que la fuente volvía a estar obturada en el centro y que el agua se estaba estancando. Uno de los de jardinería estaba arrodillado delante de un rosal, envolviendo el tallo en arpillera, mientras que otro empujaba una segadora como si pesara doscientos cincuenta kilos. El teniente Olson seguía sentado en su escritorio, repasando la solicitud mensual del almacén exterior. Captó el semblante rígido de Hielo y sonrió por lo bajini a la superficie de su escritorio.

—¿Has arreglado tus asuntos, don importante?

—Sí.

—Bien, ahora quizá puedas encargarte de los míos. —Le lanzó la hoja de pedido donde pudiera cogerla—. ¿Cuánto has hinchado la hoja de pedido de este mes?

Hielo, que nunca hinchaba el pedido, dijo:

—No más de lo habitual.

—Entrégala, pues. —Olson se puso en pie—. Voy a la cafetería.

—Muy bien, teniente.

—Y Hielo... no te lo tomes todo tan mal. Nadie consigue todo lo que quiere.

—Lo recordaré.

Hielo estuvo trabajando durante la hora de comer, y después, tras indicarle al portero que contestara al teléfono, se fue al gimnasio. Hizo una breve pausa en el último descansillo para echarle un vistazo a la bahía y a continuación al gran patio, donde las mesas de dominó formaban focos de actividad como las casetas de una feria. Entró en el gimnasio, y el tipo de actividad que se llevaba a cabo quedaba puesto en relieve de inmediato por el sonido de las duchas y el *staccato* de la pelota de ping-pong, con el contrapunto de los golpes más graves de una pelota de balonmano. Oruga no estaba de guardia en la jaula de material, y Hielo no tenía nada que decirle, por lo que no merecía la pena ir a buscarlo. Se quedó un momento mirando la sección de boxeo. En el *ring* entarimado un par de mediocres pesos welter daban vueltas y se picoteaban el uno al otro. Alguien entrenaba con el saco, atizándole como si fuera un oso.

Hielo oyó una música lejana y se volvió para recorrer la sección de los levantadores de pesas. Un solitario chiflado de los hierros levantaba lo que parecían casi quinientos kilos. Las venas se le marcaban en las sienes como tubos de goma azul.

—Qué hay, Hielo —le dijo con una amable sonrisa.

Hielo asintió y pasó de largo. Al final de la sección de levantamiento de pesas una puerta de hierro conducía a un primitivo teatro donde se pasaban películas como parte del programa recreativo. Hielo empujó la puerta con fuerza. Se abrió a un lado por unos rieles, y para un hombre solo, era difícil manejarla. Consiguió abrirla un palmo, entró y la cerró tras él. En la semioscuridad había un grupo de cincuenta o sesenta hombres mirando un documental de viajes de la Standard Oil. Casi todos ellos estaban sentados en sillas metálicas plegables, pero unos pocos, los regulares del gimnasio, tenían butacas de fabricación casera, construidas a base de restos de madera, algodón y mantas viejas. Quedaba entendido que una de esas butacas pertenecía a Hielo, y cuando se acercó, el hombre que la había estado ocupando se levantó rápidamente y se apartó.

—¿Algo interesante? —preguntó Hielo.

—No, la mierda de siempre.

Las mismas películas rotaban una y otra vez, pero Hielo no se cansaba de verlas. La repetición no hacía que los paisajes exóticos fueran menos extraños, pues la riqueza de todas sus realidades posibles quedaba solo implícita y, en cada visión, sujeta a nuevas interpretaciones. Las secuencias que se veían en aquel momento habían sido filmadas en África Ecuatorial. En la pantalla los hombres de una tribu bailaban tocados con enormes sombreros de paja: se acuclillaban y bajaban tanto que las enormes alas de sus sombreros tocaban el suelo, y giraban y giraban como un puñado de azucenas gigantes que dan vueltas en la corriente de un río. A continuación cambiaba la escena y otro grupo de bailarines, con una lanza en la mano y liderados por un hombre con una máscara demoníaca, daba saltos formando una larga hilera. No tenían expresión en la cara, hipnotizados, veteados de polvo y sudor.

En los asientos que había justo delante de Hielo, un negro se inclinó hacia delante y le susurró a otro:

—Cada vez que veo un hermano en una película o sostiene una escoba o una lanza.

Y el otro le contestó:

—Sí, pero ahí tienen algunos que acojonan.

Una docena de tambores redoblaban en la banda sonora, y el humo cruzaba el cono de luz del proyector en pliegues plateados. Un resplandor amarillo pálido se filtraba a través de las ventanas entabladas, y las caras del público parecían casi tan ajenas como las de la pantalla. Hielo se removió incómodo y se frotó la nuca. Encendió un cigarrillo y al volverse hacia la pantalla observó, con un temblor eléctrico en los nervios, que alguien lo miraba fijamente. Algún pollito, se dijo de inmediato, utilizando el término que aplicaban a cualquier chaval que buscaba problemas o ganarse una reputación de tipo duro.

El pollito se apoyaba en una de las ventanas, los pulgares enganchados en los bolsillos de atrás, y había algo en su postura, combinado con su estatura, su delgadez

y su pequeña cabeza triangular que a Hielo le recordaba una mantis religiosa. Hielo encontró por un momento los ojos del pollito, sin desafiárselo, y a continuación volvió a la pantalla. Estaba acostumbrado a la curiosidad de los demás, sabía que en el patio lo señalaban hombres cuya identidad jamás conocería, pero una parte de su conciencia se distanció del documental y permaneció alerta a cualquier movimiento. El pollito no se movió, pero siguió mirando, y al cabo de un momento Hielo se volvió otra vez para mirar a su espalda. Los ojos del pollito quedaban perdidos en la sombra, pero Hielo percibió su viveza igual que habría percibido la presencia de un animal en una cueva. Se aguantaron la mirada el uno al otro como niños que juegan a ver quién la aparta primero, hasta que Hielo se cansó de aquel ejercicio y le hizo seña con la cabeza de que se acercara.

El pollito se enderezó, aún más alto, y se acercó hacia Hielo. A medida que se acercaba, Hielo se dio cuenta de que iba elegante: pantalones almidonados y planchados con una raya afilada como un cuchillo, y se decoraba la gorra con una cinta de cuero, anclada a los lados con botones blancos. La boca parecía a medio moldear.

—¿Tienes problemas con la nariz? —preguntó en voz baja Hielo.

—¿Problemas con la nariz?

El pollito no bajó la voz. Los hombres que lo rodeaban se agitaron y se volvieron para mirar.

—¿Por qué me apuntas con ella? —preguntó Hielo. Seguía relajado en su butaca, pero en su pecho se estaba formando un centro de tensión. Aquello podía ser una locura. Si algo ocurría y él quedaba mal, en el cierre de las cuatro toda la cárcel se enteraría.

El pollito se inclinó hacia delante, extendiendo la mano en señal de calma, y Hielo distinguió un tatuaje recién hecho, todavía con costras en algunos lugares, en la parte interior del antebrazo: el tatuaje de un vampiro.

—¿Eres Hielo Willy?

—Ya sabes que soy Hielo Willy.

—Quiero hablar contigo.

Hielo permaneció en silencio. El pollito se enderezó de nuevo y les echó un vistazo a los hombres que todavía los observaban con la esperanza de poder ver algo de violencia. Su interés era ávido. El pollito se volvió hacia Hielo.

—Quiero entrar en la lista nocturna del gimnasio.

Hielo sonrió y alguien soltó una carcajada en la oscuridad. El pollito se volvió bruscamente, ofendido por esa burla.

—Es importante —dijo, no tanto para Hielo como para el hombre que se había reído, y su tono fue de tanta seriedad que casi resulta convincente.

—¿Qué te hace pensar que te puedo poner en la lista del gimnasio?

—Se supone que tú manejas el cotarro.

Hielo señaló el tatuaje.

—¿Eres un Vampiro?

—Soy el jefe. Me llaman Palo.

—¿Y vosotros de dónde salís?

—De todas partes.

—¿Aquí sois muchos?

—Más de los que imaginas. Pero no tramamos nada contra ti.

—Eso es estupendo. —Hielo estudió a Palo, y aunque físicamente no había mucho que comparar, le recordaba un poco a Gasolino: mientras que en la cara del más inútil y perezoso siempre había un asomo de expresión, la cara de Palo era impasible, y su impasibilidad era como una armadura.

—Ya hablaremos de la lista del gimnasio —le dijo Hielo—. Pero en el patio. Ahora estoy mirando la película.

—¿Puedes arreglarlo?

—Ven a verme en el patio.

Hielo creía que el líder de los Vampiros se pondría en contacto con él cuando se reunieron antes del cierre de las cuatro, pero el pollito no se presentó. Hielo se lo quitó de la cabeza —ya vendrá si quiere— y se fue con Nunn y Sociedad Rojo, que estaban observando una partida de dominó.

—Aquí se están jugando pasta —susurró Nunn.

—¿Cuánto?

—Diez cartones por pareja.

—Estos mamones están listos para Las Vegas.

En la cara de los jugadores se veía ese lustre de apuesta alta, y jugaban con relativa calma, estudiando minuciosamente cada movimiento. Hielo estudió el diagrama de la partida intentando determinar el resultado.

—Ahí está tu compañero de celda —dijo Rojo, y Hielo siguió el dedo manchado de nicotina de Rojo y vio el chaval que caminaba por el patio con otro hombre. El tipo, un músico llamado O'Brien, se inclinaba hacia el muchacho con una sinceridad evidentemente falsa, y el chico se movía con una estudiada elegancia un tanto demasiado exagerada para ser verdaderamente femenina. Era una imitación.

—No me digas que ese chaval no es una tía —añadió Rojo.

—Es una tía —dijo Hielo—, pero eso no significa que me interese.

—¿Vas a hacer que lo trasladen? —preguntó Nunn.

—Cuando pueda.

—Oye. Oye, Hielo. —Rojo le tiraba de la manga de la chaqueta—. Haz que pongan a esa zorrilla en mi celda. ¿Puedes?

—No lo sé, Rojo. En este momento no consigo que lo quiten de la mía.

—Vaya —dijo Rojo en tono cómplice—, te lo quieres cepillar bien.

—¿Para qué quieres a una loca? —preguntó Nunn—. Creía que cada noche te metías en la cama y soñabas con estrellas de cine.

Rojo sonrió.

—Es verdad, pero a veces son unas zorras. A veces aparecen, y a veces no. Pero esa loca... —Rojo miró hacia donde el chaval estaba claramente coqueteando con O'Brien—. Ella siempre estaría allí.

—Vaya —observó Nunn—, parece que O'Brien se la va a quedar antes de que tengas ninguna oportunidad.

—Hielo, ¿lo vas a permitir? —preguntó Rojo.

—Cristo, Rojo, dame un respiro. ¿No te parece que ya tengo suficiente con aguantar a ese hijo de puta mariconazo en mi celda?

Aquella noche, después de cenar, cuando el agente de vigilancia pasó por la celda, llamó «Cain», colocó un pase en los barrotes y siguió delante. El chaval se bajó de la litera superior para coger el papel. Lo estudió un momento y se volvió hacia Hielo.

—¿Qué es esto?

—Es un pase. ¿No utilizáis pases en Tracy?

Los ojos del muchacho parpadearon y se sonrojó ligeramente.

—No.

—Déjame ver.

Hielo le echó un vistazo.

—A las nueve y media tienes que ir al departamento de psiquiatría para una entrevista. ¿Sabes dónde está?

—¿En el hospital?

—Exacto.

—¿Para qué quieren que vaya?

—Si tú no lo sabes, ¿cómo voy a saberlo yo?

—No me gustan los psiquiatras.

—No me sorprende —dijo Hielo en tono seco. Calló un momento y a continuación preguntó—: ¿Qué quería O'Brien?

—¿O'Brien?

—O'Brien te había cogido por banda antes del cierre. ¿Qué quería?

El chaval volvió a sonrojarse.

—Quería que me mudara a su celda.

—Ni hablar.

—De acuerdo.

—Voy hacer que te trasladen con un amigo mío.

—¿Un amigo tuyo? ¿Y si no me gusta?

—Te gustará. Es totalmente de fiar.

El chaval estudió el suelo y Hielo se fijó en lo largas que eran sus pestañas. Suspiró y dijo:

—Tengo un amigo en la calle. ¿Crees que vendrá a visitarme?

—¿Tú qué crees?

—Espero que sí.

Hielo levantó el libro, indicando tácitamente que quería leer.

—Perdona —dijo el chaval—. No pretendía interrumpirte.

—No pasa nada. Dentro de más o menos una semana te mudarás con Rojo.

—Si tú lo dices.

El muchacho se subió de un salto a la litera superior. Hielo leyó una página y a continuación bajo el libro para preguntar:

—¿Tienes cigarrillos?

—No.

—Hay muchos en la estantería. Coge los que necesites. Si quieres café, o algo de comer... sírvelo tú mismo.

—Gracias.

—No pasa nada.

Por la mañana, antes de la llamada para ir a trabajar, Palo se acercó a Hielo por segunda vez. Hielo, al observar que aquel chaval parecía aún más raro a plena luz, se lo llevó aparte y le preguntó:

—¿Hasta qué punto quieres entrar en la lista del gimnasio?

Palo contestó lo mismo que el día anterior:

—Es importante.

—¿Los Vampiros hacéis trabajos de cobro?

—Podemos hacerlos.

—Muy bien. Hay un tipo al que quiero que le aticen un poco. Haces el trabajo y te apunto en la lista nocturna del gimnasio.

—¿Hay que hacerle mucho daño?

—Quiero que se entere de que se lo han trabajado. No tienes que matarlo.

—Eso vale un poco más que un pase para el gimnasio.

—¿Quieres regatear?

—No. Muy bien, ¿quién es?

—Ven, te lo señalaré.

Recorrieron el patio dos veces antes de que Hielo divisara a Juleson acuclillado y apoyado contra el muro del bloque este. Como siempre, tenía un libro en la mano, pero no leía: contemplaba algo que había en el cielo más allá del tejado del comedor mientras señalaba el punto con el dedo.

—¿Ves al tipo ese del libro?

—Sí.

—Es él.

Hielo comenzó a alejarse, pero Palo lo llamó:

—¿Cuándo estaré en la lista?

Hielo se detuvo.

—Eso no hace falta que lo preguntes. Cuando el trabajo este hecho.

Si llegas a hacerlo, se dijo, estudiando los botones cosidos en el lateral de la gorra

de Palo.

Aquella noche, a la hora de la cena, el nuevo compañero de celda de Hielo no se despegó de su lado en la fila y acabó sentado en la misma mesa que Hielo y Rojo. Hielo le dijo que se sirviera de los diversos frascos que Rojo se iba sacando de los bolsillos. Rojo observaba al chico con un brillo en la mirada.

—Le quita el mal sabor a esta mierda, ¿verdad? —preguntó Rojo.

—Sí, gracias.

—No hay razón por la que tengas que comer lo mismo que todo el mundo —añadió Rojo—. En Tracy tampoco comías lo mismo que todos, ¿verdad?

—No —dijo el chaval—. En Tracy tenía un amigo.

—Aquí también tienes un amigo, Caramelito.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Así es como te llaman, ¿no? —preguntó Rojo.

—Lo he utilizado... como nombre artístico.

—Caramelito. Sí, lo he oído, lo he oído...

—Muy bien, Rojo —dijo Hielo sin levantar la voz—. Déjalo ya.

Acabaron de comer en silencio, pero en cuanto los encerraron en la celda, el chaval dijo:

—No me gusta.

—¿Quién no te gusta?

—Tu amigo. Rojo. No me gusta.

—Es un buen tipo.

—¿Y me vas a entregar a ese? ¿Quién te crees que soy?

Hielo lo miró fríamente.

—Muy bien, ¿qué eres?

—Soy una persona. Eso no me lo puedes arrebatar. Soy una persona.

—No intento arrebatar nada. Escucha, zorra idiota, esto *no* es Tracy. Si no te protege alguien, acabarás muerto o te la meterán cada vez que intentes darte una ducha. No es que a mí me importe un pito una cosa u otra, pero Rojo dice que le gustas, y para mí eso es suficiente. Nadie, y quiero decir *nadie*, va a meterse con lo que es de Rojo, porque eso sería lo mismo que meterse conmigo. Así que considérate afortunado y deja de hacerte el orgulloso. Me voy a la fila del gimnasio. Si necesitas algo, sírvete tú mismo.

Hielo salió de la celda en la apertura de las seis y media. Ya caía la tarde. El gran patio siempre le pareció un lugar extraño a esa hora del día, vacío y todavía húmedo después de pasarle la manguera, como cada día. Cruzó rápidamente escuchando sus propios pasos, que durante el día nunca podía oír. Una frágil luna empezaba asomar sobre una nube veloz, y por un momento Hielo intentó recuperar la sensación de lo que sería caminar por una calle de San Francisco o Cleveland o París, Francia. Durante el momento que duró el sueño le pareció que podía oír la música de un altavoz en la acera y el pitido de un coche que se acercaba.

En el gimnasio se dirigió a la oficina interior a hablar con Oruga. En la cara de Oruga, que iba perdiendo lustre y ganando carne, Hielo vio el reflejo de su propio envejecimiento, aunque sabía que el suyo era interior. Oruga estaba sentado con los pies encima del escritorio del segundo del entrenador. La pared que tenía detrás estaba completamente cubierta de fotos de tías recortadas de distinta revistas de tetas.

—¿Qué pasa? —preguntó Oruga.

—No gran cosa. Quiero que pongas a uno en la lista nocturna del gimnasio.

—Muy bien. ¿Cuál es su nombre y su número?

—Te lo diré dentro de un par de días. Solo quería asegurarme de que no hay problemas con la lista.

—Procuramos que no los haya. —Oruga sonrió—. He oído que te han endosado un bombón.

—Me han colocado uno en la celda, si te refieres a eso.

Oruga se echó a reír.

—¿Se la metes, Hielo?

—Ya sabes que eso no me va.

—Sé que dices que no te va. Pensaba que a lo mejor te había despertado el apetito.

—¿Despertado el apetito? ¿Quieres decir si se me ha ablandado la sesera?

—Qué demonios, Hielo —dijo Oruga, queriendo ser comprensivo—, ¿qué más da? Caderas, labios o axilas... yo no rechazo nada.

—Dicen que si das, acabas tomando. ¿Es verdad?

—Todavía no me ha tentado. —Oruga volvió la cabeza a un lado—. Pero a lo mejor, si me das un besito en la oreja.

—No. Odio herir tus sentimientos, Oruga, pero el de mi celda es más guapo que tú.

—Hielo, se supone que tú tienes lo mejor de todo.

—Pues de momento voy a pasar. Te veo luego.

Hielo se encontró con Nunn y Rojo en la sección de boxeo presenciando las eliminatorias para determinar quién combatiría en la siguiente ronda. Hizo unas cuantas apuestas y ganó tres cartones antes de que cerraran el gimnasio. Le entregó los cigarrillos a Oruga y cruzó el patio en compañía de Nunn y Rojo. La luna ahora brillaba con viveza; faltaban pocos días para ver luna llena.

—¿He empezado bien con Caramelito? —preguntó Rojo.

—Ya lo creo —dijo Hielo—. Se ha quedado fascinado.

Cuando regresó a su celda, el chaval estaba en la cama y parecía dormir. Encontró una nota en su almohadón. Estaba firmada «Caramelito». Le echó un vistazo, y en esencia decía que a Caramelito «le gustaba mucho» y quería «darle una fiesta». Hielo rompió la nota y la arrojó al retrete.

—No me escribas más notas —dijo ásperamente.

Capítulo 15

Palo había leído todo lo que Morris Price había reunido acerca del arte de construir un globo, y era capaz de comprobar las cifras de Morris acerca de la capacidad de remontar el vuelo de globos de diversos tamaños. La nave que estaban construyendo —en forma de tubo largo y holgado— debería levantar entre ochenta y ciento veinte kilos.

Morris, que nunca quedaba del todo satisfecho, intentaba una nueva puntada que había aprendido en un manual de navegación, y Palo lo observaba completar una costura, pintarla con pegamento de látex y probarla para determinar si resistiría el agua.

—Está bien —dijo Palo.

—¿Cómo lo sabes? —Morris se había vuelto muy quisquilloso, y ahora miraba a Palo con una expresión de resentimiento.

—No perderá.

—Hay que hacerlo perfecto.

—Irá de primera. Y si funciona para ti, a lo mejor yo también lo pruebo.

—Ya verás cómo funciona —asintió Morris, y una expresión de entusiasmo asomó en sus ojos—. Jamás se imaginarán cómo lo he hecho. Simplemente desapareceré. —Chasqueó los dedos apuntando al techo—. Así, sin más. Me desvaneceré en el aire.

—¿Y qué harás luego?

—¿A qué te refieres?

—¿A dónde vas a ir?

—Todavía no lo he pensado. A lo mejor a México. Puede que a Canadá, y a lo mejor cojo un barco y me voy lejos.

—Tienes que tener un plan —le advirtió severamente Palo, pero al parecer Morris no veía más allá del globo remontando el vuelo, y aunque podía imaginárselo vivamente, y lo hacía a menudo, su idea de cómo descender era bastante imprecisa.

Palo observaba el avance del globo con toda la paciencia de que era capaz, y al mismo tiempo tenía que pensar en el trabajo para Hielo Willy. En los días siguientes, consiguió determinar que el Objetivo, pues así era como consideraba a Juleson, se movía en un círculo limitado que no parecía variar nunca. Iba del patio al pabellón de enseñanza y volvía pasando a veces por la biblioteca. En el pabellón de enseñanza no se le podía pegar porque siempre había un guardia de servicio, y en toda la ruta no había ningún lugar donde se le pudiera tender una emboscada. Así pues, solo quedaba la biblioteca. Y tampoco era el lugar más seguro para atacar a un hombre, aunque tenía ciertas características que la hacían atractiva: los largos semitúneles que formaban las estanterías a menudo estaban desiertos, y solo había un bibliotecario

civil de encargado que se ausentaba durante largos períodos. Además, cada vez que el Objetivo aparecía en el patio por la mañana con más de un libro era posible predecir que estaría en la biblioteca al mediodía. Tendría que ser en la biblioteca.

Palo seguía asignado a la lavandería por la mañana, pero procuraba pasar las tardes en la biblioteca, hojeando una historia fotográfica de la Segunda Guerra Mundial, por lo que se le consideraba un habitual. Observó que las estanterías de libros de ensayo cerca de la sala de lectura apenas se utilizaban. Arrancó una pesada asa metálica de una de las máquinas de la lavandería y la coló a escondidas en la biblioteca, donde la ocultó detrás de una hilera de libros religiosos en unos estantes inferiores. Los libros estaban cubiertos de polvo porque nadie los había sacado durante años.

Durante todo ese período siguió advirtiéndose: «Sé listo». Ahora que tenía entre manos un plan real de cierta complejidad, pasaba menos tiempo entregado a la fantasía. Cuando ensayaba lo que haría, y lo hacía muchas veces al día, se veía a sí mismo trabajando con las manos, los músculos y su mente. Ciertamente, una aureola rodeaba esas representaciones, una aureola de dominio, y su figura siempre era seguida por un foco, y a veces pensaba en las cosas que podían ir mal y consideraba cómo protegerse contra ellas. Había dejado de dibujar al Vampiro allí donde iba.

Y sin embargo, seguía haciendo planes. Pasaba la mayor parte de la mañana en la lavandería añadiendo detalles al uniforme que llevaría. Lavaban en seco los uniformes de los guardas en la misma planta, y de vez en cuando se perdía algún botón metálico. Palo ya tenía cuatro. Tenía que sustituir la tira de cuero de su sombrero por metal, y había conseguido robarle el reloj a otro recluso porque quería la correa elástica. Necesitaba dos más. Había un taller de reparación de ropa encima de la lavandería, y había intimidado a uno de los reclusos asignados a la máquina de coser obligándole a convertir una chaqueta de trabajo de tela vaquera en una guerrera. Con una sábana había modelado unas insignias, dibujadas con lápices de colores que había robado en el escritorio de un oficinista recluso.

Necesitaba más cuero. El cuero era importante. Pero más que nada necesitaba botas.

Le dejó al Objetivo que utilizara la biblioteca una vez más mientras él se deslizaba a su espalda. Listo, se estaba volviendo más listo. Se dio cuenta de que al Objetivo le costaba encontrar algo que leer. Buscaba en las estanterías de punta a punta, y a veces se quedaba unos minutos leyendo el principio de un libro solo para devolverlo poco después al anaquel. El Objetivo nunca prestaba atención a quién tenía al lado. La gente tenía que pedirle que se moviera para poder pasar. No se enteraba de nada, decidió Palo, y vio media docena de oportunidades de caer sobre él antes de que finalmente sacara los libros y se marchara.

Por la ventana de la biblioteca Palo contempló cómo el Objetivo se dirigía hacia el pabellón de enseñanza. Disfruta de los libros, se dijo.

Aquella noche, en la celda, Morris cosió las dos últimas partes que faltaban.

Había fabricado un arnés con tiras de tela trenzadas. Dos tiras más cosidas a la parte central del globo actuarían como cuerdas.

—Cuando esté lleno —le dijo a Palo—, cortaré amarras y... —De nuevo su mano describió ese momento mágico.

—¿Hablas mexicano? —preguntó Palo.

—Diablos, no.

—¿Entonces cómo te vas entender con esos Panchos Villa?

—Tampoco es seguro que vaya allí. Como te he dicho, a lo mejor cojo un barco.

—Un barco ¿a dónde?

—No lo sé. No tengo ningún plan definitivo. Diablos, si pudiera ir donde quiero, iría a Fresno. Una vez tuve una mujer en Fresno.

—No puedes ir por ahí sin mujer —dijo Palo severamente.

—Se fue. La busqué media docena de veces. Era muy guapa. Una auténtica artista. Trabajaba en una panadería glaseando tartas, ya sabes, poniéndoles encima todas esas cosas tan chulas.

—No eres lo bastante listo para ese globo —dijo Palo.

Morris, al que a menudo le habían dicho que no era lo bastante de una cosa u otra, inclinó la cabeza sobre su obra.

—He sido lo bastante listo para pensarlo y lo bastante listo para hacerlo. He conocido a muchos que hablan de salir de aquí: son duros y tienen una mente afilada como los dientes de un cocodrilo, dicen. Bueno, pues todavía se pasean por el patio y se seguirán paseando cuando yo ya me haya ido.

—No he dicho que no fueras lo bastante listo para hacer el globo, pero tienes que tener un plan para cuando estés fuera.

Morris estaba rasgando la costura que acababa de coser, abriendo el rígido hilo negro con una navaja de afeitar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Palo.

—Romperlo, romperlo, romperlo —gritó Morris—. Te creías que era *tu* globo. Pero no lo es, es mío y va a funcionar bien cuando lo use. Y yo me voy a construir un paracaídas por si acaso. Va a funcionar.

—¿Y qué pasa con lo que has hecho?

Pero Morris no le contestó.

Capítulo 16

En una de las celdas cercanas a la de Juleson, alguien intentaba aprender a tocar el saxofón. Cada noche, las primeras notas torpes y tristes comenzaban a sonar a las siete y media, inmediatamente después del timbre de la hora de música, y Juleson se imaginaba a los aspirantes a músicos montando su instrumento de viento, ajustando la lengüeta y esperando con los instrumentos en la boca para no perder un segundo de la hora que les permitían practicar, intuyendo correctamente que necesitaban todos y cada uno de sus momentos.

Otras veces Juleson intentaba imaginar qué animal produciría esos sonidos si no supiera que eran obra de un hombre, y veía una criatura pequeña —el vozarrón era evidentemente un camuflaje—, quejumbrosa y cobarde del color del barro recocado por el sol, acuclillada al fondo de la jaula, las patas sucias de sus propios excrementos y en los ojos una esperanza a pesar de su manifiesta estupidez. Unos ojos redondos, grandes y carentes de expresión, manchados de esperanza, mientras el hocico, en forma de campana, palpitaba y temblaba con una frustrada necesidad de comunicar.

Durante varias tardes el saxofonista había intentado aprender *I Only Have Eyes for You*. Tocaba precipitadamente los primeros compases, como un saltador de longitud ganando impulso para el salto final, pero invariablemente tropezaba de manera accidental en el octavo compás; se quedaba despatarrado; se levantaba a tientas e, impertérrito, empezaba otra vez.

Para Juleson, aquella melodía constituía una llave que tenía el poder de abrir recuerdos dolorosos. La llave no siempre insistía en su derecho a unirse con la cerradura, y los recuerdos no siempre eran dolorosos: sus tintes más luminosos y sus tonos más oscuros habían quedado chamuscados y descoloridos por demasiadas repeticiones de remordimiento. Ni aunque lo hubiera sentido como una obligación, podría haber mantenido el vigor de su sufrimiento original. Durante varios meses no recordaba nada, y otras veces parecía inmerso en un ritual. Se decía que todo el desasosiego que se representaba en su interior estaba sobreactuado y que, a excepción de unos pocos momentos, incluso su dolor y su vergüenza carecían de naturalidad.

A las siete y media estaba leyendo el primero de los dos libros que había sacado —*Breve historia de Islandia*— cuando sonó el timbre y el saxofón sonó detrás de él, la pequeña criatura despertada por la más grande, y Manning dijo, en la litera inferior:

—Ahí está tu amigo.

—¿De dónde saca la energía? ¿De la desesperación?

Manning, ocupado con su propia labor, no contestó, y Juleson se permitió imaginarse a otro saxofonista no mucho más dotado, de pie en pose de tocar un solo —más experto en la pose que en la música— en el pequeño escenario que había al

fondo del Club Social Italoamericano, donde los amigos y parientes de la novia se habían reunido para asistir a la unión de Anna Marie Patello y Paul Juleson. La función de la tribu, había pensado, pero al ser un desconocido se había sentido incómodo. «¿Quién es este muchacho con el que se casa Anna Marie?» Durante el curso de la noche varias veces le habían preguntado si era italiano. El pelo oscuro y su intenso bronceado justificaban la pregunta, y le habría alegrado poder contestar que sí.

La banda de cinco músicos, todos ellos alumnos de instituto, había salido barata. Días antes de la boda varios grupos de aficionados habían estado telefoneando a la casa de Anna para ofrecer sus servicios en la recepción. El líder de un grupo de música *country* había sido especialmente persistente, incapaz de comprender que su enumeración del vestuario y especialidades que ofrecía su grupo le parecía tan inapropiado a la señora Patello como un grupo de tambores bantúes.

—Que venga alguien con un acordeón —gritó el señor Patello—. Eso es lo que necesitas: un acordeón.

—Papá, estos chicos no quieren un acordeón.

—¿Qué tiene de malo un acordeón?

No había manera de hacérselo entender. El líder de la banda del instituto —«combo» era la palabra que utilizaban— se presentó como el hijo de uno de los amigos de la señora Patello. Él y los otros estaban dispuestos a tocar por cinco dólares cada uno y todo lo que pudieran comer. No era ninguna ganga.

Anna Marie había solicitado *I Only Have Eyes for You* y se le había acercado, avanzando a través de los bailarines que iban saliendo a la pista, menuda, por fin, aquella noche, segura de sí misma, con su tez luminosa, sus hermosos ojos, sus dientes mal colocados: todo era para él, todo lo que tenía para ofrecerle. Ahora bailaban.

—He hecho que tocan esta para ti —dijo Anna Marie.

—Te he visto hablar con el joven Stan Kenton.

—Se llama Raymond Florio.

—Tu madre me lo ha dicho. Solo era un chiste.

Ella le puso el brazo en torno al cuello.

—¿Sabes lo que ha dicho la representante de Avon? Ha dicho que bailamos estupendamente, y que si nos va tan bien en la vida como nos va bailando todo será maravilloso para nosotros.

—¿La representante de Avon está aquí?

—Todo el mundo está aquí.

Era cierto. Para Anna Marie, todo el mundo estaba allí. Casi quinientas personas, de las que Paul solo conocía a unas cuantas. Un colega del ejército se había dejado caer para rondar por el bar como una sombra manchada, y también se había presentado una ex profesora que vivía en San Francisco.

—Pareces cansado, Paul —había observado la profesora.

—Es la emoción.

Anna Marie se volvió para estudiar el salón.

—No sé por qué, pero jamás imaginé que celebrarías una gran boda como esta.

—La familia de Anna Marie se ha encargado de todo. —Sonrió—. Yo he pagado el sacerdote.

—Bueno, después de todo eso es lo tradicional. Los padres de la novia pagan la boda, y hemos de imaginar que han comprado lo que han querido.

—Me lo estoy pasando bien.

—Estupendo. —Hizo una pausa y se lo quedó mirando—. Espero que seas feliz, Paul. Te lo mereces.

Recordó que el carmín que llevaba le había parecido grasa pintada. Su cuñado, el marido de la hermana de su mujer, se había emborrachado tanto que había acabado vomitando sobre el esmoquin alquilado. Fue imposible limpiarlo y hubo que pagarlo. Eso les dio conversación durante un mes.

Cuando él y Anna Marie salieron de la recepción se fueron directamente al apartamento que habían alquilado y se desvistieron en la oscuridad. Él llevaba unos calzoncillos nuevos que había comprado para ese momento. Jamás se le ocurrió que ella pudiera ser aún más tímida que él. Tímida y también asustada.

Durante el día su madre y una tía ya mayor se la habían llevado a un aparte con el propósito de compartir con ella lo que tiene que saber una mujer, y la habían aterrado aún más con sus historias de los excesos masculinos. La tía había susurrado:

—Tu tío me arañaba los costados. Era como un maníaco. Llevé las marcas de sus dientes durante meses. —La tía suspiró, sus ojos parpadearon.

Su madre le entregó un frasco de vaselina.

—Esto hará que todo sea más fácil —le dijo.

Anna Marie no dijo una palabra y se quedó en el centro de la oscilante cama. Llevaba la vaselina en el bolso. Él se le acercó en la oscuridad y la atrajo hacia sí. Le acarició los costados. Era tan pequeña. Le sorprendió un poco descubrir que la piel que tenía oculta no era tan tersa como la de los brazos. La colocó boca arriba y lentamente se le colocó encima apoyado en los codos y las rodillas. Empujó suavemente, y aunque eso lo hizo sin dificultad, siguió con la misma lentitud. Todo acabó rápidamente y Paul se dio cuenta de que seguía excitado.

—¿Puedo... hacerlo otra vez? —preguntó.

Y ella dijo en la oscuridad, con voz queda:

—Si crees que deberías.

Más tarde, cuando él estaba a punto de dormirse, Anna Marie dijo:

—Creía que me sentiría diferente. —Y esbozó una de las líneas por las que discurrirían sus futuras batallas.

Al día siguiente, se presentaron la hermana y el marido a ver qué les contaban, y el marido preguntó:

—¿Cuántas balas disparaste ayer por la noche?

Paul se encogió de hombros y se negó a contestar, pero Anna Marie se puso a la defensiva para hacerle frente, aunque en aquel momento no entendía a qué se refería.

—Fuiste como un bebé —dijo ella—. Las dos veces tuve que abrazarte. —Paul asintió, pensando que eso la complacería.

Y la hermana dijo:

—Mira cómo asiente.

Se comportaron como si él se hubiera declarado culpable de algo. ¿Qué significaba aquello? ¿Que ella juzgaba como debilidad la consideración que le había mostrado, o solo que estaba dispuesta a tomarlo como debilidad delante de su familia? ¿O lo estaba castigando porque aquella noche había sido una decepción para ella? No lo sabía. Seguía sin saberlo... ¿y merecía la pena seguir dándole vueltas? Sabía que no. El matrimonio se había agriado de manera violenta. Los matrimonios se agrian en todas partes. Sin embargo, las primeras motas de podredumbre habían parecido trágicas, e incluso cuando el fruto no era ya más que una masa informe en sus manos, ninguno de los dos había sido capaz de soltarlo.

La verdad, pues: no habían tenido nada en común.

Él intentaba verla como la había visto la primera vez, reconstruyendo meticulosamente su lozanía y su pasión, intacta sobre aquel recipiente luminoso, nuevo y sin abrir, y escuchaba atentamente la inflexión de su voz, estudiaba los silencios de su expresiva cara, se veía obligado a comprender que debería haberse dado cuenta de sus limitaciones. Había superpuesto un sueño sobre la cara de Anna Marie. Y el sueño ni siquiera había sido el suyo, sino que lo había tomado prestado. La culpa seguía siendo suya.

—¿Vas a afeitarte, Paul? —preguntó Manning.

Él se palpó las mejillas.

—No, esta noche no.

—Pues yo creo que me afeitaré.

Ahora Juleson oía las pesadas ruedas metálicas del carro del agua a unas celdas de distancia, y contemplaba cómo Manning colocaba su lata en los barrotes. El aguador apareció, tirando de su carro como un buey. Llenó la lata utilizando una manguera de goma roja con los bordes dentados.

Manning se afeitaba con jabón de lavar, no tenía otra cosa, pero como su barba no era muy espesa lo encontraba menos incómodo que Juleson. Formó una espuma rígida con el jabón y se la aplicó en la cara. Por el espejo vio los ojos de Juleson asomando por el borde del libro.

—¿No es bueno? —preguntó Manning.

—No está mal. Es solo que no me puedo concentrar. Supongo que debería dedicarme a algo, como tú. Aprovechar el tiempo.

Manning estaba afilando la hoja en el pulpejo de la mano.

—Tienes tiempo de sobra. —Sonrió—. No me refiero a estar en la cárcel. Me refiero a tu vida. Yo en cambio no puedo permitirme perder más tiempo.

—No eres tan viejo, Will.

—No, pero no me hago una idea clara de lo viejo que soy, porque no sé cuánto tiempo me tendrán aquí. Pero aunque me dejaran salir mañana, en varios aspectos sería mucho más viejo de lo que era cuando entré. —Se volvió hacia el lavamanos y encajó la hoja en la maquinilla—. Eres lo bastante joven como para empezar de nuevo. Yo no.

—De todos modos podría aprovechar mejor el tiempo. No sé por qué no lo hago. Había tantas cosas que quería aprender cuando no tenía tiempo, y luego, cuando tuve demasiado tiempo... —Torció el gesto en dirección al libro.

—Todo lo que aprendes es valioso.

—No, esto es indulgencia. Lo lejano, en el tiempo o en el espacio, es una evasión. A no ser que seas un especialista. Igual podría leer novelas de tiros, para el provecho que le saco a lo que leo.

Manning no contestó. Estaba guiando la hoja de afeitar por la mejilla, y su mirada afable y comedida seguía el movimiento. Era un hombre modesto. Había pedido demasiado poco. ¿Y Juleson? Había pedido demasiado.

—¿Crees que ella vendrá?

Manning lo miró por el espejo.

—¿Pat?

—Sí.

—No sé qué pensar.

—¿Tú quieres verla?

—Sí, supongo que sí, pero no estoy seguro de que sea una buena idea. No deo de preguntarme qué quiere.

—¿Qué podría ser?

—Hay un montón de cosas legales: la propiedad de la casa, el coche, las pólizas de seguros. Puede que quiera un poder notarial.

—A lo mejor lamenta haberte entregado a la policía.

—Tenía derecho a hacerlo.

—Aun así, no tenía por qué ejercer ese derecho. Lo tuyo con la niña no iba a ser algo habitual. Probablemente no la habrías vuelto a molestar.

—No estoy seguro de eso.

—De todos modos, en lo que se refiere a vuestras vidas, quizá habría sido mejor que lo que ha ocurrido.

Manning se dio la vuelta y se lo quedó mirando.

—Fue grotesco.

Juleson se sintió avergonzado por la intensidad de la mirada de Manning.

—No debería hablar de ello. Mi interés es... irresponsable.

Su interés era más complicado de lo que le resultaba admitir. En cierto sentido envidiaba a Manning por su delito, y no podía evitar comparar el impulso del otro hombre con el suyo propio. La agresión sexual, incluso la más brutal, puede verse

como algo que surge de una esperanza básica, y por contraste, su propia violencia estéril parecía inhumana. Era capaz de aceptar que ese punto de vista a lo mejor era cándido, que le faltaba una perspectiva más compleja, y quizá no era muy clara ante la profusión de opiniones de segunda y tercera mano, pero rechazaba con uñas y dientes cualquier tendencia que descubría en sí mismo a salir del atolladero manipulando los valores establecidos. Seguía sin querer invertir los valores que había adquirido en su infancia, por mucho que los hubiera diluido con matizaciones. No quería que le dijeran, con el peso de una certeza que supera las sospechas del atractivo de la novedad, que la violencia podía ser un disfraz del amor. Esos principios formarían la base y la vida de una existencia demasiado desconcertante como para poder afrontarla. Prefería aceptar la culpa. Casi la anhelaba con avidez. Sin embargo seguía reviviendo el pasado.

Había sido una boda de reportaje. Cuando llegaron las fotos bien podían haber aparecido en las páginas de la revista *Novias*, un ensayo de ceremonia representado sin perder ningún detalle clásico. Habían salido corriendo de la iglesia en medio de una nube de arroz y almendras garrapiñadas. Al cortar la tarta, sus manos se habían unido en torno al cuchillo. Anna Marie arrojando el ramo. Anna Marie arrojando la liga. Anna Marie posando con sus padres. Paul con sus allegados, todos con esmóquines alquilados. Americanas blancas y pajaritas marrones que parecían polillas polvorientas. Él parecía cansado. La boca le dibujaba una viva sonrisa, pero los ojos se veían agotados, y el efecto era que parecían varios años más viejos que el resto de la cara.

Las fotografías poseían un exquisito valor emblemático, como si la boda hubiera quedado purificada de todo excepto de su valor simbólico, y Paul buscaba su imagen en una foto tras otra, no para compararlas, sino para verlas en permanente relación con las otras. El huérfano había robado una familia.

Pero si en sus sueños de huérfano había planeado utilizar el matrimonio como cabeza de playa para su asalto a una comunidad, Anna Marie había ensayado lo que sería la vida en las salas de cine y delante de la televisión. Interpretaba los episodios de su vida juntos como si fueran situaciones típicas de las películas románticas, y reaccionaba según los modelos que había estudiado. Se sabía las frases. Así era como la vida quedaba magnificada y rescatada de los lugares comunes, pero Paul casi nunca estaba seguro de si estaba tratando con Anna Marie o Lana Turner. Y casi todo el tiempo se negaba a reconocer que había una diferencia. Sin embargo, algo había envejecido los ojos en aquellas fotos.

Las veces en que ella se movía debajo de él con el calor de su propia sangre en la cara eran muy escasas, y a menudo él veía la vidriosa mirada del fingimiento.

Poco después de que se casaran, ella comenzó a concebir situaciones de prueba, proposiciones que comenzaban con: «Si me amaras...». Al principio él sufría. Ella constantemente fingía arrojar su vida en común por la borda para ver si él la recuperaba, e incluso cuando la repetición había embotado su angustia todavía le

afligía descubrir que Anna Marie era capaz de esos ejercicios. Más que no querer soportar el trauma de sus confusas riñas, lo que no quería era que ella utilizara aquellos recursos. Él seguía esperando soluciones mágicas, pero cada mecánica recapitulación de su noviazgo resultaba más sórdida que la anterior. Pero seguía habiendo algo entre ellos.

Pasaron cuatro años. Ella se negaba a tener hijos porque temía que él dejaría de amarla cuando estuviera gorda. Se volvió adicta, al menos psicológicamente, a unas píldoras para adelgazar que le quitaban el apetito y le impedían dormir. Por las noches recorría la casa como un hámster, mordisqueando pastas de higo y bolitas azucaradas. A menudo él la encontraba por la mañana recostada delante del televisor, dormida, la pantalla en blanco o ya con la carta de ajuste matinal, la sala envuelta en el monótono zumbido electrónico que parecía más sonoro en la casa en silencio, y de algún modo, un tanto avergonzado por las implicaciones de derroche y desorden. No hicieron muchos amigos. En lugar de botánico él acabó de jardinero paisajista. Ella estaba loca. La chica encantadora era una loca.

Pero eso equivalía a decir que el apuesto muchacho era un loco. Él la pegaba periódicamente, dilapidando así la energía emocional que habría necesitado para dejarla. Sabía que era algo necesario para que alguno de los dos comprendiera algo de sus vidas, pero era incapaz de dejarla. Era incapaz de obligarse a llevar a cabo la ruptura.

Y eso fue todo, se dijo, cerrando la historia de Islandia y dejando el libro a un lado. Necesitaba un cigarrillo. De haber tenido tabaco en la celda habría roto su resolución sin vacilar. Habría sido incapaz de dejarla incluso después de comprender que era el error de aquella unión —ella lo había reconocido antes, lo había comprendido mejor— lo que volvía loca a Anna Marie. Aquellas caras jóvenes y lozanas del reportaje de bodas habían sido un fraude terrible.

—¿Qué hora es? —le preguntó a Manning.

—No lo sé. Están a punto de apagar las luces.

Juleson se puso en pie para lavarse y desvestirse. Se cepilló los dientes y plegó la ropa al extremo de la cama. A continuación se metió bajo las mantas y abrió el segundo libro. Era una novela de misterio clásica de un autor que a veces le gustaba, pero al cabo de unos capítulos se dio cuenta de que era incapaz de leer más. Sacó medio cuerpo de la cama para dejar el segundo libro en el suelo.

—¿Me recordarás que devuelva esto a la biblioteca?

—Muy bien.

Manning estaba recogiendo y doblando sus diagramas de circuitos.

—Lo llevas bien, ¿verdad, Will?

Manning se lo pensó un momento.

—No, creo que necesitaré información adicional acerca de las unidades más complejas, pero tendré ventaja.

—A eso me refería.

—Puede que la cosa acabe en nada.

Juleson siguió observando a Manning, y desde su elevada posición observó, como había hecho antes, que Manning comenzaba a quedarse calvo por la coronilla. El curso de la naturaleza, cruelmente acelerado por el encarcelamiento, seguía desvalijando a Manning, aunque él se esforzara en hacer todo lo posible para seguir haciendo algo provechoso con su vida. Sus energías vitales no parecían estar forzosamente vinculadas a su desesperanza.

Se apagaron las luces y Juleson apoyó la cabeza en el almohadón. Envidiaba a Manning. Cuando Juleson llegó a la cárcel su primer acto significativo había sido recoger un clavo del patio inferior. Era un clavo viejo y probablemente llevaba años donde lo encontró, porque había formado un coágulo de óxido que le daba más o menos la forma de una punta de flecha. No pensó en eso cuando se agachó para sacarlo de la tierra endurecida —podía haber sacado una docena de objetos cualesquiera— y lo llevó en la mano durante el resto del día. Lo frotaba con el pulgar, lo lanzaba al aire. Luego, en lugar de tirarlo, se lo metió en el bolsillo. Sin reconocer jamás que lo estaba guardando, lo cambiaba de unos pantalones a otros con el mismo automatismo con que trasladaba el peine cada vez que se daba una ducha y se cambiaba de ropa. A menudo se descubría llevando el clavo en la mano, frotándolo con el pulgar. Lo estuvo llevando durante más de dos meses, y cuando finalmente lo tiró, mucho tuvo que esforzarse para no volver a recogerlo. Solo posteriormente estuvo dispuesto a admitir que el clavo se había convertido en un fetiche, y cuando lo comprendió, se preguntó por qué lo había tirado.

Ahora, tendido en su estrecha litera, envuelto por una noche tensa como una boca abierta, se preguntó por qué no podía perdonarse. Aun cuando sabía que el mundo entero y toda la historia de este habían actuado como su cómplice. Incluso Anna Marie lo había perdonado. Sin embargo, cuando veía la cara de ella era justo después de haberla golpeado. Comprendía que ella lo había provocado, igual que había hecho muchas veces en el pasado, hasta que él había hecho lo que ella había querido. Sin embargo sentía el impacto en la muñeca y veía la solitaria lágrima que volaba del ojo de Anna Marie cuando su cabeza saltaba hacia un lado. Veía la lágrima formar un arco reluciente de dolor. Ella se volvía para echar a correr, los talones moviéndose torpemente.

—Eres igual que mi padre —le había gritado ella.

—Nena, lo siento.

Él la persiguió hasta la sala de estar y la agarró mientras ella intentaba abrir la puerta de la calle.

—Nena, lo siento —volvió a decir.

Ella se soltó de sus brazos para retroceder; los ojos furiosos y llenos de lágrimas, la mejilla ya hinchada.

—Aléjate de mí. Quiero que te alejes de mí. No quiero tus disculpas. No te quiero. Un hombre que golpea a una mujer es un miserable rematado.

—Por favor, por favor...

Todo lo que quería, todo lo que necesitaba era recuperar la ilusión de paz entre ambos, pero sabía que ella no lo permitiría. Pasarían días antes de que el impacto de aquel golpe desapareciera, y estaba tan claro que ese era su plan que Paul sintió una renovada cólera. Ella se lo quedó mirando, su diminuto pecho subía y bajaba, y parecía tener un brillo en los ojos.

—Suéltame, Paul.

—¿A dónde vas?

—Te he dicho que me sueltes.

—Esta noche no tienes donde ir.

—¿Vas a soltarme? ¿Crees que puedes pegarme y luego decir «lo siento» y ya está? —Ella se tocó la mejilla y la boca se le endureció—. Fuera de mi camino. —Ella se movió para pasar junto a él, y Paul, repentinamente furioso, la tiró al suelo y le dio una patada en las costillas.

Ella se acurrucó hasta formar una bola apretada, la cabeza enterrada en los brazos.

—Oh, Dios —chilló—. ¡Dios! —emitiendo un sonido desgarrador como el de un animal desconcertado de dolor.

Él se arrojó de rodillas a su lado, consternado. Le tocó el brazo.

—¡Socorro! —chilló ella a pleno pulmón—. ¡Socorro! Por favor, que alguien me ayude.

—Annie, Annie, Annie, lo siento. Lo siento. Por favor, nena, lo siento.

—¡Policía! ¡Que alguien llame a la policía!

Él la levantó y la apretó con fuerza para amortiguar su forcejeo. Pero ella seguía moviendo las piernas de una manera frenética y le apartaba la cara con las manos.

—Podría hacer que te metieran en la cárcel. Ahí es donde debes estar, con todos los asquerosos maltratadores de mujeres.

Él se la llevó al dormitorio y la metió en la cama.

—¿Te he hecho daño?

Pero ella no le contestó. Hundió la cara en el almohadón y lloró en silencio. Paul se quedó de pie a su lado, muerto de vergüenza.

—Annie, te quiero.

Se sentó en la cama y la atrajo hacia él, sintiendo su cara caliente por las lágrimas.

—Te quiero —repitió con voz entrecortada.

—Oh, Paul, jamás pensé que llegarías a pegarme. Jamás pensé que me pegarías. Siempre me decía que jamás me casaría con un hombre capaz de pegarme. No después de escuchar a mi madre todos esos años.

Él la mecía como si fuera una niña, y al cabo de un rato ella dejó de llorar. Pero él siguió abrazándola, ahora que había roto su sueño juvenil de encontrar un marido perfecto que nunca la pegara tal como su padre había pegado a su madre.

Durante dos días la vio cojear con la cara cenicienta, y al tercero, comenzó la

hemorragia. Murió una hora después de que la ingresaran en el hospital, el mismo hospital donde había nacido veintidós años antes.

Paul fue declarado culpable de homicidio en segundo grado.

A la mañana siguiente llovía en el patio, y Juleson caminaba arriba y abajo por el borde del cobertizo para la lluvia. Había varios hombres inquietos que intentaban seguir el mismo estrecho camino, y había que dar media vuelta y esquivar a los demás a fin de poder moverse. Varias veces se detuvo para contemplar el patio bañado por la lluvia. En una ocasión vio dos gaviotas descender en una perfecta hélice solo para acabar peleándose por una monda de naranja. Otra vez se dio cuenta de la presencia de Hielo Willy, acompañado de sus dos lugartenientes, en la otra punta del cobertizo, en el refugio de la puerta de la panadería. De nuevo se dijo que tenía que hacer un esfuerzo para pagarle a Oberholster. En cierto sentido suponía que ya no le debía nada, pues había sobrevivido a su intento de cobro, pero si le pagaba, la situación tendría un final mejor. Tendría que hacer el esfuerzo. Se pasó los libros de la biblioteca al otro brazo y siguió caminando.

Cuando a mediodía se dirigió a la biblioteca, todavía conservaba de la noche anterior la convicción, a medio formar, de que debería comenzar a estudiar algo realmente útil pero, ante la pesada masa de todos los libros, le resultaba difícil concentrarse. Quizá podría estudiar idiomas: a menudo había pensado en estudiar francés o español. Regresó al pasillo donde estaban los libros de idiomas. Quizá debería empezar por el latín. A menudo había pensado que ese idioma de leyes y medicina contenía poderosos secretos en sus precisas frases. Cogió un curso de primer año de latín del estante y lo abrió.

Apenas se dio cuenta de que Palo pasaba detrás de él —con el rabillo del ojo miró la cara que quedaba justo encima y detrás de su hombro— y por un momento pensó en una cría de pájaro, un halcón, al que han dejado en el nido para que se muera de hambre. A continuación se volvió hacia el primer verbo y leyó: *porto, portas, portat...*

Capítulo 17

El primer golpe fue duro, dirigido hacia la coronilla. Al Objetivo se le doblaron las rodillas y el libro le resbaló de la mano y cayó al suelo. Se desplomó hacia delante y la barbilla le quedó encima de uno de los estantes, con lo que la cabeza resbaló lentamente hacia un lado arrastrada por el peso del cuerpo. Palo le pegó dos veces más, dejándolo inerte. Cayó en toda su extensión y, excepto por las sacudidas de las piernas, se quedó quieto.

Aquello ocurrió en menos de tres segundos. Palo se quedó estupefacto. Había sido muy fácil. Bajó la mirada un momento y vio que la sangre comenzaba a manar de la onda levantada en el pelo del Objetivo. A continuación se metió la barra en el cinturón, se abotonó la chaqueta y salió sin prisas de la biblioteca.

Pasaron cinco minutos antes de que alguien encontrara a Juleson y lo denunciara. Otros dos hombres que lo habían visto antes habían salido de la biblioteca sin decir nada.

Palo se había dirigido directamente al gran patio, donde se encontró con Hielo Willy al margen de la multitud que salía del comedor después de la comida del mediodía. Se quedó a tres metros de Hielo y esperó hasta que este cruzara la mirada con él. Cuando Hielo dejó a sus amigos para acercarse, Palo dijo:

—Está hecho.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Has hecho un buen trabajo?

—Sí, he hecho un buen trabajo.

—Esta noche estarás en la lista del gimnasio.

Hielo regresó hasta donde Nunn y Sociedad Rojo lo esperaban.

—¿Qué quería ese cabeza hueca? —preguntó Nunn.

—Quería pedirme prestado un cartón.

—¿Se lo has dado?

—¿Acaso empiezas a considerarme un idiota?

—Solo preguntaba —dijo Nunn.

—Menuda pinta tiene ese mamón —dijo Rojo.

—Me preguntó cómo te ve él a ti.

Nunn sonrió.

—Como un marica viejo que busca venganza.

—Yo tengo tu venganza... —Rojo se señaló la entrepierna—. Justo aquí.

—Joder —dijo lentamente Nunn—, si no puedes hacer nada con eso. No es más que un mango para darte vueltas.

—Ponme a prueba —lo desafió Rojo.

Pero Nunn se había vuelto para mirar una camilla vacía que transportaban al trote dos celadores del hospital.

—Ahí hay alguien que se ha metido en un lío —dijo Nunn. Hielo asintió.

—Esto estaba demasiado tranquilo. Tenía que pasar algo.

—Veamos a dónde se dirige —sugirió Rojo.

Pero Hielo negó con la cabeza.

—Ya volverán.

Los tres amigos se acercaron al cobertizo, donde podrían ver perfectamente la camilla cuando regresara al hospital. Se quedaron allí de cháchara levantando la mirada hacia la verja como alguien que espera que empiece un desfile. Cuando reapareció la camilla, los celadores ya no corrían. Caminaban, uno a cada lado, con cara solemne, aunque no del todo ignorantes del efecto que provocaban. Alguien se acercó corriendo a preguntar:

—¿Qué ha pasado?

Uno de los celadores contestó:

—Le han abierto la cabeza.

—¿Cómo está?

—Ha palmado.

Juleson tenía la cabeza vuelta a un lado, y cuando la camilla pasó junto a Hielo, este le miró la cara. Tenía los ojos entreabiertos. Bueno, mamón, se dijo Hielo, estas cosas pasan a veces.

Nunn dijo:

—Yo a este tipo lo tengo visto.

—Sí —añadió Rojo—, yo también lo he visto un par de veces.

—Te has pasado un poco con él, ¿no crees, Hielo? —preguntó Nunn.

—¿Te parece?

—Si antes ya te buscaban las cosquillas, imagínate ahora.

—Nunn, ni siquiera sé de qué hablas. Ni por qué hablas. ¿Y tú?

—No, tienes razón.

Rojo seguía mirando la camilla.

—Se ha ido muy lejos —dijo lentamente.

Sonó el silbato para ir a trabajar y Hielo regresó al suyo. Se encontró con que el anciano portero estaba acabando de pasar la fregona.

—Sal un momento —le dijo Hielo, y cruzó el suelo húmedo hasta el escritorio del teniente. Cogió el teléfono y observó al viejo mientras cruzaba la habitación y cerraba la puerta a su espalda. Entonces Hielo marcó el número del gimnasio.

—Oficina del gimnasio, recluso Collins...

—Oruga, soy Hielo. Pon a ese payaso en la lista nocturna del gimnasio. Pero si la cosa se pone fea mantenme al margen.

—¿Le están buscando las cosquillas?

—No lo sé. No creo.

—Muy bien, eso está hecho.

Hielo colgó y se apoltronó en la silla del teniente. Se tocó las sienes con las puntas de los dedos y se las frotó suavemente como si estuviera manipulando algo delicado y peligroso. Se había imaginado una paliza de pandilla, en la que todo el mundo quiere meter cuchara y de la que Juleson habría salido más humillado que dolido, pero ahora comenzaba a comprender que no había estado tratando con una pandilla. Así que un trabajo chupado. Un trabajo chupado.

Entró el teniente Olson.

—¿Te gusta la silla? —preguntó.

Hielo se puso en pie y se dirigió a su propio escritorio.

—Creo que esta vez la has cagado.

—¿Qué me quiere decir con esto?

—¿Nunca te cansas de hacer comedia?

No más que tú, se dijo Hielo, pero guardó silencio.

Olson se sentó en su escritorio y se echó el sombrero hacia el cogote. Intentaba poner cara de desaprobación moral, pero en realidad parecía satisfecho.

—Quieren verte en la oficina del capitán. A lo mejor ellos te lo explican.

—¿Necesito un pase?

—No, no necesitas pase.

Hielo cruzó el jardín. A mitad de camino se encontró con Mendoza, que trabajaba en la oficina del teniente de asignaciones. Mendoza pasó de largo, la mirada al frente, pero le susurró:

—Vete con ojo, Hielo, creen que tú te has cargado a ese tipo.

Hielo se quedó parado un momento en el centro del jardín, donde los caminos se entrecruzaban. La fuente seguía obturada, pero la hierba invernal estaba más limpia y tenía un color más vivo que en ningún otro lugar de la cárcel. El día era despejado, y sentía el leve calor del sol a través de la camisa. Como a veces le ocurría, vio un atisbo de una de las muchas vidas que podía haber llevado, y experimentó una emoción distante —el eco lejano de otro hombre de pie en un campo abierto— y a continuación se dio la vuelta y siguió caminando hacia la oficina del capitán.

Lo hicieron esperar para ablandarlo. Permaneció sentado una hora y media en el banco de madera del pasillo que conducía a la oficina privada del capitán. Allí todo estaba en silencio y tenía ese aire de extrema seriedad que se percibe en los hospitales, las comisarías o los tribunales, el inconfundible aroma de la responsabilidad y el poder, el control de la vida y la muerte. El secretario de confianza del capitán, un joven agente pulcro y de rasgos suaves que tenía rango de sargento, iba y venía acarreando fichas y carpetas. Su caminar era un tanto amanerado y llevaba los pantalones demasiado ceñidos, lo que, unido a su rostro lozano, era bastante para que casi todos los reclusos lo señalaran.

Hielo se quedó sentado sin decir nada. En su imaginación no tenía que defenderse de nada. No sabía nada en absoluto. Cuando por fin lo llamaron para ver al capitán, le

sorprendió no encontrar a varios agentes, los brazos ejecutores de las órdenes del jefe, sino tan solo al secretario de confianza, sentado en una silla de respaldo recto, las piernas cruzadas y el bolígrafo sobre un bloc de taquigrafía.

El capitán estaba leyendo un expediente y Hielo supuso que era el suyo. Por un momento le miró fijamente la raya del pelo: recta, como si se la hubieran trazado al capitán con una regla en el tupido pelo negro, y a continuación observó los retratos de grupo que colgaban en hilera detrás del escritorio. Antiguos alcaides y sus empleados: el estilo de los uniformes señalaba las distintas épocas, pero para Hielo las caras no parecían cambiar. Un poco más a la izquierda había una serie de fotografías de identificación tomadas en los primeros días de la cárcel, en las que los presos, con uniforme a rayas y la cabeza rapada, miraban con ferocidad al objetivo. Tenían agallas, se dijo Hielo. Las cabezas rapadas parecían rocas deformes. Ahora no eran más que una curiosidad, y afeitarte la cabeza era delito. Los funcionarios de prisiones tenían miedo de que las madres le escribieran al gobernador quejándose de la brutalidad de la cárcel. Hielo sonrió.

—¿Hay algo que le parece gracioso, Oberholster?

El capitán lo miraba fijamente. No había nada teatral en su severa cara pálida, en su mirada distante: ese era el capitán, y se le respetaba como alguien que no te engañaba.

—Algo en lo que estaba pensando —dijo Hielo.

—Es una suerte que sea capaz de divertirse.

Hielo se encogió de hombros y levantó la mirada hasta un punto que quedaba a diez centímetros por encima de la cabeza del capitán.

—Sabes por qué estás aquí —dijo el capitán. No era una pregunta, pero así fue como Hielo decidió interpretar la frase.

—No, pero usted me lo dirá.

—Todo esto me sobra, Oberholster. Hace unas horas hiciste matar a un hombre. ¿No sientes nada? ¿Eso no penetra en esa mierda que tienes por cerebro?

Querían que te sintieras como se sentían ellos —o fingían sentirse—, pues si no te unías a su causa, esta quedaba un tanto debilitada. Una sola negativa parecía proyectar una sombra de duda tremendamente desproporcionada a su fundamento.

—Yo no he hecho matar a nadie —dijo Hielo.

—No es lo que yo he oído.

—Pues ha oído mal.

—¿Quién le ha dado con la tubería, Oberholster?

—Sigue equivocándose. Si esas ratas que tiene de chivatos no son capaces de decirle quién ha sido de verdad, le darán un hombre de paja. Yo soy el más conveniente. Y me han hecho responsable de casi todo lo que ocurre aquí.

—Tengo un muerto, Oberholster. Un muerto. ¿Quieres acercarte al depósito y echarle un vistazo?

—Ya he visto otros muertos antes.

—No lo dudo.

—¿No debería estar hablando con el fiscal del distrito?

—¿Por qué? ¿Eres culpable?

—¿Si soy sospechoso de complicidad en un delito capital, no es cosa del fiscal del distrito?

—¿Así es como quieres jugar?

—¿Y qué me dice del alcaide? ¿Por qué no está aquí?

—¡Basta! —El capitán Blake cerró el expediente—. Sabía que no serviría de nada hablar contigo. No sé qué me ha hecho pensar que encontraría en ti una brizna de decencia.

Siempre lo mismo: el capitán apelaba a tu lado bueno, en el que fingía no creer.

—Usted se gana la vida dirigiendo esta cárcel —dijo Hielo—. No soy yo quien se gana así la vida.

—Tú no te ganas la vida.

—O sea, ¿que quiere que le ayude a ganarse la suya?

—Espera fuera.

Hielo salió de la oficina y volvió a sentarse en el banco. El secretario de confianza lo siguió, procurando evitar su mirada, pero Hielo vio que el bloc de taquigrafía seguía en blanco. Todo había sido una comedia. Se sentó a fumar, y cuando vio al Moreno aparecer por la otra punta del pasillo, tiró el cigarrillo a un cenicero y se puso en pie. El Granjero y el Indio iban detrás del Moreno, como dos osos conducidos por un zorro.

—Vaya, vaya —murmuró el Moreno. Inclino la cabeza hacia un lado y sus labios carnosos se arrugaron en una sonrisa amarga e inteligente—. El gran hombre. —Se dirigió a los dos compañeros que tenía a la espalda—. Tenemos el honor de tratar, por primera vez, con el legendario Hielo Willy.

El Granjero dijo:

—¿Cómo crees que es posible que este cabroncete cause tantos problemas?

—Ohhhhh. —El Moreno emitió el sonido, ladeando otra vez la cabeza para mirar a Hielo con la expresión del que sabe que tiene que estar alerta—. Se esfuerza mucho. ¿No es cierto, muchacho?

Hielo no contestó. Se quedó esperando.

—Bueno, ya sabes que tenemos que hacerlo —añadió el Moreno—. Así que más vale que nos pongamos en marcha.

El Granjero y el Indio se colocaron a ambos lados de Hielo y le agarraron los dos brazos. Lo hicieron caminar de puntillas, a paso vivo, y cruzaron el jardín, pasaron junto a la caja, la verja y cruzaron el gran patio para adentrarse en la rotonda del bloque norte, donde cogieron el ascensor hacia la zona de aislamiento. El sargento que estaba a cargo de ella le echó una mirada a Hielo y preguntó:

—¿Qué tenemos aquí?

—Un importante invitado del capitán —dijo el Moreno—. Para la A-doce.

Déjame la llave.

Hielo había oído hablar de la A-doce. No era una celda normal, sino una celda acolchada que se utilizaba para algún esporádico caso psiquiátrico demasiado violento para manejarlo en el pabellón de psiquiatría. Los mantenían en la A-doce hasta que podían trasladarlos a uno de los hospitales para criminales dementes. El Moreno metió la llave que abría la puerta e hizo el gesto de adelante-por-favor característico de su burlona cortesía. Hielo se quedó en la entrada mirando las paredes cubiertas de tela.

—¿Esto es para mí?

—Sí, aquí te quedas.

Mientras el Moreno hablaba, el Granjero le pegó un empujón a Hielo y lo dejó despatarrado dentro de la celda. Aterrizó sobre las manos y las rodillas; el suelo de tela era como una lona de lucha libre. Los tres agentes entraron en la celda y formaron un círculo en torno a él.

—¿Te gustaría levantarte? —lo invitó el Moreno.

Hielo se puso en pie y el Indio lo empujó hacia el Granjero, el cual lo empujó hacia el Moreno, el cual, sorprendentemente fuerte para su tamaño, volvió a empujarlo hacia el Indio.

—Eh —dijo el Moreno—. ¿Qué pasa? ¿Te estás enfadando?

Hielo, trastabillando y medio cayendo entre los tres hombres, comprendió lo que pretendían. Querían que se enfureciera y se abalanzara contra uno de ellos, y en cuanto lo hiciera lo acusarían de haber atacado a un agente. Puso una leve sonrisa. El Moreno, siempre alerta, dijo:

—Le gusta. Así es como le gusta divertirse.

Comenzaron a empujarlo más fuerte. El Indio era enorme, cinto cincuenta kilos de goma dura, y el Granjero parecía hecho de acero y cuero. Lo lanzaron contra una pared, el hombro le cedió y sintió la lona quemándole la mejilla. Cuando lo recogieron otra vez se aferró a la táctica de quedarse inerte y, cada vez que lo empujaban, caía al suelo. Lo recogieron una y otra vez. Vio que el Indio comenzaba a quedarse sin resuello y que el Granjero estaba rojo. Finalmente el Indio hizo ademán de darle una patada, y el Moreno le advirtió enseguida.

—Tranquilo, Fred.

Hielo los oía hablar encima de él y casi podía percibir su violencia acumulada. Por primera vez en su vida dio gracias por la protección de los tribunales.

—Es un gilipollas muy listo —dijo el Indio.

—Ya lo creo que sí —coincidió el Moreno—. Es listo de verdad. Por eso es un pez gordo. Tiene todos los ases. Pero nosotros tenemos el gran casino, el pequeño casino, las barajas y las picas. Ya se dará cuenta.

—Ya está tardando —dijo el Indio.

—Oh, lo pillaremos —dijo el Moreno. Y añadió dirigiéndose a Hielo—: Espero que no estés muy zarandeado para volver al patio.

Hielo se puso en pie. Le permitieron salir caminando de la celda y bajar hacia el final del pasillo, donde el Moreno devolvió la llave.

—¿No se queda? —preguntó el sargento.

—Esta vez no —dijo el Moreno—. Solo queríamos charlar con él.

Soltaron a Hielo delante del bloque norte, y mientras lo veían alejarse, el Moreno dio un paso al frente, se sacó el peine del bolsillo y se atusó el pelo. Unos cuantos reclusos que caminaban por el patio se habían detenido para mirarlo. Sin hacerles caso, se aflojó el cinturón para alisarse y recolocarse la camisa.

—¡Hielo!

Rojo corría hacia él sonriendo de alivio.

—Jesús, me alegro de verte. Había oído decir que te habían cogido los matones. Alguien ha dicho que te habían hecho cruzar el patio.

—¿Crees que eso va a destruir mi vida social?

—¿Te han soltado?

—No, me han llevado a las celdas de aislamiento. Y ahora deja de parlotear y hazme un favor. Ve al gimnasio y dile a Oruga que me mande un tubo. Y dile que ese asunto que le di sigue en pie. Luego me traes el tubo. Y mejor que sean dos tubos.

—¿Vas a colocarte, Hielo?

—Jesús, Rojo... No, estoy resfriado. Y ahora ponte en marcha. Y coge un tubo para ti.

—¿Y qué pasa con Nunn?

—Él ya sabe de qué va.

Hielo decidió no volver al trabajo. No quería mirar a la cara a Olson. Se acercó a la mesa de dominó más cercana y se sentó al borde. Era media tarde, había poco movimiento, y la mesa estaba vacía a excepción de otro hombre sentado al otro extremo. Estaba tallando el mango de un cepillo de dientes con un trozo de navaja de afeitar, y silbaba al trabajar. Hielo se tocó la mejilla con las puntas de los dedos. Todavía le escocía la quemadura de la lona, pero eso no era nada comparado con el ardor del pecho. Comprendía el texto de la lección que le habían impartido: cualquier poder que pudiera tener era ilusorio, su existencia era solo marginal. Le habían señalado que las únicas consideraciones que les impedían darle una paliza eran debidas a las mismas reglas que él tanto despreciaba.

Rojo regresó y cruzó el patio como un gallo desplumado pero todavía chulesco. Se sentó al lado de Hielo y colocó los dos tubos, unidos con celo, cerca de la mano de Hielo.

—Oruga dice que ya lo ha hecho.

—Bien. —Hielo dejó caer los dos tubos en el bolsillo de la chaqueta—. Quiero que ese tarado tenga su merecido. Si se le va la olla cualquiera sabe lo que es capaz de hacer. Es lo que pasa con los chalados.

—¿Te han atizado?

—No, solo querían un poco de guerra psicológica. Relájate, no va a pasar nada.

—Sí... —Rojo se frotó las manos y miró los muros que lo rodeaban, y Hielo siguió su mirada preguntándose si Rojo también comprendía que vivían allí, en la medida en que les permitían vivir, de mala gana. En el puesto que había encima de la verja vio un guarda armado, el rifle sobre el pecho. Era un anciano de cara roja e hinchada que llevaba unas gafas sin montura y fumaba en pipa. Cuando trabajaba en los puestos de abajo era conocido por su simpatía y por ser un poco simple, pero colocado a una altura de seis metros y con un rifle en la mano, se convierte en símbolo del mecanismo frío e incansable que los mantenía prisioneros.

—¿Cómo está tu compañero de celda? —preguntó Rojo.

—Sigue ahí.

—¿No lo has olvidado, verdad?

—¿Cómo voy olvidarlo? Me lo recuerdas cada día.

—Claro. Vuelvo a estar soltero desde que ese chalado de Turnipseed se marchó, pero una de estas noches voy a entrar en la celda y encontrarme algún cabrón de culo peludo encerrado conmigo.

—Eso es lo mismo que pensará él.

—Me da igual lo que él piense. Ojalá pudieras enviarme a ese mocoso.

—No lo deseas tanto como yo.

En cuanto acabó el recuento, Hielo rompió uno de los inhaladores para sacar el cartucho de algodón. Su cara adquirió una expresión idéntica a la angustia y su garganta se tensó de repugnancia cuando le llegaron los vapores aromáticos del aceite de lavanda: un hermoso nombre. Pero solo el olor bastaba para provocarle náuseas al recordar las resacas que había soportado con esa droga barata. Le recordaba las muchas horas de insomnio tendido a solas en la oscura celda, la piel tan sensible que las diminutas arrugas de la sábana la irritaban; las veces que había notado el aceite de lavanda regresando a su corrupta garganta, lo había oído en el sudor y se había entretejido en la depresión que nacía cuando se alejaba del territorio de su valor y su esperanza y aparecía donde nada parecía posible ni valía la pena.

Quitó la cuchilla de la maquinilla de afeitar y cortó el algodón en cuatro partes. Llenó un vaso de agua; se echó una de las partes de algodón al fondo de la garganta, engulló el agua, automáticamente sintió náuseas y consiguió tragarlo. Apretó los dientes cuando llegó el sabor y sacudió la cabeza de un lado a otro con un temblor de repugnancia. Se dio la vuelta y encontró al muchacho mirándolo desde la litera superior.

—¿Quieres probar un poco de algodón? —le preguntó.

—¿Qué es?

—Es como las anfetaminas, solo que no tan bueno.

—He oído hablar.

—¿Quieres un poco?

—Vale.

El muchacho sintió arcadas con el algodón y lo echó en el lavamanos. Hizo ademán de ir a cogerlo, pero Hielo dijo:

—Déjalo. Hay otro trozo. Póntelo en la parte de atrás de la garganta. —Se lo enseñó—. Casi todas tus papilas gustativas están en la lengua, y si consigues pasarlas entra mucho más fácilmente.

El chico consiguió tragarse el segundo trozo, pero tuvo que controlar el impulso de vomitar cuando la cara se le puso roja y le lloraron los ojos.

—Gracias —dijo con un hilo de voz.

—Guárdate las gracias hasta mañana. Puede que entonces no estés tan agradecido.

—¿Por qué tiene un sabor tan horrible?

Hielo sonrió.

—No es un producto pensado para comer, aunque tampoco creo que les importe lo que hagas con él. Les da igual que te lo frotes en el sobaco, siempre y cuando lo compres. Personalmente, creo que yo solo mantengo la empresa.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto?

—Echate y espera.

Cuando sonó el timbre para la cena, el estómago de Hielo se había tensado, tenía la garganta seca y había perdido el apetito. Se fue al comedor con Rojo a recoger la comida, pero ninguno de los dos comió. Dieron unos cuantos sorbos al café negro y caliente. Poco a poco la seguridad en sí mismo de Hielo fue venciendo al desasosiego, y su manera de ver los acontecimientos del día comenzó a sufrir una sutil alteración. De nuevo los había superado: había ido más allá de su control y más allá de lo que ellos podían imaginar. Le sonrió al café, y vio su reflejo ondularse sobre el líquido oscuro: las sombras en torno a sus ojos le dibujaban como una máscara.

Rojo estaba desmenuzando las cinco rebanadas de pan permitidas y decoraba la bandeja con los pedacitos. La droga convertía su locuacidad habitual en verborrea y apagaba su sentido del humor como si se le hubiera congelado un nervio. Sus ojos, habitualmente amistosos, adquirieron la tensión indistinguible de la angustia, y los músculos de las comisuras de la boca se movieron como bolas debajo de la piel. Intentaba explicarle a Hielo por qué los inhaladores le daban cien patadas.

—Se encogen las paredes. La cárcel se cierne a mi alrededor. Paso días, demonios, meses sin pensar en el exterior, pero todo lo que tengo que hacer... —Imitó el gesto de tragarse el algodón—. ¡Y bingo! Ya estoy de los nervios. Empiezo a pensar en un coñito de verdad. —Pasó la mano por encima de la bandeja—. En comida de verdad.

—¿Pero alguna vez has tenido un coñito de verdad? —preguntó Hielo impertérrito—. Una tía tendría que estar sorda, muda, ciega y no oler demasiado bien antes de dejar que se la metieras.

Rojo no sonreía.

—No siempre he estado tan jodido como ahora. De joven estaba de buen ver.

—Rojo, he visto las fotos de tu ficha policial. Tenías más pelo. Por lo demás no has cambiado nada. ¿Qué iba a cambiarte? No has hecho nada más que estar tumbado a la bartola en estas cuatro paredes. Y no me digas que no te gusta estar aquí. Estás más contento que un marica en Pollaciudad.

—Es posible. Pero no cuando empiezo a masticar este algodón.

—No recuerdo haberte obligado por la fuerza.

—Tienes razón.

—¿Por qué lo tomas, entonces?

—No lo sé.

—Probablemente porque es difícil de conseguir.

Rojo negó con la cabeza. Estaba colocando una franja alargada de masa crujiente sobre el frío montículo de puré de patatas, concentrándose en la labor como si taraceara una madera noble.

—Casi todo el tiempo es como si estuviera medio muerto. Ya ves. Sé que soy un payaso. Me hago el tonto, pero no soy solo eso. Tengo ganas de obligarme a despertar, pero luego es doloroso...

Hielo tuvo la delicadeza de no sonreír.

—Miro a mi alrededor, me doy cuenta de dónde estoy metido y no veo manera de poder mejorar. ¿Entiendes lo que te digo?

Hielo señaló el pan.

—¿Por qué desperdicias eso? Los chavales de Vietnam estarían contentos de podérselo comer.

—¡Que les den por culo a los chavales de Vietnam! ¿Y a mí qué me importa? Si no lo hago pedazos, nos lo volverán a servir como pudín de pan.

Hielo se rió.

—De todos modos nos lo volverán a servir como pudín de pan... Anímate, Rojo. Estás desconocido.

—Yo tampoco me reconozco. Pero sé una cosa. —Le lanzó una mirada a Hielo con una expresión casi hostil—. Ojalá esta noche tuviera a ese marica en mi celda.

—No dejas de decir lo mismo.

—¿Te lo vas a quedar?

—¿Pasaría algo si me lo quedara?

—Supongo que no.

—Supones bien. En este momento no tengo influencia ni para iluminar una luciérnaga enferma, y encima tengo que escuchar tus chorradas acerca de ese bujarrón. Si mañana no se te ha pasado, quédate en la celda porque no voy a estar de humor para escuchar tus lloriqueos.

—Muy bien... de acuerdo.

Mientras salían en fila del comedor pasaron junto al teniente Olson, que estaba

detrás del agente que comprobaba que nadie se llevará ningún cubierto. Le sonrió a Hielo.

—Qué, don importante, ¿todavía en danza?

—¿Y por qué no?

—Tú eres quien mejor puede juzgarlo.

—Y puede que siga siendo así.

—Sí, se dice que tienes suerte.

Olson todavía sonreía cuando se hubiera alejado y Hielo le dijo a Rojo:

—Me gustaría saber qué le hace tan feliz.

—Creía que eras uña y carne con él.

—Eso es lo que él dice. Nunca he acabado de creérmelo.

Subieron las anchas escaleras metálicas e hicieron una pausa en el descansillo de la cuarta galería. Rojo consiguió sonreír levemente.

—No quería ponerme pesado con lo de ese bujarrón.

Hielo lo estudió atentamente. A continuación se encogió de hombros.

—Te veré en el patio por la mañana.

—Sí. Ninguno de los dos va a ir a ninguna parte.

Capítulo 18

Palo encontró que hacía frío en el techo del gimnasio. Se acercó a la parte superior de la salida de incendios y comprobó el viento con el que Morris contaba. Había una brisa constante procedente del mar y Palo sintió escalofríos y se levantó el cuello. Caminó encorvado por encima de la tela asfáltica recubierta de gravilla; sus pasos crujieron suavemente. Cruzó los hocicos negros de las salidas de ventilación y subió hasta la mitad de la torre metálica en la que estaban las antenas de televisión. Desde esa posición privilegiada fue capaz de determinar que se hallaba por encima del ámbito normal de visión de las torres de vigilancia colocadas debajo de él: para ver incluso el borde del tejado del gimnasio los guardias de la torre tendrían que asomar la cabeza por las ventanas y mirar a propósito. En algunos aspectos Morris era lo bastante listo... y en otros un bobo rematado. Palo sonrió para sí, mientras pensaba en Morris todavía en la celda, cosiendo quisquilloso como una tía mientras imaginaba a Palo cantando en el coro.

Palo giró la cabeza lentamente y vio los tres puentes brillando sobre el agua negra, y las poblaciones de las afueras —pensó en flores eléctricas— desperdigadas por el borde de la bahía y por la misma San Francisco, brillando como si ardieran. La abundancia lo impresionó —el poder de aquellas luces, las máquinas, la gente— como un tesoro. Experimentó en el pecho una densa sensación de plenitud, que tomó por una intuición de su destino, y los oídos le retumbaron de euforia. Casi podía alcanzar aquellas luces distantes, agarrar la garganta de la bahía y aplastarlas una por una.

—Basta, Vampiro —chillaban.

¡Qué hermoso! Respiró profundamente y el viento le invadió la boca abierta, enamorado del puro aire nocturno que allí, por encima del mundo, se respiraba. Una ráfaga más intensa le voló la gorra y le enredó el pelo delante de los ojos, escociéndole como si fuera aguanieve. Se bajó de la torre y corrió rápidamente de puntillas para recuperar la gorra, que había caído contra la base de una caja triangular. Se volvió a poner la gorra y se arrodilló para apretar el oído contra la tela asfáltica. Distinguió el zumbido de un motor y un murmullo de gritos lejanos. Apoyó la mejilla contra el conducto de ventilación y sintió el aliento del aire cálido. Volvió a sonreír para sí. «Qué listo», canturreó en voz alta.

No quería marcharse del tejado, donde se sentía cerca de un misterio importante. Se colocó boca arriba y contempló las estrellas. Imaginó que el cielo era un tablero en el que se jugaba un juego del que solo él conocía las reglas, y cuando vio entrar, en la zona de juegos, un oscuro objeto que se movía rápidamente con un pequeño ojo rojo y un pequeño ojo verde, sintió un momento de auténtica sorpresa antes de identificarlo como un avión. Entonces comenzó a enviar misiles para que siguieran al

avión, y observó un breve resplandor de luz blanca mientras el aparato estallaba en el aire.

Se arrastró al estilo comando hasta el extremo del tejado. Debajo vio el techo del pabellón de enseñanza, justo al otro lado del callejón industrial, y más allá, todavía más abajo, vio la caja. Dos agentes estaban charlando en el porche, las caras muy pequeñas bajó la visera de las gorras de su uniforme, y mientras Palo los observaba, uno le dio una palmada en el hombro al otro y se echaron a reír. Palo cogió una granada imaginaria del cinturón, liberó la anilla con los dientes, extrajo el pasador y la aguja percutió el fulminante. Contó lentamente uno, dos, tres, antes de arrojar la granada al pie de los guardias, donde rebotó una vez y explotó. Una lámina de llamas rojas, acompañadas de un ¡BUM! impreso encima, envolvió a los dos hombres.

Palo se retiró del extremo y regresó a lo alto de la escalera de incendios. Bajó un tramo y volvió a entrar en el gimnasio por una ventana que conducía a una habitación donde almacenaban el equipo de deportes fuera de temporada: ahora había racimos de bates de béisbol, cestos llenos de pelotas, bases como pilas de almohadones y estantes con uniformes. Cruzó una puerta metálica contra incendios y entró en la sección de los levantadores de pesas, con su olor a sudor, sal y linimento, y oyó el sonido metálico de las pesas. Allí entrenaban varios cientos de hombres, las caras serias con la gravedad del ritual: acólitos, todavía delgados, y sacerdotes viejos, robustos e irritables con brazos de cincuenta centímetros de ancho y pechos de ciento treinta. Obsesos de las pesas, los despreció Palo. Carecían de auténtica virilidad tanto como los ajedrecistas encorvados sobre sus tableros en la pequeña habitación que les reservaban. Palo entró en la sección de boxeo y se dirigió al *ring* del fondo, donde Brisa Fresca se entrenaba con uno de sus *sparrings*. La manera en que Brisa Fresca se movía por el *ring* era la cosa más hermosa que Palo había visto nunca.

Cuando regresó a la celda a las nueve se encontró con que Morris estaba leyendo.

—¿Ya está hecho? —preguntó Palo.

Morris suspiró y cerró el libro dejando un dedo de punto.

—No está bien.

—¿Qué le pasa?

—Que no está bien, eso es todo.

Por entonces Palo ya había desarrollado ciertas técnicas para tratar con Morris, y añadió con aire paciente:

—¿Qué le pasa exactamente?

—Debería tener hilo de nailon.

—¿Estás hablando de volver a coserlo todo con hilo de nailon?

Morris levantó el libro para estudiar la cubierta. Una mujer estaba sentada en el tocador quitándose las medias. En un espejo grande se veía un hombre con un traje negro... y una pistola en la mano.

—Tiene que estar bien —dijo Morris con aire ausente.

—En esta cárcel no hay nailon. ¿Es que no te lo he dicho ya? He traído el hilo

más fuerte que tienen. ¿Qué demonios te pasa?

—Yo no hago las cosas a medias. Cuando me pongo... —Por un momento los ojos de Morris palpitaron de febril energía—... me pongo en serio. Me da igual lo que me digan.

—No puedes ir a ninguna parte hasta que acabes ese maldito trasto. —Palo consiguió esbozar una leve sonrisa—. Demonios, me muero de ganas de verte volar.

—Sí, ¿no será una maravilla? —Morris se incorporó y dejó el libro a un lado—. ¿Te lo imaginas? Justo por encima de sus cabezas... como un pájaro de culo gordo. Lo acabaré. No te creas que no voy a acabarlo. Puede que solo falten un par de noches... pero luego tengo que conseguir gas en el tejado, y eso no será fácil. —Morris volvió a recostarse y cogió el libro—. No, eso va a ser complicado.

—¿Tu amigo tiene el gas en las latas? —preguntó Palo.

—Claro.

—¿Y él que saca de esto?

—Satisfacción.

—Debe de ir muy necesitado de satisfacción.

—Es un colega.

—Bueno, tienes buenos colegas, Morris.

Capítulo 19

Tras el cierre, Hielo se había apoltronado con los periódicos, leyéndolos con más atención de la habitual, consiguiendo implicar su mente en los hechos como si tuvieran auténtica importancia para él. Los leía como si fueran una novela, y de haber sido así, su gusto había tendido a lo macabro: UN AVIÓN CHOCA CONTRA UNA CASA, TRES MUERTOS. LA POLICÍA INVESTIGA UN FALSO ESPECTÁCULO DE BENEFICENCIA PARA CIEGOS. OCHO MUERTOS EN UN INCENDIO EN GREEN BAY. Encontró esos tres artículos en una sola página. Y aunque había estado buscando un conjuro de poderes malignos, comparó esas muertes, esas corrupciones, con la muerte de Juleson, y con el eco de la lastimera voz de Rojo, y no es que no tuviera esperanzas de mejora, pero el estado mental en que se encontraba ahora le obligó, aunque fuera por un momento, a ser consciente de su situación. Rojo ahora era un viejo. Todo lo que había dichoapestaba a viejo. En algún nivel sepultado de su mente sabía que estaba acabado, y su activo principal era que rara vez se veía obligado a revisar sus cálculos. Rojo había estado entrando y saliendo del gran patio durante veinte años; había estado más dentro que fuera, y antes de eso había rondado por el sur cortando caña de azúcar y recogiendo algodón. ¿Qué podía esperar? Aun cuando hubiera podido construir un hombre nuevo con las mismas piezas, ese Rojo le habría echado un vistazo a la hostil baraja que le habían entregado para jugar, y habría abandonado la partida. Pero Hielo —se estudió a sí mismo— pensaba que podría haber jugado la partida y ganado. Sin embargo, había decidido no hacerlo. Había tantas cosas que no había sabido y que nunca llegaría saber; y a veces, como aquella noche, su mente no dejaba de cavilar. Se quedó pensando con el periódico abierto en la página de sociedad y en su cosecha diaria de novias. Estudió las fotos intensamente, como si de alguna manera pudiera descifrar las alegres sonrisas y exponer las vidas secretas que había detrás de ellas. Era importante que allí no encontrara nada.

El chaval —Hielo seguía sin saber su nombre— se había estado afeitando, silbando alegremente. Se puso a limpiar la celda.

—¿Quieres que le quite el polvo a tus libros?

—Si te hace ilusión.

—Eso, que me apetece hacer algo —se pasó el dorso de la mano por la mejilla recién afeitada—. Esta espuma es una pasada.

—No está mal.

—¿Dónde la consigues?

—De un amigo.

—Debe de ser un buen amigo.

El chaval estaba enjuagando una camiseta vieja en el lavamanos, y Hielo se incorporó para preguntar:

—¿Vas a lavar esos libros o solo a quitarles el polvo?

—Quitarles el polvo con un trapo húmedo. Eso es todo.

Hielo se levantó y se dirigió a los barrotes. Extendió los brazos y los agarró con las manos, quedando de manera inconsciente en la pose clásica asociada a todos los presos, pero en la suya no había desesperación alguna, ni súplica ni desafío: los agarraba con la misma rutina que el que viaja a trabajar en autobús se coge al agarradero para no caerse. Sintió el repentino impulso de mirar hacia las estrechas franjas de luz, y se quedó contemplando los neones parpadeantes, y los fríos fluorescentes azules que marcaban el discurrir de una autopista oculta. Con esa conciencia aguzada le pareció extraño, un monstruo creado por su propia percepción, pensar en la gente que iba en los coches que pasaban por la autopista, extranjeros en una tierra lejana, solo a una milla de distancia. Aquello le recordó la primera vez que pasó de un estado a otro, de Arizona a California, cuando su madre lo llevó al oeste con la esperanza de encontrar a su padre. Su idea de la separación esencial de aquellos dos estados había sido tan clara que todavía recordaba el impacto de la sorpresa que sintió cuando la tierra y los árboles no se volvieron rojos, el color que les habían asignado en el mapa.

Dejó que sus pensamientos retrocedieran veinte años, evocando las impresiones recibidas en la carretera del suroeste: la monotonía del desierto, el arrugado papel marrón de envolver, las nubes de polvo que se desplazaban en el horizonte y las lejanas montañas que no parecían más sólidas, los apáticos funcionarios en el puesto fronterizo, el viejo coche rodando a duras penas por el asfalto reblandecido por el sol —el mismo regaliz polvoriento del gran patio en un día de calor—, la cara de su madre esforzándose por reprimir la ansiedad, pero mostrándola de todos modos en la febril ternura que le prodigaba. Aquellas sensaciones cruzaban su mente como la coloreada cola de una cometa, y entonces se alzaban rápidamente y disminuían al llegar a una zona elevada e impenetrable de su mente, pero se decía: incluso entonces hacías las cosas a tu manera. Se acordó de cómo, acurrucado en la esquina del asiento, su resentimiento y determinación se habían anudado sobre su sentimiento de desamparo mientras se quedaba allí con obligada pasividad, entregado a acontecimientos que otros habían puesto en marcha. Arrastrado.

Ahora era capaz de llevar la voz cantante, y Juleson, ese esnob engreído, había bailado hasta que él había dejado de cantar, pero no había placer en ello, ni siquiera una satisfacción seca, fría y lunar. Toda la utilería y poses de Juleson, y el mobiliario de segunda mano de su mente, quedaba almacenado al fondo, a la espera del siguiente que quisiera interpretar ese papel: utilizarlos y ser utilizado por ellos, actuar y ser actuado. Pero Juleson ya estaba fuera de la obra, así que quizá debería entregarle el sarasa a Rojo y hacerle ese gran favor a un viejo amigo.

Hielo regresó a su litera y comenzó a leer la página de deportes, y para cuando hubo acabado, el chaval ya había limpiado toda la celda. Estaba de pie junto al lavamanos admirando su obra. El suelo pintado de cemento todavía mostraba el fino

lustre de agua, y en la pared del fondo aún se veían restos de limpiador en polvo.

—Tiene mejor aspecto, ¿no te parece? —preguntó el chaval.

Hielo dobló el periódico.

—Sí —esbozó una leve sonrisa y se fijó en que sus labios estaban crispados—. Te ha dado por trabajar.

El chaval encogió los hombros.

—Nunca me ha importado trabajar.

—Entonces, ¿cómo has venido a parar a la trena?

—Cheques. Mi amigo pasaba cheques. Yo lo ayudaba.

—¿Y ha dejado que te comieras el marrón?

—Yo se lo propuse. —El chaval le dirigió una dulce sonrisa, pero pareció una sonrisa de edulcorante artificial—. Para mí es más fácil que para él estar aquí.

—¿Es que él no era también marica?

—No, exactamente. Era muy macho.

—Bueno, ¿y qué me dices de Tracy?

—Eso fue distinto. Sabes, cuando eres menor te pueden colocar cualquier cosa. Mis padres... mi padre, él lo quiso. Imagino que pensó que me iban a curar. Y claro que me curaron. Me hicieron más cosas de las que había creído posibles, lo quisiera o no. Me trataban como si fuera propiedad suya, me pasaban de uno a otro. Los chavales mayores querían demostrar lo sementales que eran.

—¿Y a ti eso te gustaba?

De nuevo ese sutil movimiento de hombros... no exactamente un encogimiento, ni un gesto brusco, sino la exteriorización de cierta incertidumbre interior, no causada, precisamente, por aquella pregunta, sino que estaba debajo de todas las causas posibles.

—No soy un objeto —dijo el muchacho—. Al menos no creo serlo. Pero Tracy podría haber sido muy duro de no haber sido por eso. —Se dio la vuelta y miró las estanterías—. Tienes muchos libros.

—Simplemente los tengo, eso es todo —dijo Hielo, sintiendo una vaga inquietud—. Son casi todo obras de referencia que he ido cogiendo aquí y allá.

—Imagínate que supieras todo lo que hay en esos libros.

—¿Crees que eso ayudaría?

El chaval estaba encendiendo un cigarrillo. Apagó la cerilla moviendo la mano con una floritura.

—No busco ayuda.

—Entonces eso te hace diferente en cierto modo.

—No seas malvado. —Sujetaba el cigarrillo plácidamente con dos dedos, la palma formando casi un ángulo de noventa grados con la muñeca, en un plano donde podría haberse posado algo pequeño—. Por favor, me gusta hablar contigo. Si no quieres, no te molestaré.

Hielo sonrió a regañadientes.

—Oye, ¿cómo te llamas? Tu verdadero nombre. No esa mierda de Caramelito.

—Martin. ¿No te parece un nombre monstruoso? Significa guerrero.

—Es un poco mejor que Caramelito... ¿Qué se supone que significa este?
De nuevo el movimiento de hombros.

—Así es como me llaman. Caramelito. No he dicho que me guste.

—Tampoco has dicho que no.

—Tienes razón. He sido un poco tonto.

—Muy bien, mira, Martin, me da igual que me molestes.

—No me refería a eso. Solo pretendía decir que no querría avergonzarte.

—No me avergüenzo fácilmente.

—Lo sé. Muchos hombres en el patio te tienen miedo.

—Eso no significa nada.

Desde algún lugar de la galería, Hielo oyó el sonido de una escoba golpeando los barrotes. Enrolló el periódico y se lo entregó a Caramelito.

—Cuando pase el encargado de la galería, dile que lleve esto a la celda catorce de la quinta galería.

—Muy bien. ¿Quién está ahí?

—El bueno de Rojo. No sé por qué lee el periódico. Lleva tanto tiempo entre rejas que cree que es ciencia ficción.

—¿Ese es el hombre con el que quieres que comparta celda?

—Sí.

—Ni siquiera parece muy limpio.

Hielo soltó una estruendosa carcajada. Si le contaba ese comentario a Nunn, este nunca dejaría que Rojo lo olvidara.

—Rojo es un buen tipo —dijo Hielo—. Buscas un poco de marcha, y Rojo te va a dar de sobras.

—Me gusta elegir mis propios amigos. Intentas utilizarme igual que hacían en Tracy. ¿Y encima me tiene que gustar? A lo mejor te crees que me agacho por un perro, un caballo, o cualquier cosa que tenga picha.

—No lo había pensado —dijo fríamente Hielo—. Pero que no te entre el pánico. De momento no tienes que irte a ninguna parte.

—¿Puedo quedarme aquí?

—No, eso no lo creo. Pero te colocaré con alguien que te caiga bien. Y ahora, acércate a los barrotes y llama al encargado de la galería.

Martin se acercó a los barrotes y se quedó mirando las luces. Tras un momento de silencio dijo:

—Es extraño, pero tengo la sensación de que algo maravilloso va a ocurrir. Es absurdo, porque sé que no va a suceder nada, pero me siento como si fuera a suceder. ¿Alguna vez has tenido esta sensación?

—Es el algodón. Mañana estarás convencido de que algo terrible va a ocurrir.

—Espero que no. Me gusta mucho esta sensación.

—Bueno, eso es fácil. Más algodón, y te seguirás sintiendo así... al menos un rato.

El encargado de la galería dejó ver la escoba. Se paró y se quedó mirando a Martin. Primero le miró la cara, luego los pies. Era el Flaco Higiénico. Martin empujó el periódico enrollado hasta que la mitad asomó al otro lado de los barrotes.

—¿Podrías llevar esto a la quinta galería, celda catorce, por favor?

—¿Por favor? Vaya, eso no es muy amable. Pero no me mandan aquí para hacer de chico de los recados.

—Te lo agradecería.

—¿Me lo agradecerías? —El Flaco cogió el periódico y se lo metió en el cinturón, bajo la chaqueta—. Los subiré cuando acabe de barrer.

—Gracias.

—Hoy estás lleno de buenas palabras. ¿Quieres que te lustre los zapatos?

Hielo se incorporó.

—Lárgate —dijo.

—¿Con quién te crees que estás hablando...? —El Flaco miró hacia el interior de la celda, más allá de Martin, y cuando reconoció a Hielo siguió en un tono más bajo y quejumbroso—: No tienes derecho a darme órdenes. Soy tan bueno como tú. Los dos vamos de azul, ¿o no? —Apeló a Martin—. ¿Acaso no vamos los dos de azul?

Martin eludió la pregunta del Flaco, que aún contemplaba la celda con sus ojos febriles, y se dirigió a la parte de atrás de la celda. Hielo se acercaba a los barrotes, y cuando se cruzó con Martin, rozándose ambos en el estrecho espacio que quedaba entre la cama y la pared, Martin apretó el brazo de Hielo, el mismo apretón tranquilizador que una mujer le da a un hombre.

—Más vale que alejes tu culo de aquí, viejo cabrón degenerado —dijo Hielo.

El Flaco palideció y comenzó mover la boca de manera furiosa.

—Tendrás tu merecido... tú y tu guapito bujarrón. Te va a llegar la hora. Llevo recorriendo estas galerías más años de los que tú llevas vivo, y he visto a muchos camisas rojas como tú llegar y desaparecer. Ninguno dura mucho. Crees que eres el mandamás del patio, pero no eres más que un gran objetivo para cualquiera que te vea, guarda o convicto.

—Lárgate de esta celda —dijo Hielo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Escupirme?

El Flaco se lo quedó mirando unos instantes, a continuación desplazó su peso y comenzó a barrer. Dio cuatro o cinco escobazos, suaves como un amante; luego se paró, sacó el periódico del cinturón y lo arrojó hacia la galería. Continuó corriendo hasta desaparecer.

—Menudo animal —dijo Martin.

—Prepara un poco de café —le dijo Hielo en tono cortante.

—¿Cómo lo quieres? ¿Fuerte?

—En el mío una cucharada a ras. ¿Quieres un poco más de algodón?

—Sí, supongo que sí.

Los dos tomaron otro trozo, tragándose lo con el café. Hielo se quedó sentado con el ceño fruncido incluso después de que el café hubiera eliminado aquel repugnante sabor de boca. Al cabo de un momento dijo:

—Si un poco es bueno, entonces más debe de ser mejor.

—Sí —asintió de buena gana Martin.

Hielo levantó la mirada hacia él, una mirada distante.

—Me refería justo a lo contrario.

—¿Qué es una camisa roja?

—Es una antigua expresión que significa alborotador. Si eras de los que se metían en muchos líos te ponían una camisa roja. Entonces cada vez que había algún follón en el patio los guardias tenían orden de disparar primero a los convictos que llevaban la camisa roja. Eso era hace cincuenta años. Los viejos reclusos se lo tomaban como una marca de respeto. Y quizá lo era. Ahora te asignan a un grupo de terapia.

—Van a asignarme a un grupo de terapia.

—Entonces será mejor que vayas.

—¿Por qué?

—No sabes la suerte que tienes de estar en el gran patio. Si quieres permanecer al margen del corredor de las locas, mejor que pases desapercibido y hagas exactamente lo que te dicen.

—No quiero que me metan con esas zorras descerebradas.

—¿Por qué no?

Martin sonrió.

—¿Qué haríamos? ¿Menear el coñito?

—Tendrías que hacer algo más.

—No, gracias. Sé lo que me gusta.

—Bueno, en ese aspecto, tienes suerte.

Hielo dio un trago de café. Ya estaba tibio. El vaso de plástico parecía filtrar el calor del agua sin calentarse jamás. Y sin embargo era capaz de beberse el líquido amargo con auténtico placer, y parecía iniciar una cadena de calor que se propagaba a través de su estómago hasta los intestinos y el escroto, y con la sensación de calor llegaba una excitación mecánica y puramente física. Sus glándulas, alertadas por el inconsciente y aguzadas por el algodón, le mandaban un mensaje. Descubrió que tenía la mirada clavada en Martin. La droga había purificado los rasgos del muchacho, eliminando todos los atisbos de tosquedad que habían servido para recordarle a Hielo cuál era su verdadero sexo. En los ojos del muchacho había una chispa permanente, y su piel había adquirido una luminiscencia aparentemente tensa, que Hielo comprendió de repente, sin razonar, que iba asociada con la belleza porque parecía inmune a la corrupción. Esa piel resplandecería sin apagarse durante mil años. A medida que ese momento se expandía tuvo una difusa sensación de sus múltiples yoes. Podía ser cualquiera, estar en cualquier parte, cambiar de entidad a

cada latido de su corazón. No le cupo la menor duda de que de niño se había alimentado de la teta de una bruja, y el volátil fluido que surgía del pezón caliente se había vuelto frío al entrar en él, infiltrándose en su cuerpo para llenar las grandes cavidades, donde se había congelado y había permanecido como un hechizo maligno. Ahora se imaginó cómo podría librarse de él.

Mientras pensaba en todo eso, hablaba con Martin a un nivel completamente distinto, le contaba viejas historias de la cárcel; los mitos que él había presenciado con reverencia hacía solo unos años, y el muchacho lo escuchaba con los labios entreabiertos, pasándose el labio inferior entre los dientes de manera periódica para renovar su brillo con saliva.

Se apagaron las luces. La velada se había reducido a una sola hora, y la hora había pasado rápidamente. Hielo aún tenía el vaso de plástico en la mano, casi un centímetro de café frío deslizándose en el fondo como un ácido agotado, y en la boca le flotaba un sabor caliente, seco y rancio, una cueva volcánica, de las docenas de cigarrillos que había fumado. Le entregó el vaso a Martin.

—Dame un vaso de agua.

Oyó palpar las tuberías en lo más profundo del edificio, oyó el agua salpicando contra la pica, señalando lo vivas y en cierto modo significativas que eran esas impresiones, y al mismo tiempo se maravilló de lo remoto que parecía todo. Su mente parecía muy lejana del cuerpo. Lo observaba todo, incluso su yo más íntimo, desde la ventajosa posición de sus otras existencias, y había perdido la sensación de que lo que le ocurría a su cuerpo necesariamente le ocurría a él. Estaba dispuesto a reconocer que había continentes enteros de su geografía espiritual que le resultaban ajenos. Ahora le parecía encontrarse en un istmo que olía a jungla: un olor compuesto de grandes flores blancas, con pétalos como carne, el ciego cielo de los animales y la podredumbre de la tierra negra cargada de muerte. El olor le llegó como un viejo maestro de primaria bajo cuya disciplina debía estudiar. Sin darse cuenta de que había hecho sus preparativos, ahora estaba dispuesto a aprender, porque más allá de la jungla intuyó que había montañas que era posible escalar hasta alcanzar una luz fría y transparente.

—Toma.

Martin le entregó el agua y se sentó al borde de su litera, y para Hielo el movimiento de los muelles, mientras se ajustaban al peso del muchacho, adquirió un sesgo de intimidad. Su propio cuerpo flotaba con una insumergibilidad cálida y elástica, y mientras bebía, el agua parecía bajarle en grumos fríos y sólidos. Las mejillas de Martin se perfilaban contra la luz de la única bombilla que había en el pasadizo de vigilancia, y los últimos vestigios de artificialidad habían desaparecido de su cara con aquella luz cenital. Parecía estar esperando.

—¿Ya ha pasado el recuento de las diez? —preguntó Hielo.

—Sí.

Encontró la mano de Martin en la oscuridad, y la colocó donde la quería y donde

ella quería estar, y al hacerlo se preguntó por qué todavía lo consideraba una forma de renuncia a asumir el control. Pero ya estaba hecho, y no tenía por qué hacer nada más.

Durante un rato Hielo no sintió nada, o casi nada, solo una sensualidad tenue y placentera como la presión de los intestinos, y de nuevo se preguntó si había estado perdiendo el tiempo, si es que no le resultaba imposible entrar en la jungla. Sus ojos se adaptaron a la semioscuridad. Descubrió que podía ver la raya del pelo del chico y la siguió hasta su base, un remolino, unos rizos negros vigorosamente retorcidos que revelaban una pequeña isla gris de cuero cabelludo. Oyó los ruidos que el muchacho hacía a su alrededor y los sonidos se volvieron más fuertes hasta que parecieron el incansable y poderoso movimiento del mar, y el remolino comenzó a girar hasta que se convirtió en las aguas negras de un torbellino que se abría para revelar una perla gigante. La perla se convirtió en la luna que brillaba y se hinchaba dentro del mar mientras, sin previo aviso, él era arrastrado por una sensación que, posteriormente, en su ansiedad por analizar algo tan poderoso, calificó de reluciente transparencia. La opacidad, la escoria de su espíritu, y la conciencia de su cuerpo quedaron gravemente consumidas en un estallido de pura sensación. «¡Dios!», dijo por primera vez en su vida adulta cuando quería indicar algo más que un énfasis que no significaba nada.

Solo después de que esa sensación se desvaneciera de su punto de máxima intensidad fue cuando se sintió capaz de reconocerlo como mero placer. Gruñó como un esclavo, sintiendo el nuevo mordisco de los grilletes, y simultáneamente descubrió sus manos agarradas a las sienes de Martin, y también esa presión, la textura de la carne y el pelo, quedó impregnada del aura de su placer. Entonces comprendió la naturaleza de la colaboración en que participaban sus manos, y las apartó de golpe. Martin no lo había soltado. Sacudió bruscamente las caderas hacia atrás y al mismo tiempo, en un movimiento tan automático que pareció recíproco, le dio un sopapo al muchacho con la mano abierta. Martin cayó junto a él, aterrizando sobre los dedos extendidos, la cabeza echada para atrás, la boca aún floja, y sus rasgos, ahora iluminados en un estrecho abanico de luz, mostraban una mezcla antagónica de aflicción y hostilidad.

—Lo siento —dijo Hielo de manera automática.

—No pasa nada —dijo Martin con gesto cansino. Su tono estaba impregnado del paciente fatalismo de alguien que vive de un trabajo difícil y peligroso, pero la conformación de sus ojos seguía sugiriendo una dolorosa amargura.

Hielo se puso en pie y se dirigió a la pila, donde se lavó por completo, se secó con una toalla extra y se abotonó los pantalones. Cogió un paquete de cigarrillos, sin empezar, de la estantería; lo abrió y le tendió el paquete a Martin, que seguía sentado en el suelo.

—¿Un cigarrillo?

—Claro, papi.

Hielo lo encendió y al resplandor de la cerilla vio que Martin mantenía el

cigarrillo en la boca, evidentemente a la espera de lumbre, y su pose inconsciente fue idéntica a la de todas las mujeres que esperan la misma atención masculina en miles de anuncios de cigarrillos. Hielo sonrió y le ofreció la cerilla, y al hacerlo Martin extendió el brazo y le tocó ligeramente la mano con las puntas de los dedos.

—Podrías pasar perfectamente por una chati —dijo Hielo.

—¿Una qué?

—Una chati. Una tía. Podrías pasar por una tía. Si te pusieron pelotas fue por accidente.

—Ya lo sé.

—Pero te las pusieron, ¿no? Y ahí se van a quedar.

—Te ha gustado —dijo Martin sin perder la calma—. Te ha gustado mucho. Una mujer no lo haría tan bien.

—No sé por qué no. Eso y mucho más.

—Entonces consíguete una mujer.

Hielo soltó una carcajada y agarró a Martin por el pelo, sujetándolo sin hacer fuerza.

—¿No volverás a hacerlo, verdad?

—¿Quieres que lo haga?

—Podría estar bien.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—Eres una buena persona de verdad —dijo Martin.

Hielo sonrió para sí mismo en la oscuridad, una sonrisa peculiar y tensa.

—No contaría con eso.

Capítulo 20

Palo llevaba ya diez días en la lista nocturna del gimnasio antes de que Morris dijera que el globo estaba acabado e, incluso entonces, Palo tuvo que insistirle para que lo admitiera. Palo había seguido advirtiéndose de que debería tener mucho cuidado con Morris, pues este era la parte más importante y más frágil de una gran máquina, y aunque no funcionara, el impulso de insuflarle vida era irresistible.

Morris había estado diciendo: «Casi está listo».

—Hace días que *casi* está listo —dijo Palo desdeñoso—. Me parece que tú no quieres volar, no tienes pelotas para eso.

Palo estaba acuclillado en el suelo junto a la puerta de la celda, y su cara delgada, pálida y feroz entre sus rodillas afiladas, miraba fijamente a Morris, y este intentaba de nuevo refugiarse en la pequeña gruta creada por la litera de Palo que tenía encima. Tenía el globo doblado en el regazo. Una doble lazada de rígido hilo negro asomaba como unas antenas allí donde había estado reforzando la costura del arnés.

—Tengo pelotas —dijo Morris en voz baja—. Tengo más pelotas que un campo de fútbol.

—Boca —dijo Palo desdeñoso—. Todo lo que tienes es boca. Una súper boca. Morris levantó el globo doblado y lo sacudió.

—¿Llamas a esto boca? ¿Te parece una boca? Y no sé si es asunto tuyo, pero está acabado. ¡A-ca-ba-do! Todo lo que tengo que hacer es meterle el gas.

Palo se movió sobre los talones, dobló los brazos sobre las rodillas y apoyó la barbilla encima.

—Solo el gas —dijo en tono distinto—. A lo mejor estaba equivocado. Morris, lo tuyo tiene mucho mérito. ¿De verdad está listo para volar?

—Está listo.

—O sea, que voy a verte volar. Y yo que pensaba que no eras más que un largo de lengua.

Morris asintió, satisfecho.

—Ya ves qué listo eres. —Enhebró el hilo en la aguja y siguió cosiendo—. Y no eres el único. Hay mucha gente aquí que pensaba que podía cagarse en Morris Price; hacían cola esperando su oportunidad.

—Pero ahora les enseñarás lo que es bueno —dijo Palo sin vacilar, preguntándose si después de todo no habría una página en la historia para Morris, el trabajador humilde e incansable.

Morris levantó la mirada y no vio la telaraña de muelles de la litera de Palo, ni las burbujas de la pintura del techo, ni siquiera las vigas en forma de I de hierro galvanizado del techo del bloque, sino arriba, una abstracción mágica. Un glaseado de luz pasó sobre sus ojos sin brillo.

—Sí, yo les enseñaré. —Entonces la luz se desvaneció—. En cuanto consiga el gas en el tejado.

A la noche siguiente, a la hora del cierre, Palo tenía la tubería metálica que había usado de manera tan eficaz anteriormente. Esperó hasta después de la cena, y entonces, mientras Morris se estaba lavando la cara, sacó la tubería del cinturón, se acercó de puntillas a Morris y le golpeó detrás de la oreja. Pero Morris era mucho más difícil de matar que Juleson. El primer golpe lo puso de rodillas, pero no le hizo perder el sentido, y se dio la vuelta y levantó la vista hacia Palo con una sobrecogedora mezcla de susto y ferocidad que carecía de ningún elemento de sorpresa. Soltó un grito y se abalanzó para agarrar a Palo de las piernas en un intento de desequilibrarlo. Palo siguió golpeando la cabeza de Morris, pero el ángulo impedía que sus golpes fueran contundentes, y al final perdió el equilibrio y cayó de espaldas, ocupando toda la longitud del estrecho pasillo. Por un instante quedó vulnerable, pero Morris, en lugar de aprovechar esa ventaja, se escondió detrás del extremo de la litera y comenzó a llamar a los guardias a gritos.

Palo se puso en pie de un salto y arrojó la tubería entre los soportes de la litera de arriba. Apartó una toalla que había allí colgada y golpeó a Morris en la boca del estómago. Este se dobló, sin aliento, incapaz de seguir gritando auxilio, y Palo cogió la tubería para rematar el trabajo.

Colocó a Morris en su litera, tapado hasta la barbilla, dejando a la vista su cara sin marcas para que lo vieran los guardias al hacer los posteriores recuentos, y colocó una toalla bajo su cabeza para que absorbiera la sangre y esta no manchara el almohadón.

A continuación sacó el globo de debajo de la caja de herramientas y lo colocó en un petate que se había cosido con tela vaquera, el mismo tipo de bolsa, aunque la mitad de grande, que utilizaban los boxeadores, los luchadores y los atletas para llevar sus enseres personales al gimnasio.

A continuación comenzó a reunir el uniforme que planeaba ponerse. Tenía unos zapatos nuevos con una caña de quince centímetros, teñidos de negro y con un lustre de espejo: cada uno de los hilos de la costura del borde de la suela estaba recubierto de pegamento, que no dejaba entrar el tinte, y ahora formaba un borde ornamental. Solo la forma básica del zapato de trabajo echaba a perder el efecto elegante. Se había hecho retocar los pantalones, de manera que las perneras estrechas resaltaban el rotundo poder masculino de los pesados zapatos, y su guerrera formaba una cuña de igual masculinidad. Las insignias, el Vampiro dentro de un círculo de sangre, los botones de latón, las cintas y ornamentos formaban un derroche de adorno personal tan aparatoso como el de un salvaje que se ha pintado para un banquete. Ocultó la gorra, ahora adornada con tres correas extensibles y otra insignia del Vampiro, en el petate junto con el globo, y cubrió la llamativa guerrera con una chaqueta más grande

y holgada. Cuando sonó el timbre para que se abrieran las celdas salió y pasó inadvertido en medio de la gente que se dirigía al gimnasio. Más de setecientos hombres se dirigían al gimnasio. Se programaban combates de lucha, el club de ajedrez había invitado a un equipo de estudiantes de una universidad local, y la instructiva película semanal se exhibía en el primitivo auditorio adyacente a la sección de los levantadores de pesas.

Tanto Nunn como Sociedad Rojo salieron de sus celdas: habían oído que la película era cojonuda, llena de tías estupendas a las que no les importaba exhibirse. Will Manning había decidido descansar unas horas de sus estudios, la celda silenciosa y vacía le deprimía, y se dirigió hacia el club de ajedrez con la agradable expectativa de encontrar a un nuevo contrincante. Era un jugador meticulado y seguro, y, a no ser que lo descolocara alguna brillante estratagema, generalmente ganaba.

Hielo y Caramelito, pues así era como lo llamaba ahora, se quedaron en la celda. Los dos estaban ahora al final de un accidentado viaje de algodón, agotados pero incapaces de dormir. Habían pasado casi toda la noche anterior en la misma litera, separándose solo para los recuentos de las doce, las dos y las cuatro. La línea trazada en la mente de Hielo, que jamás había imaginado que cruzaría, se había borrado como el hilo de una telaraña la primera vez que le había tocado, y se había adentrado en una zona de conciencia que estaba o bien más allá de su imaginación o vetada para ella. Ya no le importaba que sus manos o su boca lo traicionaran. Sin embargo, el algodón parecía una preparación necesaria para el milagro que había descubierto, y había entrado en un ciclo, controlado por la droga, en el que conocía brillantes cumbres y plomizas planicies. Ahora se encontraba en una de estas últimas.

Estaba echado en la litera y se cubría los ojos con el antebrazo. Tenía un sabor repugnante en la boca. En algún momento del abandono de la noche anterior se había mordido el interior del labio; ahora se estaba infectando. Le resultaba doloroso hablar.

Caramelito, todavía inquieto, intentaba leer. En cierto momento se incorporó y dijo:

—¿Te iría bien un poco de cacao caliente?

Y Hielo, susurrando lentamente, dijo:

—Tranquilo, nene. Deja que esto se pase.

En cuanto fue capaz de entrar en la habitación del material sin que nadie le viera, Palo subió al tejado del gimnasio. Había estado allí varias veces, se sentía seguro mientras desdoblaba el globo y lo extendía. La superficie circular abarcaba el espacio de dos sábanas y parecía flotar sobre la tela asfáltica negra como una enorme medusa, el arnés extendido como si fueran los zarcillos. Se sacó la chaqueta más holgada que llevaba y se encasquetó la gorra en la cabeza —sus ojos apretados quedaban ocultos a la sombra de la visera alargada— y describió un círculo para ver qué noche hacía.

Humedeció el dedo y lo levantó para determinar la dirección del viento. Soplaban constante desde la bahía en dirección al muro más cercano, a cincuenta metros de distancia.

Satisfecho, Palo comenzó a amarrar el globo, utilizando unos tornillos que había colocado una semana antes, y cuando terminó había colocado la flácida boca de la lona sobre uno de los huecos más grandes de ventilación. A continuación sacó una botella de litro de fluido limpiador que había escondido y se dirigió hacia la salida de incendios. Por razones de seguridad que nada tenían que ver con el fuego, la salida acababa al nivel de las ventanas de la segunda planta. Los diez metros que quedaban hasta el suelo había que cubrirlos con una escalera portátil, caso de que alguna vez se necesitara.

Palo abrió la ventana de la segunda planta y se adentró en el aire seco y estancado de una pequeña habitación utilizada para reparar y almacenar muelles de colchón. En una pared se amontonaban los colchones desechados. El recluso asignado al mantenimiento de los muelles había acumulado durante meses la basura en un rincón donde formaba un montón de treinta centímetros de alto, al parecer contenido por la escoba desgastada que lo cubría en ángulo. Palo desgarró varios de los viejos colchones y añadió los restos de algodón al montón de basura; rompió la escoba con la rodilla y la añadió; a continuación, colocó otros colchones alrededor de ese montón como si fueran una mecha y, finalmente, derramó el líquido de limpieza encima y lo encendió. Prendió rápidamente. Cuando se hubo asegurado de que el fuego se extendía, regresó al tejado. Mucho antes de que el edificio ardiera y se derrumbara, el aire sobrecalentado saldría por el sistema de ventilación y llegaría al globo, y entonces, en medio de la confusión y el pánico, su huida pasaría desapercibida. ¡Anda que no era listo! Se acuclilló a esperar.

Manning jugaba su segunda partida contra un estudiante de segundo año, un chaval menudo, pulcro y bien parecido, y no podía evitar pensar que era, como mucho, solo unos años mayor que Debbie, más o menos de la misma edad que el chico con el que ella se había escapado. Su oponente, inclinado sobre el tablero para estudiar una concentración en el lado derecho, impresionaba a Manning por vulnerable. Tenía la piel lozana y suave. Sus manos, blancas y finas, no parecían haber cogido nunca nada más pesado que la torre que ahora movía. Sin embargo, no había nada suave en su juego: llevaba a cabo un ataque firme e ingenioso desde una fuerte posición central. Manning sentía la presión, pero no creía que el muchacho pudiera derrotarlo. En algún momento su concentración le fallaría, pasaría por alto algo importante o simplemente no sería capaz de rematar la jugada.

Entre movimiento y movimiento Manning miraba, por encima de la cabeza del muchacho, a través de las estrechas ventanas que conducían a la parte principal del gimnasio. Estaban cerradas, como si pudieran diluir la virilidad del programa de

recreo, un estrecho compartimento dividido con paneles de contrachapado que parecía un vagón de carga. Estaban jugando veinte partidas en una sola mesa alargada, y Manning se daba cuenta de que el aire se volvía estadizo. Mentalmente se encogió de hombros y se recordó que era un preso y que tenía suerte de poder contar con ese esparcimiento, y quizá también tenía suerte de estar vivo. Se acordó por un momento de Juleson, pero apartó sus pensamientos de un tema tan doloroso como incomprensible. Si se desplazaba un poco a un lado, podía ver una estrecha franja de la sección de boxeo, y contempló entrenarse a un joven negro.

Brisa Fresca se entrenaba con la pera de boxeo. Reluciente de sudor, se movía alrededor de la pera golpeando como si fuera una máquina construida con el propósito de destruir. El ritmo era tan preciso como el de un tambor. Varios de los seguidores de Brisa Fresca, junto con su mánager recluso, le hacían de espectadores.

Uno de sus seguidores dijo:

—Brisa Fresca tiene buen aspecto.

—Lo estoy adiestrando —dijo el mánager, un gnomo negro de orejas maltrechas y rasgos de densidad pétrea—. Le estoy enseñando a Brisa Fresca todo lo que sé.

—¿Crees que esta vez se hará con el título?

—Lo ganará. Brisa Fresca tiene mucha clase, y un gran corazón. Mira qué bien se mueve.

El ritmo de Brisa Fresca parecía avivarse.

La película era un muermo. La película programada no había llegado, y la habían sustituido por otra. Tanto Rojo como Nunn se habían quedado a verla: estaban allí y no había otra cosa que hacer. Nunn la observaba con cierto desdén, concentrándose en los bordes y en lo que quedaba en segundo plano, y encontraba todo lo que no era intencionado más interesante que lo que habían querido filmar. El argumento seguía la supuesta debilidad de un hombre que se hacía rico, un tal John Julian Norton III, y una de las primeras escenas intentaba establecer su clase social mostrándolo en una sala de estar, enfundado en un batín de seda con un cinturón, manipulando diestramente brandy, puros, y con un improbable acento de clase alta. Su aburrida mujer estaba sentada con las piernas cruzadas; era un monumento a la dulzura y a la traición, mientras que el mejor amigo, guapo y rubio, se apoyaba en la repisa de la chimenea intercambiando miradas significativas con la mujer cada vez que John Julian les daba la espalda. Era farragosamente evidente que habían formado un plan contra él. Nunn contemplaba al mayordomo. Se interrogaba acerca de ese hombre vestido de mayordomo, a juego con su cara de mayordomo, y contemplaba atentamente al actor para ver si perdido en un segundo plano, se relajaría y delataría que no era más que un actor, y no solo un mayordomo. Pero, al parecer, se interesaba más por la veracidad que los actores principales. Su interpretación era el detalle más convincente de la pantalla, y eso le parecía apropiado a Nunn: la ilusión de realidad sería más importante para los accesorios de escena que para aquellos que los habían colocado.

—Hielo está en otra cosa —susurró Rojo a su lado, como si solo pudieran comentarlo en el anonimato de los espectadores del cine, como si fueran conspiradores en una serie de televisión.

—¿Y? —preguntó Nunn.

—¿Qué deberíamos hacer?

Nunn sonrió en la oscuridad, no sin cierto asomo de lástima. El rey está loco y es el bufón el que muestra inquietud mientras todos los demás fingen que la situación es normal.

—¿Hielo está haciendo algo que tú no harías? —preguntó.

—Eso es diferente.

—Puede que no tanto... —Por un momento Nunn se quedó callado con una difusa visión, como si las enseñanzas de Hielo hubieran perdurado en su mente, y consideró cómo las circunstancias podían provocar una respuesta idéntica en uno de cada mil individuos, como si la ilusión de la diferencia consistiera tan solo en cómo la materia de sus vidas se había reflejado a través del prisma de la experiencia. Sin embargo, parecía ser que Hielo Willy no era tan de hielo como aparentaba. Y, como ocurre con un suceso insólito, era imposible predecir dónde y cómo terminaría.

—Se cansará de esa zorrita —dijo Nunn— y luego te la pasará a ti.

—¿Tú crees?

—Fijo.

En la pantalla, la fortuna se había aliado con los conspiradores. Allí estaban los tres, John Julian, la esposa y el mejor amigo, en el desierto, cerca de los Montes Superstición, y John Julian se había roto una pierna al caer. La esposa y el amante se preparan para abandonarlo, dando gracias de no tener que matarlo, pues para eso tendrían que tener agallas de las que carecen. Le dejan comida para unos días y una pistola. Cuando comience a sufrir hambre y sed podrá pegarse un tiro. El amante se lo sugiere con profundo desdén, mientras la esposa los observa, la cadera inclinada al estilo clásico y la cara deformada por la disipación.

Después de abandonarlo, durante un rato, John Julian contempla el cielo metálico y unas lágrimas de debilidad le brotan de los ojos. Han conspirado contra él para hacerse con su dinero, su virilidad, y, ahora, su vida. Poco a poco comienza a enfadarse, y, como era previsible, utiliza su rabia como una roca en la que apoyarse: comienza a pelear. Se entablilla la pierna y se fabrica unas almohadillas de cuero para las manos para poder arrastrarse por el desierto sin mutilarlas.

Nunn apartó la mirada. ¿Qué haría ahora?

El fuego se estuvo incubando durante más de una hora, prendiendo muy poco. Los colchones ardían con leves llamas azules que se iban propagando lentamente, mientras que las que lamían tímidamente las pesadas tablas grises del suelo eran amarillas. Cuando el fuego vivo de la basura y el líquido de limpieza se apagaron, quedó un poco de humo y un cierto resplandor.

En el tejado, Palo se impacientaba. Caminaba inquieto arriba y abajo

manteniéndose en el punto ciego del centro del tejado, resistiendo la tentación de volver a la segunda planta para comprobar cómo iba el fuego. Repetidamente acercaba la mano a la boca del conducto de ventilación y cada vez le parecía que el aire se había vuelto un poco más caliente... y, sin embargo, el globo seguía flácido.

Palo había cometido el error de cerrar la ventana, y el fuego se extinguía por falta de oxígeno. Y se habría apagado si Angelo no hubiera abierto una de las puertas que conducían a la sala de los colchones. Llevaba a cabo la segunda ronda de la noche, caminando de manera mecánica, perdido en un antiguo sueño, cuya forma se había ido desgastando hasta discurrir por su mente casi como una pura sensación separada de sus estímulos originales. En el sueño no había asesinado a la mujer que amaba. Ella vivía. Él había envejecido con honor.

Con un empujón del hombro abrió la pesada puerta y le pareció que una llamarada surgía de la nada. La contempló estupefacto, incapaz de relacionar su demoníaca presencia con el peligro para cuya prevención había patrullado tantos años. Pero sí pensó en el castigo. Por fin le había llegado, y no estaba más preparado para él de lo que había estado cincuenta y siete años antes. Chilló con la voz quebrada y se dio la vuelta para echar a correr, con una lenta y pesada cojera de viejo, hacia la ilusión de la seguridad.

En un instante el carácter del fuego cambió por completo. La habitación rugió como un horno. Donde antes parpadeaba tímida, ahora lanzó una llamarada. Barrió la pared del fondo y la dejó ardiendo. Se derramó por la puerta que Angelo había dejado abierta. Toda la estructura interior del edificio, blanda y seca, quedó a su merced.

El globo comenzó a moverse como algo que cobra vida. Palo contuvo el aliento y se lo quedó mirando como un niño, fascinado. Hasta ese momento no se dio cuenta de que no había esperado que funcionara. El globo se hinchó y se enderezó, se desplazó, volvió a hincharse y a enderezarse y cobró firmeza. Palo se acordó de una película de ciencias en la que aparecía una polilla intentando liberarse de su capullo. El insecto descansaba de vez en cuando, y el globo también parecía detenerse para recobrar fuerzas antes de renovar la lucha.

Con la partida en su movimiento cuarenta y tres, Manning había conseguido desplazar la balanza y lograr la iniciativa. Ahora que estaba seguro de haber derrotado a su contrincante, podía comenzar a sentir simpatía por el muchacho que tenía delante. No habían intercambiado ni una palabra desde que los presentaran, pero Manning había seguido la partida en la cara del muchacho: al principio se le había visto indeciso, luego, a medida que la partida comenzaba a ir como él quería, confiado y decidido, y ahora que comenzaba a comprender que podía perder, se le veía consumido por la angustia. Un primer fracaso. Abandona, se dijo Manning. Para ti esta partida no significa nada. Pero al generoso impulso no cuajó. Siguió planeando los movimientos mediante los cuales daría mate. Si perdía deliberadamente solo

estaría contando otra mentira, y probablemente ya había oído demasiadas. ¿Por qué, si no, la perspectiva de la derrota en el mundo artificial que había debajo de ellos se marcaba hasta tal punto en la cara del joven? Manning comprendió vagamente que alguien había comenzado a gritar en la parte principal del gimnasio. Supuso que había en marcha algún combate de boxeo, pero cuando intentó ver por la ventana, le costó atisbar la sección de boxeo. Se frotó los ojos.

En el yunque doble formado por el desierto y su propia ansia de venganza, John Julian se estaba forjando como hombre. Nunn no se lo creía. Miraba fijamente la pantalla, atrapado por la historia, pero poco dispuesto a permitirse creerla. Rojo, sin embargo, quería que la zorra tuviera su merecido. La observaba nadar en la fresca agua de la piscina de John Julian, y beber martinis de unas heladas cocteleras mientras su marido seguía en el desierto chupando pulpa de cactus, y Rojo sentía un ardiente resentimiento, del que tenía un depósito lleno por culpa de todas las tías que le habían dado calabazas. Su mente estaba completamente afinada a esa forma de entretenimiento, sabía que la vería humillada y muerta, y necesitaba ver algo así.

—¿Estás ardiendo? —preguntó Nunn.

—¿Qué?

—Huelo a quemado.

Rojo se palmeó rápidamente todo el cuerpo. Estaba limpio. A continuación también captó el olor acre de tela chamuscada, y a medida que le llegaba parecía cada vez más intenso. El olor le excitó.

Fuera, en la parte principal del gimnasio, alguien chilló: «¡Fuego!». Y la palabra se repitió en un coro desafinado.

Rojo agarró a Nunn del brazo.

—Pasa algo.

Nunn se soltó. El tono de alegría de la voz de Rojo le resultaba insoportable. Se puso en pie, apenas consciente del ruido de la silla al caer. La callada concentración conjurada por la película se rompió en un instante. Al principio el ruido de la multitud tenía un aire festivo. Entonces alguien abrió la puerta y una espesa nube de humo negro los envolvió. El hombre que la había abierto la cruzó en cuanto la apertura fue lo bastante ancha como para que pasara su volumen. A continuación, una avalancha de hombres derribó el proyector y la imagen abandonó la pantalla; cruzó vertiginosamente las vigas del techo y quedó a oscuras. El pánico fue instantáneo.

Rojo seguía sin ser consciente del peligro. Sabía que el edificio estaba en llamas, pero aquella novedad le encantaba. Entonces, en medio del resplandor rojo de las secciones exteriores del gimnasio, vio el amontonamiento en torno a la puerta. Estaba abierta no más de un palmo, y con un centenar de hombres intentando presionar contra ella, no se podía abrir más. Y aquellos que conseguían una posición ventajosa desde la cual podrían abrir la puerta aprovechaban la oportunidad para escabullirse y

desaparecer.

A Rojo le costaba mantener el equilibrio. Se dio la vuelta y vio la cara de Nunn debajo de él. Este se había sentado.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Rojo. La expresión de Nunn no cambió—. *Tenemos que salir de aquí* —chilló Rojo. Nunn no mostró indicio alguno de haberlo oído. Y no lo había oído. Su mente, siempre tan activa, estaba vacía. No sentía ni amargura ni miedo. Cuando se puso a toser como si sus pulmones protestaran contra el humo, sintió que su cuerpo se balanceaba y sacudía, y era como si volviera a ser un niño otra vez, cabalgando sobre uno de los caballos mecánicos que había delante de los salones recreativos.

Rojo comenzó a empujar hacia la puerta, pero no consiguió avanzar ni un paso. Las sillas plegables, la mitad derribadas, formaban un laberinto traidor bajo los cuerpos que forcejeaban. El resplandor que había más allá de la puerta comenzaba a volverse amenazadoramente brillante y, por encima de los gritos, llegó un enorme rugido, la voz del fuego absorbiendo aire a través de las ventanas del edificio. Rojo tuvo un momento de extrema lucidez en el que supo que si no hacía algo extraordinario en los siguientes minutos iba a morir.

Volvió a mirar a Nunn y vio la cara de este congelada en la misma expresión de antes. Rojo comprendió vagamente que Nunn estaba en estado de shock. Bajó un brazo frenéticamente, intentando agarrar a Nunn para zarandearlo, y uno de sus dedos se introdujo en la boca abierta de Nunn. Le tiró de la mejilla.

—*Tenemos que salir de aquí.*

Nunn se echó a llorar y, al verlo, a Rojo le entró el pánico porque, si bien podía verlo, no podía oírlo. El rugido era ensordecedor.

Desesperado, Rojo miró a su alrededor. El resplandor era cada vez más intenso, vio que el fuego comenzaba a trepar por las paredes y sintió el suelo caliente bajo sus pies. Era imposible salir por la puerta a causa de la aglomeración, pero detrás de él, en la pared de la otra punta de la habitación, vio dos ventanas, entabladas mucho tiempo atrás para evitar la luz, y automáticamente Rojo se dirigió hacia ellas. Dejó a Nunn donde estaba.

Manning debería haber estado en una posición mejor para huir. La sala de ajedrez se hallaba a no más de cuatrocientos metros de la única puerta de salida del gimnasio, pero el fuego se había adentrado primero en esa sección, y la amplia zona del suelo que había delante de la salida y los muros de alrededor estaban todos en llamas. Cuando Manning y el muchacho con el que jugaba al ajedrez habían pasado por encima de la mesa caída y de las piezas que rodaban por el suelo y llegado a la puerta, se habían encontrado con un frenético círculo de hombres que iban descalzos o en zapatillas de tenis. Muchos habían salido corriendo de las duchas y el vestuario, donde se había dado la alarma en primer lugar, solo para encontrarse con que el suelo

estaba llamas, y el vestuario, ahora a su espalda, también.

Manning vio el suelo, ahora como el lecho de brasas de un hindú, y le gritó al chico: «Date prisa. No te pares». Y estaba a punto de seguir su propio consejo cuando vio que el chaval se derrumbaba a su lado. Un recluso le había golpeado en la cabeza con una maza, e inmediatamente se había puesto de rodillas para quitarle los zapatos al chaval inconsciente. El atacante no llevaba más que un suspensorio, y tanto era su frenesí que intentaba quitarle los zapatos sin desanudarlos. De manera instintiva Manning le dio una patada en la sien al hombre. Rodó dos veces con sus piernas peludas extendidas, y cuando se paró se quedó mirando a Manning. Negó con la cabeza y se puso en pie de un salto, con una fuerza tensa. Manning se movió para proteger al chico caído.

En aquel momento llegaron algunos hombres corriendo procedentes del departamento de lucha. Llevaban una gran esterilla que arrojaron sobre la zona del suelo en llamas. El atacante se apartó de Manning y corrió través de la esterilla. Algunos hombres le fueron detrás. Manning los siguió con la mirada. Ya los bordes de la esterilla comenzaban a echar humo.

Manning estaba a medio camino cuando se acordó del muchacho. Lo único que pensaba era que no podía abandonarlo.

Se dio la vuelta y comenzó a ir hacia atrás, forcejeando con los hombres que le empujaban. Chocaban con Manning, que para ellos no era sino un obstáculo más, y los ojos de aquellos hombres, tan carente de sentimientos como los de un tiburón, eran más aterradores que el fuego.

El globo se había hinchado hasta alcanzar una rigidez que tensaba las sogas. Palo lo contemplaba sobrecogido. El globo era maravilloso. Casi humildemente, como si se uniera a la base de una gigantesca erección para participar en su copulación masiva con el aire, se colocó el arnés. Cuando se sintió seguro, sacó un cuchillito del bolsillo y comenzó cortar las cuerdas. Se rompieron, entonando un cántico de alivio, y cuando cortó la última, el globo pareció despegar.

Subió en línea recta unos quince metros. Palo vio el tejado del gimnasio, perfilado por las llamas, encogiéndose debajo de él, y experimentó una euforia indefinida y casi orgásmica. Estaba derrotando no solo a la cárcel, sino al mundo entero. Colgaba suspendido de aquellas telas retorcidas, en una gloria que le anulaba los sentidos.

A los quince metros el viento acogió al globo, y siguió su ascenso en una prolongada diagonal. Pasó por encima de las torres de vigilancia, por encima del perímetro exterior de la cárcel y continuó por encima de las suaves colinas que la rodeaban. Abajo y por delante de él, Palo distinguía la brillante arteria de una carretera. No había pensado dónde podría aterrizar. Ahí arriba había encontrado un aire que podía respirar, una vida que podía vivir.

De repente el globo dio una sacudida y descendió seis metros, se detuvo un

momento y siguió cayendo. Palo alargó el cuello para mirar hacia arriba y vio un faldón suelto, como un ala rota, a un lado del globo. Sintió un cosquilleo en las piernas y le pareció que no tenía estómago. Caía mucho más deprisa lo que había subido. La carretera volvió a desaparecer, oculta ahora tras la ladera de una colina cada vez más alta.

Entonces le pareció que el globo cogía aire y comenzaba a ascender con decisión. Subió y subió, dirigiéndose hacia la estrella más luminosa del cielo, y Palo comprendió que nunca regresaría de su vuelo.

Manning forcejeaba para bajar la escalera de hierro con el muchacho al hombro. El lateral de la escalera parecía estar en llamas, pero su sentido común le advirtió de que solo podía ser el reflejo de las ventanas. Debajo vio la mole escarlata de un coche de bomberos tripulado por reclusos que estaban desenrollando sus mangueras para lanzar inútiles chorros de agua a las paredes de ladrillo, donde, en el punto de impacto, se disipaba en abrasadoras nubes de vapor. Una manguera se utilizaba para enfriar la zona que rodeaba la escalera. Manning sintió el chorro, al darle de lleno, y el agua fría lo impresionó tanto como el calor. A su espalda otros hombres intentaban empujarlo para pasar. El chaval le pesaba como una bolsa de piedras. Idiota, se dijo con desprecio.

En el descansillo de abajo, las llamas brotaban de la puerta abierta, y los hombres que tenía debajo lo cruzaban de uno en uno, algunos arrastrándose, otros rodando, mientras que unos pocos se abalanzaban a ciegas como caballos aterrorizados, y parecían ser engullidos por las llamas antes de aparecer tambaleándose en el siguiente tramo, con las ropas ya ardiendo.

Manning se volvió hacia el recluso que tenía detrás de él y le gritó: «Por favor, ayúdame». Pero la cara del hombre estaba idiotizada de terror, e instintivamente aprovechó la oportunidad para empujar a Manning y lanzarse de cabeza a través del descansillo.

Ahora otra manguera se había unido a la primera, y se combinaban para dirigirse directamente a la puerta en llamas, solo que el agua, aparte de liberar susurrantes nubes de vapor, parecía tener poco efecto sobre las llamas. El hombre que ahora esperaba detrás de Manning comenzó a darle patadas en las lumbares, y Manning se tambaleó bajo el peso del chico; aspiró profundamente recordándose que debía contener el aliento y comenzó a correr torpemente, moviéndose hacia un lado. Se sintió arder y gritó justo en el momento en que una de las mangueras de alta presión lo derribó. Cayó despatarrado, combatiendo el pánico. El chico había quedado encima de él, pero consiguió liberarse sin ponerse en pie, y de manos y rodillas comenzó a tirar del cuerpo hacia el comienzo del próximo tramo de escaleras. Lo hizo de manera instintiva como una hormiga cargada con un pulgón.

El tramo final de las escaleras se separaba de la fachada del edificio en un

pronunciado ángulo; conducía hasta el puente que cruzaba el callejón industrial y, a excepción de algunos restos y llamas que caían del tejado, el peligro disminuía enormemente. Manning tiró del muchacho escaleras abajo, agarrándolo por las axilas, demasiado agotado como para intentar levantar los pies y las piernas del chico e impedir que fueran rebotando contra los peldaños metálicos.

Entonces se dio cuenta de que un recluso de espaldas anchas y muy recias, enfundado en una camiseta blanca, se inclinaba para levantar al muchacho y le decía:

—Relájate, papi, yo me encargo.

Manning lo observó correr ágilmente escaleras abajo, llevando en brazos al chico con la misma facilidad que si fuera un crío, pero Manning no pudo evitar pensar que la ayuda no le había llegado hasta que ya no la necesitaba, y se puso en pie trastabillando sin ninguna sensación de gratitud, solo con la convicción a medio formar de que lo habían utilizado, aunque no tenía ni idea de por quién ni por qué.

A continuación oyó que alguien gritaba debajo de él:

—Es otro de esos universitarios.

—Gracias a Dios —añadió una voz más grave—. Este es el último. Buen trabajo, Oruga, muy buen trabajo.

—Gracias, teniente.

Manning reconoció la voz que le había dicho: «Relájate, papi...». Cruzó el puente y de inmediato un sargento lo entregó a los camilleros del hospital. Estaba decidido a no desmayarse, y se dio cuenta de que cruzaba el gran patio encima de una camilla. Escuchó el rugido cada vez más lejano del fuego, y una repentina y misteriosa sensación de alegría le hizo dedicar una sonrisa al cielo ennegrecido por el humo:

—Claro, relájate, papi —se dijo a sí mismo, y siguió sonriendo por ese chiste tan bueno.

Sociedad Rojo yació inconsciente en el tejado del pabellón de enseñanza durante casi tres horas; el fuego comenzaba a consumirse cuando gruñó y rodó, levantando la mirada hacia la destripada estructura de ladrillos. Separó sus labios llenos de ampollas para susurrar: «Jesús».

Encontró la ventana por la que debía de haber saltado, pero no era más que un entrante en la pared destrozada, y no comprendió cómo lo había hecho. Se acordó de los tablones y se miró las manos: tenía las uñas desgarradas y ensangrentadas. Viejo carcamal, se dijo cariñosamente, todavía te queda algo de tu espíritu de lucha.

Pero entonces se acordó de Nunn, y de inmediato se sintió asqueado y afligido. Se acordó de haberle suplicado a Nunn, que tenía la cara anaranjada como una calabaza por el resplandor de las llamas cada vez más altas, y los ojos vacíos, a pesar de que le brotaban lágrimas y había llorado como un niño con el corazón roto, sentado y acurrucado en el suelo. Entonces Rojo había tenido que salvarse.

Se arrastró rígido hacia el borde del tejado y comenzó a gritar y a mover las

manos. Le subieron un escalera y bajó lentamente, y soltó un silbido cuando sus pies tocaron el suelo.

Capítulo 21

El incendio del edificio industrial se convirtió en el acontecimiento más importante de la administración del alcaide. A su pesar, pues el desastre no fue importante para la cárcel, sino que podría haber ocurrido en cualquier otro lugar, en cualquier otro edificio público o privado. Oficialmente su responsabilidad era nominal, pues el edificio llevaba ya años en ruinas, y las asignaciones para demolerlo y construir nuevas unidades se habían dejado pasar muchas veces. Sin embargo, un joven de la asamblea estatal que intentaba sacar tajada insistía en que se llevara a cabo una investigación, y los relatos periodísticos quedaban ensombrecidos con vagas insinuaciones de negligencia. Lo de siempre después de cualquier desastre público. El alcaide quedó condicionado por el gusto popular por lo dramático, lo violento y lo espectacular, y se dejó llevar por la ola de aquel febril interés. Sin embargo, no podía evitar pensar que el incendio había eclipsado de manera permanente muchos avances, que al final serían de mucha mayor importancia, y había veces en que sentía un insólito cansancio. En aquellos momentos pensaba en sí mismo como en el vigilante de un vertedero público. ¿Era razonable esperar que la gente se entusiasmara por los nuevos métodos de procesar y recuperar su basura?

Mientras tanto, su escritorio estaba cubierto de informes. De los setecientos treinta y dos hombres que aquella noche habían ido al gimnasio, se creía que ochenta y seis habían muerto en el incendio. Sin embargo, de aquellas víctimas, cuya identificación no podía verificarse, el alcaide ordenó dar una orden de búsqueda y captura, y con el tiempo se esperaba descubrir que algunos habían aprovechado la confusión para lograr escapar.

Palo, Sheldon Wilson, fue descubierto la mañana después del incendio junto a una de las carreteras de acceso que conducían a la institución. Estaba vivo, pero tenía la espalda rota. El alcaide apenas podía dar crédito a las implicaciones de su estrafalario equipo y su igualmente estrafalario uniforme, y ordenó que el globo fuera enviado al laboratorio de criminología de la Universidad de California. Los analistas no añadieron gran cosa a lo que podía verse a partir de un examen superficial, excepto que las costuras se habían cosido y recosido muchas veces. Sugirieron que se parecían a las señales de vacilación de un suicida. Las repetidas puntadas habían debilitado la tela, pero no era eso lo único que había hecho que se rompiera la bolsa. En la parte donde la costura se había reventado, las puntadas solo estaban hilvanadas, y la inferencia más razonable que se podía extraer era que al sujeto le había entrado el pánico a utilizar el globo antes de completarlo.

Para cuando entregaron el informe, Morris Price ya había sido encontrado muerto en la celda que compartía con Sheldon Wilson, y un atento examen de sus propiedades personales arrojó más luz sobre la historia. Al alcaide le resultaba difícil

considerar reales a aquellos hombres: los imaginaba en la celda juntos, el globo entre ellos, pero la escena carecía de vida, era como un retablo de museo de cera y, sin embargo, ahí estaba el mecanismo que había dado origen a más de cien muertes y lesiones. Estudió la foto de la identificación de Palo, fijándose en la patética arrogancia de la pose, el lustre de laca de los ojos cerrados, el aspecto consumido de la cara, peor que cualquier marca de malnutrición. A pesar de la ausencia de cualquier característica humana, la cara de Palo no invitaba a compararlo con lo puramente animal, ni siquiera con la máscara primigenia de un lagarto, porque lo que más sobrecogía de su aspecto era la sensación de que faltaba algo. ¿Cómo era posible que un solo defecto pudiera alterar o acabar con las vidas de tantos otros? Comprenderlo te dejaba paralizado. Sin embargo, hasta que llevó a cabo el movimiento fatídico, su vida había tenido que ser considerada tan valiosa como cualquier otra.

Ahora que podía ser castigado, aunque solo fuera obligándole a comprender lo que había hecho, Sheldon Wilson se había retirado a un rincón de su mente. Jamás regresaría de su vuelo. Paralizado de cintura para abajo, quedó confinado en el pabellón de psiquiatría. Se había cosido un uniforme: un cinturón con correa al hombro hecho de sábanas retorcidas, charreteras de bolsas de tabaco Bull Durham, medallas de arandelas y chapas de botella. En alguna parte había conseguido un collar de mangos de cepillos de dientes.

La tarde en que el alcaide encontró tiempo para observarlo a través de un espejo opaco por un lado, a Palo lo habían incorporado en la cama, ataviado con su uniforme, y el alcaide casi se pudo imaginar el ejército fantasma que comandaba, tan poderosa era la impresión de que Palo gritaba órdenes auténticas a soldados que no se veían por ninguna parte. Pero cuando se quedó en silencio, su cara se relajó en una sonrisa desconcertada y dolorosa de aterradora inocencia.

El único rasgo redentor del fuego fue el rescate de un miembro del equipo de ajedrez de la universidad por parte de un recluso, que sacó al muchacho del edificio en llamas poniendo en riesgo su vida. El recluso era un tal Walter Collins, que el alcaide conocía como el famoso Oruga Collins, y se le ocurrían pocos reclusos que tuviera menos ganas de ver convertidos en héroes; pero el hecho era que había sido Collins, y probablemente estaba hecho de una pasta mejor de lo que había hecho sospechar su conducta anterior.

Relató la historia a los periódicos y dejó que entrevistaran a Collins, que se manejó de manera encomiable, excepto al sugerir que reprodujeran las medidas de su pecho y su brazo, cosa que casi todos los reporteros consideraron una broma, y la cobertura informativa fue por lo general digna, exceptuando un tabloide cuyo titular decía: RECLUSO FORZUDO SALVA A UN ESTUDIANTE.

Una hermandad local votó a Collins como uno de los hombres del año por haber llevado a cabo un extraordinario servicio público y los veteranos de guerra le concedieron la medalla al valor ante un gran peligro personal. Estas condecoraciones se concedieron en el campo de atletismo ante una multitud reunida para asistir a la

velada de boxeo del cumpleaños de Lincoln, y puesto que conocían a Oruga por ser un habitual tuvieron a bien permanecer silenciosos, aunque poco entusiastas. Respetaban una hábil artimaña, pero la básica falsedad tenía que resultar evidente, y Oruga parecía creerse una especie de héroe.

Poco después, se les pidió que observaran unos momentos de silencio mientras la campana que había en el *ring* contaba hasta diez en memoria de Reuben «Brisa Fresca» Moore, que había perecido en el incendio. El entrenador tuvo unas breves palabras cuyo remate fue: «y un muchacho encantador, encantador, ha colgado para siempre los guantes».

Sí, muchos entre esa multitud silenciosa pensaron lo mismo: si Oruga quería sacar a alguien del incendio, ¿por qué demonios no salvó a Brisa Fresca?

Capítulo 22

—Las vueltas que da la vida —dijo Rojo, expresando su impresión de todo lo que había ocurrido.

Ni Hielo ni Caramelito respondieron nada, aunque Hielo movió los labios de manera desagradable, como si la observación de Rojo fuera demasiado rutinaria o estúpida como para responderla. Era mediodía y habían ido al comedor a tomar un cuenco de té porque a Hielo le gustaba.

En los días posteriores al incendio, la primavera los había pillado por sorpresa. Su efecto sobre el gran patio se dejaba notar con sordina, filtrado a través del cemento y el aire estadizo de los bloques de celdas, pero la lluvia había amainado y, a media mañana, el sol generalmente achicharraba el asfalto. En el patio inferior los jardineros trabajaban la tierra en los bordes ornamentales —planeaban plantar azaleas y primulas— y la hierba del campo de atletismo había comenzado a brotar de nuevo: islas irregulares de verde formaban un dibujo al azar siguiendo la distribución del agua bajo la tierra.

Los jugadores de béisbol formaban equipos para desentumecer los brazos, como si parte del invierno hubiera entrado en el hueco de sus huesos y hubiera que desheloarlo con cuidado. La semana anterior había tenido lugar la primera práctica de bateo, pero el lanzador, impaciente por reafirmar su habilidad para la nueva temporada, había lanzado de una manera tan errática que casi nadie había conseguido darle a la pelota. El equipo de béisbol estaba para estrenar, lo habían comprado con una solicitud de urgencia y almacenado en un cobertizo prefabricado que antes se utilizaba para la pintura de espray. La administración tenía como axioma que era mucho mejor tener a los reclusos golpeando la bola que golpeándose la cabeza unos a otros, y mucho antes, con el mismo espíritu, el líder de una banda musical de la cárcel había acuñado la frase: «El hombre que sopla una trompeta nunca le sopla el dinero a un banco». El hecho de que él se soplara muchos porros no se había tenido en cuenta. Muy pocos sabían jugar al béisbol; la selección de un equipo era meticulosamente controlada por una poderosa camarilla de atletas. Otros, en busca de diversión, ahora que el gimnasio había desaparecido, jugaban a frontón en la pared del patio inferior, lanzaban herraduras o aros, o daban vueltas y vueltas en torno al campo de atletismo.

En el lejano campo de trabajo, dotado con un mínimo personal de reclusos de seguridad, la primavera se conocía como la estación del conejo, y durante la primera semana de buen tiempo se escaparon cuatro hombres. Cogieron a tres y los devolvieron a la prisión, y al cuarto lo encontraron flotando boca abajo en el río Sacramento.

Caramelito había llenado el lugar dejado por Nunn. No es que llevara a cabo ninguna de las funciones anteriores de aquel, pero permanecía en el lugar que antes

ocupaba Nunn, y ahora era Rojo el que hablaba con el tono ácido de aquel, como si fuera su principal heredero.

—Deberíamos volver a ponernos en marcha pronto —insistía Rojo, avivando el fuego que se apagaba. Era recompensado con el parpadeo de una fina llama azul.

—¿Eso es lo que deberíamos hacer? —preguntó Hielo.

—Gastamos mucho y no estamos ingresando nada. ¿Por qué no retomamos las apuestas? Estamos a mitad del entrenamiento de primavera, y no tienes ni idea de a quién han fichado y a quién no, ni de cómo progresan los novatos. Mira cómo están las apuestas en Las Vegas.

—Eso es lo que necesito saber, cómo están las apuestas en las Vegas.

—Siempre has sabido adivinar qué equipos van a luchar por el campeonato.

—No gracias a cómo están las apuestas en Las Vegas.

—Bueno, como fuera que lo adivinaras.

Hielo sonrió.

—Pues como fuera que lo hiciera, ahora no está pasando. —Hielo no quería discutir, solo estaba dándole un poco de caña a Rojo. Su personalidad había perdido gran parte de su acidez.

Caramelito admiraba la manera en que el sol parecía formar diminutos incendios en la esfera del reloj que Hielo le había regalado. La una, las dos, las cuatro, las cinco, las siete, las ocho, las diez y las once las marcaba un diamante de imitación. Las tres, las seis, las nueve y las doce las indicaba un pequeño granate rectangular. Era un reloj de hombre, pero Hielo había sido incapaz de imaginar qué hombre lo llevaría, aunque ahora ya no pensaba en Caramelito como un hombre, y las raras veces en que lo recordaba —ella poseía su curioso recato— consideraba sus órganos sobrantes como un accidente biológico. Ahora la miraba con posesiva admiración, y le parecía que el movimiento de sus ojos detrás del cristal verde oscuro de sus gafas de sol, otro regalo que le había hecho, era como una apagada fosforescencia en el agua oscura. Cuando Caramelito observó que le sonreía, ella también sonrió y se acercó hasta que sus labios tocaron los de él. A continuación volvió a mirar su reloj.

Rojo, que observaba todo aquello, frunció el ceño.

—Tranquilo —le dijo Hielo—. Con lo que tenemos podemos ir tirando varios meses.

—¿Y no preocuparnos por nada?

—¿Por qué no?

—No lo sé. Ese puto incendio. Todavía lo veo cada vez que cierro los ojos, y no puedo dejar de calcular todo lo que perdimos.

—¿Unos cuantos cientos de cartones de cigarrillos?

—Y el algodón.

—Eso se puede reemplazar. ¿Alguna vez te has quedado sin algodón cuando tenías ganas?

Rojo hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Y Nunn?

—¿Te preocupa?

—A veces.

—Si me hubieran preguntado, habría dicho que Nunn no te caía bien.

—Puede que no. Pero no dejes de verlo sentado allí con la boca abierta y nada que decir, y siempre tenía demasiado que decir.

—A lo mejor encontró lo que buscaba.

—Hielo, deja de tomarme el pelo.

Hielo sonrió. Le sorprendía sentirse tan bien, cuando tomaba algodón y cuando no tomaba, su mente funcionaba de primera, pero sin prisas. Tocó a Rojo en el pecho y utilizó su tono pedagógico.

—Llega un momento en que uno sabe que le han derrotado, le han dado una paliza, y después de eso solo espera la primera oportunidad de morir.

—Chorradas.

—Nunn sabía que estaba acabado la última vez que entró aquí.

—¿En su tercera caída? —preguntó Rojo—. Yo voy por la quinta y no tengo pensado abandonar.

—Pero a ti te gusta la cárcel, Rojo. A Nunn, no. No le gustaba estar aquí, no le gustaba estar por las calles, no le gustaba estar en ninguna parte. No tenía ninguna esperanza y no se lo podía quitar de la cabeza. A otros... —Hielo le sonrió a Rojo— eso no parece importarles demasiado.

Caramelito se había cansado de su reloj y ahora buscaba entrar en la conversación.

—La vida es una pelota —aportó.

—Una pelota de mierda —dijo Rojo.

—Nena —le dijo Hielo a Caramelito—, ya que has hablado, ¿por qué no vas a la cantina y nos traes algo de manduca?

—¿Qué quieres? —preguntó Caramelito.

—Un bombón helado. ¿Y tú, Rojo?

—Una de esas barritas Whale, y si no tienen, un corte de helado.

—Y no tardes —añadió Hielo.

Los dos se volvieron para ver cómo Caramelito se alejaba hacia la cola de la cantina. Su caricaturesca manera de caminar se había intensificado, pero Hielo ya no se daba cuenta, y Rojo no se había dado cuenta nunca.

—Estás totalmente enganchado con esta tía, ¿verdad, Hielo?

Hielo se volvió para estudiar a Rojo con cierto humor.

—No pretendía aguarle la fiesta.

—No era mi fiesta. Me gusta colocarme, ¿pero quedarme enganchado? Eso es otra cosa.

—A lo mejor me estoy enganchando a correrme.

—¿Que te estás enganchando? No has salido de la celda en los últimos tres fines

de semana. Lo único que haces es estarte allí echado con ese marica y un tubo de algodón.

—También he leído mucho.

Rojo soltó un bufido.

—Si has estado leyendo es que esa zorra tiene algo impreso en el culo y tú tienes un ojo en la punta de la polla.

Hielo soltó una carcajada.

—¿Te sentirás mejor si alguna noche intercambiamos las celdas y te dejo leer un poco?

—¿Hay vacas en Texas?

—¿Te gustaría?

—Sí, pero no lo dices en serio.

—A lo mejor sí. A lo mejor el mes que viene.

—Mierda, el mes que viene tendrás a esa zorra yendo a la cantina en un descapotable rojo, si ella te lo pide.

—Ella no me pide nada, solo lo que voy a darle de todos modos.

—¿Lo has dicho en serio? ¿Lo de intercambiar las celdas? —preguntó Rojo.

—No creo que a ella le haga gracia.

—Le hará toda la gracia del mundo si tú le dices que tiene que hacerlo.

—No, no creo que le haga gracia.

—Quieres decir que no quieres que lo haga.

—Algo así.

—Menudo semental estás hecho.

Caramelito volvió con los helados. Media docena de reclusos se volvieron para mirar. Traía tres cucuruchos.

—No tenían barritas ni cortes —le dijo a Rojo.

—Siempre que quiero algo, se ha terminado.

—Claro —dijo Hielo—, el alcaide se encarga personalmente.

—No me extrañaría.

Se pusieron a comerse sus cucuruchos. El patio se estaba despejando a medida que los hombres que tenían que trabajar regresaban a su puesto después del almuerzo.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le preguntó Hielo a Caramelito.

—No lo sé.

—Será mejor que te encierres.

—¿Es lo que quieres que haga?

—Enciértrate si te apetece. Si no, no te separes de Rojo.

—Probablemente me encerraré.

—Lo que quieras. Yo tengo que volver a trabajar.

Hielo y el teniente Olson ya no tenían gran cosa que decirse que no fuera de trabajo.

Olson se mostraba cordial y Hielo seguía siendo un trabajador eficiente, aunque ponía en entredicho el valor de todo el programa a largo plazo que, para empezar, lo había impulsado a aceptar ese trabajo. Sobre todo ahora que al parecer él y Olson se habían retirado al nivel más elemental de sus personalidades, en el que ya sólo podían verse como enemigos. A Hielo no le importaba. Nunca se había tomado más en serio las supuestas intenciones amistosas de Olson, pero de vez en cuando le llegaba la insinuación de que este, tras la congestión de sus ojos hipertensos, se relamía en secreto por algún motivo. La única explicación que se le ocurría era que Olson sabía lo que era Caramelito, aunque eso tampoco tenía demasiado sentido, pues no había tomado ninguna medida, a no ser que, enterrado en la profundidad de su grasa, estuviera tramando algo.

Hielo entró en la oficina, se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de la silla.
—¿Qué tal, teniente? —dijo.

Olson levantó la mirada de un memorándum y lo saludó con la cabeza. También había dejado de llamarle «don importante». Más o menos en la época del incendio.

—¿Cuánto polvo dentífrico enviaste al bloque norte en la última solicitud habitual? —preguntó Olson.

—Un bidón: veinticinco kilos.

—Dicen que se les ha terminado. Me pregunto si alguien trafica con eso.

—¿Con polvo dentífrico estatal? Nadie lo querría ni regalado. Probablemente a alguien se le cayó agua encima y lo tiró para ocultar la metedura de pata.

—¿Has oído algo?

Hielo sonrió.

—No es más que una hipótesis. A lo mejor alguien hace bolsitas y lo vende en el patio como si fuera droga.

—No lo dudo. Probablemente lo haces tú.

—No, yo utilizo tiza del pabellón de enseñanza. Tiene mejor textura. Probablemente puedo conseguir que el bloque sur les envíe un poco.

—¿De qué?

—Polvo dentífrico para el bloque norte.

—Muy bien. Pues hazlo. —Olson se puso en pie—. Voy a la cafetería.

Hielo esperó hasta que Olson hubo salido de la oficina para decir: «¿Dónde, si no?». A continuación llamó al encargado de las celdas del bloque sur y dispuso que llevaran un poco de polvo dentífrico al bloque norte. El encargado quería saber si cada noche le entregaban la ropa interior limpia en la celda, y Hielo dijo que no tenía queja. Colgó el teléfono y se fue a calentar un poco de agua. Se preparó un café instantáneo y se sentó a fumar mientras se lo tomaba. No tenía nada más que hacer.

Había seguido con ese trabajo porque era la única manera de conseguir un destino fuera de los muros, pero comenzaba a dudar de que aquello funcionara. El comité de clasificación no era estúpido. No se fiaba de nadie. Pero había una raza cada vez más numerosa de reclusos profesionales, en gran parte falsificadores de cheques

alcohólicos, de quienes desconfiaban menos que de la mayoría. Eran inofensivos, y era a ellos, llevaran mucho o poco tiempo en la cárcel, a quienes se asignaban los trabajos de mínima seguridad. A veces se escapaban, pero sus fugas casi nunca pasaban de juergas alcohólicas en las que se desmandaban unas cuantas semanas a base de alguna chequera o de alguna tarjeta de crédito antes de que los atraparan y los devolvieran como niños que se han escapado de casa. Estaba surgiendo un nuevo tipo de recluso, las sobras de una nueva sociedad.

Hielo reconoció que las probabilidades de que le asignaran alguna tarea fuera de los muros eran cada vez más remotas, y ahora dudaba de que pudiera conseguir ese destino antes de haber cumplido diez años de condena, y por entonces ya iría por más de la mitad de la condena y no sería inteligente arriesgar su inversión huyendo a un mundo en el que las probabilidades de éxito eran cada vez menores a causa de la creciente sofisticación de los métodos policiales. Sí, los pies planos conocían su trabajo. Todavía tendría sentido huir este año, o el que viene, pero tampoco suspiraba como antes porque se le presentara esa oportunidad. Eso al menos lo reconocía.

Colocó un papel de carta en la máquina de escribir e intentó pensar en algo que poder contarle a su madre. Era algo que le costaba y siempre le había costado. Últimamente su madre había adoptado la actitud de que las autoridades habían crucificado a su hijo. De algún modo se había convencido de que era inocente, de que siempre había sido inocente, y Hielo no entendía cómo podía mantener esa idea: si estaba lo bastante cuerda como para ganarse la vida, debía estar también bastante cuerda como para sospechar que se estaba engañando. Pero el tema comenzaba a dominar las cartas que ella le enviaba. Tiempo atrás le había anunciado que iba a visitar al gobernador, y al parecer todavía esperaba que le concediera una cita. Últimamente había conocido a un tipo que afirmaba mantener contactos en la asamblea del estado, y Hielo se había imaginado a un viejo cantamañanas siguiéndole la corriente a su chiflada madre en lo que era su punto flaco más evidente. Nada de lo que le escribía parecía tener el menor efecto en su madre, y había dejado de intentar quitárselo de la cabeza pensando que si aquello la hacía feliz, ¿qué le importaba?

Le costó escribir media página y a doble espacio, y finalmente recurrió al incendio para llenar lo que faltaba de página hasta donde parecía aceptable escribir «Besos» y firmar «Billy». Puso la dirección en el sobre y salió al patio a enviar la carta. Una de las partidas de dominó le llamó la atención, sabía que los jugadores eran expertos y se detuvo a mirar. Intentó determinar las fichas que tenía cada uno por su manera de jugar. O'Brien, que estaba de pie al otro lado de la mesa, se acercó a Hielo.

—Hendrick y Gallo —nombró a dos de los jugadores— son mis dos caballos.

—Tienes buenos caballos.

—Lo tienen controlado.

Hielo, al ver cómo se desarrollaba la partida, pieza a pieza, asintió con la cabeza.

—He oído decir que lo estás dejando todo —dijo O'Brien. Hielo se volvió y se lo

quedó mirando. O'Brien tenía la cara grande y roja, y los ojos grises como agua de lluvia. Fumaba un puro tras otro sin parar; en el bolsillo siempre se apiñaban cinco o seis, junto con cuadernos forrados en piel, que Hielo imaginaba estaban llenos de páginas en blanco, y una buena estilográfica.

—¿Dónde lo has oído? —preguntó Hielo en un tono que no quería darle la razón.

—Por aquí y por allá. ¿Es cierto?

—Puede que afloje una temporada.

—¿Tienes otros intereses?

Hielo volvió a mirar a O'Brien. Había algo, en la forma demasiado llena de su cara, que sugería cierta bobaliconería, y por un momento el puro que llevaba en la boca pareció hecho de caramelo, una muestra de vicio infantil.

—¿Qué quieres, O'Brien?

—Tu contacto.

—¿Y qué contacto es ese?

—Tu contacto para el algodón.

—Alguien te ha tomado el pelo. Nunca he tenido nada que ver con el algodón.

—No me vengas con esas, Hielo. No estás hablando con ningún novato. Todo el mundo sabe que estás detrás de lo del algodón.

—Entonces todo el mundo es gilipollas.

O'Brien asintió reflexivo, como un hombre que decide si jugar su as.

—Entonces tendré que hablarlo con Oruga.

Hielo sonrió.

—Buena idea. —Por encima del hombro de O'Brien, Hielo vio que, en la cola de la cantina, había solo unos cuantos hombres—. Hazlo —añadió, y se alejó hacia la cantina. En la ventana compró dos bolsas de galletas, un sobre de salsa de manzana, un sobre de harina de avena y un paquete de panecillos, y acarreaba todo eso cuando apareció delante de la celda a la hora del cierre. Caramelito rodó en su litera, aún medio dormido, y vio que Hielo estaba allí de pie, como un marido que vuelve a casa del trabajo tras haber hecho la compra, y en absoluto le pareció una farsa patética.

—Hola, papi —susurró Caramelito.

Se estaba cepillando los dientes cuando cerraron la celda y Hielo entró. Se dio la vuelta y lo abrazó íntimamente. Hielo sintió un inmediato pálpito de calor.

—No empieces nada que no vayas a acabar.

—¿Ahora? —preguntó ella sonriendo, y la palabra se volvió hueca y borrosa a través de la pasta de dientes.

—A eso me refiero.

No fueron a cenar, y se comieron los panecillos con chocolate instantáneo caliente. Hielo se pasó la velada leyendo; primero el periódico, que luego le entregó a Caramelito, y a continuación una novela. Caramelito se afeitaba cada noche y se pasaba mucho tiempo estudiando su cara en el espejo, examinando el borde de su mandíbula por si aparecía una espinilla. Tomaron un tentempié a las ocho; galletas,

esta vez con café. Caramelito quería hablar de uno de los lugares en los que había andado en San Francisco, y Hielo lo escuchó un rato antes de regresar a su libro.

Cuando las luces se apagaron después del recuento de las diez, Caramelito se bajó de inmediato de la litera superior. En ese instante, experimentando un vago desinterés, Hielo casi le hizo seña de que se fuera. Pero la monotonía, la vacuidad esencial del día, parecía invitarle a buscar alguna expresión de vida, y abrió las mantas para que ella entrara, desplazándose al extremo de la estrecha litera para hacerle sitio. Si así ha de ser, se dijo, que así sea, y entonces ella tomó la iniciativa para que él no tuviera que pensar en nada.

Estaba montado encima de ella en esa postura un tanto complicada que los dos habían descubierto que era la que más les gustaba, cuando el primer flash centelleó delante de la celda. De manera instintiva Hielo se volvió para mirar en dirección a los barrotes, mientras oía murmurar a Caramelito: «¿Papi?» con un presentimiento de temor.

Una voz conocida dijo:

—No te muevas de ahí, Oberholster —y otro flash emitió su destello como un golpe dirigido directamente sus ojos.

Una segunda voz dijo:

—Con eso es suficiente.

Hielo oyó cómo se abría la celda y el Moreno entraba en ella.

—Muy bien, chicos. Fuera de la piltra. Detesto interrumpir este momento tan tierno, pero solo obedezco órdenes.

—Asquerosa sabandija... —comenzó a decir Hielo, pero entonces comprendió la gravedad de la situación.

—Sí —asintió caballerosamente el Moreno—, soy una sabandija, pero al menos no tengo la polla sucia de mierda. Será mejor que os vistáis. No vais a pasar la noche aquí.

Mientras se ponía la ropa, Hielo se acordó del dinero que tenía en la escoba, pero no tenía oportunidad de recogerlo, y aunque pudiera, seguro que lo registrarían antes de que acabara la noche.

Había otros dos guardias, guardias normales del bloque de la segunda ronda, esperando en la galería. Uno de ellos llevaba una cámara y ambos parecían enfadados y asqueados. Mientras caminaban por la galería, Hielo se daba cuenta de las caras en sombra, apretadas contra los barrotes, que lo observaban.

—¿Qué ha pasado? —susurró alguien.

Y otro contestó:

—Creo que han pillado a dos con las manos en la masa.

Los llevaron a la clínica, donde tuvieron que esperar sentados en un banco blanco delante del quirófano para operaciones leves, hasta que apareciera el enfermero. Este se presentó diez minutos después y se puso a rellenar las fichas 103-K. A continuación se acercó a ellos frotándose los brazos que, emergiendo de la tersura

blanca y limpia de su bata médica, parecían peludos como patas de oso. Bajó la mirada hacia ambos con una socarrona mueca de desprecio que tenía que ver tan poco con la diversión como la curación con el asesinato.

—¿Son estos los tortolitos? —le preguntó al Moreno.

—Aquí los tiene. —Asintió solemnemente—. Los pillamos montando la nata, pero no hay manera de saber seguro quién hacía qué.

—O a quién —añadió el enfermero—. Bueno, eso podemos aclararlo.

Los llevaron al quirófano de operaciones menores, de uno en uno, los hicieron inclinarse sobre la mesa esmaltada y se les sometió a lo que el enfermero registró como un examen proctológico. El enfermero no se esforzó en ser amable, y Hielo, cuando el dedo enfundado en goma entró bruscamente en él, se quedó horrorizado al experimentar una curiosa y casi lánguida sensación de debilidad, como si algo le impulsara a resbalar de la mesa y dejarse caer al suelo, donde se libraría de una gran carga que apenas se había dado cuenta que acarreaba. Sintió que se le aflojaban las rodillas; a continuación lo envolvió la oscuridad y el dedo desapareció de repente. Se enderezó y se encontró con la mirada cruda y especulativa del enfermero, consciente de que estaba temblando.

Cuando el enfermero acabó sus reconocimientos, señaló a Hielo y dijo:

—Este era el lanzador. —El dedo pasó a señalar a Caramelito—. Y este era el receptor.

El Moreno le sonrió tranquilamente a Hielo.

—Debía de ser la noche en la que tocaba hacer de papi. Pero el comité disciplinario no hace distinciones tan sutiles.

Los llevaron a aislamiento y los encerraron en celdas de detención separadas, y solo después de que la sólida puerta de metal se cerrara a su espalda, Hielo se dio cuenta de que Caramelito no lo había mirado ni una sola vez desde que los sacaron de la celda. Y cuando se sentó en la litera comprendió que aún había otra cosa. Algo aún confuso en su mente, pues era fuente de una aprehensión todavía más terrible, una vergüenza más profunda, y entonces comenzó a recordar el impreso que se enviaba de manera rutinaria a cualquier pariente femenina. En una ocasión estudió una copia al carbón de un expediente confidencial que había pagado para que lo sacaran a escondidas de la oficina de registros. Había intentado determinar si el recluso en cuestión era un soplón. La carta le había sorprendido totalmente. Hielo la había leído varias veces. Ahora recordaba la gracia que le había hecho leer el texto:

Querida señora:

Su hijo/marido [hijo había sido borrado, pero en el caso de Hielo lo que borrarían sería marido] ha sido sorprendido llevando a cabo un acto homosexual. Creemos que tiene derecho a recibir esta información, pues algún día podría afectar a su bienestar y seguridad. Quede tranquila, pues aunque esto constituye una seria infracción de las normas de la institución, el sujeto recibirá el mejor tratamiento que podamos

proporcionarle.

Atentamente,

JACOB BLAKE

Capitán del correccional

La carta tampoco hacía sutiles distinciones. Hielo juntó las rodillas para abrazarlas. Sentía un calor en la garganta, y cerró los ojos. Comenzó a mecerse adelante y atrás, procurando no pensar en su madre cuando abriera el sobre oficial que condenaba de manera irrevocable a su hijo a un modo de vida que ella no comprendería y tampoco podría perdonar, igual que tampoco habían hecho nunca los tribunales. Hielo imaginó con toda viveza el dolor y perplejidad de su madre, su repugnancia instintiva. Y su antigua ambición de reemplazar a su padre, nunca del todo repudiado, acabó en aquel momento, cuando se le ocurrió pensar que lo había reemplazado demasiado bien: cualitativamente, una fuente más de desdicha y de abandono aún más punitivos.

Pero mientras se volvía a un lado para apretar la cara contra la áspera manta de lana, ya no era su madre a quien echaba de menos y cuya pérdida lloraba, sino a Caramelito. Esa putilla indolente. Esa zorra engreída y vacua. Para ella todo había acabado en el instante en que había estallado el flash, aunque un momento antes gimiera suavemente de una manera que Hielo siempre había sabido que, más allá de lo que estuviera dispuesto a creer, si era auténtica desde luego resultaba exagerada. Antes incluso de que saliera de ella, ya había desaparecido, con la mente proyectada hacia cualquier marica que le hiciera tilín en la fila de las reinonas. Tenían que cogerlo y hacerlo pasar por la fila. Hielo tuvo una breve pero viva visión de Caramelito doblado en las duchas, experimentando un placer más auténtico en su sensación de humillación, mientras algún hombretón lo tenía ensartado como un macho cabrío...

De nuevo Hielo experimentó esa cálida sensación de debilidad, y por un instante le pareció que era él quien estaba en la ducha, y que el dedo del enfermero se había hinchado cruelmente para castigarlo tan deliciosamente como él había castigado a Caramelito, y la negrura comenzaba a tirar de él de nuevo, arrancándole brutalmente la conciencia, pero no antes de que sintiera el estremecedor avance de un vergonzoso placer.

*Coge este martillo y llévalo al capitán
Coge este martillo y llévalo al capitán
Coge este martillo y llévalo al capitán
dile que me he ido, chico, dile que me he ido*

Sociedad Rojo caminaba solo por el patio. Ahora que llegaba el verano los reclusos iban en camiseta, y muchos de ellos pasaban el fin de semana echados en el patio inferior bronceándose, y durante unos meses parecía que habían estado en la playa. Pero Rojo sabía que los bronceados desaparecerían en otoño sin que nadie los hubiera admirado, y que en invierno se encontrarían, apiñados todos bajo el cobertizo de la lluvia con la misma cara pálida, contándose las mismas mentiras unos a otros.

Rojo tenía que caminar despacio. La cadera le causaba problemas, y una de estas mañanas tendría que ir a la enfermería y engatusar al matasanos para que le pusiera una inyección de aceite o algo parecido antes de que se le estropeará algún cojinete de las articulaciones.

Se detuvo bajo la pared del muro del bloque norte para liar un cigarrillo. Volvía a fumar el tabaco estatal, pero ya lo había fumado a menudo años antes de hacerse amigo de Hielo, y ahora que este había desaparecido, volvería a fumarlo. Al menos durante un año más. Lo encendió y siguió renqueando por el asfalto.

La junta de la condicional le había concedido otro año de paseos por el patio. Lo habían tratado con la fría indiferencia de un equipo de investigación que lleva a cabo la vivisección de un mono canceroso, y había experimentado el adormecido agitarse de su casi olvidado resentimiento mientras respondía a sus fórmulas vacías:

- ¿Cómo tiene planeado mantenerse?
- Supongo que volveré a mi antiguo oficio.
- ¿Que es?
- Hacerle de alcahuete a tu madre.

Pero eso era tan solo lo que desearía haber dicho de poder haber jugado a insultarse con la junta en lugar de intentar aferrarse a la remota probabilidad de que pudieran soltarlo. Sabía que eso, como toda la magnífica suerte que había tenido en la vida, nunca ocurriría, pero no podía controlar su innata esperanza. La esperanza seguía acudiendo a él como una hermosa zorra que lo tuviera encoñado. Leía la promesa de otro rechazo, y otro tormento, la leía claramente en los ojos fríos y veleidosos de esa zorra, pero le bastaba con entrever sus piernas largas y blancas y ya estaba otra vez suspirando. Al año siguiente sería lo mismo.

- Eh, Rojo, menuda abuela estás hecho. ¿Por qué cojeas?
- Era Oruga, que cruzaba el patio en dirección a él.
- Rojo sonrió.

—Me he jodido la pierna dándoles patadas en el culo a gilipollas como tú.

—No te cortes, tío. He oído decir que la junta te mandó a la mierda.

—Me dijeron que otro año más.

—No has estado lo suficiente.

—Pues a mí ya me parecía bastante.

Oruga sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos.

—Son buena gente —dijo con aire ausente mientras cogía un cigarrillo y le ofrecía el paquete a Rojo, que tiró el que estaba fumando para aceptar el de marca.

—Gracias, Oruga —dijo mientras encendían sus cigarrillos con la misma cerilla.

Oruga asintió, inhalando tan profundamente que el pecho se le hinchó y le tensó la camisa, y a continuación, mientras exhalaba, dijo:

—¿Qué es un cigarrillo entre viejos camaradas? —Acompasó la zancada a la de Rojo y se inclinó hacia él para añadir—: Desde que Hielo desapareció del mapa he estado pensando.

Rojo movió la cabeza y vio que Oruga lo miraba atentamente. Puso ceño.

—¿Qué hay que pensar?

Oruga bajó la voz.

—Imagino que Hielo debía de tener su buen dinero escondido. Convertía muchos cigarrillos en efectivo, mucho más del que necesitaba para pagar a ese cojo que tenía en la calle de mensajero, y debe de haber sacado todavía más dinero del patio. Conozco el estilo de Hielo, y sé que lo iba acumulando, acumulándolo para cualquier cosa que se le hubiera ocurrido, pero se lo llevaron... —Oruga chasqueó los dedos—. ¡Y todo fue muy rápido! No tuvo tiempo de llevárselo, y me imagino que el dinero todavía está donde lo dejó. ¿Tú tienes alguna idea de dónde lo guardaba?

La pregunta, dejada caer como si nada, le recordó a Rojo las técnicas de interrogatorio de los detectives que hacían de policía bueno. Rojo negó con la cabeza de manera amistosa, tal como había hecho con un detective.

—No, no lo sé. Y ojalá lo supiera.

Oruga se le acercó todavía más, acusándolo. Sus ojos se habían vuelto palpablemente más fríos, y su voz perdió todo tono amistoso al preguntar:

—¿No te habrás quedado con toda esa pasta, verdad, viejo cojo?

—¡Mierda! —dijo Rojo furioso, sacando bruscamente la bolsa de tabaco estatal del bolsillo de la chaqueta para esgrimirlo ante la mirada de Oruga—. ¿Te da esto la impresión de que me he quedado con algo? Y no me vengas en plan interrogatorio. No me gusta. Y si hubieras pensado un poquito más, se te habría ocurrido que Hielo nunca le enseñaba sus cartas a nadie. De tener dinero escondido, puedes estar bien seguro que él era el único que sabía dónde lo guardaba. Lo que es yo, te aseguro que no.

Oruga caminó en silencio unos momentos. Cuando volvió a hablar, estaba claro que no pensaba insistir.

—No sé —dijo secamente—. A lo mejor, al final, tenía a ese marica limpiándose

el culo con billetes de cien dólares.

Rojo se encogió de hombros sin querer una cosa ni otra.

—Bueno, era suyo, si eso es lo que quería hacer con él.

—Esa zorra echó a perder a un ladrón de primera.

—Hielo encontró algo que le gustaba más que amontonar cartones de tabaco y jugar al gran hombre en este patético espectáculo de feria en el que tenemos que vivir.

—Sí, y ahora está en psiquiatría, totalmente chalado. Dicen que intentó matarse. ¡Cortarse las venas, por amor de Dios!

—Rumores de mierda —dijo Rojo desdeñoso.

—En la oficina del capitán lo tienen en la lista para trasladarlo al manicomio, y eso no es ningún rumor. Yo mismo he visto la lista.

La noticia dejó estupefacto a Rojo. No se podía imaginar que Hielo estuviera chalado de verdad. De algún modo Hielo había adoptado una táctica más sutil e ingeniosa, y jugaba con destreza con la mentalidad oficial mientras perseguía algún fin secreto.

—Hielo estará mandando en el manicomio en un mes —dijo Rojo confiado.

—Puede —asintió Oruga no muy convencido—. O a lo mejor está acabado. Una cosa, el sitio que solía ocupar en el patio ya no está vacío.

Automáticamente Rojo dirigió la mirada a su antigua «oficina»: tres reclusos dedicados a labores manuales examinaban un trozo de seda roja que uno de ellos había comprado para fabricar los almohadones que eran un producto tradicional de la tienda de artesanía. Pintada con espray se leía la leyenda: RECUERDO DE SAN QUINTÍN. Un metro más allá, O'Brien recogía apuestas. Su puro se movía constantemente mientras lo masticaba y lo chupaba. Rojo había oído decir que O'Brien ya estaba asustado. Alguien había escogido un caballo que tenía pocas posibilidades de ganar en la carrera de Hollywood Park y le había sacado algo así como trescientos cartones, que O'Brien todavía no tenía, y ahora estaba tan nervioso que las únicas apuestas que no intentaba evitar, según los graciosos del patio, eran las que hacía un famoso chalado al que le gustaba apostar a las carreras que aparecían en los noticiarios que se proyectaban al comienzo de la película del fin de semana. Rojo sonrió con cariño. Hielo había intentado una vez que ese mismo chalado hiciera apuestas en el segundo combate de Dempsey contra Tunney. Pero Hielo no había aceptado nunca el dinero de ese cabrón. Hielo tenía demasiada clase.

Rojo estudió a Oruga, que seguía caminando con paso lento a su lado, y que no era más que otro de los jefecillos de la cárcel: oculto tras unos brazos de medio metro de ancho, comenzaba a engordar, y aun cuando tuviera los brazos de metro, a Oruga nunca se le ocurriría intentar robar el dinero de Hielo, a no ser que ese cara de piedra de Blake prácticamente le hubiera prometido personalmente que se aseguraría de que llevaban a Hielo al manicomio.

Los hombres se acercaban al extremo del patio, y en el estucado color crema del

edificio de la cantina de los reclusos, Rojo observó el dibujo de un vampiro. Lo había mirado sin interés, muchas veces, mientras caminaba, pensando solo al principio que al menos nunca había tenido la mala suerte de toparse con algo así. Ahora el dibujo comenzaba a borrarse, y había quedado parcialmente solapado por una nueva figura, un animal de cuatro patas de especie indeterminada, aunque claramente poseedor de unos ojos rasgados, una boca repleta de dientes, visibles en una tosca pero vigorosa exhibición de ferocidad. Garabateada debajo del animal había una sola palabra: *Simbas*.

Rojo y Oruga dieron media vuelta al mismo tiempo, como soldados que ejecutan una marcha. Oruga dijo:

—Han puesto al marica en la fila de las reinonas.

—Lo sé —dijo Rojo—. La vi en la fila cuando bajaron a la lavandería. Contoneándose y riendo, feliz como un cerdo en la mierda.

—Todavía no entiendo cómo dejaron que esa zorra acabara en el patio.

—No la detectaron, eso es todo.

—Y una mierda. ¿Cuánto tardaste tú en descubrirla? —preguntó Oruga.

—Un segundo.

—¿Y te crees que esos perros viejos de los guardas no la descubrieron igual de rápido, si no más, que nosotros?

—Supongo...

—Y de las tres mil celdas que hay, la meten en la de Hielo y rompen la restricción del departamento de psiquiatría. —Oruga se quedó callado un momento, negando con la cabeza—. ¿Crees que en realidad fueron tan listos?

—¿A qué te refieres?

—A que imaginaron lo que iba a ocurrir.

—Oruga, hablas como un salido.

—No digo que pasara así. Solo pensaba en voz alta.

Rojo sonrió irónicamente.

—Pues ya has pensado suficiente, aunque por lo que puedo ver, no se te da demasiado bien. Más vale que sigas con la lucha —con el dorso de la mano dio unos golpecitos en el vientre ya un tanto ablandado de Oruga— y que hagas pesas.

—Ahora va a ser el doble de difícil entrar en la lista del gimnasio.

—A Nunn le alegraría saberlo.

Justo entonces una hilera de novatos comenzó a entrar por la verja al comienzo del patio, y los dos se acercaron para ver si encontraban alguna cara conocida entre los recién llegados, y también para obtener algo de seguridad de la incómoda inseguridad de los novatos, la piel de un pálido mortal tras estar en la cárcel del condado, el pelo mutilado por el corte que se habían practicado unos a otros. Rojo vio a un hombre al que creyó conocer. Era un viejo arrugado como una pasa y calvo, a excepción de unos cuantos mechones que aún le crecían desordenados en el cráneo blanco; se movía con el aire indefinible de alguien que ha entrado en muchas cárceles

y prisiones desconocidas y ha descubierto que todas son lo mismo. La cara le resultaba extrañamente familiar a Rojo, pero tardaba en recordar el nombre y en ubicar a aquel viejo recluso en algún momento o lugar determinado, hasta que de repente se acordó de un chaval con el que siempre lo emparejaban para ir a cortar caña de azúcar o recoger algodón: su compañero en la granja penitenciaria del sur donde cumplió su primera condena, Anson Meeker. El nombre le llegó a través de los años, y vio a un chaval de aspecto chulito que le sonreía desde el otro lado de la hilera mientras trabajaban denodadamente en las largas horas de la tarde para que les diera tiempo a cumplir su cupo de trabajo, tras haber pasado la mañana sin dar golpe mientras planeaban, entre excitados susurros, los grandes golpes que darían cuando estuvieran libres.

Pero al mismo tiempo que le reconocía, Rojo sabía que aquel viejo no podía ser su compinche largo tiempo olvidado, y lo llamó: «Eh, Meeker», para demostrar esa imposibilidad, no para ver, como así fue, volverse al anciano y repasar aquellas caras intentando determinar, casi con impaciencia, quién lo había saludado. Sus ojos se encontraron con los de Rojo, parpadearon y pasaron de largo.

—¿Has creído conocer a alguien? —preguntó Oruga.

—Por un momento. He pensado que podía ser un hermano mayor.

Pero Rojo sabía que no era un hermano mayor. Había identificado claramente a Anson, pero había sido incapaz de hacerse a la idea de qué fuerzas terribles y misteriosas habían transformado tan rápidamente a Anson Meeker, un chaval grandote y bien parecido, en un viejo que arrastraba los pies. Pero si solo habían pasado...

Rojo tuvo que hacer un esfuerzo de imaginación. Más que calcular su edad y con ella el año, contó lentamente hacia atrás sus propias reclusiones, maravillándose ante la suma total, hasta que comprendió que no «solo habían pasado», sino que habían transcurrido más de treinta años desde que él y Anson Meeker estuvieran acucillados juntos en los campos tomando su habitual almuerzo de col hervida mientras se juraban el uno al otro (siempre entre susurros) que en cuanto estuvieran libres se largarían a California, donde habían oído que al menos la comida en las cárceles era decente. Rojo había mantenido su palabra. Pero parecía ser que Anson lo había demorado demasiado. Rojo se felicitó por haber tenido el buen sentido de evitar todos aquellos años de cárceles sureñas que habían convertido a un consumido Anson Meeker en uno más de esos pobres desgraciados derrotados y sin esperanza que entraban y salían de la cárcel, permanecían en las calles lo suficiente como para beberse el dinero que les daban a salir, porque se daban cuenta de que tras los muros de la cárcel estaba la única vida que no les asustaba ni les superaba.

Por un momento Rojo experimentó una desconocida depresión, un enorme y doloroso embotamiento, como si le hubieran golpeado sistemáticamente pero de algún modo se le hubiera olvidado y ahora no pudiera dar ninguna explicación a su malestar. De nuevo percibió los ojos de Anson Meeker cruzándose con los suyos, los

vio revivir débilmente, pero enseguida se apagaron y pasaron de largo.

Se volvió hacia Oruga y le dijo bruscamente:

—¿Has acabado de pensar o puedo pedirte otro de tus pitillos?

—No me arruinarás —dijo Oruga y sacó el paquete. Rojo cogió el cigarrillo y lo encendió rápidamente, lanzando la cerilla, que cayó dando vueltas hacia el asfalto, como un avión en llamas visto desde lejos.

—Gracias por darme fuego —dijo Oruga sin expresión.

Rojo se encogió de hombros, fumando ávidamente. Se descubrió escuchando a dos chavales, unos mocosos, que estaban a un metro de distancia, y entre susurros hablaban del golpe que iban a dar en cuanto salieran en libertad condicional. Un tercer chaval les había dado el chivatazo de que había una vieja que vivía sola y guardaba medio millón de dólares en efectivo en una caja de zapatos bajo la cama.

Rojo negó con la cabeza con amargo asombro, intentando recordar cuántas veces había oído hablar de esa misma caja de zapatos.

—Bueno —dijo por fin Oruga—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada.

Epílogo de Jonathan Lethem

Nadie quiere pensar en las cárceles: su persistencia en medio de pueblos y ciudades, su papel en tantas vidas y en la historia y la vida cotidiana de nuestro país. Y cuando uno acaba topándose con esa cuestión, quiere que quede rodeada de histeria y exageración. Que las prisiones sean una sola cosa: o zoológicos horrorosos para los dementes y corruptos irrecuperables, o máquinas inhumanas que destruyen a hombres inocentes. Que sean toscas caricaturas de una moralidad en blanco y negro que nada tiene que ver con el resto de los demás, los que vivimos en el mundo civilizado, ambivalente y matizado que «la novela» nació para representar. Podríamos pensar en secreto que la cárcel no necesita una novela, que más bien precisa una miniserie o una columna de opinión.

En el patio, de Malcolm Braly, un libro tan comedido y falto de histeria como su título, es la novela que necesita la cárcel. También es un libro que, por su concisión, sorpresa e irónico humor, por su arquitectura engañosamente improvisada y por unos personajes y unas escenas inolvidables, cualquier amante de las novelas debería leer. Naturalmente, puede que los lectores se vean impulsados a leer novelas realistas ambientadas en la guerra, en una epidemia o en la cárcel, por un incómodo anhelo de conocer los detalles de unas vidas con las que esperan no encontrarse nunca directamente. Y eso es algo que Braly sin duda conoce, y a fondo. Durante una desgraciada infancia casi sin padre, Braly comenzó a expresar su resentimiento mediante una serie de robos de poca monta, y de vez en cuando no tan poca, hasta que, en compañía de algunos imprudentes compinches, se vio envuelto en una persecución interestatal que acabó en un tiroteo con la policía, después del cual fue capturado y encarcelado. Tras ser liberado, volvió a caer en los irregulares delitos menores y consiguió pasar la mayor parte de sus primeros cuarenta años tras los muros de la cárcel sin haber asesinado ni violado, sin ni siquiera haber robado nada de gran valor.

Aparte de conocer el tema, Braly nos habla en un tono de despreocupada confianza que hace que nunca dudemos de él, y que resulta más convincente que cualquier hecho. Y si las cosas son así, si nos las podemos tomar casi a la ligera, entonces la cárcel es realmente otro mundo tan real como el nuestro. Pero más allá del reportaje o el turismo, el éxito de *En el patio* como novela es que lo particular se convierte en universal; es un modelo para comprender aspectos de nuestras vidas, de las que somos nuestros propios guardianes. Dentro y fuera de los muros de la cárcel, los seres humanos negocian, eluden, engañan y de vez en cuando estallan en sus intentos de hallar un equilibrio entre el éxtasis y el tedio, de hacer algo más que simplemente ir tirando en sus días cada vez más escasos en la tierra. Pero Braly elude

la alegoría: su libro es demasiado escueto o y local como para molestarse con eso. Es el lector quien proporciona la alegoría.

Se podría decir que la novela se centra en el auge y caída (nunca vemos su ascensión) de Hielo Willy, un tipo que dirige el cotarro y que hábilmente maneja un pequeño imperio de cigarrillos, narcóticos farmacéuticos e insignificantes favores burocráticos, orquestados por una rutina de violencia mínima y, como su nombre sugiere, de extrema frialdad. Pero a pesar de su nombre, y de la naturaleza de su carrera, es un personaje profundamente real y humano, que incluso despierta nuestras simpatías. Observamos cómo Hielo manipula la sutilísima dinámica de poder de la cárcel hasta que un solo error de cálculo lo lleva a utilizar la violencia. Es entonces cuando la administración de la cárcel emprende la destrucción de Hielo, mediante el simple hecho de colocarle un compañero receptivamente homosexual en su celda anteriormente solitaria. El nuevo compañero le sirve a Hielo de espejo, no de su homosexualidad reprimida, sino del hecho de que sus manipulaciones siempre habían ocultado una pizca de preocupación por los demás, quizá incluso una disimulada sensación de ser familia. Los hombres que están bajo el mando de Hielo están también bajo su cuidado, por muy desapasionada que sea esa preocupación. Hielo se autodestruye a través del sexo, pero casi todos los personajes del libro aparecen en un segundo acto de autodestrucción en el interior de la cárcel, que recapitula y confirma el acto inicial llevado a cabo fuera.

Se *podría* decir que la novela se centra en la caída de Hielo, si no fuera porque apenas se centra en nada, sino que por propia estrategia se desplaza a través de las mentes y momentos de docenas de personajes, algunos de manera recurrente, algunos durante una sola y breve visita que casi siempre resulta definitiva. Hay tres o cuatro incursiones en la mente de los guardianes de la cárcel, incluyendo la del taciturno e incombustible alcaide. Los demás son una amplia variedad de presos, algunos reincidentes «endurecidos», otros recién llegados a San Quintín, algunos flotan entre medio e intentan calibrar la justicia y la permanencia de su lugar dentro de esos muros. Todos, excepto los más chalados y detestables —como el huelezapatos y anal compulsivo Flaco Higiénico—, se presentan al menos brevemente como un público potencial y como sustitutos del autor. Al final todos ellos son rechazados de manera benévola o brusca.

Esta es la partida que tan brillantemente juega Braly: es un maestro a la hora de explotar el instinto del lector para identificarse con sus personajes. El resultado es, en el mejor de los casos, un distanciamiento, tan divertido como profundo. Cada personaje pasa por una especie de audición. La primera pareja de candidatos aparece en el primer capítulo: Nunn, un reincidente que regresa a la cárcel e intenta aceptar su propensión autodestructiva y las oportunidades perdidas durante su breve período fuera, y Manning, un observador sensible que cumple su primera condena y que ha dado un vuelco a su inocua vida por culpa de un repentino e incomprensible delito de perversión sexual. El lector comienza a sentirse incómodo de una manera que se le

hará familiar: la culpa y la inocencia corrientes aquí no sirven de nada. Braly es enormemente consciente del efecto de ocultar el historial delictivo de ciertos personajes y revelarnos el de otros. Su placer como escritor en este juego aparece en miniaturas cómicas como esta: «Encendió su cigarrillo, a continuación le acercó la cerilla a Zekekowski, observando lo bien formadas que estaban sus manos, lo hermosas que eran, de hecho las manos de un... de un pirómano, que es lo que era».

Si los hombres con que nos encontramos en el San Quintín de Braly se pueden dividir más o menos en dos grupos, Manning y Nunn son típicos de cada uno: están los criminales de carrera, y aquellos que han cometido delitos impulsivos: abusos sexuales y violencia doméstica. Braly nos lleva a comprender la ironía de que el primer grupo comete delitos relativamente inofensivos y, sin embargo, son compulsivamente recurrentes, mientras que los últimos son moralmente abominables pero tienen menos posibilidades de regresar a la cárcel una vez han salido. Los impulsivos son frecuentemente gente leída y burguesa, contrariamente a los de carrera en su perspectiva y temperamento, que tienen tendencia a infravalorarse. En un extremo nos encontramos a Watson, un impulsivo mojigato: «Watson estaba favor de la cultura, de la República, de la Maternidad (...) Había asesinado a sus dos hijos pequeños e intentado asesinar a su mujer (...) todo porque su mujer se había negado a reconciliarse con el comentario de: “John, la verdad es que me aburres”». Watson se defiende en una sesión de terapia, afirmando: «y no le veo el sentido a seguir encarcelado ni a seguir más terapia; no tiene el menor sentido, pues no existe la menor posibilidad de que vuelva a hacer lo mismo...». Y de inmediato se mete con él Sociedad Rojo, el tunante criminal de carrera que es como Popeye: «Tiene razón (...). Se le han acabado los críos».

Más simpático es Lorin, un frágil poeta de la cárcel que se entrega a fantasías con Kim Novak y en su cuaderno anota cosas como: «Y sin embargo soy libre, tan libre como cualquiera para poner a prueba los límites de mis nervios furiosos y presionar los dolores internos de mi naturaleza contra la magulladura del tiempo». Braly no presenta esa sensibilidad ni para que la admiremos ni para que nos burlemos: como otras reacciones a la afección conocida como San Quintín, simplemente se presenta como una posibilidad entre muchas. Más cerca de las simpatías del autor —o eso podría sospechar el lector— se encuentra Paul Juleson, antaño el mentor y protector de Lorin. A primera vista, Juleson parece el hombre con más recursos y mejor preparado de todos los intelectuales de la cárcel, y por tanto tiene muchas posibilidades de sobrevivir; es una buena apuesta a la hora de elegir un representante del autor. En un *flashback* nos enteramos de que mató a su esposa; el infierno de su breve matrimonio es retratado con una apabullante economía y perspicacia, y la violencia de su delito no impide que nuestras simpatías se inclinen hacia Juleson. Richard Rhodes, en la reseña original de *En el patio* publicada en *The New York Times*, declaró: «Probablemente Juleson es el *alter ego* del señor Braly». No obstante, no creo que la cosa sea tan sencilla, y sin duda, Braly nos niega la habitual

satisfacción de ponernos de parte de ese personaje cuando, a pesar de sus artimañas y sabiduría, se interpone en el camino de Hielo Willy por unos cuantos paquetes de cigarrillos.

A partir de ese momento Hielo y Juleson son los catalizadores de su mutua destrucción. Es como si cada uno de ellos hubiera sido destinado a exponer la debilidad del otro. Así que si Braly posee un *alter ego* en el libro, está dividido, en un acto simbólico de autodesprecio, entre esos dos hombres. Rhodes, en su entusiasta reseña, califica posteriormente el libro de «curiosamente ambivalente, como si el autor todavía no tuviera muy clara su actitud cuando lo escribió». Creo que esa ambivalencia, lejos de ser involuntaria, constituye, de hecho, la esencia del arte de Braly. Después de todo los delincuentes profesionales no son distintos de los asesinos de clase media: están unidos en la autodestrucción. En cierto modo San Quintín existe, porque esos hombres necesitan un lugar para solventar, mediante la anulación, el enigma de sus vidas. También existe porque nuestra sociedad necesita acomodar esa anulación, dándole cuatro paredes, un mono y un número, y también unas cuantas tediosas horas semanales de terapia de grupo.

En otras palabras, es difícil discernir con quién se identifica Malcolm Braly, y eso probablemente ocurre porque Malcolm Braly no se identifica consigo mismo, no exactamente. Es algo que resulta evidente en *False Starts*, la extraordinaria evocación de su infancia y de su patética carrera delictiva en la cárcel. En esta segunda obra maestra, publicada diez años después de *En el patio*, Braly se maravilla enormemente de su atracción hacia la cárcel, de esos milagrosos sabotajes a sí mismo que lo llevaron una y otra vez al triste consuelo del encarcelamiento. Nos enteramos de que durante un robo consiguió dejar de manera accidental un papelito en el que estaba su nombre completo y dirección, como si estuviera desesperado por idear una manera de volver.

Entre los personajes de *En el patio* ocupa un lugar destacado Palo, el larguirucho sociópata adolescente. Líder de una banda en su mayor parte imaginaria de matones fascistas llamada «Los Vampiros», Palo no es sino uno más en medio del caos humano, hasta que, finalmente, provoca una inverosímil destrucción en la cárcel. Lleva a cabo un asombroso intento de huida con un globo de aire caliente, que ha construido con esfuerzo su compañero de celda y que él le ha robado en el último momento. Es algo que revela una vena de fantasía onírica masturbatoria, un rasgo infantil, que nuestro miedo a los delincuentes y presos generalmente nos oculta, pero que Braly quiere sacar a la luz. El globo es un símbolo excepcionalmente directo en cualquier novela, pero sobre todo en la de Braly. Sin embargo, da fe de la ambivalencia que distingue a casi todos los personajes y sus afanes: cuando los investigadores examinan el globo aplastado descubren que ha sido cosido y recosido innumerables veces, lo que ha debilitado la tela: «[las puntadas] parecían señales de vacilación de un suicida». También Palo, me parece a mí, nos muestra que *En el patio* es un libro ambientado en la California de los años 60, y que San Quintín en esa

época estaba también extrañamente sometido a la misma propensión a la utopía y el experimento social que la zona de la bahía dentro de la cual se ubica la cárcel. En una cárcel del este, Palo se habría visto atraído hacia alguna banda o mafia preexistente, y treinta años después, sería también él miembro de bandas como la de los Crib o la de los Blood. Aquí tiene libertad para inventarse a sí mismo, con lo que se convierte en un presagio de Charles Manson o Jim Jones.^[8]

La vida de Malcolm Braly fue triste, luego exitosa, y otra vez triste. Vivió entre rejas durante casi veinte años, hasta que sus textos, junto con la voluntad y generosidad del editor de Gold Medal Books, Knox Burger, acudieron a su rescate. Murió en un accidente de coche a los cincuenta y cuatro años, y dejó mujer y un hijo pequeño. Knox Burger ha dicho que era «gordo y feliz». Su culmen como escritor llegó con dos libros complementarios, la novela y la autobiografía, en la que afirma que cuando escribió la novela «estaba inspirado». El lector no necesita explorar los libros anteriores para confirmarlo, pues Braly está realmente inspirado al escribir *En el patio* en el sentido en que lo está cualquier novelista cuando, más allá de sus herramientas, o a través de ellas, experimenta una especie de transubstanciación con sus personajes. En esos momentos, un escritor siempre sabe más de lo que podría esperar, y solo puede considerar el resultado con una especie de honesto respeto reverencial. El libro ya no es suyo, sino un vehículo mediante el cual cualquiera puede verse a sí mismo tanto exculpado como acusado; se puede encontrar alternativamente encarcelado y liberado. Al final, la novela de Braly se parece al globo que Palo toma prestado: una hermosa e inverosímil rareza que remonta el vuelo desde el patio de San Quintín, mostrando las cicatrices de su creación, y no es menos perfecto por mostrar esas «señales de vacilación». Se levanta por encima de los muros de la cárcel en un vuelo breve y glorioso antes de que la gravedad ejerza su legítimo derecho.



MALCOLM BRALY (Portland, 1925 - Baltimore, 1980) fue abandonado por sus padres cuando tenía cinco años y su adolescencia, marcada por pequeños robos, transcurrió entre casas de acogida y reformatorios. Pasó diecisiete de sus primeros cuarenta años entre los muros de las cárceles más duras de los Estados Unidos, entre ellas Folsom y San Quintín, donde escribió sus tres primeras novelas. Cuando las autoridades descubrieron que estaba escribiendo *En el patio*, le amenazaron con revocarle la libertad condicional y se vio obligado acabarla a escondidas. Publicada finalmente en 1967, tras expirar el periodo de libertad condicional, la novela tuvo una gran acogida y recibió elogios de escritores como Truman Capote y Kurt Vonnegut. Entre el resto de sus obras destaca su autobiografía *False Starts: A Memoir of San Quentin and Other Prisons* (1976). Tras salir de prisión por última vez en 1965, Malcolm Braly gozó de quince años de libertad antes de fallecer en un accidente de tráfico a los cincuenta y cuatro años de edad.

Notas

[1] Mítico lanzador de las ligas de béisbol entre 1950-67. (*N. del T.*) <<

[2] Seudónimo de Archibald Wright, campeón de boxeo de los semipesados entre 1952 y 1962. (N. del T.) <<

[3] Senador por Massachussets en los años anteriores a la Guerra Civil Americana. (*N. del T.*) <<

[4] Organización secreta china vinculada al crimen organizado. (*N. del T.*) <<

[5] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[6] Peter Mark Roget, autor del diccionario de sinónimos *Theasaurus*. (N. del T.) <<

[7] Soldado americano ahorcado por espía por los ingleses durante la Guerra de la Independencia americana. (N. del T.) <<

[8] Jim Jones nació en Indiana en 1931 y fundó la secta Templo del Pueblo, para acabar suicidándose con sus 913 acólitos en 1978. *(N. del T.)* <<